

eTerciopelo



EN LA
tormenta



POPPY GARCÍA

En la tormenta

Poppy García



TERCIOPELO

EN LA TORMENTA

POPPY GARCÍA

ACERCA DE LA OBRA

Elegir el último rincón del mundo para desaparecer quizá no sea la mejor elección para Beatriz, aunque acabar siendo rescatada por un vikingo con el aspecto de Odín tampoco es para andar quejándose.

A VECES ENCUENTRAS LO QUE NECESITAS EN LAS SITUACIONES QUE MENOS TE ESPERAS.

A nadie le gusta entrar en su casa y encontrarse a su novio en la cama con otra, pero para Beatriz supone la traición final y el empujón que le hace falta para tomar las riendas de su vida.

Alvar Nilsson es un soldado con un pasado que no puede ni desea recordar, demasiados horrores le acechan en sueños y su existencia parece destinada a irse por el desagüe.

Ambos coinciden en una tierra que no quiere darles la bienvenida; con gentes distintas, idiomas extraños y una naturaleza inhóspita, pero de enorme belleza. Será el azar quien les hará depender el uno del otro en una realidad que a ambos les es desconocida. Porque a la vida le gusta jugar y, a veces, bajo el viento helado, es donde encuentras la calma que buscas.

ACERCA DE LA AUTORA

Poppy García recuerda haber escrito muchas cosas; historias cortas, largas, sueños incompletos, aventuras propias, batallas ajenas... Casi todos esos relatos acabaron en la basura si bien permanecieron en ella, echando raíces.

Hasta que un día, sin proponérselo, germinaron de nuevo y esta vez no solo los escribió, sino que además los conservó, y los puso ahí fuera, para que cualquiera pudiese leerlos.

Y la aventura sigue.

Índice

Portadilla

Acerca de la autora

Dedicatoria

Take This Life

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

Para todos aquellos a los que nadie ve.

Take This Life

<i>It's not so much the pain</i>	No es tanto el dolor
<i>It's more the actual knife</i>	Es el cuchillo en sí
<i>Pretending the picture is perfect</i>	Pretendiendo que la imagen es perfecta
<i>I cut myself to sleep</i>	me corto para dormir
<i>I close my eyes for a second</i>	Cierro los ojos por un segundo
<i>And meet a fragile soul</i>	y encuentro un alma frágil
<i>I scream to to hide that I'm lonely</i>	Grito para ocultar que estoy solo
<i>The echo calls my name</i>	El eco llama mi nombre
<i>If I ever, if I never</i>	Si alguna vez..., si yo nunca...
<i>Make me understand the thought whatever</i>	Hazme entender la idea, lo que sea
<i>Make my see, make me pay</i>	Hazme ver, hazme pagar
<i>Make me understand you're there for me</i>	Hazme entender que tú estás ahí para mí
<i>Take this life</i>	Toma esta vida
<i>I'm right here</i>	Estoy justo aquí
<i>Stay a while and breathe me in</i>	Quédate un rato y respírame
<i>Take this life</i>	Toma esta vida
<i>Stay a while and breathe me in</i>	Quédate un rato y respírame
<i>The water drops just beg to hit me</i>	Las gotas de agua suplican golpearme
<i>Why now? Haven't rained for days</i>	¿Por qué ahora? No ha llovido en días

No time to play hide and seek

I call upon you to take on

Break down to pieces

Put me back, do it right this time

Struggling to fill this empty shell

*Burn my efforts in the end it means
nothing*

*These thoughts, burn a hole in my
heart*

These thoughts, will keep me free

No hay tiempo de jugar al escondite

Te pido que me lleves

me rompas en mil pedazos

me vuelvas a componer, esta vez, bien

Batallando para llenar esta cáscara vacía

Malgastar mis esfuerzos al final no significa
nada

Estos pensamientos abrasan un agujero en mi
corazón

Estos pensamientos me mantendrán libre

**Take This Live
In Flames
Álbum: Come Clarity**

Capítulo 1

Beatriz

Cuando lo dije en el trabajo, pensaron que tenía una enfermedad terminal o algo parecido. ¿Quién podía imaginar que yo no quisiera seguir con ellas? Lo entendieron todo mal, por supuesto. Lo que yo quería era que me dejaran soñar durante un tiempecillo y si a la vuelta, mi puesto seguía vacante, continuaría como siempre, disfrutando de mi trabajo y del calor de mis compañeras.

Mis niñas —si bien todas podían ser mi madre o mi abuela—, tuvieron que hacer esfuerzos para dejarme marchar aunque solo fuese por una *mijá*, como dijo alguna. Incluso llegaron a montar una reunión de urgencia no fuese que lo que tenía en mente me apartase para siempre. No las culpaba, todas y cada una de ellas había puesto su granito de arena en educarme, y todas y cada una de ellas se sentían responsables de mí. Un don y una cruz, porque lidiar cada día con media docena de pseudo madres no era fácil y más y cuando era, de *facto*, su jefa. Con todo, hubo lloros, abrazos y un montón de buenos deseos. Las iba a echar de menos, por supuesto, pero es que ciertas cosas hay que hacerlas cuando se presentan y cuanto más joven, mejor.

El problema era que ya no estaban acostumbradas a mis huidas. Desde que empecé a trabajar allí me había vuelto una sedentaria de pro y claro, decir de repente que me iba, les había pillado por sorpresa.

Libre, con los ojos algo vidriosos y un nudo en el estómago, salí de aquel lugar, cerrando una etapa y esperando abrir otra nueva y mucho más excitante, aunque fuese por un tiempo limitado. Así son las aventuras, vienen, se disfrutan y se van. Mi nueva aventura comenzaba aquel día y ya podían caer chuzos de punta que yo iba a vivirla a fondo mientras durase.

Y como si mis pensamientos tuviesen poderes mágicos, en cuanto salí por la puerta comenzó a chispear. Marcharme de Madrid no me parecía una mala idea; en absoluto. Una urbe llena de vida y de polución, de ruidos y ¡obras!

Casi me caigo a la zanja por no mirar, y aquellas escaleras podían haberse desplomado sobre mi cabeza de no ser porque apresuré el paso.

Con el bazo fuera de tanto correr, llegué al portal de mi casa con las buenas noticias bajo el brazo y deseosa de recibir algún que otro mimo después de las lloreras que acababa de presenciar. Hoy sería un día de celebración.

El ascensor no funcionaba y, ya en el quinto, el gato del vecino se estaba dando una comilona a la puerta de mi casa después de haber rasgado la bolsa de basura. Dejé de lamerse la pata cuando me vio y pasó con el rabo en alto delante de mí, dejando bolas de pelos negros en el felpudo, sorteó con indiferencia un charco de algo pegajoso con olor a pies sucios y bufó justo antes de desaparecer escaleras abajo.

—Si no estuviese tan contenta, obligaba a tu dueño a limpiar el estropicio, Misifús.

Saltando de un pie a otro haciendo malabarismos para no resbalar otra vez, conseguí abrir la puerta tras varios intentos con la llave que, fiel a sus costumbres, no deslizaba el tranco salvo que apretases y levantases a la vez que empujabas. Aunque ni por esas.

Pero a la sexta fue la vencida.

—¡Juanjo, no te lo vas a creer! ¡Nos han aceptado! —dije gritando desde la entrada ya sin aliento.

—¡Sí, síiiiiiiii!

Corrí a nuestra habitación con el sobre y la carta en alto moviéndolos como si fueran pompones.

—¡Nos vamooooos! —grité con él.

Abrí la puerta para, de un salto, caer sobre la cama y aterrizar sobre dos cuerpos desnudos y sudorosos. Uno encima del otro jadeando tras lo que parecía una maratón sexual a juzgar por el estado de la habitación y los juguetes eróticos esparcidos por todas partes.

Salté de la cama como si me hubiesen pinchado en el trasero y miré desde la puerta lo que realmente se cocía en mi dormitorio mientras yo estaba trabajando.

—Verás, Bea... —jadeó Juanjo levantado una mano. Levantarse de aquella cama suponía, por lo visto, un esfuerzo ímprobo.

«Hijo de...».

La chica que estaba a horcajadas sobre mi novio nos miraba alternativamente y no se movía de ahí.

«Hija de...».

Quise salir corriendo, pero los pies no me respondían.

«Asegúrate de que no es una pesadilla. Antes de volver sobre los talones, confirma que de verdad es tu novio y que está intimando con una extraña a tus espaldas».

—No me dijiste que compartías piso —dijo la intrusa.

—¿Disculpa?! —Los ojos amenazaban peligrosamente con salirse de las órbitas y mis pulmones parecían no entender que debían bombear oxígeno a mi cerebro.

—Mira nena, ahora no es el momento de ponernos dramáticos —se atrevió a decir el que juraba que era su sol, su luna y todos los anocheceres de por medio—. ¿Por qué no esperas un momento fuera mientras me adecento?

—Ahora resultará que tienes novia... —interrumpió sorprendida la que todavía se aferraba a las caderas del hombre con el que había vivido los últimos años—. No me habías dicho nada.

Por fin, la sangre acumulada en labios exteriores e interiores volvió a circular por su cerebro y, en el viaje, se quedó pegada debajo de la piel de las mejillas. Parecía avergonzada, pero mi odio hacia ella solo se incrementó.

—Perdona. Te prometo —dijo la asalta-camas-ajenas mirándome de reojo mientras se desacoplaba e intentaba taparse con la sábana— que no sabía nada. Y tú, cabrón, ya te vale.

—No saquemos las cosas de madre —dijo Juanjo con voz todavía ronca—. Beatriz y yo tenemos una relación abierta ¿verdad, nena? Somos lo suficientemente maduros como para acostarnos de vez en cuando con otros sin que cambie nada.

Oí un gatillo hacer clic en mi cabeza.

—¡Fuera! ¡Fuera de mi casa! ¡Los dos! —Me temblaban las piernas, me subía la bilis por el esófago y ya no me veía capaz de mantener la compostura.

—Nena, no te sulfures que ya sabes que yo te quiero igual que siempre.

—¡Nada, no me quieres nada y nunca me has querido! Acabas de cruzar la línea, Juanjo. Sal de aquí y de mi vida ahora mismo.

—Recuerda que yo también vivo aquí. —Seguía impertérrito, pegajoso por todos lados y con una media sonrisa que en vez de encandilarme como siempre, ahora me provocaba náuseas.

Lo que siempre pensé que era seguridad en sí mismo, no era más que puro egoísmo y vanidad. Caí del guindo al momento y admití lo que me llevaba

negando desde casi que le conocí. A juzgar por la juguetería erótica que jamás había visto antes y que parecía salir de una caja enorme con una pegatina en la que ponía «apuntes», no era la primera vez que se acostaba con alguien en nuestra cama.

Pero ojos que no ven...

«Lo tenía que haber visto venir. Soy imbécil de remate».

—¡Vives aquí porque yo te dejo! —chillé. Me había salido con voz de falsete y quise dar una patada a aquella cama de pura impotencia.

Entre grito y grito, la guarra se había puesto la ropa y salió pitando de allí sin mediar palabra.

Con cada prenda de vestir que Juanjo recogía del suelo refunfuñando, todo se volvía más claro en mi cerebro y me reafirmaba en una idea de la que no habría vuelta atrás. El complejo de mártir que muchos amigos míos decían que tenía, clamaba respuestas aunque significara oír cosas que no estaba segura me fueran a sentar bien, pero, lo dicho, la decisión estaba tomada.

—Vístete —espeté—. Te espero en la cocina.

Me di la vuelta para que no tuviese oportunidad de verme colapsar y antes de dirigirme a la cocina, me fui al baño a lavarme la cara, segura de que podía verse a kilómetros la decepción que sentía en ese momento hacia mí misma.

Pensaba frotarme con saña cualquier sentimiento que asomara.

Que te pongan los cuernos es una cosa, pero consentirlo es otra bien distinta, y algo dentro de mí me decía que era eso precisamente lo que había sucedido.

Diez minutos después, Juanjo aparecía como un gallito por la puerta de mi diminuta cocina. Sí, como un gallito, el mismo que me engatusó y del que acabé enamorándome. El mismo gallito que picoteaba donde no debía. Mientras tanto, yo le miraba perpleja con lágrimas silenciosas de esas que caen hacia dentro y te laceran los órganos internos dejando tu cuerpo mudo. Porque las lágrimas que no se ven son las más puñeteras.

—Mira, Beatriz —dijo sentándose en el taburete—, estoy de acuerdo en que debe haber sido una sorpresa que me hayas pillado en un momento así, pero te juro que no ha sido más que un polvo; entre esa chica y yo no hay absolutamente nada. Siento haberla invitado a casa. Ha sido una falta de tacto por mi parte.

Un momento. Estaba más preocupado por el cómo que por el qué. ¡Y sin rastro de remordimiento! Juanjo era un monstruo.

—Solo sexo, supongo —dije sin ganas.

—Exacto, solo sexo. Contigo tengo una conexión especial con la que ninguna mujer más puede competir.

Un monstruo vanidoso y retorcido.

Sentí la bilis subir de nuevo pensando que esa mismísima frase había funcionado siempre conmigo. Todas las veces en las que me había hecho sentir mal, de hecho. Escondí las manos debajo de la mesa. Aquel hombre jamás me vería temblar otra vez.

—¿Ninguna mujer más? ¿Me estás diciendo que ha habido otras?

Juanjo cerró la boca de golpe y meditó por dónde podía salir bien parado.

—No exactamente.

—Tú dirás. —Lo bueno de saber lo que quieres es que las sorpresas no te dejan noqueada sin posibilidad de defensa. Mi aparente actitud sosegada le pilló al traspies y le hizo caer en el grave error de que podía decirme la verdad sin mayores consecuencias.

—En un par de ocasiones —admitió con esa horrible media sonrisa—. Me encontraba tan perdido y seco de ideas que he necesitado de alguna que otra evasión.

—Evasión... —No sé si tenía ganas de reír o de vomitar, la verdad.

—¡Soy un artista, Beatriz! Estas cosas pasan, pero no me cambian ni a mí ni cambian lo que tenemos juntos.

—Por supuesto que no cambian nada.

Haciendo algo de introspección sentí que las primeras señales de traición las había visto un par de meses antes de empezar a vivir juntos. Porque sí, fui inepta hasta para eso. Con darle la llave de mi piso había asumido que todo estaba hecho.

Excusas algo absurdas, cancelaciones en el último momento, pocas ganas de hacer planes juntos y alguna que otra mirada cruzada con admiradoras de medio pelo enamoradas del arte contemporáneo. Sí, aquello venía de largo y sí, no cambiaba nada, porque desde el principio me había estado poniendo los cuernos. El muy retorcido ni siquiera me estaba mintiendo.

Siguió un buen rato dorándome la píldora; jurándome adoración y amor eterno y con cada excusa, con cada nueva promesa, más idiota me hacía sentir.

No fue fácil parecer serena cuando por dentro todo era caos, dolor, ira y vergüenza. Miles de agujas pinchaban mis adentros y la nariz amenazaba con congestionarse.

«¡No!».

—Entonces... —dijo con mucha dulzura—. ¿Todo bien entre nosotros?

—Sí, Juanjo. Todo está bien entre nosotros. —Solté un suspiro de despedida, necesitaba una válvula, aunque fuese liviana. Me levanté de la mesa sintiéndome agotada y por fin le dejé marchar—. Tienes media hora para recoger tus cosas. Estaré abajo en el bar de Pepe esperando a que te vayas. Pero no te preocupes, todo está bien entre nosotros.

—No hablas en serio.

—Completamente.

Entonces vio la decisión en mi mirada y perdió el color.

—¿Y nuestros proyectos juntos?

—No tenemos ningún proyecto en común, Juanjo. Solo trabajo en equipo por conveniencia. Tú te expresas como artista y yo pago los gastos a cambio de algún que otro revolcón cuando me ves desesperada.

—Pero...

—Fuera. Te quedan veintiocho minutos.

Capítulo 2

Alvar

*E*l dolor de cabeza era insoportable cuando desperté. Me di la vuelta con cuidado, sin abrir los ojos, no fueran a explotarme los sesos por el esfuerzo. Mala decisión, porque al hacerlo, me caí de bruces.

Había dormido en el sofá. Cómo y cuándo acabé allí, era otro misterioso hecho inexplicable escondido en la neblina que llenaba mi cerebro. El día anterior habíamos probado la primera remesa del destilado de patata. Sabía a rayos, pero no por eso habíamos dejado de beber. Lo de construir nuestro propio alambique había sido la mejor idea en años y por fin veíamos resultados. No del todo convincentes por el momento, la verdad, pero la cosa prometía. En cuanto tuviésemos fruta, íbamos a dar la campanada. Me entraron ganas de vomitar en el momento en el que me imaginé el sabor del licor de arándanos y me costó controlar la bilis que me quemaba la garganta mientras mi lengua rasposa ayudaba infructuosamente a tragar la saliva.

Me dolía todo el cuerpo, la cabeza me daba vueltas y necesitaba beber agua con urgencia. A gatas conseguí llegar hasta el fregadero. Me lavé la cara para recuperarme del mareo que había sentido al elevarme del suelo y bebí tres o cuatro vasos de agua casi sin respirar. Sintiéndome algo mejor, me arrastré hasta la cama para seguir durmiendo la mona.

Un rato después volvía a besar la tarima con los dientes, notando un dolor punzante en el costado.

—¿Qué coño pasa? —Me picaba la garganta y sentía la lengua como una lija.

—¿Que qué pasa?! —Esa voz femenina...

Volví a sentir otro golpe en las costillas, este más fuerte que el primero. Al menos los golpes me devolvieron algo de claridad.

—Si no quieres acabar en el hospital con el brazo roto será mejor que pares —la amenacé.

—Mira cómo tiemblo —espetó ella mientras me zarandeaba—. No puedes ni tenerte en pie. —¡Cómo la odiaba cuando tenía razón!

—No me cabrees y lárgate —gorgoteé.

—Piii... ¡Respuesta incorrecta! —Volvió a patearme, esta vez en la planta del pie haciendo que sintiese el pinchazo en la rodilla.

Las clases de autodefensa que había insistido que recibiera se estaban poniendo en mi contra.

—¡Bruja!

De un salto me lancé a por su cuello. En vez de eso, me encontré dos... cuatro..., seis... manos bailando y todo muy borroso. Me apartó de un manotazo haciéndome perder el equilibrio. Ya los dos en el suelo, me dio la vuelta y apretó la rodilla contra mi esternón.

—Eres un mierda si dejas que una nenaza te vapulee. ¿No es esa una de tus estúpidas frases?

—Déjame en paz —escupí.

—He tenido una paciencia infinita contigo. —Hincó más la rodilla, haciéndome ver las estrellas—. Quiero que vuelva mi hermano, no el despojo que tengo delante. Lávate, que dentro de veinte minutos salimos por esa puerta.

Para asegurarse, y creo que por pura malicia, giró la pierna clavándome la rótula en el estómago antes de incorporarse.

Sin embargo, no tenía la intención de darle una satisfacción.

—No voy a ninguna parte.

Y empecé a reírme. En cuanto solté la primera carcajada, mi hermana se lanzó a agarrarme por la tráquea y comenzó a apretar. Intenté desasirme, pero, para mi vergüenza, no pude; el alcohol me había convertido en un muñeco de trapo. La agarré de los bíceps y apreté con todas mis fuerzas. Ella no cedió terreno; iba a dejar marca. Esta vez nada me impediría partirle la boca..., en cuanto volviese a respirar, claro.

—Escúchame bien, ingrato, porque solo lo voy a decir una vez —escupió entre dientes mientras disfrutaba viéndome sin aire—. Este circo termina ahora mismo. Tienes hora con un especialista esta misma tarde y si no quieres ayuda, me da igual; si hace falta, te meteré las ganas de recuperarte a base de golpes. Y no me tientes, sabes que soy capaz. Te juro por los tres hijos que tengo que no voy a volver a aguantar más este veneno que te está comiendo por

dentro. Antes acabo contigo con mis propias manos, ¿queda claro?! He esperado demasiado y te he dejado caer, pero eso se terminó. Y ahora dúchate. Apesta.

Me soltó justo unos segundos antes de que perdiera el conocimiento y me miró impasible mientras yo tosía arrodillado en el suelo. Me agarró del pelo, me acompañó de esa guisa al cuarto de baño y me lanzó dentro cerrando la puerta detrás a mi espalda.

Me había dicho que lo haría, llevaba meses avisándome, y había cumplido su palabra. Era algo de familia.

Por añadidura, con nosotros los límites siempre eran difusos, la privacidad relativa y la conexión intensa, aunque a niveles extraños. Igual que juraba haber sentido una incomodidad enorme durante el tiempo que duraron sus dos partos, estoy seguro de que llevaba provocándole dolores de estómago desde que llegué. Pero no podía hacer nada por cambiarlo. No me sentía capaz.

Hacía un montón de años que no llegábamos a las manos, y era casi milagroso que no hubiese pasado antes. De niños, cuando las cosas entre nosotros se agitaban demasiado, acabábamos a tortazos; cuando fuimos algo más mayores eran más peleas de *pressing catch* que otra cosa, pero todo eso había acabado cuando apareció su primer pretendiente en la puerta de casa, con una sonrisa bobalicona pintada en su fea cara.

A partir de ese momento —creo que entonces teníamos catorce años—, pasé de pelearme con ella para hacerlo con cualquier idiota que osara mirarla de reojo, tratarla sin respeto o simplemente tocarla, con las consiguientes broncas a cuenta de que la dejara en paz.

Nunca había sido un adolescente al uso, lo admito.

Me dio igual lo que otros pensaran siempre y cuando quedara claro que cualquiera que se acercara, debía tenerme presente y me había importado poco lo que ella hubiera protestado; cosa que había hecho, con vehemencia. Para llegar a ella, debían pasar primero por mí, su gemelo, y nunca llegó nadie a pasar el test. No ante mis ojos. Había tenido que irme al culo del mundo para que osasen acercarse. Cagones.

Éramos un tándem y, como tal, nos tomábamos muy a pecho lo que le pasara al otro. Porque ella también se había encargado de hacerme faenas con la excusa de que solo se preocupaba por mí. Teníamos nuestras razones y casi siempre daban en el clavo. Éramos el *alter ego* del otro; lo que el uno no veía, el otro lo solucionaba sin preguntar.

Siempre nos lo habíamos contado todo, para bien o para mal. No había secretos entre nosotros. A veces nos dábamos espacio, pero tarde o temprano, de una forma u otra, lo importante nos lo acabábamos recriminando.

En los últimos meses, sin embargo, no habíamos mantenido ni una sola conversación. Me había preguntado muchas veces, aunque yo solo le había contestado con monosílabos o ni siquiera eso.

A tenor de lo que acababa de pasar, intuía que las tornas habían cambiado. Si no era por las buenas, sería por las malas. El tiempo de conversar había quedado atrás, y ella había decidido que era hora de pasar a la acción. Obviamente, iba a cuidar de mí hasta que supiese hacerlo por mí mismo. Lo peor es que no estaba seguro de que pudiésemos llegar a ese punto.

«¿Qué decían los expertos sobre la falta de igualdad entre los sexos?», pensé mientras me miraba en el espejo del cuarto de baño. Esa gente no nos conocía porque, de saber de nuestra existencia, nos pondrían como claro ejemplo de la excepción que confirma la regla. Los cardenales sobre mis costillas eran prueba evidente de ello.

Apoiado sobre el lavabo sopesé mis posibilidades. Ninguna en ese estado. Solté el aire y, mucho más despacio que un viejo setentón, me di una ducha.

No hablamos en todo el viaje, aunque solo era cuestión de tiempo que tuviésemos una de esas sesiones maratónicas en la que dedicábamos toda la noche a poner los puntos sobre las íes. Por extraño que pueda parecer, después de los cuatro primeros chillidos y de un par de puñetazos, nuestras conversaciones solían resultar serenas, llenándolas de extrañas confesiones como si nadie más en el mundo fuese a entender lo que pensábamos o sentíamos. Si no había consejos que dar, simplemente nos escuchábamos el uno al otro, y eso era más que suficiente para ver el mundo desde otra perspectiva.

Por desgracia, yo no estaba muy receptivo y por mucho que ella hubiera intentado acercarse, solo había recibido malos modos y gruñidos. En algún momento, habíamos perdido nuestra conexión y eso dolía tanto o más que el haberme vuelto un andrajoso. Ella sabía que no habría manera de cambiarme una vez que esa nueva forma de actuar se convirtiera en mi *modus operandi* habitual.

En la ciudad tardamos un buen rato en aparcar, como siempre. El especialista en cuestión era un psicólogo con una consulta en uno de esos centros médicos que dicen a gritos «Aquí cuesta todo una pasta» y me cabreó

la idea de que, además de perder el tiempo con un calientasillas estirado, tuviese que pagarle con uno de mis riñones.

—Es un antiguo compañero de la universidad —dijo de repente— y tiene experiencia en casos como el tuyo.

—No soy un caso.

—No, claro que no. Por aquí.

Juré allí mismo que si seguía tirando de la ironía, había grandes posibilidades de devolverle algún que otro codazo antes de salir de su monovolumen.

Dudé otra vez en seguirla cuando salimos del coche. Me estaba metiendo en la boca del lobo, pero ese sexto sentido que nos conectaba me gritaba que entrara con ella en aquel edificio.

Subimos a la segunda planta, donde dio mi nombre a la recepcionista. Rubia, ojos azules, piel inmaculada, sonriente, pero distante; como casi todas las mujeres del país. A lo largo de los años había aprendido a oler a una paisana a kilómetros de distancia basándome en cómo se peinaban, cómo se maquillaban y cómo se vestían. Daba igual la parte del mundo en la que me encontrase. Recordaba haberme acercado años atrás a una mujer en un rodeo en Texas convencido de que era sueca. Gracias a estos superpoderes acabamos en el catre horas después.

Pero esa mujer no era aquella del rodeo. ¿En qué estaba pensando al verme allí plantado a la sombra de mi hermana? ¿Asumía que estaba para que me encerraran? Un momento después dejé de preocuparme. La recepcionista estaba de vuelta de todo a juzgar con la desgana con la que se movía. Normal que la chica fuese sueca.

¡Agg! Otra vez dando vueltas sin llegar a nada. En aquella sala de espera me dieron ganas de darme contra la pared a ver si así conseguía poner en marcha aquel cerebro mío.

La secretaria en cuestión tardó una eternidad en encontrarnos en su agenda y, con mucha parsimonia, terminó lo que estuviera haciendo en el ordenador. Aquello no ayudaba nada a mi aturullamiento y mucho al cabreo general que formaba parte de mí desde hacía demasiado tiempo.

Por fin levantó la vista.

—El doctor les atenderá en un momento. Vengan conmigo.

—Yo te espero aquí —me dijo mi hermana.

—Como quieras.

La recepcionista comenzó a impacientarse e hizo un mohín con la boca al tiempo que endurecía la mirada. Sin duda una mujer encantadora.

«Ron».

Entre mis superpoderes destacaba un instinto más que probado para saber qué bebida alcohólica era la preferida de cada uno. Un poder que había rentabilizado bien en el pasado. Solo tenía que invitar a una copa o, simplemente, pedir una ronda de la bebida que a mi objetivo le gustaba más y al cabo de un rato de cháchara acababa en su apartamento. Algo que había echado de menos cuando estuve fuera, donde las mujeres se pensaban dos mil veces lo de pasar una noche de sexo sin compromiso. Porque acertaba en la bebida, pero luego nada de nada.

A esta recepcionista solo había que invitarla a un cubalibre y lo demás iría rodado. Una pena que me resultara del todo indiferente, incluso para un encuentro casual. De hecho, la idea me parecía algo repugnante, tanto que me llevé una mano al pecho para calmar el nudo que llevaba instalado allí y que, de vez en cuando, me cortaba la respiración.

Mi reino por una cerveza. ¡Agg!, otra vez esa asquerosa acidez.

—No hace falta que llame —dijo la joven, señalando una de las puertas del pasillo mientras me miraba de arriba a abajo como si llevase un rato esperando que me moviera.

—Gracias.

Ni siquiera replicó. Se dio la vuelta y desapareció segundos después por la puerta del lavabo de señoras.

Entré sin llamar y encontré allí a un hombre mayor haciendo garabatos en un bloc de notas. Debía ser un error.

—Perdone, creo que me he confundido.

—Pase, pase. No es ningún error.

Se levantó del escritorio y me ofreció la mano mientras nos presentábamos. Demasiado sonriente para mi gusto.

—Siéntese, por favor —dijo al tiempo que señalaba una de las sillas enfrente de la mesa—. Tengo entendido que usted no es el que ha pedido la consulta, ¿verdad? —Seguí sus instrucciones. Aquel hombre podría ser mi padre—. Parece sorprendido.

—No se ofenda —carraspeé—, pero no estoy seguro de que usted sea la persona de quien me han hablado.

—¿Eso cree? —preguntó alzando las cejas.

—Estudió usted con mi hermana.

—Sí, coincidimos en un par de asignaturas. —Sonrió otra vez; empezaba a resultarme pastoso—. Decidí matricularme en la universidad cuando me licenciaron.

Levantó el brazo izquierdo y entonces me di cuenta de que tenía una mano ortopédica.

—Fuego amigo —dijo.

«Joder».

—Especializarme en psiquiatría y estudiar psicología fue mi intento de terapia cuando volví a la vida civil.

—¿Intento?

—No funcionó, aunque por fin me quedó claro que necesitaba ayuda. Además aprendí a ganarme la vida fuera del ejército.

—Si dice que no le funcionó... —Ya estaba apoyando las manos en el reposabrazos de la silla cuando continuó, dejándome en una postura algo incómoda.

—Supe ponerle nombre a todo lo que me pasaba, pero no me hizo sentir mejor. Las pesadillas continuaron y aún hoy pienso que fue un milagro que mi mujer soportase mis cambios de humor.

—Entonces. —Quise preguntar, pero no me salió la entonación.

—Terminé visitando al loquero. —Su expresión cambió en milésimas de segundo. De payaso a rompepiernas y su mirada no anunciaba nada bueno.

—Ya veo.

—Antes de entrar en materia —dijo mientras se recostaba en su silla—, ¿por qué no me cuenta lo que hizo ayer?

Me puse cómodo otra vez y contesté a la pregunta.

—Absolutamente nada.

Capítulo 3

Beatriz

Con una tila bien caliente que Pepe me había preparado con todo su amor — porque Pepe era un amor en forma de cincuentón barrigudo y sonrisa de querubín— esperé sentada mirando por el ventanal en dirección al portal. Cinco años de mi vida viviendo en la inopia son muchos años y el pobre tabernero lo vio escrito en mi cara en cuanto entré por la puerta.

En aquellos veinte minutos, tuve tiempo de ver pasar por mi cabeza escenas que deberían haberme hecho replantearme ciertas cosas sobre el buen comportamiento de mi novio y que me había negado a ver no fuesen a ser ciertas.

Yo y mi cuarta dimensión.

¿Cuánta más gente sabría de aquello? Mucha a juzgar por la tirria que mi familia y amigos le tenían. Algunas de mis amigas incluso me presentaban hombres como si estuviese soltera y siempre había pensado que era porque le tenían envidia. Mi ceguera había estado a la par con el bochorno que en ese momento sentía: infinitos los dos.

¿Con qué cara iba yo a reconocerles la verdad ahora? Iban a reírse a carcajadas y con razón.

Todo, absolutamente todo en mi vida, giraba en torno a Juanjo. Vivía abnegada a sus necesidades porque le quería, porque deseaba que triunfara, porque confiaba en él. ¡Incluso me había despedido de un trabajo que adoraba solo para poder ir con él un año al quinto pino cuando a mí no se me había perdido nada allí!

Más de dos años ahorrando hasta el último céntimo para poder pagar un seguro médico decente privado, billetes y un colchón para emergencias durante nuestra estancia en la colonia. Durante muchísimo tiempo no había tenido más vida que la del trabajo y algún que otro proyecto personal mientras

mi «amorcito» se desfogaba por el bien de la humanidad para poder seguir enseñando al mundo su talento una vez cada dos años. Porque Juanjo se negaba en rotundo a pintar más de un cuadro al año alegando que la cantidad siempre era sinónimo de mala calidad. Que sus ideas eran tan puras y genuinas que, a la fuerza, solo venían en contadas ocasiones lo que hacía que su arte fuese todavía más extraordinario. Nunca lo había expresado con palabras, pero siempre había asumido que Juanjo estaba por encima del resto de los mortales. ¿Cómo había podido comerme toda esa cantidad de patrañas? ¿Cómo había podido caer tan bajo? ¿Cómo terminé por quererme tan poco?

Normal que me la hubiera pegado. Tenía tiempo, oportunidades de sobra y una novia obnubilada desde que había hecho un retrato de ella y le había dicho que jamás lo vendería porque sería como desprenderse de parte de su alma.

Y como una imbécil le había creído, perdiendo la virginidad con él esa misma tarde. ¡De memez supina!

Sentí flaquear cuando le vi salir del portal de casa todo compungido, aunque se me pasó rápido al ver el tamaño de la maleta que acarreaba. Aquello no era una maleta, era una bolsa de cosméticos, como mucho. O sea, no creía que fuese en serio y pensaba volver más pronto que tarde. ¿Y por qué debía dudar? Al fin y al cabo, conmigo siempre había sido así. Cosa que deseaba de mí, cosa que conseguía. Ni corta ni perezosa le mandé un mensaje al móvil.

Bea: «Dejaré el resto de tus cosas donde Pepe. Tendrá sitio en la bodega hasta que puedas recogerlas a partir de mañana».

No hubo contestación. Menos mal. Mandé otro mensaje a Sandra.

Bea: «Acabo de romper con Juanjo. Le he echado de casa. ¿Me ayudas a tirar sus cosas?».

En este caso la respuesta fue instantánea.

Sandra: «Lo siento mucho. Encantada de ayudar. Me paso después del trabajo».

Cuando Sandra entró por la puerta aquella tarde, no se veía el suelo. Ropa, libros, cajas, botes de pinturas, lienzos, pinceles y carboncillos sí, pero no terrazo.

En un vano intento por meter al buen tuntún sus cosas en varias cajas, había estallado de rabia y empezado a romper, lanzar y pisar todo lo que encontré por el camino. Porque todo lo que me rodeaba me recordaba a él.

Prácticamente no teníamos muebles y las pocas posesiones que había en aquella casa o eran de él o eran nuestras. A lo largo de los meses, habíamos sustituido mis muebles por otros más acordes con su personalidad. Para mi vergüenza tuve que reconocer que ya ni las bragas las compraba por mi cuenta. Todo pasaba por sus manos.

Estaba tan enfadada con él y decepcionada conmigo misma...

—Veo que la limpieza de primavera va viento en popa —dijo Sandra para aligerar la tensión.

—Estupendísimamente va. Te dejo romper algo si quieres, dicen que es liberador y doy fe de que es cierto.

—¿Tus camisetas también? —preguntó con su tono de sé-que-no-debería-hurgar-en-la-herida-pero-para-eso-están-las-amigas.

Me encogí de hombros porque explicarme suponía querer vomitar y luego cabrearme, para por último llegar de nuevo al máximo estadio de humillación. Necesitaba dos minutos para decirle que me había puesto los cuernos. Mejor tres.

—Todo lo que haya comprado con él está corrupto. No quiero nada que le haya gustado.

—Las bases del concurso son clarísimas y bien sencillas: romper todo que haya en tu armario.

Vale, Sandra sabía que si algo no le gustaba a Juanjo directamente no me lo ponía y acababa, tarde o temprano, en la bolsa para la gente necesitada de la parroquia. Qué patética era mi vida.

—Y el armario —añadí entre dientes dándole una patada a la puerta.

—¿Tienes un hacha?

Sandra se puso en marcha sin decir nada más buscando de verdad un hacha. (Nota a tener en cuenta para una vida futura: tener un hacha a mano para momentos de necesidad).

Al cabo de un rato cortando tejidos e imaginando cómo coserlos para construir un monstruo gigante relleno de globos de helio con la cara de mi ex, me sinceré con mi mejor amiga.

—Me estaba poniendo los cuernos en nuestra habitación cuando llegué hoy a casa antes de lo esperado.

Qué mal sonaba aquello y en qué poco decía de mí. Dolía ser un cliché.

Mi abuela debía estar ahora revolviéndose en su tumba. Al fin y al cabo, aquel piso de cuarenta metros cuadrados fue su refugio y mi herencia. Por no

decir que si a mi abuelo se le hubiese ocurrido hacer lo que me había hecho Juanjo, ella le habría abierto la cabeza con la sartén. Mientras dormía. Si supiera que le había estado promocionando con su dinero. Un dinero que ella y mi abuelo habían ahorrado durante una vida de trabajo duro y frugalidad.

Sandra no se sorprendió, solo soltó un suspiro de empatía. Supongo que ya tenía pena por mí desde hacía tiempo así que a partir de ahí todo era mejorar a sus ojos.

—¿Es definitivo que lo habéis dejado? —preguntó en un tono más que sospechoso.

—Por supuesto. Ya te lo he dicho.

—¿Seguro?

—¿Qué quieres decir? Segurísimo, ¿no me crees?

—Creo que dices la verdad, pero no estoy segura de que vayas a mantenerte firme.

—Necesito tu apoyo, y tú me llamas flojeras.

—Beatriz, has querido a ese... ese... —Soltó el aire con los dientes apretados.

—Dilo.

—A ese hijo de puta. —Pegué un respingo—. ¿Lo ves? Déjalo, no quieres oírlo.

—Perdona, es un acto reflejo. Sigue.

Sandra calló levantando una ceja.

—De verdad. Di lo que tengas que decir. Estoy decidida —insistí.

Sandra se sentó conmigo en el suelo.

—Como decía. Has querido a ese malnacido —mi amiga era un diccionario de insultos andante, pero nunca se había explayado así con Juanjo— durante mucho tiempo y se ha convertido en rutina defenderle de todo y ante todos. No sé si eres consciente de que te tiene agarrada de las pelotas, bueno, de los ovarios, ya me entiendes.

—No te ha cogido por sorpresa la noticia de haberle pillado *in fraganti* —dije muy bajito porque me daba miedo reconocer mi miopía.

—No —aseguró sin más.

—¿Por qué?

—¿De verdad quieres entrar en detalles? Ahora no es un buen momento y probablemente te haría mucho más feliz seguir destrozando cosas.

—Tienes razón, pero como bien dices, me tiene cogida de los ovarios y

necesito odiarle aún más para mantenerme firme.

—Encantada de soltar sapos y culebras, aunque no te va a gustar.

Suspiré por enésima vez.

—Todo el mundo sabe que las terapias de choque son las mejores.

Sandra levantó las manos.

—Como quieras. —Hizo una pausa mientras se entretenía en cortar en pedacitos minúsculos un fular precioso de seda que mi nov... exnovio me había regalado por Reyes—. Ese comemierda te la ha pegado con todas las tías que ha podido desde que le conoces.

Así, sin mayores preámbulos.

Dejé de respirar, y Sandra tuvo que zarandearme para reanimarme.

Lo sabía, en lo más profundo siempre lo había sabido y el resto de la humanidad también, pero las verdades a bocajarro duelen y esta me hizo abrazarme a mí misma y soltar un gemido de pena.

Sandra se acercó, me abrazó y nos acunamos juntas.

—Desahógate todo lo que quieras, Bea. No te cortes, nadie se merece que le traten como ese tipo ha hecho contigo y te juro que lo pagaré. Algún día encontrará su merecido.

Seguí hecha una pelota en el suelo durante una eternidad mientras Sandra se entretenía en no dejar títere con cabeza de palabra y de acción. Yo la vi hacer mientras intentaba salir de mi propio cuerpo para no sentir nada. No lo conseguí.

—Caín no le llega ni a la suela del zapato —soltó con desprecio mientras rasgaba otra de sus camisetas favoritas.

Y entonces me entró la risa floja. Ver la tirria que Sandra le tenía me hizo sentir muchísimo mejor y observar lo explícito de sus actos me hizo pensar que, de tenerle delante, le estrangularía sin pensárselo dos veces.

—Te quiero un montón, Sandra.

—Me alegra, porque ahora mismo no me considero una buena persona con las cosas que se me cruzan por la cabeza. Y todo por un ñorda como ese. ¿Nos emborrachamos o qué?

Acabé a carcajada limpia sobre el suelo pidiendo a Sandra que cortase más y más hasta que no quedó nada por romper. A excepción de mi preciada colección de calcetines de colores. Al menos había algo en lo que mi ex no había metido las narices, de hecho, era la única cosa que a él siempre le disgustó y en la que yo jamás cedí.

¡Viva yo y mis pequeñas victorias!

Esa noche Sandra se quedó a dormir en mi casa. Después de meter en bolsas de basura los restos de ropa y cosas de él que nos habíamos ido encontrando, hicimos un campamento improvisado en la sala. Ni por asomo iba yo a dormir en ese colchón y ya tenía preparado el desinfectante para aplicarlo con generosidad por toda la habitación antes de poder dormir allí sin que se me encogiera el estómago.

En medio de aquel ataque de destrucción masiva, había mirado colchones por internet al ver cómo mi amiga se desfogaba, cuchillo jamonero en mano, con aquella pobre cama. Solo quedó la estructura sin destrozarse.

Sandra había también organizado un aquelarre en no sé qué descampado para quemar todos los juguetes eróticos con los que había llenado una bolsa de basura con los guantes de fregar puestos y Vicks Vaporub debajo de la nariz para evitar las arcadas. Dijo que, bien hecho, el mal de ojo le convertiría en un eunuco de por vida.

No dormí nada aquella maldita noche.

Al día siguiente, metí a presión en una maleta de las de verdad las pocas posesiones de Juanjo que habían sobrevivido a la orgía destructora de la tarde anterior y lo dejé todo en la bodega de Pepe.

Llamé al trabajo para decirles que había cambiado de opinión y que volvería a trabajar en un par de días; mi madre, cómo no, montó una reunión de urgencia para que les aclarase qué demonios pasaba.

Capítulo 4

Alvar

«*M*anténgase entretenido».

Si eso era todo lo que un psicólogo con licencia podía aconsejarme, ya podíamos dar por perdido el dinero y la profesión. «Manténgase entretenido, haga lo que siempre le gustó hacer, busque una ocupación, algo que le relaje». A un Einstein tenía yo por psicólogo. De seguir estrujándose las meninges, acabaría por encontrar el secreto de la piedra filosofal.

Vaya mierda de consejo y vaya mierda de vida que tenía si era incapaz de encontrar nada a lo que dedicarme. Solo se me ocurría ir a experimentar con el alambique, pero ya sabía dónde acabaría: tirado a saber dónde, inconsciente y con una borrachera memorable. Al menos mis queridos convecinos tendrían espectáculo gratis, porque yo no recordaba nada a partir del quinto vaso.

Dejé caer la cabeza sobre el respaldo del sofá de puro cansancio, pero no del físico. El cerebro empezaba a dolerme bajo el peso de los recuerdos y me crecía la presión en el pecho. Cerré los ojos e intenté visualizar esa imagen del paraíso que había construido años atrás en medio de un infierno de balas y barro de a saber qué punto cardinal de la jungla africana. Parece que el truco funcionó y después de un rato, volvía a ser el mismo tipo cabreado de media hora antes.

Con el enfado perpetuo me sentía mucho más a gusto que con la angustia incontrolable.

Mientras preparaba un café sonó el teléfono.

Mi hermana.

—Necesito un favor. —Ni un buenos días ni un mísero «hola».

—Hermanos sin fronteras al habla.

—Menos mal que estás de buen humor hoy.

—Sip. Ando dando saltos por la casa.

—Tú no tienes casa, tienes una madriguera —dijo con sarcasmo.

—Perdone. Tejones sin fronteras al habla. ¿En qué puedo ayudarle?

—Tus sobrinos te necesitan.

—¿No se supone que hoy hay colegio?

—Ya, pero no es costumbre llevarlos al cole con la gripe. El mayor todavía no tiene síntomas así que lo tienes chupado. Yo tengo una urgencia que atender y el padre de las criaturas trabaja hoy en no sé qué proyecto en no sé dónde, en un planeta muy muy lejano.

Empecé a respirar a lo Darth Vader.

—No son mis hijos. —Imitar al malo de la Guerra de las Galaxias se me daba bien.

—Así me gusta, que te pongas ya en situación. A tus sobrinos les encantarán unos cuantos duelos con espadas láser, aunque tendréis que construirlas y pintarlas porque las de plástico hace tiempo que se rompieron. En quince minutos salgo así que date prisa.

—Espera un momento. No estoy seguro de que sea una buena idea. No he hecho de niño desde hace años.

«Y no sé si tener a los niños alrededor es muy buena idea en estos momentos».

—No digas tonterías. Ya aprendiste algo con el primero, es como montar en bicicleta.

Empecé a sentir que la opresión en el pecho aumentaba.

—Pero...

Y colgó sin darme tiempo a negarme. Al menos esta vez no tendría que lidiar con un baño de defecaciones y un montón de pañales de nueva generación que necesitaban instrucciones como las de los muebles de IKEA para poder utilizarlos adecuadamente y que la mierda no resbalara por los laterales. Aquella vez, estuve a punto de llamar para volver al trabajo dos semanas antes. Los gemelos ya sabían ir solos al cuarto de baño, así que las posibilidades de desastre se reducían considerablemente. A no ser que la gripe fuera de esas que provocaba diarreas.

Mi hermana iba a pagar, si ese era el caso.

En vez de coger el coche, fui corriendo a ver si así desaparecía la intranquilidad. Correr, sabiendo a dónde iba, me daba cierto sosiego.

Cuando llegué, los gemelos me esperaban disfrazados de Jedi y con un tubo de cartón en la mano, de los que se usan para enrollar el papel de regalo.

Nunca pensé que hacer la empuñadura de una espada láser fuera a ser tan complicado, además esos renacuajos conocían todos los detalles y había docenas de botones que pintar e instalar en el sitio adecuado. Tras horas de corta-pega-pinta conseguimos un resultado decente, aunque no llegamos a montar ninguna espada doble. Eso quedó pendiente para la próxima visita.

La vida a veces me daba un respiro.

La ingenuidad de mis sobrinos también me centraba. Me hacía ver la realidad desde un punto de vista que había olvidado en los últimos años.

Mi trabajo me había vuelto un cínico que solo buscaba el mal disfrazado en las acciones de los demás. Encontraba bajos instintos en las situaciones más insípidas y veía diablos detrás de cada personalidad.

En mi mundo, el desvalido era el único bueno de la película y la valentía y fuerza interior de los desconocidos me ponía a la defensiva. Veía enemigos por todas partes y tomaba demasiado en serio palabras y actos ingenuos cuando no conocía todos los pormenores.

Pensaba a priori en lo malo y me enfrentaba a todo preparándome para lo peor.

Jugar a la Guerra de las Galaxias con los gemelos ponía las cosas en perspectiva por extraño que pudiese parecer. Convertir las cosas serias en un juego era también una forma de actuar como una persona. Sacar lo bueno de lo malo, de quitarle hierro al asunto, de permitirnos volver a la niñez aunque solo fuese por un par de horas.

Participar con ellos en sus fantasías, meterme en el papel del bueno y el malo sin ir más allá y no buscarle significado a las cosas resultaba terapéutico y no solo para los casos como el mío. Quien no disfruta jugando con un niño es porque ha perdido una gran parte de su alma; la más importante.

Envidié a mi hermana por disfrutar de sus tres hijos y, al mismo tiempo, agradecí que los hubiese metido en mi vida con calzador.

Los dos demonios me agotaron en menos de cuatro horas. No podía considerarse ni siquiera que hubiese cuidado de ellos; más bien había sobrevivido a sus maquinaciones, ¡estando enfermos! Eso fue la puntilla. Muy mal debía de estar para que dos enanos que todavía no sabían atarse los cordones de los zapatos me dejaran fuera de juego en una tarde.

Pensando en ello, y apoyando la cabeza sobre el respaldo del sofá para mirar al techo, una vez de vuelta, me di cuenta del patético estado en el que se encontraba mi casa. Desde mi posición era fácil hacer figuras con las grietas

de la pintura y, mirara donde mirara, los cacharros se acumulaban, las alfombras estaban llenas de manchas y los muebles se desconchaban. Oía mal. Entre sudor, ropa sucia acumulada, comida sin limpiar esparcida por la mesa y cualquier superficie de la cocina, y toneladas de polvo que formaban pelusas del tamaño de pelotas de tenis, era fácil entender por qué nadie se acercaba a menos de doscientos metros de mi casa. Puede que esa fuese la explicación a que no hubiera turistas cruzando por el jardín de atrás.

Llamar «madriguera» a mi casa, en el fondo, era un piropo.

«Manténgase entretenido». Vaya idiotez.

Recogí el plato de la cena y puse en marcha el lavavajillas, o al menos lo intenté, porque no tenía pastillas de detergente. Al final lo llené de cacharros y lo dejé cerrado. Seguirían sucios, pero no a la vista.

Hice una lista mental con lo que necesitaría para poner mi casa en condiciones, aunque acabé por tener que escribirlo, lo que me agobió aún más porque, por lo visto, la cosa iba para largo. Menos mal que me llamó Ingmar para que le ayudara con diez kilos de fruta medio pocha que necesitaban pasar lo antes posible por el alambique.

La casa podía esperar.

Ingmar me recibió como siempre. Con un gruñido, una cerveza y una silla de plástico en la que sentarme en cuanto entraba en su garaje. Era mi mejor amigo. Extraño, pero cierto. Me doblaba la edad, hablaba poco o nada, sabía por lo que había pasado y le daba igual lo que la gente pudiese decir, pensar o hacer, siempre y cuando no se inmiscuyeran en nuestros asuntos.

Nos entendíamos bien, supongo que porque habíamos vivido realidades parecidas. Esa buena comunicación sin realmente comunicarnos nada me proporcionaba paz. Una paz parecida a la que tenía con mi hermana. La diferencia radicaba en que Ingmar me dejaba vivir mi vida como me diese la gana, me miraba desde la distancia, me dejaba libremente cometer errores y si pedía ayuda, él la daba gustoso. Sin hacer preguntas.

Vive y deja vivir. Así era entre nosotros y así esperaba que siguiese siendo.

Era pescador porque el mar le entendía, le ponía comida sobre la mesa y le alejaba de todos los idiotas locales y foráneos que no paraban de dar opiniones que nadie les había preguntado.

En vez de decirme que apestaba, arrugó la nariz. Miré hacia abajo y me vi lleno de lamparones. No recordaba la última vez que los vaqueros habían pasado por la lavadora y la ropa interior era la que tocaba después de darle la

vuelta al montón de ropa sucia que se acumulaba en la esquina de mi habitación.

—Me lavaré las manos —dije.

El asintió y se fue a la esquina del garaje para empezar a separar la fruta que no podríamos usar.

Tras terminar la primera fase del proceso, sacó una botella de nuestra última «añada» y nos la fuimos pasando hasta que solo recordaba mi nombre y, como un milagro, los fantasmas se perdieron en la bruma de mi cerebro, tan anestesiados como yo.

Ingmar chasqueó la lengua, me lanzó una mirada de aviso y se levantó para ir a hacer algo a su casa. El garaje me pareció de repente demasiado tétrico y el siseo del viento colándose entre la madera chirriaba cada vez con más volumen.

La realidad le estaba ganando la batalla al sopor y eso no podía consentirse.

Me agaché y agarré tambaleante una de las botellas que todavía no habíamos cerrado y me dispuse a solucionar mi pequeña contienda personal a base de lingotazos. Un recurso simple y rápido a la par que eficiente. Si llegaba a la niebla, el viento dejaría de soplar y mi existencia dejaría de crujir. En esa nebulosa mis oídos escuchaban con sordina. Todo flotaba y el monstruo, por fin, reculaba. Solo durante un tiempo, de eso estaba seguro, por eso debía aprovecharlo bien.

Recuperé la consciencia de golpe por culpa del agua helada. Tardé unos segundos en reconocer dónde me encontraba.

Entraba luz por debajo de la puerta, parpadeé y busqué a Ingmar con la mirada, pero solo vi a mi hermana con un cubo vacío en la mano. Mi amigo debía haber salido ya a pescar.

Intenté levantarme y volví a caer de espaldas sin fuerza en las piernas o en los brazos.

Mi hermana me lanzó el cubo a la cabeza y salió del garaje sin mirar atrás.

Capítulo 5

Beatriz

—*N*o hace falta que hagamos un drama de todo esto —dije a la concurrencia en cuanto aparecí en el trabajo.

—Al almacén —sentenció mi madre—. Ahora mismo y sin rechistar.

—Se supone que soy yo la que manda aquí —protesté sin mucha convicción. Mi madre ni se dignó a replicar. Claramente debía hacer algo al respecto viendo la poca autoridad que era capaz de ejercer sobre estas mujeres.

—¡Josefaaaaa! Dile a las chicas que la niña acaba de llegar.

Sin muchas ceremonias, mi lugarteniente/madre me llevó a empujones al almacén donde guardábamos las telas, botones, hilos y demás artilugios necesarios para nuestras creaciones.

—¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó Macarena toda compungida mientras el resto de compañeras entraban por la puerta murmurando cosas.

—Nada Macarena, que me lo he pensado mejor.

—¡A callar todo el mundo! —gritó mi madre—. Ahora mismo te sientas ahí —ordenó señalando una caja llena de relleno— y nos cuentas qué demonios sucede.

«Estas saben algo», pensé.

—Ya os lo he dicho, no creo que sea una buena idea irme ahora.

—Mira, niña —soltó Josefa—. Tú no eres de las que toma decisiones importantes y luego se echa para atrás. Te conocemos desde que eras un bebé y si has cambiado de idea es porque ha pasado algo grave. Tardas una eternidad en decidirte, pero cuando dices que ahí, para ahí te vas.

—¿Te has mirado al espejo? —interrumpió Carmela mientras me arreglaba el flequillo—. Tienes ojeras, mijita, y llevas la ropa toda arrugada y sin casar.

Las caricias de Carmela comenzaron a ablandarme y saqué corriendo el pañuelo para sonarme la nariz y quitarme de encima esa bola perpetua de

mocos que se acumulaba en las fosas nasales cada vez que recordaba lo que había pasado.

—No, no, no, no... —canturreó Josefa mientras todas me abrazaban.

Tras el abrazo grupal y un montón de mimos, mis camelias se separaron para darme aire y que les contara. Tardé un rato y la voz quebró un par de veces más, pero les expliqué todo. Eso sí, no entré en detalles sexuales porque estas buenas señoras se habrían desmayado por la sorpresa.

—¡Pues yo creo que deberíamos cortarle las pelotas! —gritó Pinar desde atrás cuando terminé de contar.

A lo mejor no les iban a sorprender demasiado los detalles eróticos festivos.

—¡Eso! —oí a coro.

—Tenemos tijeras de sobra.

—¡Pinar! —la regañé sin dar crédito.

—¿¡Qué!? Es un mamarracho y como me lo encuentre por la calle te juro que le digo tres frescas.

—¡Di que sí! —apoyó Josefa levantando la mano abierta para chochar los cinco.

¡Y los chocaron! Virgen santa. Estaban desmandadas.

Mi madre, cosa muy rara en ella, no soltaba prenda.

—Di algo, Dora. ¡Que es tu hija! —Por lo visto no era la única que se había dado cuenta.

—Nunca me gustó y lo sabes —dijo por fin.

Asentí con la cabeza y me preparé para la bronca. Ella se acercó para abrazarme otra vez.

—Por eso creo —le dijo a mi coronilla—, que deberías seguir con tus planes.

—No quiero irme sola, mamá.

—No será fácil, pero te vendrá bien. No es la primera ni la quinta vez que lo haces. La Beatriz de antaño debería resurgir de sus cenizas, aunque sea a costa de no verte el pelo de temporada en temporada. ¿Recuerdas la cantidad de veces que en vez de vacaciones acababas aprendiendo algo en algún taller allá donde fuésemos de veraneo?

Tenía razón. Aquellas mujeres habían sido desde bien chiquitina mis *alma mater*, pero todo lo que había aprendido en mis viajes me había convertido en

la mujer que era ahora. Bueno, hasta que me dejé engatusar por un mindundi, como diría mi padre. Durante años.

—Estoy de acuerdo —dijo Yamela.

Mi amiga de piel tostada casi nunca metía baza, por eso, cuando lo hacía, era mejor escuchar.

—Tienes que ser fuerte y luchar por lo que quieres. Ese viaje es una oportunidad única para alejarte, respirar y hacerte más grande como mujer y como artista. Si necesitas algo de tiempo para preparar el viaje sola, aquí tienes tu trabajo, pero creo de verdad que deberías ir.

—Necesito pensarlo. Ahora todo es demasiado confuso —dije sorbiendo mocos con muy poca dignidad.

—Precisamente. Cuando te alejes, lo entenderás todo mucho mejor, y es solo temporal. Aquí estaremos para recibirte cuando vuelvas.

Todas asintieron con la cabeza como si aquello fuera palabra de honor.

—Quizá tengas razón.

—La tiene —dijo mi madre.

—Además, queremos hacer eso de las video conferencias —aseguró Pinar—. Si no te vas, tendremos que hacerlo entre nosotras en habitaciones distintas. ¡No hay color!

Unos minutos más tarde cada una volvía al trabajo y yo me sentaba en mi oficina a intentar calmar los nervios.

Mi padre no tardó ni diez minutos en llamarme para invitarme a comer a casa y poner los puntos sobre las íes. Bueno, realmente era un eufemismo, porque lo que mi padre quería hacer con Juanjo estaba penado por ley y hubiese supuesto visitarle en penitenciaría al menos durante dos décadas.

Mi madre era una chivata. En vez de darme algo de tiempo para buscar la manera de decírselo a mi padre, le había ido con el cuento y a saber ahora lo que exactamente había llegado a sus oídos. En tiempo récord, es decir, de la peor forma.

A mi padre había que darle las malas noticias a cucharadas. Un poquito por aquí, otro poquito por allá. Porque si le soltabas de sopetón las cosas reaccionaba siempre a la tremenda. Yo había calculado que en un par de semanas le tendría preparado para el notición.

Pero no, mi madre tenía que soltarlo todo en cascada, como si cualquier secreto le picase por dentro y no pudiese controlar la forma en la que salía por su boca.

Y en esas me hallaba, bajo el escrutinio paterno, mientras mi madre iba y venía porque se le olvidaba siempre algo en la cocina. Vamos, que estaba sola ante el temporal.

—Si tuviese una dirección le hacía una visita, pero todos sabemos que no tiene dónde caerse muerto.

Estábamos a la mesa y yo hacía carreteras en el plato de lentejas con la cuchara. Hasta mi padre conocía a Juanjo mejor que yo.

—He sido una tonta, papá.

—No, hija. Te enamoraste de un don nadie presuntuoso lleno de mucha labia y brillantina y eso te cegó. Pero ese *gigoló* del tres al cuarto no se atreverá a acercarse si quiere volver a usar esa picha que no sabe dejar quieta.

Mi padre siempre fue muy gráfico.

—Gracias por defenderme, aunque no cambia nada. No quise ver lo que tenía delante y ahora pago las consecuencias.

—De todo se aprende, hija, si bien me pesa que debas aprender por las malas. Prométeme que no volverás a verle. Eres capaz incluso de perdonarle si le dejas enredarte otra vez. —Mi padre me atusaba el pelo de la cabeza como cuando era pequeña.

—No hace falta que te prometa nada. No soy tan idiota, papá.

—No, es cierto. Pero eres incapaz de guardar rencor y se te olvida a los dos minutos por qué estás enfadada.

—Felipe, lo que más me preocupa es que ahora la niña dice que no quiere ir a la colonia esa.

Y ya tuvo mi madre que soltar otra bomba. Esta mujer, tras décadas de matrimonio no conocía a su esposo en lo más mínimo. Eso, o que no apreciaba lo suficiente mi pescuezo. Así que me tiraba sin más a los leones.

«Yo solía quererte mucho, mamá. Adiós mundo cruel».

Me empezaron a temblar las manos cuando mi madre detalló mi cambio de planes con respecto al viaje, así que, como había terminado con las lentejas, las ocupé en hacer un barco con la servilleta de papel.

—¿Por qué no? —preguntó mi padre y no con un tono indiferente.

—¿No lo veis? —dije levantando la vista mirándoles a los ojos—. Era un proyecto que teníamos juntos. No creo siquiera que pueda ir sola. Era más suyo que mío. Me daría grima ir. Además, rompería con las reglas del contrato.

—¿Te has informado bien? Si tenían sitio para dos, lo más seguro es que

puedan admitir a uno.

Eso era el no va más. ¡Firmaba contratos un día sí y otro también! Y no, no había leído el contrato.

«Por favor que alguien me traiga un cuchillo, un papel cuadriculado y un bolígrafo. Tonta, tonta y más que tonta».

—El artista es él.

—¡Ya estamos! —gritó mi padre dando un manotazo en la mesa haciendo saltar platos, cubiertos y vasos llenos de agua—. Juanjo sí te tenía bien comida la sesera si no ves que él no tiene ni una fibra de «artista». —Cómo odiaba cuando mi padre le imitaba tan bien—. ¡Ahora mismo te pones en contacto con la colonia esa y les dices que ese porculero no va contigo y que te digan cuándo tiene un sitio para ti!

Y así quedó zanjada la conversación. Que mi padre tuviese que hablarme como si tuviese cuatro años despertó algo en mí. En los últimos tiempos me había perdido en Juanjo y ahora me movía a tientas sin poder salir. Porque mi novio se había marchado, pero su laberinto seguía ahí para que yo no le olvidase. Un laberinto que había creado para mí y que, por ser mío, lo había incluso disfrutado. Estaba tan metida en él que ya hasta me parecía acogedor. Sin Juanjo, sin embargo, se veía como lo que era, una cárcel de la que él tenía la llave y de la que no saldría salvo que la recuperara.

Horas después, me sentaba en la cocina de mi pisito a beber café y mirar aquel sobre arrugado que me desafiaba sobre la mesa. Tentada estaba de echarle la culpa de todo.

Tres meses esperando y por fin tenía la carta de aceptación. A buenas horas, mangas verdes.

Venía en sueco, pero había una copia en inglés, así que estuve un rato diccionario en mano intentando descifrar en qué condiciones nos aceptaban en la colonia de artistas. Menos mal que el sí estaba bien clarito en el primer párrafo porque iba a necesitar más de dos días en asimilar toda la información contenida en aquellos papeles si quería entender bien su contenido y no llevarme sorpresas después.

«¿Ves, papá? Soy un hacha con esto de los contratos».

Aunque yo esperaba algo más corto, la verdad. Para decirme que nos habían aceptado en el proyecto no hacía falta extenderse tanto. A lo mejor era la forma sueca de hacer las cosas. Millones de «peros», «síes», «en casos de», «a no ser qué», que me habían confundido lo suficiente como para querer

enseñar inmediatamente aquella carta a mi chico en cuanto la recibí para asegurarnos de que realmente nuestro plan estaba en marcha.

Y mira cómo acabó la mañana.

Dijera lo que dijera el personal, mi chico, ejem mi exchico, era un hombre brillante y siempre se le ocurrían las mejores ideas. A raíz de la amistad con una artista sueca que conoció en un foro de internet, había movido cielo y tierra para entrar en un proyecto pensado para jóvenes artistas. Yo nunca había oído nada parecido, pero él tenía ojos y orejas en todas partes. Más que nada porque yo no era la artista de la pareja y todas esas movidas de comunidades y encuentros temporales entre artistas y *hippismos* parecidos no me habían interesado nunca lo más mínimo. El artista con un futuro prometedor por delante era Juanjo. De hecho, si nos habían aceptado era gracias a él.

Quién iba a suponer que el amiguismo también funcionaría al otro lado del Báltico. Gracias a alguien que conocía a alguien que había ido a clase con él, habíamos encontrado un lugar perfecto para intentar dedicarnos a lo que realmente deseábamos hacer. En el caso de mi novio, pintar. Porque Juanjo tenía verdadero talento, dibujaba como los ángeles y era capaz de captar sensaciones sobre lienzo, cartón o papel de periódico mejor que cualquier artista que hubiese conocido. Yo en cambio era más terrenal, más prosaica por decirlo de alguna forma. A mí me gustaba experimentar con la artesanía, mis manos y mi cerebro que, hasta el momento, siempre habían respondido en cuanto me había invadido una oleada de creatividad, pero lo mío era más práctico. Algo en mí se negaba a crear cosas porque sí. Necesitaba pensar que lo que yo hacía iba a ser usado y no solo admirado por alguien más. Me gustaba llamarme utilitarista, si bien ya me habían dado millones de veces la charla a cuenta de lo inexacto del adjetivo

Juanjo se había encargado de todo. Envío pruebas de nuestro trabajo, contactó con mil y una personas y al final, conseguimos un sitio. Dudaba muy mucho que sin él yo tuviese un hueco.

Pero me equivoqué. Empezaba a ser costumbre.

Por supuesto que a Sandra la idea de ir sola le pareció estupendísima de la muerte y no cejó hasta que mandamos un larguísimo e-mail preguntando con todo detalle cómo y cuándo ir, viendo que la situación había cambiado de forma drástica.

—¡No, no y no! No puedes preguntar si puedes ir o no. Ya tienes la plaza, díles que vas sola y que sean ellos los que te digan cuándo.

—¿Y si nos admitieron por Juanjo?

—¿Y si, y si....? No sabemos si os cogieron por Juanjo o por ti así que no vayas tú a ponerles en tela de juicio.

—Me siento como si estuviésemos haciendo trampas.

—Es normal estar asustada, Bea.

—Yo no estoy asustada.

—Ya, por eso le pones pegas a todo. Cuando se trata de KameliaS eres como una tigresa.

Sandra tenía razón. Con cada día que pasaba, me iba cagando más de miedo y me estaba replanteando si era una buena idea lo de ir sola tan lejos y durante tanto tiempo. Al final mi amiga le dio al botón de «enviar» por mí.

Tres días después, recibía por correo electrónico la respuesta a nuestras pesquisas y venía a ser un «no hay problema, venga cuando quiera siempre que sea antes del mes de julio con todos los papeles en regla», junto con la sugerencia de que, ya que iba sola, podía alargar mucho más mi estancia por incluso menos dinero.

Las excusas para negarme a ir cada vez eran menos y, sin embargo, cada vez tenía más reticencias a dar el paso. Me había convertido en una cagona. Yo, que cuando me daban la oportunidad no esperaba ni a hacer las maletas.

Ese mismo día por la tarde recibía en el trabajo un mensaje en el móvil.

Juanjo: «Te echo de menos, nena. Tanto que me cuesta respirar. Necesito verte. ¿Café a las 20:00 en La Manuela? Por favor, ven».

Una semana. Había tardado una semana en implorar. ¿Era bueno o malo? No se lo conté a nadie porque conociendo el percal, seguro que me habrían salido con un «será que ya no puede seguir tirando del sofá del idiota de turno que no supo negarse a acogerle un par de días». Desde que se había corrido la voz, parece que todo el mundo llevaba guardándose lo que realmente opinaban de él y ahora me lo soltaban a la cara sin filtros.

Rumié si ir o no y, al final, opté por darle la oportunidad de explicarse.

—Has venido, nena —dijo sonriente.

Se levantó de un salto para darme un abrazo y, de paso, besarme justo debajo de la oreja sabiendo que era uno de mis puntos débiles.

—Me alegra ser de utilidad. —Carraspeé algo confundida mientras me sentaba reprimiendo las ganas de limpiar con la manga de la chaqueta la saliva de mi cuello.

—He pasado unos días malísimos, Bea. —Derecho a la línea de flotación.

Sabía de sobra que no soportaba ver sufrir a nadie. En cuanto notaba aflicción en el ambiente, de cualquier clase, necesitaba hacer algo. Un lloro, una cara compungida, un suspiro y allá iba yo a ver si podía arreglarlo. A lo largo de los años aquella tendencia mía me había metido en más de un aprieto. En ocasiones, porque cada uno lleva sus problemas como quiere o como puede, eso de ayudar terminaba por ser un meterme donde nadie me había llamado. Me costó aprender a vivir y dejar vivir.

Otras veces aprendí la lección —y no de la mejor manera— porque muchos se habían aprovechado pidiendo favores que no necesitaban alegando que yo era la que había ofrecido mi ayuda para empezar.

En resumidas cuentas. Tenía un extraño sentido de la generosidad y confundía a menudo empatía con pena.

En aquel momento no estaba segura de lo que sentía y Juanjo, si se daba cuenta, podía utilizarlo en su provecho. Como había sido siempre, la verdad.

—Yo también —admití.

Llevaba sin dormir desde que le di la patada y me dio rabia que viese las ojeras que acarreaba desde aquel día. Al menos había una colcha más que añadir a mi catálogo.

—Esto no puede seguir así. No nos hace ningún bien.

Siguió con su monólogo mientras yo abría la boca para rechistar. No hubo manera.

—He estado pensándolo mucho y creo que he aprendido la lección. Debería haberte contado que había tenido algún escarceo, pero simplemente pensé que no te importaría.

Esperó un segundo para ver mi reacción.

—¿En serio? —No creía estar enfadada ni dolida, ya no. Lo que estaba era patidifusa—. ¿Cuándo te dio la impresión de que me daba igual si te acostabas con otras?

—Siempre pensé que eras más desinhibida. A mí no me molestaría si de vez en cuando te sintieras atraída por alguien. Pero si te ha sentado mal, pido disculpas.

—¿Así de simple?

—Entiendo que haya podido ser un *shock*, y se me olvidaron esas ideas tuyas sobre el amor. Solo fue sexo, nada más.

—Si querías sexo, ¿por qué no conmigo?

Sentía la angustia volver a oprimirme las tripas. No entendía nada y si quería respuestas debía indagar, aunque hiciera el ridículo ante tanta gente. Le apremié a contestar con las manos.

Juanjo tuvo al menos la decencia de parecer incómodo.

—Nena... —Era definitivo, si alguien volvía a llamarme «nena» empezaría seriamente a cometer asesinatos por puro placer—. Tú eres lo más importante, con sexo o sin él. Lo que pude buscar en otras no fue más que un experimento. Mi corazón siempre está contigo.

Promesas, promesas y más promesas vacías.

—¿Buscar? Seguirás buscando —tanteé.

—Yo siempre estoy buscando, nena. Es lo que hace mi arte más universal.

Si me pinchan en ese momento, no sangro. ¿Pero qué clase de engreído llevaba adorando desde hacía años? Me tenía comida la moral y además se jactaba de ello y sin despeinarse.

—Si queremos empezar de nuevo —dijo con una sonrisa que a mí me pareció de lo más falsa—, deberíamos dejar estas cosas claras. No es que tenga intención de volver a fijarme en nadie más, pero lo bien hecho, bien hecho está.

Alargó el brazo para acariciarme la mano mientras me apartaba un mechón de la cara y lo deslizaba detrás de la oreja. Otro acto que tiempo atrás me hubiera convencido de cualquier cosa y que ahora veía como otro truco más para conseguir sus propósitos.

—¿Has recibido respuesta de Suecia? —susurró a dos centímetros de mi cara.

Le habían ido con el chisme y yo era su tarjeta de crédito, otra vez. La que pagaba el viaje, el seguro médico y todos los gastos de material. La cara bonita y la labia las ponía él.

De repente me vino la expresión que mi padre hubiese soltado para explicar lo que Juanjo esperaba de mí: «además de puta, la cama».

Eché hacia atrás la cabeza y solté una carcajada. Una risa algo histérica de las que acaparan las miradas. De las que le incomodaban por aquello del decoro, siempre que se trataba de mí. En cuestiones de comportamiento, Juanjo estaba tan perdido como yo con mi supuesta generosidad, generalmente conocida como idiotez extrema.

Cuando se me pasó el ataque, le miré a los ojos buscando algo en lo que aferrarme para convencerme por enésima vez de que podíamos seguir juntos,

que podía perdonar, que yo era más bohemia que cualquiera.

No encontré nada, solo una cara de bochorno por estar dando el espectáculo. Y me dolió ver que lo único que había en aquellos ojos era determinación también. Yo solo era el instrumento hasta encontrar algo mejor. Eso era lo que de verdad buscaba.

En ese preciso instante dejé de quererle. Sí, de un segundo para otro mi amor por él se desvaneció. No tuve ni que soplar. Donde antes estaba aquel profundo afecto, ahora ya no había nada y si seguía un segundo más en aquella cafetería, comenzaría a llenar aquel vacío con sentimientos tóxicos que siempre es mejor tener cuanto más lejos mejor. El rencor nunca le había hecho bien a nadie.

—No, no sé nada de esa gente. —Sin mirarle me levanté y me fui.
¡Prepárate Suecia, que voy!

Capítulo 6

Alvar

*T*ábula rasa. ¿Tan difícil era de conseguir?

A veces, un permiso es más maldición que alivio. Te mandan de vuelta después de meses siguiendo órdenes sin tiempo para pensar y llegas a casa donde la realidad se extiende hasta el infinito. El tiempo y el espacio se ensanchan de tal forma que te ves empequeñecer. El día a día se hace cada vez más largo convirtiendo tu existencia en una búsqueda constante de algo que te llene.

Se tardaban, en mi caso, varios días en volver a la vida normal. ¿Pero qué pasa cuando tu vida normal es la que dejas atrás? ¿Cómo te enfrentas a lo común sabiendo que eres un extraterrestre? Alguien que viene de lejos.

Leif Rundstörn no supo cómo. En uno de aquellos permisos había ido a verle, pero no encontré a nadie. Vi un cuerpo postrado, drogado, encerrado en su cabeza, babeando como un bebé recién nacido o, más bien, como un anciano que no controla sus funciones vitales.

No fue algo inmediato, según me contó su esposa que no le dejaba ni a sol y sombra solo en aquella habitación. Volvió como cualquier otro; contento de abrazar a la familia después de un tiempo en el corredor de Corea. Encantado de tener algo que hacer después de aburridas guardias asegurando la frontera. Muralla arriba, muralla abajo. Eso era lo que decía que había hecho.

Decía.

Ahí drogado, encerrado en aquel infierno en su cabeza, era la estampa más arrolladora del soldado caído, que no muerto. Despojado de cualquier dignidad.

La pesadilla a la que se enfrentaba, había caído sobre él estando tan contento en su propia casa. De un día para otro. Nadie lo vio venir.

—Le voy a recetar unas pastillas. Ahora que asegura no probar el alcohol, estoy seguro de que le vendrán bien en determinadas circunstancias.

Giré la cabeza en dirección a aquella voz. Mi loquero.

¿Cuándo habíamos dejado de conversar? Me había hecho una pregunta, ¿cuál era?

—No quiero drogas. —dije. Era más que reacio a no ser capaz de controlar mi cuerpo, mis pensamientos o mis sensaciones, por muy incómodas que fuesen. El alcohol había estado haciendo ese papel en los últimos meses y no me había llevado a nada. No tenía intención de sustituir una cosa por la otra. Lección aprendida, no gracias.

Mi doctor paró de escribir, pero no levantó la vista del papel.

—Ayudarán —dijo mientras volvía a posar el bolígrafo sobre el papel— y no son para tomar de forma continuada. Son solo de apoyo en esta etapa de transición.

—Esta etapa de transición, como la llama, no sabemos cuánto durará. El corto plazo puede que termine siendo medio o largo plazo. He visto lo que hacen esas pastillas y no pienso convertirme en un zombi andante.

Me pidió entonces que le explicara con detalle, exactamente, lo que había visto, y nos adentramos entonces en uno de esos intentos frustrados, por su parte, de hacerme hablar. Sacando con alicates cada frase y yo desviando preguntas hasta terminar poco más que con monosílabos.

—¿Se da cuenta de que estamos hablando de circunstancias distintas? El cuadro clínico de su amigo no es comparable al suyo por mucho que los precedentes puedan ser de alguna forma parecidos. Confíe por una vez en mi experiencia, estamos hablando aquí de una medicación puntual y en caso necesario —insistió—. Considérelo un salvavidas si todo lo demás falla. En algún momento las necesitará, se lo aseguro, y entonces se alegrará de tenerlas cerca. Ahora hablemos sobre el momento en el que puede resultar una buena idea tomarlas.

—No quiero medicamentos.

—Eso ya lo ha dicho.

—Entonces no me los recete.

—Lo haré porque debo hacerlo y usted será el que los tome con responsabilidad.

—¿Qué sentido tienen estas sesiones si al final acaba por drogarme para solucionar el problema?

Soltó el aire y volvió a la escritura para darse unos segundos en buscar la forma de hablarme en vez de saltar sobre la mesa y estrangularme allí mismo. Empezaba a resultarle insufrible.

Uno más en la lista.

Estoy seguro de que si todavía lo intentaba conmigo era por deferencia a mi hermana, pero de seguir así, acabaría por darme la patada. En el fondo me daba igual.

—Bien —dijo al terminar de escribir—. Veamos cómo conseguirá salir del atolladero cuando yo no esté ahí.

Había que reconocerle que le ponía empeño.

—Hablo en serio. Nada de pastillas.

—¿Estaría dispuesto a una sesión de hipnotismo?

—No.

—¿Sesión de grupo?

—No.

—¿No quiere recordar? Le aseguro que es la única forma de ir hacia adelante.

Callé.

—¿Va a decirme cuándo sintió que deseaba volver?

No dije nada.

—Cuando todo se venga abajo, necesitará las pastillas. ¿O quiere arriesgarse a acabar como Rundstörn? —preguntó al aire mientras me extendía la receta.

Visto así... No.

Cogí el papel, lo doblé y me lo metí en el bolsillo de atrás. Con algo de suerte acabaría en la lavadora. Aunque para eso tendría que hacer la colada primero.

Empecé a agobiarme.

Una de las realidades a las que me estaba enfrentando era la incapacidad de llevar a cabo tareas rutinarias. Hacer la cama, pasar el polvo, recoger la mesa, lavar los cacharros, ducharme... Todo lo que cualquier persona civilizada hacía sin pensar, a mí ni se me pasaba por la cabeza hasta que la realidad me daba en la cara en forma de mal olor, pilas de ropa sucia en medio de la habitación o muecas de asco de mis sobrinos. Esas eran las peores porque los niños no mienten y sus expresiones a veces eran de puro horror.

Actividades que en el pasado me salían sin pensar, ahora eran obligación.

Tenía que apuntar hasta las tareas más nimias o se me olvidaban. Un segundo me decía que tenía que pasar el polvo y tres días después una pelusa enorme me recordaba que no lo había pasado.

«¿Dónde está el aire?».

Estaba perdiendo la riendas de mi vida en los aspectos más básicos y esenciales.

—Mire por la ventana y respire hondo un par de veces.

La voz de mi terapeuta me trajo de nuevo a aquella habitación. Le miré primero y luego seguí su mirada. Allí estaba la ventana y a través de ella podía verse el parque, justo detrás del aparcamiento.

—Respire con tranquilidad, levántese y acérquese a la ventana si lo necesita.

Casi de un salto me acerqué al cristal y apoyé las manos sobre el marco. A la cuarta respiración la opresión empezó a ceder. No mucho, pero lo necesario para poder seguir respirando sin marearme.

—¿Qué ve? —su tono ahora era más severo.

—Coches.

—¿Y detrás?

Miré al horizonte.

—Árboles, la ciudad.

—¿Hace viento?

—Sí.

—¿Cómo lo sabe?

—Las copas se mecen, pero no es un viento fuerte. Ondulan más bien. Llueve y la vegetación siente el peso del agua, inclinándose en ángulos extraños sin ser capaces de recuperar la forma habitual. No hay flores, faltan flores. Solo césped y arboleda, algún que otro arbusto desproporcionado. Alguien debería podar.

Quise llorar, lo juro. Esa era la parrafada más larga que había pronunciado desde que pisé por primera vez aquella consulta.

—Nuestro jardinero tiene las ideas muy claras sobre qué hacer y cuándo. No nos deja opinar.

—Le entiendo. Son capaces de psicoanalizarle atendiendo a la forma y altura en la que queda el aligustre.

Se echó a reír.

—Reconozco que pecamos de deformación profesional —dijo.

Estuvimos en silencio otro rato más.

—Señor Nilsson. Aunque usted no lo crea, su vida no está terminada. Piense si quiere en ella como en un jardín. Las plantas crecen y hay que podarlas aquí o allí. Se plantan nuevas semillas, se compran nuevas flores. Se prepara el terreno para la siguiente estación y cada una de ellas es distinta a la anterior. Es un proceso siempre inacabado, pero que, con mimo, hace que todo resplandezca.

»Su vida es un jardín en el que no sabe qué hacer. ¿Qué tal si empieza por darle algo de estructura? Nada serio, no queremos que se parta la espalda, tareas ligeras. Parar y respirar hondo simplemente porque puede, podría ser una de ellas. Es solo difícil las tres mil primeras veces.

—Sería bueno saber cuántas llevo ya, entonces.

—¿De veras? Contar puede que le quite energías para hacer cosas más interesantes. Por cierto, ¿cómo sabe que hay que podar?

—Mi madre es jardinera. —Por fin un tema que no me hacía querer arrancarme los ojos de las cuencas.

—Es norteamericana, ¿no es así?

Asentí.

—Hace unos años, mis padres volvieron a Minnesota. Nos criaron aquí, pero mi madre siempre soñó con volver. Aquí se dedicó a plantar cosas, ¿sabe?. La isla que mi padre heredó la convirtió en su jardín personal. Todos los veranos nos llevaba para que la ayudásemos. Pasábamos los días o cavando o navegando. Debería ver el jardín de mi hermana.

—Usted vive en la costa. ¿El viento no se lo lleva todo por delante?

—Hay que saber dónde y qué plantar. Nada más.

—¿Alguien se ocupa del jardín de la isla?

—No. Desde que mis padres se fueron no hemos tenido tiempo. Ya no es, ni mucho menos, el vergel de antaño. Mi hermana hizo limpieza hace un par de años. Tanto limpió que solo queda un diez por ciento de lo que mi madre tardó tanto tiempo en crear. Para los estándares, es un jardín bien cuidado y con parches de color aquí y allí. Yo solo veo desierto cuando de vez en cuando me paso y cuanto más lo dejamos, más feo me parece.

Una pena.

—Puedo ayudarle, Nilsson. No es demasiado tarde.

—No quiero que me hipnotice.

—Estoy pensando más en la terapia EMDR.

—¿EMDR?

—*Eye movement desensitization and reprocessing*¹. Iremos desbloqueando y trabajando a partir de ahí.

Desbloquear...

Otra vez esa maldita falta de aire. Era como si me estuviesen reanimando de forma constante. El aire está ahí pero ni sale ni entra. Mientras tanto, dos manos invisibles presionaban el esternón con la fuerza y rapidez de una apisonadora.

—A los fantasmas se les tiene miedo porque no sabemos si realmente están ahí. Cuando se les quita la sábana blanca, pierden el poder que tienen sobre nosotros.

Acepté solo por llevarle la contraria.

Capítulo 7

Beatriz

«¿Quién dijo miedo?».

Al final resultó que lo de pasar una temporada fuera no era nada comparado con la preparación que requería el viaje. Era la primera vez que me sucedía. Hasta ese momento, mis escapadas habían salido de la nada. Hoy se te ocurre que allá se hace algo interesante y al día siguiente sacas un billete de avión. Sencillo.

Estos suecos, sin embargo, lo querían todo bien atado. Vale que lo bien hecho, bien hecho está, pero es que lo señores que mandaban en la colonia no era pejiugeros, no, eran unos cuadriculados que todo lo querían en estricto orden y tal y como las normas explicaban. Dicho sea de paso que los malditos estatutos debían ser tan largos como la Biblia y ni por asomo tenía intención de leerlos. Si me decían que así no, pues intentaría otra cosa hasta que me dieran el visto bueno.

No hizo falta tomarme un tiempo para pensármelo porque los preparativos duraron más de tres meses entre unas cosas u otras. Al menos dio de sobra para dar clases particulares de inglés tres veces por semana y acabar soñando con verbos y preposiciones. Así es como funcionaba mejor para mí. Daba apretones intensivos al idioma, lo practicaba donde fuera y luego lo mantenía en casa hasta que necesitaba otro apretón. La forma tradicional de cursos interminables había resultado inútil y por poco acabé cogiéndolo manía.

Algo bueno también salió de mi ruptura con Juanjo: todo me saldría casi a la mitad de precio.

La logística también tuvo momentos críticos porque con dos maletas no solucionaba la papeleta. La maquinaria me esperaba allí, pero necesitaba llevar conmigo parte del material.

El envío me habría salido por un pico de no ser por mis niñas, que me forzaron a facturarlo a través de la cooperativa. Según ellas, eso les daba derecho a una videoconferencia semanal y trabajo de tapadillo mandando diseños y órdenes para tenerlas entretenidas.

No quiero recordar la llorera monumental que soltaron en el aeropuerto y la pila de comida en tarteras que se aseguraron que pasara por seguridad. Allí cuadradas, sonándose los mocos y mirando con autoridad a la pobre guardia civil encargada de cachearme porque todo empezó a pitar.

A mis compañeras, ciertas formas de autoridad no les afectaban lo más mínimo.

El viaje fue rápido, aunque no respiré hondo hasta que la maleta apareció sobre la cinta transportadora. Lo de hacer escala en Londres para llegar a Gotemburgo era uno de los precios a pagar por ir al medio de la nada, según mi madre.

En cuanto salí por la puerta, vi un cartel con mi nombre y el de Juanjo escritos moviéndose con ahínco en el aire.

—¡Beatriz!

Me acerqué sin poder disfrazar mi sorpresa.

—¿Linn? —pregunté al llegar a su altura.

—Pues claro, ¿a quién te esperabas? —dijo mostrándose más extrañada que yo—. ¿Dónde está Juanjo?

Se lanzó a darme un abrazo de bienvenida tan efusivo que casi me caigo hacia atrás. Algo incómoda se lo devolví, aunque intenté despegarme con rapidez. Linn me había caído siempre bien, pero no podía decirse que fuésemos grandes amigas. De hecho, era amiga de mi ex. Él nos presentó y las veces que habíamos coincidido no es que nos hubiéramos explayado mucho en confidencias. ¿Y qué hacía ella allí?

—Juanjo no viene. —Sucinta y seria. Cada vez disimulaba mejor.

Me alejé un paso para poder estudiar su reacción. Su postura cambió y me miró más extrañada todavía.

—¿Cómo es que has venido a buscarme? —Intenté desviar el interés hacia su persona porque ninguna gana tenía de hablar de mí y mi desastrosa vida amorosa y menos aún, con una amiga del causante de mis desdichas.

—Trabajo para la fundación —dijo como si la información fuera *vox populi*—. Cuando Juanjo se enteró, empezó a moverse para que os aceptaran ya que no consiguió ganar.

—¿Ganar qué? —pregunté perpleja sabiendo que no quería oír lo que vendría después.

Desde que le pillara en la cama con aquella guarra, las bofetadas no habían cesado. La vida «secreta» de Juanjo había ido siendo desvelada pieza a pieza en los últimos meses y siempre para escuchar otra realidad decepcionante. Mientras el resto de la humanidad se sinceraba por fin, respiraba a gusto y dejaba volar ese peso que tenían sobre los hombros, yo me iba hundiendo más. Con cada aclaración, con cada pequeño secretillo, más me sumía en la miseria. Me había animado a viajar a aquel lugar perdido pensando que en el quinto pimiento nadie me conocería y allí estaba, derecha como una vara, esperando a que Linn me diese otra bofetada metafórica. Por su expresión, iba a ser de las de mano abierta.

«La verdad os hará libres». Y una mierda.

Había recorrido miles de kilómetros y la sombra de él seguía persiguiéndome. ¿Estaría Siberia fuera de su zona de influencia? ¿Marte quizá?

Linn había empezado a empujar el carro con las maletas y ni de lejos parecía la chica loca de contenta de un minuto antes. Mirando fijamente al frente, me explicó con voz algo temblorosa todo y más.

—Juanjo se presentó a un concurso en el que el premio era seis meses de estancia en la colonia. Cuando no ganó, vino a mí para preguntarme de qué otras formas era posible hospedarse con nosotros. —Imaginé claramente lo que «otras formas» implicaban—. Me extraña mucho que después de expresar tanto interés no se haya decidido a venir. —Al toque de «tanto interés» casi paro para vomitar.

Aflojé el paso y ella lo aceleró. Mi viaje empezaba de forma deprimente a más no poder.

Poco menos que corriendo detrás de ella, salimos de la zona de embarque en dirección al aparcamiento.

«Al menos mi primera toma de contacto ha sido en castellano», pensé mientras asimilaba la información. Gracias a Dios, porque no recordaba ninguna de las frases que me había preparado para causar buena impresión. Así es la vida cuando no paran de darte sustos a cada paso.

—¿No te dijo Juanjo todo esto? —Ahora alzaba las cejas sorprendida por mi reacción.

Ahí sentí la bofetada.

Carraspeé para disimular mi enojo.

—Obviamente no. Aunque ya no importa. Nada de la vida de Juanjo me importa ya. Lo dejamos el mismo día que recibí la carta de admisión. —Se estaba poniendo pálida, aunque no puedo asegurarlo porque volvió a empujar el carrito con energía con la vista al frente.

Seguimos andando en silencio maniobrando entre los coches del aparcamiento. Yo a dos pasos por detrás.

—Como he dicho, trabajo para la fundación —dijo estoica mientras abría la puerta trasera de una furgoneta enorme—. De hecho, creo haber tenido algo que ver en vuestra selección.

Y se puso roja de repente.

—No tenía ni idea.

—Se le habrá pasado. Además, si dices que ya no estáis juntos... —Su acento cada vez era más cerrado y tardaba más en pensar las frases.

Comenzó a meter la maleta en la furgoneta con más energías de las necesarias. Agradecí no tener nada delicado dentro.

Ni un «Mira que lo siento...» o «¿Cómo es eso?» o «¡Qué pena!» o no sé, el típico «Los hombres son todos unos mamones». Nada de nada. Muy sueca ella.

—No acabamos de muy buenos modos —continué mientras ayudaba a colocar los bártulos. Ya puestas, mejor dejar las verdades dichas en el aeropuerto y empezar de cero desde ahí.

Cuando terminó de cargar el equipaje, cerró con cuidado la puerta y volvió a abrazarme, esta vez con mucho mimo.

—¿Puedo serte sincera? —me dijo al oído.

La cara de Linn cuando se apartó provocó que el estómago se me encogiera. Era la misma expresión que había visto una y otra vez en los últimos meses.

—No te merecía, Beatriz. Ese tío no se merece ni que le den los buenos días.

Nada de mano abierta. Golpe bajo con el puño cerrado y sin acento.

Obviamente no solo sabía de la vida paralela de mi exnovio sino que había sido parte activa de ella. Pasaban ya de la docena, según los últimos recuentos. Estaba agotada de pensar en él con ellas y ya había superado mi límite en cuanto a «saber la verdad» se refiere. Además, este viaje debía ser mi ruptura a todos los niveles. Era un nuevo empezar, ¿no?

—Linn —la corté con brusquedad—. A partir de ahora me gustaría no volver a hablar de este tema. Juanjo ha quedado atrás, de forma definitiva.

—Te entiendo. Así será. No te preocupes.

—Gracias.

—Un verdadero placer. Te lo aseguro.

Salimos de Gotemburgo y nos dirigimos en dirección norte mientras Linn se esmeraba en aligerar la tensión. No hacía falta, el paisaje era digno de admiración y solo era la autopista. Había visto millones de fotos de la zona a la que íbamos y de veras que era un lugar preciosísimo de la muerte, como a Sandra le gustaba decir.

Ni siquiera me di cuenta del momento exacto en el que dejamos tierra firme y entramos en la isla, tan imbuida estaba en las imágenes que me rodeaban.

Estaba encapotado, pero había un montón de gente por la calle. Lleno de casas de madera de colores con la bandera sueca izada rodeadas de verde y grandes rocas de granito esparcidas por todas partes con el mar de fondo.

—El solsticio de verano está al caer y recibimos a muchísima gente para celebrarlo —dijo Linn señalando el reguero de turistas que se dirigían a la costa.

El lugar era precioso.

Parecía que nos adentrábamos en una postal. La luz era perfecta para realzar todo los colores. Al contrario de lo que la gente se piensa, la luz solar directa lo hace todo más brillante, pero no más intenso. En los días algo nublados, los verdes son más verdes, los rojos son más rojos y todo se ve con más claridad.

Hoy era uno de esos días y el contraste de colores era apabullante.

Roca viva con naturaleza semisalvaje alrededor. Casas de madera de todos los tamaños y colores, con ventanas enmarcadas de blanco y flores allá donde había más de un puñado de tierra en el que plantar.

Linn condujo despacio a través del pueblo hasta que la línea de costa le impidió seguir. La colonia estaba justo a la orilla del mar. Era una casa enorme de madera de tres plantas pintada de amarillo y blanco, adosada a un edificio mucho más moderno de madera vista, hormigón y cristal. La primera planta del edificio de madera estaba rodeada de amplios ventanales y parecía que había una terraza en el tejado. Ambas construcciones estaban comunicadas por un pasillo también acristalado.

El edificio nuevo estaba construido con cubos, unidos los unos a los otros, donde uno de los lados de la construcción era solo cristal. Perfecto para aprovechar la luz solar. A unos metros, muy cerca de la zona de aparcamiento, había una casa más pequeña donde llamaban la atención las ventanas, cada una

de un tamaño distinto, a excepción del tejado en el que crecía la hierba y algunas flores silvestres. Una enorme placa de madera colgaba en el frontal con el nombre de la colonia.

—Ahí está la recepción, la cafetería y ahí la tienda abierta siempre al público —dijo Linn señalando la casita con el cartel—. Los artistas viven en los dos edificios, aunque solo el antiguo permanece abierto en invierno.

Yo hubiese pensado que debía ser al revés, pero sus razones tendrían.

Salimos del coche tranquilamente y entramos en el edificio amarillo donde nos quitamos los zapatos. Bueno, Linn se quitó los zapatos y esperó pacientemente a que yo hiciese lo mismo.

—Bonitos calcetines.

¿Lo decía de verdad o era sarcasmo? Hablar sin mover los músculos de la cara parecía ser una habilidad muy sueca que dejaba al resto de los mortales dudando. Me puse roja al ver que, para el viaje, había elegido los calcetines largos de lunares rosas con fondo verde.

—Gracias.

—Cuando te instales, podrás poner tus zapatillas en uno de esos compartimentos —dijo señalando un mueble bajo junto a la pared lleno de botas, zapatillas de andar por casa y sandalias de plástico. —El despacho de la jefa queda al final del pasillo —dijo cuando aparqué los zapatos al lado de los suyos.

El suelo estaba caliente.

El tono elevado de la conversación que transcurría tras una de las puertas, nos hizo parar de golpe según nos acercábamos a la zona de las oficinas. Por un momento, Linn pareció replantearse llamar una vez que quedó claro que la discusión se desarrollaba justo donde la «jefa» nos esperaba para darme la bienvenida. Alguien estaba echándole la bronca a alguien. El día comenzaba a ponerse en mi lista de insuperables.

Me acordé de una de las frases más repetidas por mi padre. «La cosa siempre puede ponerse peor».

Genial.

Tras unos segundos de indecisión, Linn golpeó con los nudillos y el silencio se hizo al otro lado. De repente, alguien abrió de golpe haciéndonos saltar hacia atrás.

Un hombre alto muy rubio salió del despacho y nos apartó con el brazo al pasar entre nosotras. Vestía todo de negro con pantalones vaqueros muy

ajustados, botas militares y camiseta algo desteñida. La imagen perfecta del artista atormentado moderno.

Miré a Linn algo preocupada, pero ahorré el comentario cuando vi la cara entre susto y enfado que tenía.

«Primera lección: los suecos tienen tanto temperamento como el resto de los mortales».

Sin decir nada, empujó la puerta y me invitó a pasar con el brazo.

Dentro de aquella oficina había dos personas sentadas enfrente la una de la otra separadas por una gran mesa.

—Siento interrumpir —dijo Linn en un precioso inglés—, pero acabamos de llegar y me gustaría presentarte a Beatriz antes de llevar sus cosas a su taller. —Creí entender.

Lo de tener un pequeño apartamento con una zona acondicionada como taller fue una de las razones por las que no me importó no haber tenido un solo minuto de descanso en los últimos tres años. Era un sueño hecho realidad vivir rodeada de arte, artistas, espacio y tiempo para trabajar y además, con oportunidad de que me representaran y vendiesen mi creaciones a marchantes de todo el mundo. La colonia se quedaba con una nada despreciable comisión y, a cambio, el artista se evitaba quebraderos de cabeza.

Fue en ese mismo momento cuando empecé a pasar página, al menos de forma consciente. Escuchar la palabra taller me puso de pronto en otra dimensión. Sentí que aquel era mi momento y que no le debía nada a nadie por estar allí. Acababa de aterrizar.

La sensación me puso todos los pelos del cuerpo de punta y una ola de satisfacción me elevó el espíritu. No podía esperar a apear a barniz.

—Bien, parece que tenemos un problema al respecto —dijo la jefa a bocajarro señalando un par de sillas para que tomásemos asiento.

La expresión de Linn no cambió, si bien tardó un momento en sentarse a gusto en la silla. Mientras tanto yo con la espalda como una tabla, notaba como, en vez de estar en un acto de bienvenida, nos encontrábamos en una reunión de negocios. Todas son iguales.

El balón de orgullo y satisfacción que acababa de sentir hacía un momento comenzaba a desinflarse con un siseo chirriante.

—Antes de nada. Bienvenida a nuestra pequeña comunidad, Beatriz —dijo la jefa en un castellano sin casi consonantes—. Estamos realmente encantados de que pase el próximo año entre nosotros —siguió en inglés— y estoy segura

de que lo disfrutará. Me llamo Synnöve Lundqvist y soy la encargada de mantener este barco a flote y con buen rumbo. Este caballero —prosiguió señalando al señor sentado en la otra silla— es Tryggve Bergström y representa a varios de nuestros artistas.

No habían pasado ni tres segundos y ya era incapaz de repetir aquellos nombres en mi cabeza. Con «Jefa & Co» tendría que valer por el momento.

El denominado Co inclinó la cabeza e intentó sonreír. Digo que intentó porque lo que yo vi fue una mueca parecida a la de los payasos en películas de terror. Si estaba allí para convencerme de ser mi representante, iba a perder el tiempo.

—Mucho gusto. Estoy muy contenta de estar aquí. ¿Ha dicho algo sobre algún problema? —Estaba dentro, eso había quedado claro, pero problemas no quería ninguno ya. Bastantes había dejado en casa.

—Verá —dijo la jefa en inglés mirando de reojo a su compañero—. Por razones ajenas a nuestra voluntad, las admisiones han sufrido algunos cambios de última hora.

Co cruzó las piernas, carraspeó y comenzó a quitar pelusillas de los pantalones del traje.

Fruncí el ceño y miré a Linn buscando que me tradujera no fuese a ser que hubiese entendido mal. La cara de ésta me dio la respuesta sin tener que preguntar. Había entendido perfectamente.

—No piense por un momento que no hay sitio para usted, pero por desgracia, no podemos ofrecerle una habitación en los edificios de la colonia —siguió la jefa de tirón.

Debí ponerme verde porque Linn me cogió de la mano y apretó fuerte. La jefa ni siquiera me dio tiempo a preguntar qué demonios significaba todo aquello.

—Por eso, hemos encontrado un sitio perfecto para usted en una de nuestras islas.

«¿Isla?». Volví a mirar a Linn buscando un flotador al que agarrarme.

—¿Isla? —pregunté en castellano.

Linn y la jefa dijeron que sí con la cabeza al mismo tiempo. La última mucho más contenta que la primera.

—Es una casita de madera a diez minutos en barca. Tiene todo lo necesario. De hecho, es una de las casas que se alquilan a los turistas. Por supuesto y por ser un error nuestro, no tendrá que pagar extra durante el tiempo que esté allí.

Nosotros aportaremos la diferencia y nos encargaremos de traerla y llevarla todos los días. ¿Qué le parece?

Pensé un momento.

—Estoy aquí porque quiero trabajar rodeada de otros artistas. Si no vivo aquí, ¿qué sentido tiene?

Los tres allí presentes se lanzaron miradas entre «lo sabía», «ya te lo dije», «menuda falta de profesionalidad» y «nos va a denunciar». Cuando estás en un lugar desconocido, rodeada de personas que hablan otro idioma, cada gesto es analizado a microscopio de forma inconsciente. Al fin y al cabo es el único medio que tienes de intuir lo que sucede a tu alrededor.

En aquel despacho todos sabíamos que se estaba incumpliendo un contrato y, por mucho que me atrajese la idea de pasar unas vacaciones semipagadas en una isla, no iba a dar mi brazo a torcer.

—Lo comprendo perfectamente. Por eso nos hemos asegurado de que, en caso necesario, tenga un lugar donde dormir aquí en una cama supletoria. Se trata únicamente de unas semanas y pasará el día entre nosotros igualmente. Solo es un arreglo provisional para dormir. Mientras tanto, se sentirá más cómoda si puede hacer uso de sus cosas más confortablemente en la cabaña. El lugar es precioso, eso se lo puedo asegurar.

«¿Cama supletoria? ¿Cabaña?». No me gustaba la idea. Nada de nada.

El silencio en aquella oficina se extendió mucho más de lo reglamentario y, la jefa, viendo lo mal que me estaba tomando aquel cambio de planes empezó a moverse nerviosa en su asiento.

—Verá, estamos pasando por una renovación de personal algo acelerada. Ayer descubrimos que su expediente había quedado traspapelado con otros documentos y no había sido añadido a la base de datos. Eso hace que su taller haya sido adjudicado a otra persona, pero le aseguro que es solo por un par de semanas.

Esperó a que yo contestase, y siguió esperando. No iba a decir que sí a la primera de cambio. Si algo había aprendido al frente de KameliaS es que nunca debes decir que sí ni a la primera ni a la segunda. Si a la tercera la oferta mejora, comienza la negociación. Si no hay tercera, que al menos vean que no tienes miedo.

Tras un par de minutos moviendo papeles de una carpeta a otra, cerró el dossier que tenía delante.

—Ni que decir tiene que, una vez de vuelta a la colonia, el tiempo que haya

pasado fuera no contará. Así que su año con nosotros comenzará entonces. Tómelo como una disculpa por nuestra parte.

El arreglo iba sonando mejor, aunque todavía quedaba algún que otro detalle por pulir.

Me puse cómoda. Las negociaciones siempre se extendían mucho más de lo previsto.

Capítulo 8

Alvar

Ocho sesiones y cada vez más convencido de que todos estábamos perdiendo el tiempo.

Salí de la consulta más confundido que cuando entré y eso que había sido un niño bueno y había atendido a las indicaciones del doctor. Pero, o era mucho más retorcido de lo que había pensado en un primer momento o, en serio, estábamos dando palos de ciego con esas estúpidas preguntas que lo único que conseguían era hacerme sentir más inquieto por dentro.

Era ya rutina. Llegaba a la consulta tranquilo, pero según pasaban los minutos, los nervios sacaban lo peor de mí. El doctor veía mi transformación y, en vez de buscar maneras de serenarme, volvía a la carga con alguna otra incongruencia que me hacía querer sacarle los ojos.

Por lo visto era normal querer asesinar a tu psicoanalista en algún que otro momento de la terapia, y era cierto que los días pasaban con menos esfuerzo por mi parte. Aunque por cada medio buen día, dos era desesperantes, y con las sesiones pasaba lo mismo.

Tan inquieto estaba cuando salí aquel día, que directamente me fui al bar.

Mi nerviosismo aumentó cuando el único sitio que proporcionaba una buena visual del local justo al final de la barra, estaba ya ocupado por alguien. Sin querer, palmeé las partes de mi cuerpo que solían estar bien cubiertas y me di una bofetada mental por no recordar en dónde me encontraba. Los sitios llenos de gente seguían provocando desconfianza.

Soltando el aire y pensando en lo que pedir, tomé asiento justo al lado de la persona con la mejor panorámica de la entrada, la salida de emergencia y la mayor parte de la sala. Cuando se fuese, ocuparía su silla.

Alcé la mano y el *barman* vino a atenderme.

—Whisky, Jack Daniels, seco, agua aparte. No, mejor un zumo de naranja.

Oí una risa desganada a mi lado y me giré. La chica que ocupaba el tan ansiado taburete parecía absorta en sus pensamientos y no debían ser muy alegres. Su postura era tensa y ladeaba la cabeza haciendo muecas de asco con la boca y la nariz. Volvió a reír, aunque no de felicidad. Más bien con burla.

Apoyé el codo en la barra y la observé sin tapujos.

Mulata de pelo encrespado, sin alisar; con unos ojos azul aciano sonrientes; labios gruesos y entreabiertos que dejaban entrever un diente roto en una esquina; cara ovalada y manos delicadas. Una belleza inusual e imperfecta.

Miraba al frente y movía en círculos la pajita de una bebida terminada hacía rato a juzgar por la cantidad de agua de los hielos derretidos.

Llevaba puesto un vestido ajustado que enseñaba un cuello largo, espalda erguida y pechos llenos. Iba coqueta, pero no provocativa.

—¿Estás esperando a alguien? —pregunté.

Giró la cabeza, pensó un momento cómo mandarme a paseo y me lanzó una mirada asesina. Ergo esperaba a alguien y llevaba un rato allí dándole vueltas a la cabeza, sola y cada vez más enfadada.

—Me llamo Alvar —dije con mi mejor sonrisa.

Extendí la mano y ella bajó la vista bastante sorprendida.

—Veo que te he ofendido—. Aparté la mano y le di gracias al camarero cuando justo en ese momento apoyó mi bebida en la barra. —No te molestaré más, pero permíteme que te invite.

La cercanía del camarero me permitió pedir sin que ella pudiese replicar.

—Bloody Mary para la señorita, sin apio.

Aquellos ojos azules se expandieron.

—¿Me ha estado espiando? —preguntó con el móvil en la mano.

—No. Me pareció intuir restos de zumo de tomate en tu vaso. Y Bloody Mary es el único cóctel que conozco con tomate.

—Está perdiendo el tiempo. No estoy buscando que me entretengan.

—Realmente lo que quería era que me cedieras el sitio.

—¿Está de broma?

—No.

La verdad, cuanto más extraña, más tentadora. Y sí empezaba a resultarle una curiosidad, pero la indecisión seguía pintada en su cara y yo estaba allí para tomar una copa tranquilo, no para asustar a nadie. Además, estaba cansado de hacer esfuerzos.

Me giré de nuevo, añadí azúcar a mi bebida y me llevé el vaso a los labios.

Tras el tercer trago comencé a echar de menos ese cosquilleo que precedía al sopor. Dejar el alcohol iba a ser difícil.

El barman regresó con la bebida para la señorita, alcé mi copa a modo de brindis y cuando ella hizo lo mismo, acabé el poco zumo que quedaba. Levanté el brazo y pedí otra ronda. Para mi sorpresa, con el rabillo del ojo, vi como casi de un trago, mi exótica compañera de barra fulminaba su bebida.

En los últimos diez minutos no había mirado la hora, no había dirigido la vista a la entrada y tampoco había recibido o mandado ningún mensaje desde el móvil. Mi primera impresión había sido incorrecta. No estaba allí esperando a alguien, lo más seguro es que llevara allí horas intentando olvidar.

«Encantado de ayudar, preciosa».

—Otra copa para la señorita, por favor.

Y dos rondas se convirtieron en tres y el alcohol comenzó a diluir las barreras. No recuerdo quién comentó qué primero, el caso es que el otro replicó y comenzamos una conversación distante e impersonal que se abastecía de la graduación alcohólica de su copa y el azúcar de la mía.

Las voces comenzaron a ser más graves, nuestros cuerpos se acercaron cada vez más y, tras dos horas flirteando sin descanso por las dos partes, acabó por besarme en la boca allí en la barra.

Sugerí una habitación de hotel y ella acabó ofreciendo su cama asegurando que pillaba a dos manzanas y, de todas formas, yo no iba a pasar toda la noche allí, ¿verdad?

—Cierto —aseguré.

El paseo nos vino bien para dos cosas. Vernos de cuerpo entero y despejarnos. Lo que vimos nos gustó. Ella era preciosa y, a pesar de los esfuerzos que yo hacía para autodestruirme, todavía me encontraba en buena forma. Habíamos coincidido en el momento justo con las ganas adecuadas.

Extraño. Era la primera vez en mucho tiempo que me apetecía hacer algo. Me gustó más simplemente por eso.

Una sonrisa suya me puso a tono lo suficiente como para apretarla contra mí en plena calle y besarla con impaciencia. Soltó uno de esos gemidos nada femeninos. De los que salen del estómago y te recuerdan que estás bajo la dictadura de tus más bajos instintos. Un gemido que te da vía libre y te invita a nadar en el hedonismo.

Los últimos metros antes de llegar a su bloque fueron una lucha entre andar

hacia delante y toquetear cualquier parte del cuerpo sin mucha ropa por encima.

Antes de darme cuenta, me metía en un ascensor y me bajaba la cremallera buscando lo que tenía claras intenciones de clamar después.

Me sentí revivir. ¿Por qué había esperado tanto tiempo?

Encajonados en la esquina de aquel cubículo ni siquiera sentí claustrofobia. Yo, apoyando las manos sobre las paredes, ella apoyándose en mí, comenzamos un vaivén que duró lo justo para gruñir en el momento que el ascensor paró.

—No puedo esperar —me susurró al oído.

Me costó cerrar de nuevo los pantalones y más aún caminar erguido.

No hubo grandes preámbulos después. Entrar, ir derechos al dormitorio, comenzar a desnudarnos y acabar el uno encima del otro en menos de dos minutos. Aquella espontaneidad era ciertamente liberadora.

Me dejó tocar, besar, arrancarle la ropa mientras ella hacía lo mismo.

—Me gusta fuerte. —Y me mordió la oreja para atestiguarlo.

«Vale, eso puedo hacerlo». No es que fuese mi estilo.

Estiró un brazo y metió la mano en un tarro de cristal lleno de condones.

—¿Te ayudo? —preguntó sentándose a la vez que me empujaba para que me irguiera de rodillas.

No esperó contestación y me agarró de los testículos con brusquedad.

Le aparté la mano con un siseo y ella se movió impaciente poniéndome el condón en la mano.

Volvió a agarrarme mientras yo abría el paquete y otra vez tuve que pararle los pies.

—Encanto, si te gusta fuerte no tengo ningún problema, pero trata con mimo las joyas de la corona.

Soltó un bufido y comenzó a darse placer mientras yo tenía por fin un momento para ponerme la goma. Para entonces, tuve que ayudar para mantener la excitación. Una pasada, dos ...mientras ella gemía mientras se pellizcaba. Por fin un momento para disfrutar de las vistas.

—Estás listo —sentenció.

«¿Me deja respirar, la señora?».

Dejó de atusarse para ir derecha a mi erección. Tuve que agarrarla de la muñeca. Intentó apartarse, pero no la dejé. Me miró a los ojos y soltó un gemido al intentarlo de nuevo.

Sí, le gustaba fuerte.

—Cuidado. Si quieres caña te la daré. Solo dame un momento—advertí.

Volvió a intentarlo con la otra mano y, otra vez, tuve que asegurarme que no ponía sus garras en mí. Si no cambiábamos de perspectiva, el preservativo acabaría por caer por su propio peso.

Comenzó a moverse con más violencia y yo la solté pensando que habíamos sobrepasado un límite. Protestó con un gruñido y volvió a intentar agarrarme con ambas manos.

Le corté el paso empujándola contra el colchón, con las manos por encima de la cabeza. Ahí las mantuve con una de las mías, mientras la otra se aseguraba de que todo marchaba bien en las entrepiernas respectivas.

Estaba mojada, pero solo me dejó dar una rápida pasada. Parecía reticente a que me entretuviera ahí con la mano.

—No, quiero otra cosa.

Se pasó la lengua por los labios y miró hacia mi entrepierna. Para mi vergüenza, los dos observamos cómo me había desinflado por completo.

Haciendo malabarismos con el dedo índice y pulgar para evitar tener que abrir otro paquete de condones, busqué en mi mente la forma de volver al estadio en el que comenzó todo aquello en el ascensor.

Tras varias pasadas, volvía a empalmarme. Aquello empezaba a parecer más una sesión masturbadora que una encuentro erótico entre dos personas.

Cometí entonces el error de soltarle las muñecas.

Separó más las piernas, agarró con algo de más medida mi hombría y, contrario a lo que suele pasar, en vez de recibir con alegría el apretón, comencé a desinflarme de nuevo.

—Deja al menos que vea si estás preparada —dije de nuevo mientras sujetabas sus muñecas por encima de la cabeza con una mano y buscaba señales de excitación sexual con la otra.

—Lo estoy —siseó mientras cerraba las piernas. No quería lengua, no quería mano, quería otra parte de mi cuerpo en ella y lo quería sin miramientos.

«Seguro que lo piensas, pero no voy a entrar ahí sin estar seguro».

Estas cosas podían complicarse. Si ella quería sexo a las bravas y sin preámbulos podía ponerse en mi contra si aquellos «noes» eran «sies» o si sus «sies» eran «noes».

Sentí un pinchazo de incertidumbre en la boca del estómago. Ni por asomo

iba a jugar con la idea de una violación consentida.

—¡Fóllame! —gritó mientras intentaba desasirse. Si seguía forcejeando acabaría con marcas en las muñecas.

El malestar en el estómago se extendió al pecho y pronto sentí que las extremidades no me soportarían en aquella postura.

—¡Hazlo!

Aquella orden desató una tormenta en mi cabeza que paralizó mi cuerpo a la vez que las puertas de mi memoria se abrían de golpe.

Cientos de imágenes comenzaron a bombardear mi cerebro. *Flash* tras *flash*, llegaban a mis ojos cerrados sin posibilidad de detenerlos. Meses de amnesia recuperados de golpe martilleando las pupilas. La habitación desapareció, dejé de sentir la cama, los gritos de mi amante de aquella noche se oían solo tras un velo de burbujas. Solo estaba yo frente al horror. Las cadenas, los gritos, charcos de defecaciones y un ejército de mujeres en agonía, indefensas ante la barbarie.

Comencé a temblar sin control.

—¡No! —grité intentando alcanzarlas.

—¡Suéltame, sádico! —oí justo debajo.

Me dejé caer de lado y los temblores pasaron a ser espasmos.

—¡Voy a llamar a la policía!

—¡Corred, corred! ¡Todo el mundo fuera ahora mismo!—gritaba mi cabeza.

La mitad de las prisioneras no podían ni moverse y yo solo tenía dos brazos y dos piernas. ¡Sargento, una sobre cada hombro y debajo de cada brazo! Disparos, gritos en inglés, dolor en cada célula del cuerpo, silencio...

«Respira, no es real, ya no».

Sentí que me arrojaban de aquella cama. El golpe me vino bien para centrar mis pensamientos.

«Estás fuera, estás fuera».

Siguió gritando, me tiró del pelo para levantarme y a empujones seguimos un pasillo estrecho.

—Dame un segundo —dije no sé cómo—. Dame un momento y me marchó. Necesito respirar.

Volvió a empujarme.

—Estás desquiciado, ¡sal de mi casa!

Tuve que vestirme en el rellano de la escalera, después de a saber cuánto tiempo sentado contra la pared, con las rodillas flexionadas, los brazos

colgando sobre ellas y la cabeza caída repitiéndome una y otra vez que aquello había quedado atrás.

Fue inútil intentar levantarme. Estaba agotado, bajo sudores fríos y echando en falta una botella de oxígeno. Por fin mi cuerpo terminaba de ponerse a la altura de mi exhausta mente. Esa lucha interna por recordar algo que sabía que no quería recordar pasaría factura. En ese momento, en forma de parálisis. Excepto mi estómago; ese se movía como el tambor de una lavadora.

Conseguí sacar el teléfono del bolsillo de los pantalones con las manos dormidas, sintiendo pinchazos de aguja por la piel. En esas circunstancias no podría conducir de vuelta.

Bajé casi rodando las escaleras y mi cuerpo dejó de responderme en cuanto salí a la calle.

Llamé a mi hermana y solo fui capaz de darle la calle y el número.

Cómo acabé de nuevo en la consulta de mi psiquiatra, atado a una cama, haciendo esfuerzos por respirar mientras mi hermana me agarraba con fuerza de la mano y mi médico me repetía el nombre de los medicamentos que me iba a inyectar, es algo que ni quise ni querré saber nunca.

Aquellos hijos de puta no me habían arrebatado ningún secreto. Ni uno. Si bien se habían llevado todo lo demás.

Capítulo 9

Beatriz

—¡*B*eatriz, es *fika time*! —gritó Osvaldo mientras tapaba con cuidado la pieza en la que trabajaba.

El primer día que me nombraron la *fika*, lo tomé como un descanso más. Al fin y al cabo era eso lo que Osvaldo me explicó. «La *fika* es un *break*», dijo, pero «con chutes de azúcar». ¿Cómo se le puede decir que no a semejante oferta?

Estos descansos duraban entre cinco y quince minutos y consistían en café y dulce. Los días que había suerte alguien traía pastel, los que no, galletas Oreo.

Por lo general, me habían dicho, se hacía una sola parada, si bien nosotros hacíamos tres o cuatro; privilegios de artistas. Básicamente cada vez que alguien gritaba «¡*Fika time!*!», se paraba el tiempo y terminábamos charlando sentados alrededor de una de las mesas de la cafetería. Cada uno decidía si unirse o no a la *fika* del momento, aunque yo me apuntaba casi siempre.

Ese día, alguien se había levantado con el pie izquierdo y, en vez de disfrutar del sol, decidió iniciar una discusión en cuanto nos sentamos en una de las mesas al lado del gran ventanal mirando al mar. Algunos no sabían cómo vivir sin molestar a los demás cuando tenían cambios de humor.

Debo admitir que en la mayoría de las *fikas* desconectaba de la conversación. Entre que se hablaba poco y que tenía la cabeza en otras cosas, acababa por mirar por la ventana con mi taza caliente en la mano. Además, necesitaba algo de tiempo para acostumbrarme al idioma. No al sueco, por supuesto, sino al inglés.

No tenía mal nivel, aunque el mío no era ni mucho menos tan bueno como el de Osvaldo, por ejemplo. Él tenía un acento cubano fortísimo, pero su gramática era impecable. Daba gusto oírle hablar y como nunca alzaba la voz, era un ronroneo que aplacaba mis nervios.

Sonó un estruendo en la lejanía. ¿Volvería a llover?

Pensé en la primera noche que había pasado en aquel país. Cuando por fin había accedido a alojarme en aquella isla estaba tan cansada, que si me hubieran metido de una patada en una tienda de campaña habría dormido como un bebé en los brazos de su madre. Pero había recuperado la energía de repente en cuanto la vi en la lejanía.

El sitio era tan bonito, que cuando por fin pisé tierra después de unos cinco minutos en lancha, respiré como seguro que hizo Colón al pisar por primera vez las Indias.

La casa era de madera, tan típica como todas las casas de por allí, pintada de amarillo, con una pequeña terraza detrás protegida por una barandilla también de madera pintada del mismo color. Era pequeña, pero funcional. Cocina y salón con chimenea en un solo espacio a la entrada y, a la derecha, un baño con una pequeña bañera y un dormitorio. Un rectángulo perfectamente organizado.

Habían llenado la nevera y, tras buscar un buen rato, encontré un paquete con tortas secas, duras y redondas, con un agujero en medio. Al masticarlas todo hacía eco en la cabeza y las mandíbulas tenían trabajo extra, pero estaban riquísimas. Ese día fue lo único que comí. Después me enteré de que lo llamaban *Knäckebröd* y que era el pan más típico del país.

Allí sola y con un cansancio tan grande que me impedía dormir, pasé casi toda la noche mirando por la ventana hacia un mar cada vez más embravecido. Nunca olvidaré los colores y el sonido de la tormenta aquella primera vez. Los grises, el negro, el siseo ensordecedor del viento, el púrpura eléctrico del relámpago al descargar, los latigazos del rayo, el pulso de la naturaleza.

Tuve miedo y pensé «quién pudiese plasmar todo esto».

Dakota era el nombre de la isla en la que me habían ofrecido alojamiento. Cinco árboles, algún que otro arbusto y pequeñas alfombras de césped repartidas allí donde las concavidades de la roca dejaban que se posara la arena. Dakota era granito, roca viva donde anidaban dos pequeñas casas de verano. Una más grande que la otra; amarillas. La mía —la de menor tamaño— estaba construida en la zona más expuesta, ofreciéndome las mejores vistas y los más sorprendentes sustos.

Cuando el viento soplaba, daba la impresión de que encontraba la manera de entrar a través de las vigas y planchas de madera. Y cuando de verdad se ponía serio, me daba por pensar que íbamos a salir volando, la casa y yo.

Porque aquella preciosa cabaña no tenía cimientos, lo que la hacía estar vendida a los elementos.

Unos elementos que yo deseaba construir con madera. Pero, a ver cómo...

Y así estaba desde que aterricé: frustrada porque no terminaba de encontrar la manera.

Había interiorizado aquella primera tormenta y la tenía dentro haciendo estragos sin poder sacarla fuera de ninguna manera. Por si acaso, miraba por la ventana no fuese a perderme a las musas, que llegaban de repente.

Mi antigua maestra ya me había avisado de que muy posiblemente mis ideas no llegarían a nada. La marquetería con pino era una locura, pero es que sin pino aquello podía hacerlo en cualquier parte del mundo. La madera debía ser pino. Pino en la tormenta...

Pero faltaba algo...

El sonido del relámpago me trajo de nuevo a aquella *fika*, con el bullicio de la conversación a mi espalda.

—Este pueblecito tiene de todo. —Había enfatizado demasiado lo de «ito» lo que había hecho que Osvaldo levantase la cabeza y que tuviese verdaderos problemas para aguantar la risa.

Eso solo instigó más al «artista atormentado» que tantas pegas le ponía a todo. En realidad se llamaba Eklund y, como me daba la risa cada vez que lo pronunciaba, con «artista atormentado» tenía que valer si querían que le llamara de alguna manera.

Debía ser un primo lejano de Travis Fimmel. Igual de alto, igual de rubio, igual de bien puesto y con una mirada azul que solo te traía pensamientos oscuros a la cabeza de tan en serio que se lo tomaba todo.

Osvaldo, nuestro compañero cubano, sufría mucho por no poder reírse en momentos como aquel, aunque los exprimía durante horas cada vez que nuestro artista atormentado salía de la sala. Osvaldo era lo más opuesto a Eklund que se podría encontrar. En todos los aspectos. El cubano tenía la piel oscura como el ébano a juego con sus ojos; una expresión serena como pocas aunque exultante en sus mejores momentos, y siempre acompañada de una predisposición al optimismo. El ángel negro y el gruñón de alabastro.

Maldición. De repente empecé a buscar maneras de dibujarles a lo *yin* y *yang*.

—Tiene casitas, y dos tiendecitas abiertas fuera de la temporada de verano, cuatro solteros, un montón de entrometidas, un ricachón y un mendigo.

«Que alguien le diga a este hombre que usa los diminutivos en demasía...».

—Aquí no hay mendigos —espetó la jefa, salida de la nada.

«...y que alguien tarde o temprano se va a sentir ofendido».

—Claro que los hay, como en todas partes. Al menos uno.

El rostro de Linn se iba ensombreciendo a cada palabra de nuestro colega y por cómo estaba acribillándole con la mirada debía ser cierto o, acercarse demasiado a la verdad.

Miré a Osvaldo preguntándole en silencio de qué iba todo aquello, pero él se encogió de hombros y siguió comiendo galletas.

—Lo que sea —sentenció Eklund con un movimiento de mano que ya quisiera el rey Carl Gustaf—. Verás, Beatriz, que todo lo que necesitas estará a tu disposición, siempre y cuando te gusten los conventos de clausura.

¿Por qué me metía en la conversación? Yo estaba encantada mirando el paisaje pensando en el equilibrio del universo e imaginando lo bien que quedaría la tormenta del otro día sobre la cubierta de un secreter blanco.

Volví a mirar a Linn esta vez para pedir ayuda y otra vez que se me ignoró a las claras. Obviamente nuestro artista atormentado no era feliz en aquel lugar con todo lo que presumía de estar allí.

Con un par de palmadas, Osvaldo dio por finalizada la *fika* y yo respiré tranquila, por fin. Aunque la tranquilidad duró poco.

No llevaba ni una hora serrando figuras curvas cuando otra compañera se acercó por detrás apoyando las manos sobre mis hombros. Estuve a punto de cortarme por el salto que pegué.

—Perdona —se disculpó con una sonrisa—. Debería tener más cuidado con alguien que maneja herramientas.

La desconocida era, como la mayoría de las suecas, guapísima. Alta, algo fornida, con unos ojos azules enormes, el pelo rubio atado al buen tuntún en una coleta larga con pecas esparcidas en la cara sobre una piel sonrojada.

Era difícil encontrar feos en Suecia, aunque había visto más morenos de los que habría supuesto en un principio.

—Estás perdonada —dije quitándome los guantes de cuero—. Gajes del oficio.

—Me llamo Erika. Erika Lindgren—se presentó.

—Beatriz Frías—repliqué y cuando vi la cara de horror que puso, rectificué—. Bea, mejor.

—Mucho mejor, Bea —dijo con alivio—. He estado fuera unos días y no he

tenido la oportunidad de acercarme. Me han dicho que trabajas con madera y que estás buscando material.

—Has oído bien. Estoy buscando material autóctono, pero acabo de aterrizar, por lo que todavía me estoy aclimatando al sitio y la maquinaria disponible. ¿Cuál es tu bestia a domar?

Se echó a reír y yo revisé a toda prisa lo que acababa de decir. En los pocos días que llevaba allí ya había metido la pata varias veces.

—¿No estás trabajando en nada? —pregunté otra vez.

—Tengo a la bestia fuera —dijo sonriente señalando con el pulgar la ventana.

Me levanté y la seguí. Fuera, en la parte de atrás del edificio y casi pegando a un pequeño precipicio de roca en el que rompían las olas, había una extraña escultura de metal a medio terminar.

—¿Hierro? —pregunté al ver el material oxidado.

—Y cobre, acero inoxidable y algo de oro. No lo mires mucho, acabo de empezar.

La escultura alcanzaba ya los dos metros y la base hacía intuir que podía llegar más arriba todavía. Una vez terminada iba a ser gigantesca.

—Cuando nos dijeron que venías, comentaron que eras muy ecléctica y no creo recordar que dijese nada de madera.

—No —reconocí—. Es difícil de explicar. Hago lo que el lugar me pide y he pensado que aquí la madera es la respuesta.

—Me alegro por ti. Te aseguro que la roca no es plato de buen gusto —levantó la mano y me enseñó una antigua herida que recorría la parte interior del antebrazo.

—¿Qué te pasó?

—No atendía a razones y le di demasiado fuerte, no sé cómo pero el cincel resbaló y acabé desgarrándome medio brazo. Doce puntos y una infección que me tuvo fuera de juego un tiempo. Entonces decidí que era mejor centrarme en el metal.

Nos reímos de buena gana.

—Algunos tienen que aprender su camino en el arte de la peor manera.

Un buen rato después, nuestra conversación quedó interrumpida por la siguiente *fika*. Dos horas sin parar de charlar. Definitivamente Erika y yo terminaríamos siendo buenas amigas. Era como Sandra, aunque a la sueca. Genial.

—Pero nos estamos desviando —dijo con una taza de café en una mano y un bizcocho de chocolate en la otra—. Hemos quedado en que necesitas madera, ¿no?

—Exactamente.

—Pues bien. ¿Qué dirías si te llevo a que le echés un vistazo a la serrería? El dueño es mi hermano.

—Diría que muchas gracias.

—¿Muchas gracias? —Cruzó los brazos poniéndose muy seria de repente—. Yo pensaba que las españolas era mujeres apasionadas; que gritaban mucho y esas cosas. No te veo saltar de alegría.

Por un momento me creí su enfado. Estaba tan en su papel diciéndome esas cosas que no supe cómo reaccionar. Tras unos segundos haciéndome sudar la gota gorda comenzó a reírse otra vez.

—Y parece que tampoco tenéis sentido del humor —se lamentó con un suspiro a lo «qué voy a hacer con esta mujer».

Solté el aire que llevaba acumulado desde hacia un rato. Con esa cara seria que todos ponían no había forma de pillarles un chiste.

—Ahora en serio. A mi hermano no le importará que le echés un vistazo a lo que tiene ni que te lleves lo que necesites. Si son sobras, creo incluso que te lo agradecerá.

Paró de hablar y su mirada comenzó a vagar.

—Iremos juntas la primera vez —aseguró antes de sorber el resto del café.

Por un momento no supe si conversaba conmigo o con ella misma. Terminé mi tercer bollo de la mañana y volví a jurarme que, al día siguiente, pondría fin a aquella orgía de dulces y cafeína.

Me levanté toda decidida e intenté volver a mis serruchos antes de que volviésemos a perdernos en otra charla sobre colores, formas, texturas y visitas a urgencias por lesiones contra nuestra persona por culpa de máquinas diabólicas con demasiada potencia.

—Dónde está la serrería y cuándo me vas a llevar.

—¡Dios mío! —siseó llevándose la mano a la boca—. ¡Ya eres casi sueca! Igualita que Sandra.

Capítulo 10

Alvar

Éramos un pelotón de seis hombres hechos y derechos incapaces de entender el porqué de nuestra presencia en aquel pequeño poblado a trescientos kilómetros del borde de la jungla en medio del continente africano. Órdenes eran órdenes, aunque a veces no respondieran a ninguna lógica.

No nos habían dejado tiempo ni de darnos una ducha. Volver, presentar el informe y salir de nuevo sin tener idea de a dónde. El conductor nos había ido poniendo al día mientras yo leía unas órdenes más que vagas sobre lo que nos esperaba.

La persona que consiguió llegar al cuartel, había muerto desfallecida sin tener tiempo de explicar nada. Tres palabras inconexas: el nombre del pueblo, cuándo salió y «¡a prisa!». Tras un reconocimiento de la zona, no habían encontrado señales de lucha así que, antes de ponernos cómodos, nos mandaron a echar un vistazo.

Médicos sin fronteras tenía a un par de enfermeros estacionados allí y nadie había recibido ningún aviso de su parte.

Coser y cantar.

Hasta que Erikson empezó a soltar espuma por la boca al mismo tiempo que el jefe del poblado nos gritaba:

—¡Han envenenado el pozo!

Seiscientas personas no iban a tener agua en lo peor de la sequía, y la mitad de ellas ya se agolpaban a la entrada de la tienda de la ONG con síntomas como los de nuestro compañero.

No había señal de los enfermeros.

Un par de jóvenes de otro poblado habían llegado en las últimas a pedir ayuda a la ONG, pero no estaban enfermos. Aseguraban que en su pueblo

estaban cayendo como moscas, aunque eran incapaces de dar respuestas concretas a nuestras preguntas.

Erikson comenzó a convulsionar. Cargamos con él como si fuera un saco y le llevamos corriendo a la enfermería metidos en escafandras (solo teníamos dos) mientras el resto se parapetaba alrededor del pozo hasta que llegaron los sanitarios.

Nosotros tendríamos que mantener en la tienda a enfermos y familiares para evitar posibles contagios. Todos los protocolos se dispararon y, en menos de media hora, nos sobrevolaban al menos cuatro helicópteros.

Tras seis horas de trabajo, quedó claro que aquello no era ninguna plaga o virus infeccioso. Habían envenenado el agua y, cuando estuvo todo bajo control, la mitad del poblado había perdido la vida. La mayoría niños.

Y, como tantas otras veces, volvimos al pozo a tomar muestras, cercamos la zona, prohibimos a la gente beber de cualquier fuente de la que se abasteciera el pueblo y, lo peor, fuimos casa por casa para llevarnos el poco agua que aún les quedara y asegurarnos de que nadie más se contaminara.

Las miradas de los niños eran de las que se te quedan pegadas en las retinas de por vida. Horror, desconfianza, tristeza e infinita indefensión. Decirles que era por su bien era como abofetearles.

Mi equipo también sabía bien lo que vendría después.

Una vez se supo quién estaba «sano» y quién no, juntábamos a los más jóvenes y organizábamos juegos, repartíamos algo comida y les mandábamos a casa con una mísera bolsa de medio litro de agua, cuando disponíamos de ellas. La actitud cambiaba algo, pero solo hasta que el agua se acababa y no había más de la que tirar.

Potabilizar agua no es tan fácil como echar una pastilla y ya. Hay que ver hasta dónde llega el daño. Contar hasta qué kilómetro de la fuente se ven animales muertos y personas debilitadas con síntomas de contaminación. Luego hay que ver qué veneno se ha usado y lo permanente que puede llegar a ser.

Hasta que los resultados de las muestras no llegaran, habría que patrullar armados para asegurarnos de que la población se moría de sed en vez de envenenamiento.

Erikson se había salvado por los pelos.

«Piiiiiiiiiiiiiiiiiii...».

El siseo de la tetera me sacó de repente de aquellos pensamientos.

¿Qué estaba haciendo? ¿Dónde me encontraba?

Miré alrededor intentando reconocer mi propia cocina, otra vez perdido por culpa de esos *flashbacks*. Una taza, la cafetera francesa, el bote de café.

Parpadeé y apagué el fuego. Puse dos cucharadas de café molido en la cafetera y la llené con agua, lo coloqué todo en una bandeja y salí a la terraza.

Los días eran cada vez más cortos y pronto sentiríamos el frío en los huesos. El que no se iría hasta el año siguiente. Para muchos era una maldición, por eso la isla se vaciaba en los meses de invierno, para mí era todo lo contrario.

Sofocado por el calor y la humedad, rodeado por la jungla, la sensación de claustrofobia era permanente. Vivir en un lugar donde corría el aire, se disfrutaba del horizonte y había que abrigarse me resultaba una pura bendición. Los supervivientes de secuestros en la selva colombiana la llamaban el infierno en la tierra y, en parte, tenían razón. No porque estuviesen secuestrados, no solo por eso. La selva era implacable, angustiada, peligrosa e inolvidable. Es decir, una vez allí, la llevabas puesta hasta el último día sobre esta tierra. Daba igual que fuese, colombiana, africana, la cual tuve el privilegio de conocer a fondo, o filipina.

Si encima la asociabas a situaciones extremas...

Sorbí el café casi hirviendo y me obligué a volver al presente. Allí, en mi terraza, con un café en una mano y una Savinelli en la otra, bien podía darme con un canto en los dientes y apreciar, como se debía, la oportunidad que la vida me había dado de volver y rehacer mi existencia. Morir por causas naturales era un lujo que casi nadie se paraba ya a ponderar.

Pegué un salto cuando oí que unos nudillos aporreaban el cristal de la terraza justo detrás de mi cabeza y me llevé las manos a la cadera sin recordar que allí ya no había nada que pudiese utilizar en caso de peligro.

La idea me incomodó durante un momento. No porque estuviese desarmado, sino porque seguiría estándolo en el futuro. Era permanente.

—¡Tenemos que hacer la declaración de la renta! —gritó mi hermana al otro lado del ventanal.

—Joder. ¿No podías haber llamado por teléfono?

Bordeó la terraza y me lanzó un sobre al tiempo que subía las escaleras.

—Lo hice, en repetidas ocasiones, durante dos semanas. Por listo, ahora se te ha pasado la cita con el abogado así que te toca hacerlo solo. Esa es mi parte. ¿No vas a invitarme a un café?

—Sabes dónde están las tazas.

Abrí el sobre mientras ella movía cacharros en la cocina. Cuando vi las fechas, empecé a temblar. Una semana. El plazo para presentarlo todo era de una semana.

Mi hermana volvió y se sentó a mi lado. Esta vez, tuvo la misericordia de contestar a las preguntas que lanzaba mi cerebro y que su mente gemela recogía sin ningún esfuerzo.

—Hasta ahora, tu declaración se hacía de forma automática y yo te mandaba la mitad de los ingresos que tenemos en común. Dado que ya no trabajas, te toca sufrir como cualquier ciudadano de a pie y rellenar miles de papeles para que, con tu dinero, nuestro país siga siendo grande y próspero.

Volví la vista a aquel taco.

—No..., no.... —«Respira y dilo, respira». —No me veo capaz —admití.

Mi hermana paró de sorber.

—¿Por qué tienes el teléfono apagado? He intentado llamarte doscientas veces y me he pasado por aquí otras tantas. ¿Dónde te metes?

—Aquí y allí. El médico opina que acostumbrado a moverme, si no hago ejercicio de alguna forma, me volveré más tarado todavía.

—No estás loco, hermano.

—A veces creo que sí que lo estoy.

Ella me agarró de la muñeca y apretó fuerte.

Pasamos la tarde en silencio, sentados en la terraza, perdidos en nuestro mundo y dándonos apoyo como antaño. Su presencia me bastaba. La conexión se mantenía tan fuerte como siempre y creo que el hecho de que estuviera allí, a salvo, era un alivio también para ella. No había caído en lo importante que era nuestro vínculo para que yo no perdiera completamente la cabeza.

—No sé que hacer —dije horas después.

—Yo tengo muchas ideas, aunque no estoy segura de que quieras ponerlas en práctica.

Arrugué la frente.

—¿Estás dispuesto a interactuar otra vez con la gente? —preguntó escéptica. Fui a abrir la boca, pero ella me cortó.

—Y no me refiero a tu amigo Ingmar.

«No». Estaba seguro de no ser capaz de enfrentarme a la gente que me conocía desde que llevaba pañales.

—Te ayudaré a ir paso a paso. No presionaré, te lo prometo, si bien tienes que poner algo de tu parte.

Me llevé la mano al pecho intentando aliviar la presión sin ningún éxito.

—¿Qué tal si a cambio de hacerte la declaración de la renta, tú te acicalas y juntos ponemos unas cuantas lavadoras?

Soltando una bocanada de aire, asentí con la cabeza.

—Estupendo —dijo sonriente—. Déjame ahora desahogarme.

—¿Todo bien en casa?

—En casa, si quitas que poco a poco nos estamos volviendo majara con tanto hijo, las cosas van bien. Es la colonia la que no para de dar problemas.

Dije que sí con la cabeza y la seguí a mi habitación donde nos recibió la montaña de ropa sucia que tan bien decoraba una de las esquinas.

—La secretaria que les dejó plantados en primavera lo dejó todo empantanado. Nadie recibió dinero durante meses y todo el mundo asumió que no se vendió nada. Las peticiones de plaza las han encontrado en la carpeta de proveedores de material y todavía hacen malabarismos para alojar a aquellos que vienen y que no tienen sitio.

Soltó un suspiro y chascó la lengua, igual que hacía nuestro padre cada vez que el mundo no giraba como debía.

—Al menos —siguió diciendo—, todo el mundo en el pueblo está contento porque hay posibilidades de tener casas ocupadas fuera de temporada.

Separamos la ropa en montones y, cuando fui a coger uno de ellos, me da cuenta que el olor de aquellas camisetas y lo que llevaba puesto era el mismo.

Quedé petrificado ahí de pie con una lucha interna en mi cabeza que a cada segundo se volvía más violenta y me transportaba a momentos que no quería recordar. Gritos y más gritos que no eran míos o puede que sí. Olor a quemado...

Mi hermana intentaba decirme algo. Cuando alcé la vista ya no estaba en mi habitación y mis manos llenaban las suyas. ¿Dónde estaba la ropa sucia? ¿Por qué estábamos sentados en el sofá?

—Respira.

Me miraba serena, pero me aferraba con determinación.

—¡Respira, hermano!

Volvió a apretarme zarandeándome en el proceso.

Cogí aire con desesperación. ¿Desde cuándo llevaba aguantándolo dentro?

—Así. Despacio. Dentro. —Inspiró—. Fuera —Y espiró—. ¿Necesitas algo?

Negué.

—Está bien. Sigue respirando conmigo.

Copié el ritmo por inercia y así estuvimos un buen rato hasta que sentí que volvía el calor a mi cuerpo.

—¿Mejor? —preguntó.

Dije que sí con la cabeza.

—Deja que yo me ocupe de la colada. Ve a darte una ducha.

Volví a asentir mientras me levantaba.

—Deja la puerta del baño abierta —le dijo a mi espalda.

Y obedecí sin rechistar.

Esa fue la primera vez, en décadas, que puse mi vida en manos de otra persona sin que hubiese órdenes de por medio.

Capítulo 11

Beatriz

*D*urante el verano me gustaba pensar que tenía un generador temperamental. Eso era principalmente porque cuando se estropeaba, el turista de turno se adentraba en las profundidades del chamizo semisubterráneo donde dormía el dragón y no tenía problema en leer las instrucciones de aquel cacharro en sueco. Porque yo ni siquiera sabía distinguir entre instrucciones de uso y avisos de peligro. En un par de ocasiones vino alguien a arreglar el estropicio, pero no estaba presente para saber qué diablos fallaba y aprender qué hacer en futuras ocasiones.

«Grave error, Beatriz».

Estábamos en un otoño que se sentía como invierno, ya no había turistas y el generador volvía a estropearse.

Le estornudé a aquel libro de instrucciones en sueco, justo por la página donde había un dibujo donde se solapaban piezas y engranajes, con miles de flechas y diagramas.

¿Qué hacer? Sencillo. Agarré el mango del destornillador y comencé a apretar todas las tuercas de aquel mastodonte. Si no arreglaba aquel calentador, al menos conseguiría sudar el resfriado.

En unos minutos, empecé a pagar con aquella máquina todas mis frustraciones y alegrías. Desde la soledad que llevaba incubando desde que llegué, pasando por la frustración artística tras semanas atascada sin poder hacer nada que no hiriera las retinas hasta llegar a la alegría desbordante cuando encontré por fin la pieza que faltaba. Estaba tan metida en materia que daban igual los mocos, el frío o las barreras idiomáticas.

Había pasado momentos en los que pensé seriamente en empaquetarlo todo y volver a España. Porque no terminaba de encontrar mi sitio en la colonia y, al mismo tiempo, no paraban de venirme ideas para tener a mis chicas ocupadas

día y noche en Madrid. Por el momento la madera ganaban la batalla así que ahí seguí, sufriendo los fríos suecos a la vez que exprimía cada idea original que se me cruzaba por la cabeza. Lo malo era que no sabía cómo plasmarlas.

Y corría el peligro de explotar. En más de un sentido.

El alivio llegó varios días atrás. Linn apareció de repente a recogerme, pero en vez de llevarme a la colonia, cambiamos el rumbo y fuimos a Tanum a ver grabados rupestres.

Aunque no habíamos empezado con buen pie, Linn se había convertido en una buena amiga. Desde que llegué, me había enseñado la isla palmo a palmo, me había explicado las extrañas costumbres de los suecos, sus idiosincrasias, me había acompañado en mis primeras compras para asegurarse de que comía bien y lo más importante, a veces parecía más mi secretaria que la secretaria de la colonia. Para cualquier cosa que necesitase.

Con todo lo que ella tenía que tragar.

El viaje a Tanum, era un detalle más. Uno de los pescadores del lugar, nos llevó hasta allí y prometió volver a recogernos al final del día. O al menos era lo que Linn me había dicho, porque aquel señor tan serio y arrugado prácticamente no abrió la boca durante toda la conversación.

Una vez allí, fuimos siguiendo al grupo de visitantes como dos turistas más, pero pronto comenzamos a pulular a nuestro antojo. Ventajas de ir con alguien «local».

Tampoco es que fuésemos al ritmo del resto, porque yo me quedaba embobada a cada paso. Aquellas escenas prehistóricas grabadas sobre el granito eran lo más bonito que había visto en Suecia hasta ese momento. Parejas de enamorados, barcos vikingos, cazadores tras sus presas. Todo reflejado allí a golpe de cincel. Esfuerzo, sudor y alma para enseñar las cosas más simples y bellas de la vida.

Y entonces lo vi, lo absorbí.

—¿Qué color es este? —pregunté.

Lo había visto por todas partes, todos los días. Casi todas las edificaciones estaban pintadas en aquel rojo.

Linn comenzó a darme una charla sobre la imprecisión de pintar de rojo y blanco sobre las figuras para que el público pudiese distinguirlas sobre las rocas sin darse cuenta de que yo ya estaba perdida en un mundo de posibilidades, de texturas, de nuevos diseños, de escenas vibrantes.

—Pero, ¿qué color es? —apremié señalando con las dos manos aquella

pareja de amantes de la prehistoria.

Arrugó la frente y me miró como si fuese algo retrasada. Supongo que podía interpretarse así. Rodeados del arte en la edad de hierro y yo preguntando por tonalidades.

Cuando vio que seguía señalando con la palabra «eureka» pintada en un bocadillo justo encima de mi cabeza, contestó como si no saber eso fuese de idiotas. Y sí. Después de todo ese tiempo era vergonzoso que no lo hubiese visto antes.

—*Falu* —dijo.

Sacó su móvil y me enseñó la página web de una empresa que vendía la pintura. Le quité el teléfono y busqué una traducción.

—Falun —repetí como si acabara de descubrir los secretos del universo.

Ese rojo era la sangre sueca. El rojo de falun era lo que me había estado esquivando aunque lo tuviese delante de mis narices. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Tan obcecada estaba en doblegar la madera de pino que se me había pasado completamente el color. Aunque lo más difícil fuese usar ese material, serían los distintos tonos de aquel rojo los que diesen alma a las composiciones.

Estaba tan eufórica a la vuelta de la visita, que me puse con los brazos abiertos en la popa del barco a lo heroína del Titanic. De no ser porque comenzó a llover, allí habría seguido hasta llegar a casa.

Les dije que no viniesen a recogerme hasta que yo llamase y me dispuse a encarrilar todas las ideas que se agolpaban en mi mente.

En cuanto entré por la puerta me puse a buscar por internet como encontrar aquel pigmento y solo paré cuando los dientes comenzaron a castañetear y el estómago a crujir igual que las losas de madera del suelo.

Los radiadores estaban tan fríos como el hielo. Puse las sobras del día anterior en el microondas, pero sin electricidad no habría manera de comer caliente esa noche.

En momentos así me preguntaba qué demonios hacía yo sobre una roca a las puertas del mar del norte más sola que la una y sin calefacción.

Cuatro días después, con todo sudado, las manos temblando y las tripas clamando venganza, seguía sin tener ni idea de lo que le pasaba al maldito generador. Lo mismo lo había roto a golpes de destornillador.

No, no. Tres, bueno quinientas, tuercas apretadas de más no podían estropear generadores. Vivía con un generador hostil que se pasaba la vida en

pie de guerra, y punto. Así que como esas teníamos, empecé a tratarlo de la misma forma, con llave inglesa en mano y dando golpes sin ton ni son a ver si con esas, la máquina pillaba quién mandaba en aquella cabaña.

Si no arreglaba aquel cacharro y conseguía electricidad pronto, terminaría haciendo bocadillos de aquellas tortas duras que había empezado a odiar porque estaban más secas que la suela de un zapato. No olvidemos lo de ducharme en menos de tres minutos para asegurarme de que quedaba agua caliente en la cisterna.

Hacía un frío pelón, fuera y dentro de casa. Un frío húmedo que se te metía en los huesos y daba igual la temperatura a la que mantuvieras el hogar. Sin calefacción ya me veía convertida en un cubito de hielo.

¡Si dormía todas las noches con calzones largos teniendo los radiadores encendidos! Quién podía pensar que aquella prenda pasada de moda fuese a ayudarme tanto. El único problema era cuando debía ir al cuarto de baño en medio de la noche, porque, además de los calzones, me ponía encima el pijama de franela y había que maniobrar bastante hasta que conseguía sacar a la luz el trasero y sentarme en el retrete. Con el paso de las semanas había desarrollado unas dotes casi artísticas para desnudarme, hacer pis y volverme a vestir en tiempo récord.

Creo que en una de esas ocasiones en las que me tomé demasiado tiempo, había debido resfriarme. También pudo ser que me hubiera dado un mal aire de camino a la colonia en el barco de correos, o que se me congelaran las entrañas el día que, milagrosamente, hizo sol y todos salimos en procesión a la calle a tomarnos el café y los bollos, quedándonos de pie a la intemperie como pasmarotes.

Como no conseguía que el maldito generador *generara* nada sin parar cada dos por tres, había empezado a encender la chimenea con mucha más regularidad, pero no es que se me diera mal, sino fatal. Se formaban unas nubes negras en la cocina que harían toser a cualquier minero experto y además tenía que salir para ir a por leña. Así que el frío de fuera, la pereza y la mala leche que se me entraba pensando en el tormento de encender fuego se ponían en contra a la hora de dedicarme a ello. En conclusión: terminaba rodeada de mantas y con cuatro capas de ropa.

Con todo y eso, en aquella casa hacía un frío polar. Fijo que tenía grietas o algo porque a veces sentía que la corriente me congelaba las orejas. Fuera siempre estaba oscuro y, últimamente, las tormentas eran tan fuertes que me

daban pavor. Nunca había tenido miedo del agua, los truenos o el viento pero es que hasta entonces no había presenciado en vivo y en directo cómo era una señora tormenta realmente. El sonido del viento resultaba ensordecedor y si te descuidabas podía hacerte volar. Los truenos no daban tregua y a menos de diez metros del porche, parecía que el mar embravecido se iba a comer la isla. Siendo sincera, en ocasiones pensaba que la casa no se mantendría en pie. Y la madera, bueno, esa había sido otra sorpresa. ¿Alguien sabía que las casas de madera hablan? Todo el santo día. *Crack, crack, crack*. A veces era imposible dormir.

Así que nada. Trabajaba mucho, dormía mal y pasaba frío. Todo iba como la seda. Menos mal que ahora contaba con mi amigo falun.

En cuanto se me pasase el resfriado tenía intención de mudarme a tierra firme. Lo de vivir en una isla del tamaño de un mantel era muy bonito en verano, pero ahora era un tormento. Además, con tanto temporal a veces ni llegaba el correo. Se había acabado. Si no tenían sitio en la colonia, deberían buscarme alguna casita cerca ¡donde nada se moviera! Aunque las islas no se movían ¿verdad? Sacudí la cabeza avergonzándome de las tonterías que se me ocurrían.

Menos mal que tenía un cargamento de gelocatiles, regalo de mis niñas siempre preocupadas con que me fuese a pasar algo en esos lugares alejados de la mano de dios.

Estornudé otra vez e infecté de paso las instrucciones en sueco. Tuve que apoyarme en una de las tuberías cuando me vino otro ataque de tos, comenzó a faltarme el aire, y los pinchazos en el costado se hicieron casi insoportables.

Al final, lo dejé por imposible y volví de vuelta a casa a por una aspirina. La quinta ese día.

Una ducha caliente me pondría de nuevo a tono. Un momento, sin generador tampoco tenía agua caliente. ¿Cuántos mililitros quedaría en la cisterna?

Abrí el grifo, pero el líquido salió a temperatura de granizado.

—¡Ay!

Está bien. Más capas de ropa y una siesta en el sofá antes de irme a la cama. Ya aprendería a encender la chimenea al día siguiente.

Capítulo 12

Alvar

*E*n días como aquellos me acordaba de por qué nunca había querido ser pescador. De vez en cuando no me hubiera importado, pero hacerlo un día tras otro me habría matado, literalmente.

Estaba molido. Me había levantado a las tres de la mañana para sustituir a Ingmar y cuando creía que la jornada estaba a punto de terminar, el reloj me había dicho que eran solo las cuatro de la tarde; a las siete, cuando por fin llegué a casa solo tenía dos cosas en la cabeza, cerveza y piltra. Con un poco de suerte ese día conseguiría dormir de tirón.

Me estaba quedando dormido tirado en el sofá cuando sonó el teléfono.

—Sea lo que sea no me interesa.

—Buenas tardes, hermano.

—Buenas noches, querrás decir.

—Son solo las ocho.

—Al grano.

—Necesito que me hagas un favor.

—Olvídalo.

—Es una cuestión de vida o muerte.

—Siempre es cuestión de vida o muerte.

—Le haces favores a todo bicho viviente, pero siempre me pones pegas cuando yo te necesito.

—Será porque cada vez que te hago un favor acabo por arrepentirme. Desde que me pusiste en circulación, no paro.

El incidente de la ropa sucia había convencido a mi hermana de que tenerme desocupado no era una buena idea. Así que dejó caer en el pueblo que estaba disponible para lo que hiciese falta. Por su culpa había tenido que empezar a usar reloj otra vez.

—Te tengo ocupado, que no es lo mismo. Esto es serio, Alvar. —El tono lo indicaba y si me llamaba por mi nombre, más aún.

—Dime.

—Está pasando algo en Dakota.

—Sabía que no era una buena idea. Llama a la inmobiliaria.

—Como bien has dicho tú, son las ocho. Además es sábado. Quizá no sea nada, pero algo me dice que la chica está en apuros. Con este tiempo y allí sola... Si necesita ayuda médica no me lo perdonaría.

—¿Qué te hace pensar que no está bien? —Sentí cómo la adrenalina comenzaba a circular por mi cuerpo. Había reacciones que jamás cambiarían.

—Lleva tres semanas sin aparecer y debería haber hecho acto de presencia al menos hace diez días. Estoy intentando localizar a Ingmar, pero no está en casa.

—Ha ido de visita. Le he sustituido hoy. ¿Has probado con Svensson? Para estos casos tenemos precisamente a un *ranger*.

—Tampoco coge el teléfono. He llamado a su casa y me han dicho que este fin de semana está en un curso y que todas las urgencias pasan a Gotemburgo. Digamos que nuestro *ranger*/contador-de-pájaros-y-nidos llegaría antes que ellos si se lo propusiera. Solo quedas tú.

—Estupendo.

—Acercarte y echar un vistazo te llevará como mucho media hora. — Sonaba desesperada y eso era algo muy improbable en mi gemela.

—Parece que las luces fluorescentes te están afectando a la vista. ¿Te das cuenta de que tenemos una tormenta de las puñeteras que no tiene intención de amainar? ¿Seguro que no puede esperar?

—Mira. Sé que no quieres ir, sé que no te hace gracia hacerme favores, sé que es algo peligroso, pero ¿y si la chica realmente necesita nuestra ayuda? Está sola y a miles de kilómetros de los suyos... ¡y en nuestra propiedad!

—Cuando llegue te llamo. Me debes una.

—Gracias, hermano.

Me repateaba que mi hermana me pidiera arreglar los problemas que ella creaba y me repateaba aun más que siempre acabara cediendo con la sensación de que había vuelto a solucionar entuertos que no iban conmigo.

Nadie en su sano juicio saldría a la mar en una noche así. Si mi hermana hubiese prestado atención en las clases de navegación, se lo habría pensado

dos veces antes de llamarme para algo que, a ciencia cierta, no iba a ser más que un malentendido.

Para empezar era del todo absurdo que una de las artistas no viviese en la colonia y, para continuar, qué demonios hacía aquí durante el invierno. Casi nadie se quedaba más de tres meses. De hecho, el patronato había decidido cerrar la mitad de las habitaciones entre octubre y abril. Solo el antiguo edificio, el de toda la vida, se mantenía abierto porque, por razones inexplicables, el novísimo edificio de materiales ultramodernos y ventanales en vez de paredes, no soportaba las inclemencias del tiempo cuando la cosa se ponía fea, lo que sucedía casi a diario. Tenía goteras por todas partes y las cañerías se congelaban cada dos por tres lo que hacía que no hubiese agua caliente.

A pesar de lo desastroso del edificio, la colonia de artistas no había resultado una mala idea después de todo. Necesitaban de los servicios que proporcionaba el pueblo porque la mayoría no sabía ni hacerse un bocadillo. Les gustaba visitar los cafés de la zona y normalmente se quedaban durante varios meses exprimiendo su momento bohemio y ya de paso, dejaban algo de su dinero por el camino. Desde que se inaugurara el proyecto, las tiendas del pueblo habían visto incrementar las ventas y es cierto que su presencia atraía a los visitantes. Las reticencias de algunos lugareños por tratarse de un grupo internacional en el que como máximo el 40% podían ser suecos, habían desaparecido en el momento que los artistas locales pasaron a tener preferencia y las tiendas del pueblo comenzaron a llenarse de artículos que los turistas compraban a precios desorbitados y, para qué negarlo, hasta los más viejos habían sucumbido a la belleza de lo exótico. Al fin y al cabo se trataba de unas veinte personas como mucho.

A los artistas, además, se les exigía pasar chequeos médicos, antes y durante su estancia, así que mi familia se beneficiaba directamente siendo mi hermana la única doctora de la zona. A nadie se le denegaba la entrada por sufrir alguna enfermedad, síndrome o cualquier otra afección, pero la fundación se reservaba el derecho a saberlo.

Ya que mi gemela no podía ir, era lógico que, siendo además copropietario de la isla, fuese yo a hacer las veces de equipo de salvamento, o como a mí me gustaba llamarlo: de niñera.

Tenía cojones además que, en un pueblo lleno de embarcaciones, precisamente aquel día fuera a ser el único con un bote a motor en veinte

kilómetros a la redonda. Maniobré para salir del pequeño embarcadero y dirigirme a la isla donde se suponía que había una damisela en apuros. Con algo de suerte no acabaría incrustado contra el litoral.

¿No se suponía que la inquilina solo estaría en la cabaña hasta el otoño? Las casas de la isla no estaban bien acondicionadas para que vivieran en ellas durante el invierno y menos alguien que no tenía la más remota idea de llevar una vida austera sin duchas de chorro, calefacción en el suelo y antena parabólica.

El trayecto, que normalmente necesitaba no más de quince minutos, duró cuarenta. El viento provocaba olas de varios metros, la visibilidad era nula y la embarcación bastante tenía con no caerse a pedazos. Si además de hacer el viaje para nada, Ingmar acababa sin barco, iban a rodar cabezas. La mía la primera.

Toqué la bocina varias veces para avisar de mi llegada. Nadie me esperaba en el embarcadero. Según me acercaba pude ver que el buzón de correos seguía igual o más lleno que cuando hice de improvisado cartero la semana anterior. Por lo visto nuestra inquilina no había salido de casa en varias semanas o, todavía más probable, no se había ni siquiera molestado en recoger la correspondencia. Apostaría mi Calabash a que era la típica cosmopolita con alergia al aire puro y fobia a cualquier criatura con más de dos patas que no formara parte de los catalogados como animales domésticos.

No sin cierta dificultad conseguí amarrar la embarcación, aunque debía darme prisa si realmente no quería arriesgar a tener problemas con mi amigo al día siguiente. Si le pasaba algo a su Lucy, además de quedarse sin trabajo, le provocaría un trauma de los gordos.

Para cuando llamé a la puerta estaba calado. Con un tiempo de perros así era como no tener nada puesto. Las luces de dentro estaban apagadas. Allí no había nadie. Volví a telefonar maldiciendo de nuevo a mi hermana por haber vuelto a apelar a mi lado samaritano para nada.

—¿Está bien? —preguntó antes de que pudiese abrir la boca.

—¿Quién?

—No juegues conmigo con algo así.

—Aquí no hay nadie. Las luces están apagadas; nadie ha recogido las cartas del buzón en días; dentro no se ve movimiento —dije mientras me asomaba a la ventana de la sala de estar.

—¿Estás seguro? No se la ha visto por el pueblo en semanas y prometió

entregar algunas de sus obras hace varios días y en la colonia dicen que lo tiene todo a medio terminar. Tiene que estar ahí.

—Echaré un vistazo dentro a través de las ventanas, pero si no veo nada me marcho. A cada minuto la tormenta arrecia y, a este paso, no voy a ser capaz de volver.

—Si es necesario, entra. Las llave debería estar debajo del tiesto grande blanco en la parte de atrás. Algo no anda bien. Te llamo dentro de diez minutos.

Rodeé la casa mirando dentro como cualquier husmeador. Nada. Todas las luces estaban apagadas y algunas ventanas tenían incluso las contraventanas cerradas. La cabaña de aperos y la entrada al generador también tenían el candado echado.

Volví a llamar a la puerta. El viento era tan fuerte que casi no oía los golpes.

—¿Hay alguien ahí?! —Si seguía aporreando así la puerta tendría que repararla después.

Nada.

Antes de marcharme volví a mirar por la ventana y casi cuando me daba la vuelta, noté un movimiento en el respaldo del sofá. Limpié el agua que caía a chorros por el cristal y afiné la vista. Podía haber sido una rata, un gato o una mano. Algo volvió a moverse.

Casi rompo el tiesto cuando me agaché para buscar la llave de la casa. Todo estaba lleno de barro y con la que estaba cayendo, no veía si estaba en el suelo o pegada a la maceta.

El tufo casi me hizo volver a salir cuando por fin conseguí abrir la puerta. Una combinación entre olor a cerrado, sudor acumulado y comida fermentada saturaba el ambiente.

Ví una mano que salía de una montaña de mantas sobre el sofá. Me acerqué rápido y sin querer le di una patada a un cubo de plástico. El contenido se desparramó por el suelo y por fin supe de dónde salía el olor a ácido: vómito.

Salté aquel charco pestilente y me dispuse a averiguar qué o quién había debajo de aquellas mantas. Cuando aparté la última me encontré con un pelo ensortijado, unos grandes ojos oscuros asustados llenos de legañas y una lívida cara femenina. Los ojos se cerraron y una tos ronca con sus consiguientes espasmos empezaron a quebrantar el poco equilibrio con el que la pobre chica mantenía todas aquellas mantas en su sitio.

—¿Se encuentra bien? —Ya no sé si estaba enfadado o preocupado aunque

sí tenía clara una cosa, mi hermana me iba a deber una por mucho tiempo.

Capítulo 13

Beatriz

Cuando escuché los golpes en la puerta por fin pude llorar de alegría y no por culpa de la angustia.

«Beatriz. ¡Estás salvada!»

Había hecho el esfuerzo de mover a duras penas la mano para hacer señales por encima del sofá pensando que alguien venía a rescatarme. Tuve que hacer varios intentos porque en el momento que levantaba el brazo las fuerzas me abandonaban, pero tenía que intentarlo como fuese.

Sentí una presencia en la habitación y me dispuse a salir de mi nido protector. Al final fue mi rescatador el que llegó hasta a mí. Cuando abrí los ojos, todas mis esperanzas se desvanecieron y con el miedo retornó la tos. Estaba ante el día del juicio final y ni siquiera me había percatado de que había muerto. Al menos no sentí dolor en el proceso o simplemente al morir solo se siente dolor en el pecho y de eso tenía más que de sobra.

Es curioso aprender que para cuando se descubre la realidad sobre la vida y la muerte es demasiado tarde. Nada de un san Pedro esperando a las puertas del paraíso, nada de un Dios misericordioso con barba blanca repasando tu vida leyendo de un largo papiro y sopesando sabiamente qué hacer con tu alma. Nada de estar rodeada de nubes de algodón impoluto y música celestial mientras esperas paciente a que aquel ser todopoderoso tome una decisión.

La verdad verdadera es que cuando morimos, en algún lugar oscuro y frío nos espera un Odín magnífico y enfadadísimo para repasar uno a uno todos nuestros pecados y espetarnos sin miramientos nuestras culpas. Y sin chuleta.

Odín realmente no se parece a ese vikingo sentado en su trono con armadura y lanza o espada en ristre; tampoco va montando sobre su caballo y los cuervos no le cuchichean chorradas. No. Odín va a pie, no lleva armadura y gasta ropas como nosotros pobres mortales. De hecho lleva chubasquero The

North Face. Odín tiene el pelo entre rojo y rubio y una barba a juego bastante larga con dos mechones largos más rubios que salen de las comisuras de los labios. Tiene el pelo largo hasta casi tocar los los hombros y lo mantiene malamente sujeto detrás las orejas; no se sabe muy bien si mojado o simplemente sucio. La cara de Odín es recia, de pómulos altos, frente despejada y ojos inquisidores.

Un momento.

El dios regaló un ojo para adquirir sabiduría ¿no? Otra cosa que aprendes demasiado tarde. Odín tiene dos maravillosos ojos claros u oscuros... por si acaso no me acerqué más no fueran a lanzarme algún rayo aunque doy fe de que son enormes. El caso es que por desgracia echan chispas, lo que le dan una expresión iracunda que te hace evitar mirarle directamente. Pero es tan atrayente que miras de todas formas y da igual que con esa osadía acabes chamuscada. Porque Odín reside en un lugar donde la tormenta arrecia, no hay luz, solo rayos y centellas. Y sabes que es él porque a cada paso suena un trueno y le ves gracias a la luz intermitente de los relámpagos.

Odín habla sueco y solo sueco, así que si no hablas sueco no sabrás jamás lo que el dios vikingo habrá decidido hacer contigo y no sabrás de tu destino hasta que no lo vivas en carne propia. Mala cosa porque yo de sueco, poco. Si quieres defenderte de tus pecados tendrás que intentarlo con lo que puedas y rezar para que el todopoderoso Odín te entienda.

—No me hagas daño, por favor. —No pensé que estuviese tan asustada, pero así era. Odín quería acabar conmigo y yo no quería sufrir la eternidad en los infiernos.

Me calló con un impropio y yo me puse a gimotear. Y la tos volvió. Las palabras de Odín eran trueno y su mirada pura electricidad. El dios vikingo estaba muy enfadado conmigo y mi patético comentario le había enfurecido aún más.

Odín se apartó, encontró como por arte de magia el interruptor y aunque la luz no se encendió consiguió encontrar la linterna que colgaba de la puerta para apuntarme con su haz de luz. Otra prueba irrefutable de que me encontraba ante un dios que todo lo sabe y todo lo ve incluso estando a oscuras. De a saber dónde una tenue luz iluminó la sala.

—¡Qué fuerte! —Estaba en un viaje a base de tripis.

Un zarandeo y una buena bronca para, acto seguido, alejarse de un salto como si yo tuviese la rabia. Las expresiones de andar por casa quedaban

automáticamente prohibidas.

Se acercó de nuevo y se inclinó hacia mí, me examinó con su mirada cruel y hechizante y entonces, otra vez demasiado tarde, aprendí que Odín olía a pescado y yo no tenía ni una mísera sardina que ofrecerle para convencerle de que me tratara con benevolencia. Quizá se tomara a mal la ofrenda, pero no perdía nada por probar.

—Juro que he intentado ser buena persona; la relación con mi exnovio lo corrobora. Juro que si hice mal, no fue a propósito y juro que de haberlo sabido, habría leído todo lo publicado sobre el Valhalla.

Otro pequeño dato que no cuadra con la realidad ¿dónde estaban las famosas valquirias? Seguramente estaba inconsciente cuando me trajeron ante su presencia. Un momento, esas solo trabajan cuando hay guerreros de por medio y yo no era guerrera así que puede que en eso las leyendas fuesen ciertas, menos mal.

Y entonces lo hice. Con las pocas fuerzas que me quedaban y en medio de otro ataque de tos, me agarré con las dos manos a su chubasquero y supliqué.

—Por favor. No quiero ir al infierno. Por favor.

Había ido demasiado lejos. Odín se apartó bruscamente de mí. Había tocado a un dios y eso habría de pagarlo.

Odín se levantó de un salto y me miró pensando en cómo hacerme desaparecer. Ya digo que Odín en realidad no tiene espada y va por el mundo... ¿en vaqueros? y tiene móvil, smartphome de pantalla táctil para ser más exactos.

En ese momento ya no tenía fuerzas ni para mantener los ojos abiertos. Me dejé caer de nuevo y solo escuchaba esos truenos en vez de palabras y la cólera acumulada que, intuía, recaería sobre mí en unos segundos.

Intenté no suplicar más, prometo que lo intenté. Me había jurado no volver a sufrir por un hombre, nunca jamás.

Aunque... Odín no era hombre, ¿verdad? Exponer mi caso con alguna que otra petición ante un dios era normal, casi obligatorio. Gemía, tosía y el pecho me ardía mientras pedía una y otra vez con mi último hilo de voz que me tratara bien.

Sentí su presencia de nuevo, su voz en mis oídos y sus dedos sobre mi piel. Nunca pensé que las manos de un dios vikingo fueran a ser tan ásperas y al mismo tiempo tan conciliadoras. Menos aún cuando nos encontrábamos de

aquella guisa. Volví a cometer la osadía de tocarle. Apartó mis manos con las suyas, abrazó mi cuerpo y me cogió en volandas.

Todo se volvió negro y supe que el veredicto había sido Helheim, el reino de la muerte.

—Hazlo rápido —fue lo único que conseguí decir antes de sucumbir.

Capítulo 14

Alvar

*D*eliraba con los ojos fuera de las órbitas de puro miedo. Me sentía mal por haberla asustado; quizá había reaccionado con demasiada brusquedad. Además no comprendía ni una palabra; entre sus balbuceos y que no hablaba sueco ni inglés ni francés, no conseguía descifrar nada de lo que decía. Por desgracia cada una de mis preguntas tenía como respuesta un gemido y, en varias ocasiones, se había protegido con los brazos esperando que fuera a hacerle daño.

Se encontraba en un estado lamentable; completamente desvalida. Aunque me temiera, seguramente mi presencia le haría no sentirse sola.

Llamé de nuevo a mi hermana. No iba a reconocérselo, pero estaba preocupado. Había visto enfermos terminales con mejor aspecto que la mujer que tenía delante y, si no pasaba de esta noche...

—¿Algún cambio? —El tono no admitía dudas; la cosa era seria.

—Ninguno.

—Creo que debería ir ahí.

—Me dirás cómo. Si voy a buscarte tardaría una eternidad y, sinceramente, no me gustaría dejarla sola.

—Lo siento mucho. Tenía el presentimiento de que algo no iba bien, aunque no hasta tal extremo.

—Deberías ver este lugar, no reconocerías tu propia casa. Parece una pocilga.

—No será para tanto.

—Tú no has tenido que limpiar el suelo de vómito reseco. Parece más una cuadra que un hogar. Te digo que aquí hace mucho que nadie limpia o recoge.

—Vale, ahora eso no es importante. Explícame más tranquilamente los síntomas. —Había pasado del modo madre al modo doctora en menos de

medio segundo.

—Ya te lo he dicho. Tiene una tos que suena como el tubo de escape de una motocicleta mal tuneada y escupe flemas de un color verdoso salpicadas con sangre. No he conseguido encontrar un termómetro, pero al tacto a mí me parece que tiene fiebre alta. Está muy débil y deshidratada y no para de apretarse el pecho como si le doliera; además respira con dificultad. Tiene una gripe de caballo y en el botiquín no hay medicinas. No sé si porque no lo tenemos bien surtido o porque ya se las ha tomado todas. Ninguna de las dos opciones me gusta.

—Cada vez suena menos a gripe y más a neumonía.

—¿Me tomas el pelo?

—No. Escucha bien. Seguro que has visto casos parecidos, pero no estoy muy segura de que la neumonía sea una enfermedad muy común en África.

—Normalmente eran la malaria, la disentería, el tifus, la hepatitis, el SIDA, el dengue, el ébola y todos sus primos y ramificaciones familiares los que nos traían de cabeza. La neumonía, precisamente no.

—¿Dónde estás?

—¿Cómo que dónde estoy?

—En qué parte de la casa, me refiero.

—La he traído al dormitorio.

—Bien. Abrígala bien, cierra la puerta. Ventila la casa lo mejor posible y protégete.

—¿Disculpa?

—Depende del tipo de neumonía, pero hay riesgo de contagio.

—¿Algún otro tipo de contagio del que deba preocuparme? —No deseaba meterme en su historial médico, pero debía estar preparado por si había sorpresas. Esto mismo en África nos haría ir como astronautas.

—No.

—Entendido. ¿Y luego qué?

—Mantén la casa caliente.

—Esa es otra. Aquí hace un frío de muerte y la estufa no parece haber sido usada últimamente. Si además ventilo no te extrañe si acabo haciendo de estufa humana.

—No me lo puedo creer. Esto cada vez se parece más a una pesadilla. —Mi hermana no solía perder los nervios, pero podía sentir a través del teléfono como le temblaba la voz.

—Centrémonos. ¿Qué hago después? —Con eso conseguí que volviera a enfocar.

—Dale un baño con agua bien caliente; el vapor debería ayudarle en algo a esputar y seguro que le tranquiliza los nervios. Cambia las sábanas y prepara algún caldo o puré. Esperemos que no vaya a peor. He llamado al hospital y por culpa de la tormenta dichosa me han dicho que esperarán hasta mañana.

—Por eso no te preocupes. Si en unas horas la tormenta no ha ido a peor, la llevaré yo mismo al hospital. Eso si Lucy no acaba hecha añicos.

—Recemos para que no le pase nada. Ponte a ello. Te llamo dentro de una hora, igual consigo que envíen el helicóptero antes.

Hice lo que me mandó, o al menos lo intenté. Para empezar la calefacción no funcionaba y no tenía tiempo para echarle un vistazo al generador así que mientras dejaba un par de ventanas abiertas, hice unos cuantos viajes para asegurarme de tener madera suficiente no solo para calentar la casa sino también para calentar el agua para el baño. No sería un baño de vapor en toda regla, pero al menos haría el apaño. Durante la noche pondría en el dormitorio cacerolas llenas de agua hirviendo para humedecer el ambiente aunque en mi opinión lo que nos sobraba era humedad.

Por supuesto, en el botiquín no había mascarillas así que me puse una que usábamos cuando poníamos la fibra de vidrio aislante en las paredes. Me alegré de que se hubiese quedado dormida porque tardé más de lo esperado en acondicionar la casa y preparar el baño.

De vez en cuando me aseguraba de que todavía respiraba.

Con mascarilla y guantes, la desnudé y recé para que no se despertara, no se fuese a pensar cosas raras y acabáramos en los tribunales por un intento de acoso; no era el caso. Ni siquiera cuando le daban espasmos abría los ojos. A saber el tiempo que llevaba en esas condiciones.

Volví a llevarla en brazos; no pesaba nada y su piel estaba fría como el hielo. Se dejó sentar en el agua sin desprender los labios. De vez en cuando oí algún suspiro, pero lo demás eran toses y más toses. Tenía el pelo muy rizado y del mismo color marrón de sus ojos. Le caía cubriéndola como un velo sobre los hombros, igual que el flequillo pegado a la frente sudorosa. Lo aparté con cuidado y ella sonrió.

Se me pusieron los pelos de punta y me quedé mirándola hipnotizado hasta que empezó a temblar de nuevo.

«El baño, rápido».

Caí entonces en el pequeño detalle de que sin electricidad no habría manera de secarle el pelo y tenía un montón.

«¿Cómo se hace un moño?».

Por mucho que me repitiera una y otra vez que estaba haciendo solo lo que mi hermana me había prescrito con los medios disponibles a mi alcance, no podía dejar a un lado la sensación de que la mujer que tenía entre los brazos necesitaba de mis cuidados y dependía completamente de mí; no era solo la responsabilidad, sentía miedo de que al día siguiente no estuviese allí; y, aunque no la conocía de nada, no quería perderla. Cuando pensaba en esa posibilidad me comenzaban a temblar las manos y sudaba como si estuviésemos en pleno verano. ¿Dónde había quedado mi sangre fría y mi entrenamiento?

La opresión que sentí en el pecho hizo que me detuviera un momento para intentar recuperar el aliento. Si no me controlaba, acabaríamos los dos en aquel maldito helicóptero.

En más de una ocasión tuve que sujetarla para que no se ahogara porque ella no tenía fuerzas ni para agarrarse a los bordes de la bañera. La tos le estaba robando las pocas energías que le quedaban. Cuando acabamos, la lié como un burrito en una de las toallas grandes y la mecí despacio. Por fin abrió los ojos y alzó la mano para acariciarme la cara. La observé mientras ella seguía el contorno de mis facciones alrededor de la máscara. Primero los pómulos, las cejas, las arrugas de mi frente, las orejas hasta pasar las yemas de los dedos por mi cuello. No me atreví ni a pestañear. Como en un trance dijo algo en su idioma y se desmayó.

Volvió a ayudarme que perdiera el conocimiento porque no sé si me habría dejado que la frotase con una toalla mientras la tenía sobre mis rodillas pegados a la estufa. No le había lavado la cabeza, pero había sido imposible que el pelo no se mojara así que tardó lo suyo en secarse. Tosía continuamente si bien ya no despertó por completo; volví a sentir miedo al pensar que podría entrar en coma. De vez en cuando medio abría los ojos, pero tenía un velo en la mirada; realmente no miraba a ningún sitio.

Casi necesito de un embudo para que bebiera el caldo que le había preparado a toda prisa con lo poco que encontré en la cocina. Intentaba separar el cuenco de sus labios con la mano y negaba con la cabeza. En más de una ocasión la tos hizo que escupiera todo lo que tenía acumulado en la boca igual que lo haría cualquier bebé.

La chimenea hizo horas extras aquella noche.

Cuando terminé de darle el caldo, la dejé sobre el sofá para preparar su habitación. Tres horas después de llegar, por fin dormía en la cama y yo la miraba preguntándome qué había salido mal para llegar a una situación así.

Me senté a esperar a que amaneciera dando el parte por SMS a mi hermana cada media hora. Esa noche tampoco dormiría aunque, por primera vez desde que volví, sería por una buena razón.

Después de una cabezada, abrió los ojos de repente y comenzaron de nuevo las toses. Algo no andaba bien. No solo era la fuerte tos; era más bien que cada vez tenía menos fuerzas incluso para llevarse las manos al pecho.

Eran las cinco de la mañana, fuera estaba oscuro como boca de lobo y la tormenta golpeaba con fuerza. Si esperábamos mucho más, quizá fuese demasiado tarde para ella.

No me iba a entender, pero aunque solo fuese por darme a mí mismo ánimos, le expliqué la situación.

—Escúchame, ratón. —Intentando no ser demasiado brusco cogí sus manos y le acaricié los nudillos—. Tenemos que ir a que te vea un médico, ¿entendido? —Carraspeé para aligerar la sensación amarga de la bilis en la garganta.

Reaccionó levemente a mis palabras fijando la mirada en nuestras manos. El esfuerzo fue demasiado y volvió a cejar caer la cabeza. Con un exhalación volvió a desmayarse. Se dejaba ir.

—No, no, no. —Apreté y zarandeé su mano y volvió a abrir los ojos—. Ni se te ocurra dejar de luchar, ¿me oyes? Voy a prepararlo todo para salir pitando de aquí. Tendré que abrigarte bien y probablemente te marees, pero no pienso seguir esperando.

Llamé otra vez.

—Voy a llevarla al hospital; no creo que aguante mucho más.

—Déjame antes contactar con ellos, deberían tener ya el helicóptero preparado, y seguro que será más rápido que tú intentando luchar con las olas.

—Cinco minutos, Anna. Lo que tardo en empaquetar algo de ropa y cerrar la casa.

Colgó antes de que terminase la frase.

Tres minutos después sonaba el teléfono.

—Me han prometido que irán a buscarte dentro de media hora. Calculo que deberían estar ahí veinte minutos después. Sigue siendo más rápido que Lucy.

Yo ya voy de camino en coche y espero llegar antes que ella.

—De acuerdo. Me quedaré aquí para recoger. Regresaré con el barco. Te veo después.

Dicho y hecho. A las seis y media se oían las aspas del helicóptero acercarse. Se me hizo un nudo en el estómago y quedé paralizado ante los recuerdos que me traía, pero una simple mirada a aquella mujer enferma y la adrenalina comenzó otra vez a bombear.

La tormenta y la falta de espacio impidieron que pudiesen aterrizar, así que tuve que encajarla en la camilla para subirla después con la polea. En menos de diez minutos salían disparados en dirección al hospital.

Me pasé el resto del día organizando, limpiando la casa y reparando el generador. Para cuando devolví Lucy sana y salva a su dueño la tormenta había cedido.

Capítulo 15

Beatriz

*D*e haberme pasado en España, habría encontrado a mi madre sentada a mi lado al abrir los ojos en aquella habitación de hospital. Porque todos los hospitales se parecen y absolutamente todos huelen igual.

Estaba en un hospital. ¡Estaba en un hospital!

Intenté gruñir ante la posibilidad de que mis padres entraran dando una patada en la puerta acusando al clima, a los suecos o a la falta de tierra firme, de encontrarme allí postrada con una vía en la muñeca tras sufrir el resfriado del siglo.

Digo «lo intenté», porque en vez de gruñido, me vino la tos. Y con la tos, el pánico.

Quise levantarme y el tirón de la vía me lo impidió; de forma dolorosa además. La cama de al lado estaba vacía y la puerta cerrada. Quise gritar. ¿¡Qué hacía yo en un hospital?!

Imágenes borrosas iban y venían. Recordaba darle golpes al generador, hablar con un pez y volar entre vientos huracanados.

Me estaba volviendo loca.

«El botón para llamar a las enfermeras».

Giré la cabeza buscando el maldito piloto rojo y me estaba estirando cuando entró la armada sueca vestida con batas blancas y pijamas sanitarios de colores a las órdenes de un señor muy alto, como todos en este país. Tenía la piel morena y llevaba la bata limpiísima, tanto, que el reflejo del fluorescente sobre la tela me deslumbró durante unos segundos.

«¿Estoy soñando?».

Me dije que no. El dolor de cabeza era una clara confirmación de ello.

—Nuestra paciente ha despertado —dijo sonriendo.

Sí, estaba soñando. Le entendía perfectamente y hablaba con acento andaluz.

Comencé a marearme.

—No me encuentro muy bien, la verdad. —Estaba agotada, la migraña se intensificaba, me dolía mucho el estómago y tenía la boca seca.

El señor de bata se dio la vuelta y ordenó algo en sueco a un chico vestido de gris azulado. Éste salió de la habitación y todos los ojos volvieron a centrarse en mí girando el cuello muy despacio y acompasados.

«Esto lo he visto yo en una película de terror».

—Señorita Frías. Está usted en el hospital. ¿Sabe por qué?

Dije que no con la cabeza. Todavía me costaba creer que aquel doctor me hablase en castellano. ¿Y si le pedía que me cogiese de la mano, lo haría?

—No se preocupe, no corre ningún peligro. La trajeron esta mañana en helicóptero con una neumonía aguda...

A partir de ahí creo que desconecté. No podía ni con el peso de los párpados.

Me explicaron lo que me sucedía, la medicación que estaban utilizando, la que debía tomar en las siguientes semanas, el seguimiento estricto de mi evolución, el teléfono de mis familiares...

—¿Disculpe?

—Si hemos entendido correctamente, está usted en Suecia en un programa para artistas. Como ya le he dicho, su vida no corre peligro, pero quizá desee poner en conocimiento de sus familiares su estado. Está en un hospital, al fin y al cabo.

—¿Cuánto tiempo estaré ingresada?

—Una semana como máximo, aunque tardará bastante tiempo en recuperarse por completo y el invierno en este país no es la mejor receta pudiendo volver a España. No sé si me comprende.

«Una semana... Mandé un email hace tres días o cuatro... No me esperan hasta dentro de otro par...».

—¿Señorita?

—Sí, sí. Llamaré a mis familiares, no se preocupe.

Solo tenía que ver cómo evolucionaba mi estado en los próximos días.

Para volver siempre había tiempo.

—Como quiera.

El enfermero que había salido de la habitación bajo las órdenes del doctor, volvió cargando con un par de botellas de agua mineral.

—Necesita mantenerse hidratada. Por el momento, estamos suministrado el

antibiótico por vía...

Volví a desconectar. Esta vez porque me quedé dormida.

Y entre sueños surrealistas en los que un dios misericordioso me mecía susurrando en lenguas extrañas y despertares bajo la luz esterilizada de mi habitación, pasé los dos siguientes días en los que recibí más visitas que si hubiese dado a luz.

Quién hubiese podido imaginar que los suecos fueran tan pesados. Mientras me tuvieron en observación, la cosa evolucionó de estar allí por una neumonía a «complot para mandar a Beatriz de una patada de vuelta a España» y tan serio me lo pusieron todo y tan planeado lo tenían, que me negué en redondo, desde el principio. Por compensar, supongo.

Los médicos me dieron instrucciones sobre qué debía hacer y qué no, qué tomar y qué no y un millón de cosas más para volver a casa. Un hogar que en mi cabeza era de madera y en el que fuera rugía el viento. Sentarme en un sofá, tricotar, organizar muestras de madera y teñir fueron en aquellos días, lo más parecido que había al paraíso. Bueno, no tanto, pero ¡mejor que volver a Madrid!

La lucha por quedarme se encarnizó cuando, todavía medio grogui, me encontré a mi doctora de cabecera sentada al lado de mi cama durmiendo. Una cosa era buen servicio y otra muy distinta, velar el sueño de tus pacientes, ¿no? El caso es que la señora Persson, la doctora de la colonia, me encontró despierta cuando intentó cambiar de postura en aquella incómoda silla y casi saltó sobre mí haciéndome preguntas en sueco.

—No entiendo nada, doctora Persson —le dije en castellano. Menos mal que su apellido era fácil de recordar.

—Ya volví al sueco, perdona —mi doctora hablaba un inglés con acento, lo que me daba esperanzas. Si ella, sueca, lista, guapa y versada, tenía acento yo podía presumir del mío—. ¿Cómo te encuentras?

Me llevé la mano al pecho porque todavía me molestaba, pero no me dieron convulsiones. Definitivamente me encontraba mucho mejor.

—No del todo mal —dije entre suspiros.

En uno de ellos, la saliva entró por mal sitio y provocó otro ataque de tos del que tardé algo en recuperarme. Me habían prometido que tosería cada vez menos, si bien yo tenía algo de miedo a que no se marchara del todo.

Mi doctora me ayudó a incorporarme, me ofreció líquido y espero tranquila a que se me pasara.

—Me gustaría saber cuánto tiempo debo estar aquí —dije por fin.

—En un rato se pasará el medico a verte. Él podrá explicarte mejor cómo estás.

—Doctora...

—Llámame Anna, por favor. ¿Sí?

—Anna. Le agradezco mucho que se preocupe por mí, pero no es necesario que pierda todo el día sentada a mi lado; le prometo que las enfermeras me tienen muy controlada. Seguro que tiene a sus pacientes esperando.

—Hoy tenía poco que hacer —dijo sonriente.

—Gracias por todo, doctora.

—Anna, odio los formalismos.

—Anna. No sé lo que habría pasado sin... —¿Quién me había sacado de la cabaña?—. Tengo entendido que fuiste tú la que dio la voz de alarma.

—No hay de qué. Si no soy yo hubiese sido Linn; todas nos preguntábamos dónde te escondías. —Me acercó un vaso con una pajita.

—¿Vas a intentar convencerme otra vez de que me vaya?

—Si te soy sincera, creo que es la mejor idea. Las neumonías tardan en curarse y la tuya es seria. La mejoría que sentirás en los próximos días es gracias a los antibióticos, pero no significa que estés recuperada. De hecho, el pulmón tardará meses en regenerarse y si no tienes mucho cuidado, podrías llegar a tener un problema crónico. No debería pasar, pero la posibilidad está ahí. En situaciones así, es mejor estar rodeados de la familia y por lo que he oído, los españoles tenéis mucho de eso.

Sé que lo hacía porque se veía en la obligación, pero mi doctora parecía encantadora y tenía un sentido del humor que comprendía. Eso en Suecia era impagable.

—Con una llamada sé que mis padres cogerían el primer vuelo. Aunque eso no es lo que quiero.

—No te sigo.

—Verá, doctora.

—Anna.

—Anna. En los últimos años he hecho lo que se supone que debía hacer y si eso no era suficiente, dejaba que otros decidieran por mí. Ahora decido yo y decido quedarme.

Hablar en plural en vez de hacerlo en singular y dar a entender presión familiar cuando en realidad era mi ex al que me estaba refiriendo, era injusto.

Puede que fuese una muestra más de mi cobardía. Mientras viví con mis padres fui un pájaro libre que, en cuanto conoció al primer adulator, decidió encerrarse en una jaula que en el fondo odiaba y de la que casi se pierde la llave.

No, ahora era el momento de cortar por lo sano y terminar lo que había empezado sin pedir permiso a nadie y sin dejar que los demás tomaran las decisiones que a mí me correspondían. ¿No querían que pasase tiempo en la colonia? Pues en la colonia tenía intención de quedarme.

—Además —añadí—, cuento con la mejor doctora para darme la tabarra con lo que como, lo que bebo y la medicación a seguir.

«Que pille la gracia, que pille la gracia»

—Entonces va siendo hora de que te instales por fin en la colonia donde mil ojos me chivarán cuantas toses te dan al día.

Capítulo 16

Alvar

*E*ra la tercera vez que aparecía de repente sin ser invitado, y mi cuñado ya no sabía qué decirme. Mientras mi hermana no volviese del hospital, era absurdo hacer conjeturas, pero no tenía nada mejor que hacer con mi tiempo.

Tiempo. Otro concepto que había cambiado. Me sobraba y no en el buen sentido, porque no sabía qué hacer con él. Solo en medio de la naturaleza y bajo los elementos el tiempo parecía flotar. Adentrándome en el bosque buscando animales y plantas, nadando en alguna cala cuando el oleaje lo permitía, sentado en las rocas con las olas estampándose con fuerza a unos centímetros de mis pies. Esos eran los momentos en los que el tiempo no jugaba en mi contra.

Después de una merecida siesta en la que di vueltas y poco dormí, me había propuesto hacer unos kilómetros mochila al hombro, aunque la idea de alejarme del pueblo no me dejó. Hasta que no supiese cómo estaba de boca de mi hermana, no iba a ser capaz de respirar tranquilo.

Tiempo, tiempo y más tiempo pasivo, con mil cosas en las que pensar y infinitos escenarios en los que nada terminaba bien. Habían pasado casi tres días y solo me llegaban rumores de pasada.

Así que aparecía en la puerta de su casa con malas excusas.

—Tu hermana no ha llegado todavía.

Eso ya lo sabía yo. Su coche no estaba aparcado fuera.

—Debería estar de vuelta. Pasan de las diez —dije disgustado al ver la hora en el reloj de la pared. El «te veo después» iba camino de convertirse en el «vuelva usted mañana» español. Porque nadie me daba detalles de su estado, de nada en realidad.

Bien, sabía que aquella mujer era española, artista y estaba en el hospital y me enfadaba mucho que nadie pensase que necesitaba más información que

esa.

Mi cuñado soltó el aire y se apoyó sobre la repisa de la cocina.

—Por lo visto ha tenido que pasarse por la colonia de camino a casa. No te ha mandado ningún mensaje porque estoy seguro de que todo ha salido bien.

Lógico. Sin embargo no me tranquilizaba lo más mínimo.

—Tú no la viste. Respiraba como un pajarito cuando llegó el helicóptero y no respondía.

Me pasé la mano por el pelo y los dedos se quedaron enredados en los nudos que nunca peinaba. Recordé hacer lo mismo con ella. En algún momento de aquella noche acabé por hacer solo eso. Enredar los dedos en aquellos rizos, pasar los dedos por su nuca...

—Sabemos que la neumonía está controlada. Ha salido de las horas más críticas intentando estabilizarla mientras se hacían los cultivos para saber exactamente cómo tratarla. Sabes cómo son estas cosas; va para largo.

—Gracias por ponerme al día.

—¿Anna no te había contado nada?

—Con las prisas parece que quedé fuera de la cadena. Llevo días preocupado.

—Lo siento mucho, Alvar. No tenía ni idea. Tu hermana no ha parado en los últimos días. No se lo tengas mucho en cuenta, ¿vale?

¿Cuándo había dejado de ser parte de la familia? ¿Tan en mi mundo me encontraba que nadie se molestaba en acercarse? ¿Tan olvidado estaba?

Comencé a dar paseos por la cocina, mientras mi cuñado volvía a sus tareas de limpieza. Mis tres sobrinos, por mucho que intentaran portarse bien, dejaban un halo de destrucción comparable a una estampida de elefantes. Así que empecé a meter juguetes en cajas para evitar pensar en hospitales de campaña.

Casi me tropiezo con una nave espacial cuando oí abrirse la puerta.

Mi hermana apareció arrastrando los pies y gruñendo algo parecido a un saludo. Dejó el maletín tirado en la entrada y se dejó caer en el sofá soltando un resoplido.

—No puedo ni con mi alma.

—¿Cómo está? —pregunté.

—No se ha ido al otro barrio por los pelos.

Ahora entendía las broncas que me echaba cuando hablaba de mi trabajo con esa distancia que da la deformación profesional. Quise estrangularla por el

simple hecho de poner sobre la mesa una posibilidad que, si bien había cruzado por mi cabeza, no entraba en lo que estaba dispuesto a admitir.

«Bajo mi mando nadie se va al otro barrio. ¿Entendido?».

Mi cuñado le acerco un plato con comida y preguntó con mucha más mano izquierda todas las dudas que me invadían. Porque, a no ser que lo viese con mis propios ojos, no terminaría de convencerme eso de que había sido muy malo, tanto que bien podría haber resultado fatal, pero que ya estaba todo en orden.

—Está respondiendo muy bien al tratamiento, tanto que tiene tiempo para discutir por todo.

Vale, eso era una buena señal.

—Voy arriba a asegurarme de que nuestros diablos duermen y a meterme en la cama. Mañana me espera un día movidito —dijo mi cuñado—. No tardes.

Anna le lanzó una sonrisa cansada y empezó a cenar. Me armé de paciencia y esperé a que terminara para acribillarle a preguntas.

Me senté a la mesa y me apliqué en pensar cuánto me concernía todo aquello. Hacía algo más de cuarenta y ocho horas estaba tranquilamente sentado en el sofá de mi casa y ahora esperaba intranquilo lo que Anna tuviese que decir sobre una perfecta desconocida. El mensaje que recibí de ella asegurando que el helicóptero había llegado y que la paciente había sobrevivido al viaje no había resultado lo suficientemente tranquilizador, ni mucho menos.

Quería saber todos los detalles y poco menos que asumía que me darían un parte sin siquiera preguntar. No había sido así y no me gustó nada la sensación de no verme al mando.

—¿Y bien?

Mi hermana se había quedado traspuesta y tardó un momento en volver a la realidad.

—He ido a la colonia porque no quiere marcharse. Si sigue el tratamiento se recuperará sin problemas así que no ve la necesidad de irse.

Sentí los músculos relajarse gracias al alivio que sentí. Estaba bien e iba a recuperarse. Ya podíamos hablar de cosas menos importantes.

—¿No quiere volver a su casa?

—No, no quiere. Y espera, como es lógico, que la colonia le proporcione la habitación prometida.

—¿Por qué me parece que algo tan sencillo no va a ocurrir?

Anna resopló y se pasó los dedos por los ojos en un gesto cansado.

—Porque, otra vez, dicen que no hay manera de hacerle un hueco. Es un desastre. Han estado admitiendo artistas asumiendo que el nuevo edificio estaría abierto en invierno y todos sabemos que, desde que se construyó, es más un frigorífico que una casa. O la anterior secretaria era una completa incompetente o quiso dejar huella cuando la despidieron. Cuando Beatriz...

«Beatriz».

—...aceptó un nuevo alojamiento, pasaron su expediente a la montaña de «arreglados» al haber ganado algo de tiempo. Meses después el expediente sigue en el mismo sitio porque los jubilados ingleses que pagan doble tienen prioridad. No sé qué hago en la junta protestando, la verdad. Quizá sea demasiado para este pueblo tener un centro artístico internacional.

»Se nos cruzó por la cabeza utilizar en invierno parte de las casas vacías que la gente alquila en verano viendo que Beatriz estaba contenta con el intercambio, pero ahora, después de lo del otro día... Además, nadie se pone de acuerdo con el precio y el problema lo tenemos ahora.

Anna levantó los brazos exasperada. Tenía el pelo en total desorden, bolsas bajo los ojos y estaba demasiado pálida. Necesitaba dormir.

—Pero sí que hay acuerdo en una cosa —dijo enfadada—. El alojamiento de Beatriz, a falta de habitaciones en la Colonia, es problema mío. Yo fui quien insistió en alojarla en Dakota y soy yo la que ahora tiene que encontrar una solución antes de que salga del hospital. Estaba segura de que regresaría a España. ¿Crees que la habitación de invitados es lo suficientemente grande?

—Tres centímetros cuadrados no dan para mucho.

El dormitorio que mi hermana tenía en mente era poco más que un armario empotrado en el pasillo entre la habitación de uno de mis sobrinos y el cuarto de baño.

Soltó un sonido chirriante muy parecido al de una grulla que me recordó mucho a cuando de pequeña protestaba porque no quería comer repollo.

—¿El cuarto de uno de los gemelos? En unos días, como mucho una semana, tienen espacio libre en la colonia. Una de las habitaciones más grandes con espacio para un taller privado. Uno de los pintores, por lo visto, no está muy contento con el ambiente. Pero ese es otro problema del que no deseo hacerme cargo, bastante tengo ya.

—¿Dónde dormirá el crío?

—Puedo poner a los hermanos juntos.

—Después de sacar la tienda de juguetes de la habitación y ponerla ¿dónde?
—¿En el ático? —Puso cara de dolor. Normal, el ático amenazaba con reventar la casa por culpa del peso.

—¿Cuánto lleva aquí?

Mi hermana tardó un momento en comprender a quién me refería.

—Unos... —Contó con los dedos—. Cuatro meses.

—Y en cuatro meses no ha dormido en el lugar que ha pagado con antelación.

Agachó la cabeza.

—Tengo una habitación libre —dije.

—No.

—Es grande, y mi casa está a diez minutos andando de la colonia.

Alzó una ceja.

—Quince.

—No. Andar diez metros va a ser para ella como correr una maratón.

—Tengo coche.

—No. Tienes una moto. Lo que llamas coche es un cacharro con cuatro ruedas y piezas que hacen mucho ruido dejando una nube de humo negro en cuanto haces un puente con los cables en vez de hacer contacto con una llave.

—Funciona.

—No.

—El año pasado arreglé las paredes exteriores y el baño está nuevo.

—No.

Si seguía negando con la cabeza acabaría por marearse.

—¿Por qué no?

—Bien lo sabes.

—Es por poco tiempo.

—No.

—Sabes que el generador no funciona, ¿verdad?

Por la cara que puso, no, no lo sabía.

—Era mi responsabilidad arreglarlo —admití—. Dios sabe cuánto tiempo estuvo sin calefacción.

—¿Te llamó?

—No. Durante el verano estuve un par de veces pero porque los turistas se quejaron. Tampoco es que estuviese muy receptivo; he pasado temporadas en la cama o borracho. La mitad de las veces se me olvida poner el móvil en el

cargador. Necesito hacer algo o no me lo perdonaré nunca. Encárgate de que los de la colonia hagan su trabajo y yo me aseguraré de que Beet...

—Beatriz.

«Beatriz».

—...sobreviva hasta entonces. Por cierto, la ropa de abrigo que tiene da risa. No me extraña que acabara en el hospital.

—Encontraré algo —aseguró—. En tiempos mejores solía tener tan buen tipo como ella. ¿Estás seguro?

«No».

—Claro.

Capítulo 17

Beatriz

*E*staban locos si creían que yo, Beatriz Frías, no iba a exprimir hasta el último momento aquella visita.

Según nos íbamos acercando, el corazón comenzó a palpitarme y a querer salirse del pecho. La carretera no estaba asfaltada; en realidad era un camino ancho de gravilla aplastada rodeado de un bosque, cada vez más espeso, de pinos centenarios cuyas copas dejaban caer la lluvia acumulada en sus finas y puntiagudas hojas. Madera y más madera, verde y más verde; aire puro y de repente... el mar.

Tras tomar la última curva apareció ante nosotros una casa de madera algo más grande que la que había dejado atrás, pintada toda de rojo falun, con las esquinas de color blanco, al igual que alrededor de cada puerta y ventana. La casa estaba en lo alto de una propiedad que descendía suavemente hacia la costa rocosa. Una pequeña cabaña se erguía orgullosa entre mar y tierra; un embarcadero de madera se adentraba en el océano sin miedo a las olas, las cuales mecían una pequeña barca a motor atada a uno de los mástiles de madera.

El edificio ultramoderno de la colonia podían quedárselo ellos.

Cuando cruzamos el umbral pensé que nos habíamos transportado a otra época. La casita, que por fuera parecía sacada de un cuento, por dentro era casi más bonita. Toda forrada de madera pintada de blanco excepto por los marcos de las puertas y las ventanas que estaban pintadas de un gris azulado oscuro, del mismo color que las alfombras y los diseños geométricos de las cortinas.

A la entrada había un pequeño recibidor donde colgar los abrigos y descalzarse, con una cesta llena de zapatillas de andar por casa. Justo ahí empezaba un corto pasillo con una puerta a cada lado, a la izquierda estaba

del baño y a la derecha mi habitación. El pasillo te guiaba a un amplia sala donde estaba la cocina; allí vi una pequeña mesa con cuatro sillas en medio al lado de la estufa que había pegada a la pared y al final, mirando a un gran ventanal habían colocado un par de sillones, una mesita y la televisión. A la izquierda había una preciosa alacena y una puerta, que, según me explicó Anna, era la habitación de su hermano.

El ventanal daba a otro porche acristalado que se abría al mar, a unos diez metros de distancia. Un camino serpenteante conectaba la casa con la cabaña y el embarcadero.

—¿Qué te parece? —preguntó mi doctora algo seria.

—Me encanta y huele muy bien. —Aspiré profundamente y comencé a toser.

Anna se lanzó a darme palmaditas en la espalda y empezó a hablar en un tono cortante ¿Me estaba regañando? Cinco segundos después alguien contestó y salió de la habitación de al lado.

«Esto yo ya lo he vivido», pensé.

Fue verle y empezar a toser con más fuerza. Anna no paraba de regañarle por algo a juzgar por el tono y la cara de cabreo y él, impertérrito, contestaba moviendo la cabeza. Fue tranquilamente a la cocina, buscó un vaso, lo llenó con agua y me lo trajo.

Metro noventa, como poco, pelo cortísimo y rubísimo, ojos marrones, nariz irregular, como si se la hubiesen roto en el pasado. Una presencia imponente, de la cabeza a los pies. Y mientras añadía cualidades a la lista, mis ojos recorrían su anatomía buscando similitudes. ¿Con quién? No lo sabía muy bien.

No llevaba cinturón y los vaqueros caían por la fuerza de la gravedad manteniéndose a la altura de las caderas de forma precaria. Como le tenía de frente no podía estar segura de si la parte de atrás estaba tan bien formada como la de delante. El brazo extendido bien podría haber sido molde para un estudio anatómico de Da Vinci.

¿Posaría para mí si se lo pidiese?

Seguí tosiendo. Esta vez para disimular que me había quedado mirando esa mano enorme y curtida que engullía al pobre vaso.

Acepté el agua con un entrecortado «gracias» mientras sentía su piel cuarteada y llena de arañazos bajo las yemas. Él se limitó a apretar los labios e inclinó la cabeza apremiándome a beber.

Parecía un hombre taciturno con un halo de autoridad que me resultaba

familiar. ¿Lo había visto antes? ¿Me recordaba a alguien? Seguramente a su hermana. Claro, era eso.

Anna me sentó en uno de los sofás y esperó paciente a que me recuperara del ataque. Unos minutos después, ya no tenía ninguna tos en la que refugiarme para no mirarles a la cara. Menos mal que creerían que estaba roja por el esfuerzo y no por la vergüenza.

Anna estaba sentada conmigo, y aquel vikingo estaba apoyado en el alféizar del ventanal con los brazos cruzados esperando.

Mi doctora carraspeó.

—Beatriz, deja que te presente a Alvar Nilsson, mi hermano. —Iba a convivir con un estoico Adonis unos días. Pan comido.

—Alvar, ella es Beatriz Frías.

Muy despacio, el tal Alvar se incorporó y alargó la mano ante lo que yo tardé un momento en dejar de admirar y estirar la mía.

—Señor Nilsson, encantada de conocerle. —¡Dios!, empezaba a perder los papeles.

—*Alvar, snälla*. Señorita Frías —dijo con acento. Un acento suave donde la *f* se silbaba y la *r* se escapaba, una pequeña pausa se metía entre las vocales y la *a* sonaba más como *e*. Mi apellido sonaba bien en sueco.

—Beatriz, *please*.

Me empeñé en poner cara agradable sin llegar a reírme como una tonta y seguí estrechando su mano unos segundos más. Pensé por un momento que le estaba dando la mano a un robot.

Él ni se molestó en abrir la boca. La tensión de su espalda lo decía todo. Anna debió notar mi confusión porque inmediatamente fue a enseñarme el dormitorio justo después de entregarle un sobre.

—Sano como un caballo —traduje del inglés.

«Es curioso que en inglés la salud tenga que ver con caballos y en castellano con toros».

No quise seguir escuchando conversaciones ajenas, mi dormitorio era mucho más interesante.

Era una habitación espaciosa y con mucha luz. Tenía dos ventanas; una daba la porche de la entrada y otra al lateral de la casa. Pero lo que me dejó sin aliento fue el mobiliario. De un color gris grafito que contrastaba con el banco decapé del suelo y las paredes. El armario, la cama, las dos mesillas y las dos mesas iban a juego. Con motivos florales diminutos de colores luminosos en

las patas de las mesas y algo más grandes adornando las puertas del armario y el tablero a los pies de la cama.

Era como entrar en la habitación de una princesa escandinava.

—Hemos traído todas tus cosas —dijo Anna señalando las maletas apiladas en una esquina—. No te lo tomes a mal. Pensé que no estabas en condiciones de hacer una mudanza.

Me costó tragar la saliva antes de que me saliera un «gracias» entendible.

Por mi cabezonería estaba dándoles trabajo de más. Y su hermano no me conocía de nada.

Sentí un escalofrío y me froté los brazos.

—En la cocina —dijo interrumpiendo mis pensamientos—, la chimenea está casi siempre encendida en los meses de invierno así que no te dé vergüenza sentarte cerca con una manta cuando te apetezca. De todas formas tienes el radiador al lado de la cama.

Me di la vuelta y la abracé.

Los suecos no son muy dados a las muestras de cariño en público, pero me dio igual. Apreté con todas mis fuerzas a sabiendas que el esfuerzo me agotaría y, seguramente, ella no sentiría la intensidad del apretón, sin embargo necesitaba agradecerle todo aquello con algo más que palabras.

A los pocos segundos me devolvió el abrazo y, además, me alisó el pelo.

—Gracias, de verdad.

—No hay de qué. Vendré todos los días a verte y no te preocupes por Alvar, parece huraño pero sabe cómo cuidar de su gente.

—No nos conocemos. No quiero abusar de su generosidad. Me encuentro mucho mejor.

Hablaba en plan telegráfico. Entre el apabullamiento y el cansancio, mi inglés no salía. Siempre me pasaba igual, cuanto más lo necesitaba, más idiota sonaba.

En las reuniones con clientes y proveedores extranjeros tenía que aprenderme de memoria el discurso si no quería empezar a tartamudear.

—Te encuentras mejor gracias a los antibióticos. Recuerda que tardarás semanas en recuperarte y debes darle meses a tu pulmón para que se regenere.

—Si es que lo hace.

La neumonía había sido tan fuerte que, si no me cuidaba, corría el peligro de sufrir daños irreversibles.

Algo se rompió en la cocina.

—Será mejor que nos aseguremos de que no hace un estropicio —dijo.

Y ya más tranquila, me sentó en el sofá de la cocina para ir a pelearse con el señor Nilsson sobre cómo preparar un té de frutas.

Anna hizo de traductora durante todo el rato que estuvo allí porque, contrariamente a la idea que me había creado, aquella acumulación de fuerza bruta no hablaba idiomas.

Al quedarnos solos me dejó tranquila acurrucada debajo de una manta y, cuando me levanté a dejar la taza vacía, intentó explicarme en sueco dónde estaba todo abriendo cajones y armarios, aunque yo no me quedé con nada. A todo decía que sí con la cabeza y a todo contestaba él con un levantamiento de hombro. Mucho más fluido que mi primera conversación con aquel lord escocés varios años atrás. La mímica era una gran aliada.

Estaba tan cansada que me habría echado a dormir en el suelo. Ni siquiera tenía ganas de comer, así que desconecté hasta que dejó de hablar y señalando hacia mi habitación cerré la puerta detrás de mí tras decir adiós con la mano con un «gracias» que seguramente no coló.

No sé cuántas horas después me desperté entre sudores en medio de un lugar desconocido, rodeada de olores desconocidos. Tardé un rato en recordar dónde me encontraba. Ah, sí. En casa de un señor que me hacía sentir respeto, como las tormentas. Vamos, que estaba a punto de salir corriendo, volver a la colonia y exigir que me hicieran un hueco aunque fuese en uno de los sofás de la cafetería.

Me tomé mi tiempo en decidir si me levantaba o no. Todavía seguía con la ropa puesta y el estómago pedía a gruñidos algo sólido. Me acerqué a la puerta y presté atención a cualquier ruido al otro lado.

Nada.

Con sigilo, porque tampoco es que pudiese moverme a velocidades supersónicas, me dirigí a la cocina y busqué en la nevera algo de comer. Menos mal que tenía los calcetines puestos.

Con un trozo de queso en la mano cerré la puerta del frigorífico y me di la vuelta para volver corriendo a mi habitación. No había terminado de girarme cuando de repente me topé con un muro y al levantar la vista, la mirada de Odín estaba exigiéndome cuentas otra vez.

Fue un *flashback* en toda regla. Durante unos segundos no supe a quién tenía delante, si al Odín de mis sueños o al señor Nilsson.

Muerta de miedo di un paso atrás resbalando con la rebanada de queso que

había caído de mi mano en algún momento indeterminado de los últimos diez segundos. Odín se inclinó para agarrarme y en menos de un segundo le tenía sosteniéndome de la cintura. Tenerle tan cerca me asustó todavía más.

Preso del pánico le aparté a manotazos y volví corriendo a mi pequeño refugio. Cerré la puerta y busqué sin éxito una llave o cerrojo. Nada. Acabé por colocar una silla encajada justo debajo del pomo, como en las películas.

Capítulo 18

Alvar

No esperaba que fuese a ser tan complicado.

Me sentía un fantasma en mi propia casa. Intentando no hacer ruido, no fuese a asustarse. Escuchando con atención cada movimiento, cada respiración, cada mueca.

Había pasado por situaciones parecidas en el pasado y sabía hasta dónde podía presionar, más o menos. Eso no quitaba que anduviese por las habitaciones como quien camina sobre una alfombra de cristales.

La primera impresión que tuvo de mí fue tan mala que estaba seguro de que se escondía cada vez que me sentía cerca. Y eso me inquietaba porque, entre que se cansaba con mucha facilidad y que tenía la máquina de coser en su habitación, no la veía mucho y no sabía si se encontraba bien o mal. Además no tenía ninguna excusa para llamar y preguntar.

Aunque bien pensado daba igual ya que me comportaba como un completo mudo en cuanto me la cruzaba por casualidad.

—¿Ha conseguido arreglar el malentendido con la señorita Frías?

Mi doctor tampoco era capaz de decir bien su nombre.

—¿Malentendido?

—Hablo de la reacción que tuvo al darse cuenta de que ustedes ya se conocían.

Ah, aquel «malentendido».

—No fue fácil. De hecho fue Anna la que se lo explicó todo.

—¿No hablan? —preguntó.

—No, exactamente. No.

No preguntó nada, lo que me indicaba que esperaba que elaborase yo la historia. Tanto hablar y hablar.

—Verá, ella no habla ni entiende sueco y yo, salvo cuatro frases, no hablo ni entiendo una palabra de español.

—¿Anna habla español?

—No, tampoco.

—¿Entonces?

Me iba a obligar a reconocerlo. A veces, bueno, con mucha frecuencia en realidad, odiaba a mi terapeuta/psiquiatra/metomentodo.

—Hablan en inglés.

—Usted también habla inglés y, si los informes son correctos, también francés, alemán y ruso.

Solté todo el aire y eché de menos mi *churchwarden*.

—Es correcto.

—Pero con ella no.

—También correcto.

E, impertérrito, volvió a apuntar algo en aquel cuaderno.

Definitivamente no podía esperar a llegar a casa y fumar una pipa con tranquilidad sentado en la terraza de atrás. No era mucho pedir.

El receso duró lo que él tardó en pensar y escribir la siguiente tanda de preguntas que, estaba seguro, no iba a saber responder cómo se suponía.

Desde que llegara Beatriz, nuestras sesiones giraban en torno a su presencia. Horarios, costumbres, etc.

Estaba claro que mi psiquiatra no creía que tener huéspedes fuese a hacerme ningún bien. Por un lado, en cuanto se enteró, dijo que era bueno interactuar con gente, pero poner más obligaciones sobre mis espaldas, podía resultar también contraproducente. Palabras textuales.

No supe si tomarme aquel comentario como un insulto. Como si yo no estuviese más que acostumbrado a vivir en barracas, tiendas de campaña o cualquier recoveco en la roca pegado a otros cuerpos. Viviendo en el bolsillo del otro, sin esfera privada. Por lo visto la vida civil le había hecho olvidar lo que era cepillarse los dientes mientras tu sargento se frotaba las partes íntimas bajo un chorrillo de agua adosado a un contenedor hecho con restos de uralita. ¿Tan mal me veía como para no ser capaz de tener gente alrededor?

¡Si hasta me había propuesto apuntar en un calendario las tareas de la casa que correspondieran a cada uno!

Por lo menos Anna aseguraba desde el principio que solo veía mejoras en mí desde que Beatriz se había instalado en la habitación de invitados.

Al doctor le encantó saber que, para recibirla, había limpiado cada centímetro de la casa como si estuviese de nuevo en mis años de recluta en el cuartel y casi ni me reconoció con la barba afeitada y el pelo casi al cero. No muy favorecedor, aunque cómodo. Pensé hasta en ir al barbero, pero me rajé en el último momento pensando en la conversación intrascendental que acabaría soportando.

En principio, todo era para bien. Todo el mundo salía ganando.

Hasta que tras tres días de visita, las pesadillas comenzaron a atacar implacables en cuanto cerraba los ojos. Cada vez más crueles. Tanto que los olores y los sonidos me perseguían durante el día también.

Me había vuelto más esquivo de lo habitual y no conseguía articular palabra delante de ella. Ni siquiera en sueco. El inglés y el francés parecían haberse borrado de mi memoria por arte de magia y poco menos que me comunicaba con ella a base de mímica o algún que otro monosílabo.

Según el terapeuta, sentía una responsabilidad que no me correspondía, pero que estaba ahí de todos modos. No había manera de hacerle entender que la pobre mujer no salía de su habitación, convaleciente como estaba, más que para ir al cuarto de baño y que como mucho nos habíamos encontrado cuatro veces en el pasillo y dos en la cocina.

—¿Nada más?

—Nada más —aseguré—. Anna se encarga de todo. Yo sigo su consejo de mantenerme activo.

Era una buena forma de evitar contarle que había hecho la mudanza de todas sus cosas con Ingmar y habíamos trasladado el mobiliario de la habitación de invitados de la casa de mis tías a su nueva habitación. Los muebles de aquella habitación me parecieron lo suficientemente acogedores, así que los puse a su disposición. Mejor que acumular polvo en aquella enorme casa vacía.

No fue más que un armario, una cama, una mesilla de noche, un escritorio y una mesa supletoria para la máquina de coser.

Cuando volví a Dakota después de que se marchara en el helicóptero, hice inventario. Juro que no fue por cotillear, me salió de forma instintiva. Empecé por ver en qué circunstancias se encontraba la casa y acabé por hacer una lista de todo lo que se encontraba dentro de aquellas cuatro paredes. Había tenido que hurgar entre sus pertenencias para encontrar los papeles del seguro médico y, para ello, tuve que abrir armarios y cajones. Hubo una caja, sin

embargo, en la que no me entretuve mucho. Con ver el primer objeto que contenía tuve más que suficiente.

La mesa grande con la máquina de coser, llena de telas, lanas y tijeras tampoco pasó desapercibida. No sé cómo no me di de bruces con ella al entrar a oscuras.

Así que sabía, más o menos, cuánto espacio necesitaba para la ropa y para todos los extras. La habitación de invitados de mis tías me pareció que iría bien.

En principio tanto la casa como los muebles eran míos, así que podía hacer lo que quisiera con ellos.

El simple hecho de entrar allí ya había sido todo un triunfo. Mis dos tías habían vivido en ella toda su vida, nunca se habían casado y no habían tenido descendencia. En vida habían ayudado a mi hermana a formar una familia y en su muerte me dejaron su casa. Una casa que pensaron me ayudaría a echar raíces.

Poco sabían que se trataba de un imposible.

Aquella acumulación de habitaciones, salones y el enorme jardín me agobiaban más que la caja de cerillas en la que vivía. Era una casa en la que no podía habitar y que tampoco quería vender o alquilar.

Así que la tenía cerrada. Con sábanas cubriendo los muebles. Hacer uso de alguno de ellos no me pareció mala idea.

—Ha avanzado mucho en las últimas sesiones. Iremos viendo cómo le afecta este nuevo cambio.

—No dará tiempo. El susto ha hecho que se agilicen las cosas en la colonia. En una semana, como mucho, volveré a la tranquilidad.

No se le veía convencido. Yo tampoco, la verdad.

De vuelta a casa tuve que esperar un buen rato para poder entrar en el pueblo. Una fila de autobuses holandeses tenían la calle principal bloqueada. Tras un buen rato de maniobras y después de preguntar a los lugareños, la caravana se dirigió hacia la colonia de artistas.

Me extrañó mucho, así que torcí y me dirigí a casa de mi hermana.

—¿Sabes de qué va todo esto?

Anna estaba de pie en el jardín de la entrada viendo los autobuses pasar con la boca abierta y cara de pocos amigos.

—Parece que la exsecretaria lo ha liado todo más de lo que podíamos imaginar. Había oído que tendríamos grupos inesperados de gente. Nunca

pensé que fuesen a ser seis autobuses llenos. ¡Debe haber al menos quinientas personas!

Sacó el teléfono del bolsillo y, tal como sospechábamos, la gente de la colonia estaba tan sorprendida como nosotros. Ahora había que alojar a una tropa de holandeses en un edificio diseñado para veinte como mucho.

Algo me decía que Beatriz no iba a tener disponible ninguna habitación en un futuro cercano, y su visita no duraría unos días, ni mucho menos.

Genial.

Capítulo 19

Beatriz

Aquel día me sentía especialmente cansada y ni me molesté en levantarme después de la siesta. Bueno, siesta era un decir porque la mayoría de las veces era capaz de dormir de tirón casi toda la tarde. Empezaba a dudar que aquello fuese por culpa de la neumonía.

Además aquella negrura no ayudaba. No eran ni las cuatro y fuera estaba todo oscuro como boca de lobo. Me sentía como en una burbuja suspendida en el tiempo. Cuando miraba por la ventana veía la furia con la que la naturaleza golpeaba mientras yo me paseaba sin ropa por la habitación porque mi enfermero tenía siempre puesta la calefacción al máximo. No iba a quejarme, pero creía que habíamos pasado el límite de lo razonable.

Me habían aconsejado mucho reposo durante un par de semanas, aunque ya notaba cómo los dedos empezaban a picarme. Tenía mono así que o hacía algo al respecto, o empezaría a volverme loca.

Miré hacia la caja de cartón donde se apilaban de malas maneras retales y madejas y, de forma automática, empecé a hacer planes para mi próximo *patchwork*: una casa sueca. ¿Dónde diablos estaba mi bloc de dibujo?

Estaba buscando entre las cajas cuando alguien llamó a la puerta.

—Pasa —dije mientras me metía de un salto a la cama. Anna me ayudaría a organizar el caos empezando por decirme qué cosas había traído y qué había dejado en la isla, pero primero tenía que actuar como una enferma buena. Sus visitas eran lo mejor del día.

El carraspeo que oí no procedía de ninguna garganta femenina.

Cerré los ojos con fuerza y maldije por lo bajo.

—*Mat* —dijo.

—¿Y Anna!?! —Volví rápidamente a meterme bajo la colcha.

—*Mat* —repitió tan tranquilo levantando la bandeja que traía.

Además de mi lamentable aspecto, seguro que tenía mal aliento. Así que hice lo que hubiera hecho mi bisabuela si hubiera estado postrada en la cama y hubiera entrado un hombre en la misma habitación y no tuviera carabina: recular y taparme hasta la boca con la colcha. Pretendiendo cambiar de postura me senté apoyada en el cabecero de la cama lo más lejos posible de él y fijé mi atención en la bandeja con la comida que había puesto sobre la cama.

Sopa de calabaza, y olía de maravilla. Maldición.

Impertérrito, él esperaba sentado en la silla al lado de la puerta. Estaba loco si pensaba que iba a comer delante de él ¿es que no se daba cuenta de que necesitaba las dos manos para mantener la colcha en su sitio?

Perdió la paciencia pronto. Sin decir palabra se levantó y avanzó para sentarse con autoridad en el borde de la cama. Con mucha tranquilidad reposó la bandeja en mis rodillas, colocó la servilleta sobre mi frontal por encima de la colcha y comenzó a mover despacio la sopa con la cuchara.

Muerta de la vergüenza vi cómo llenaba la cuchara de sopa, soplaba el contenido y me daba de comer.

Ni una sola vez me miró a los ojos. Enfocaba la vista en el líquido, en la cuchara y en mi boca mientras yo apretaba la colcha con las manos incapaz de moverme.

Cuando asimilé lo que estaba sucediendo intenté apartar su brazo y con el movimiento sentí un ligero pinchazo en costado, la comida se me atragantó y comencé a toser. La servilleta calló sobre el plato de sopa; para que la bandeja no fuera al suelo por el movimiento de mis rodillas, solté una mano de la colcha y con la otra me tapé la boca. Resultado: las *lolas*, como diría Sandra, quedaron al aire.

Me vino entonces a la mente una larguísima explicación de mi madre sobre el verdadero significado de la palabra «decoro» mientras mis manos se movían sin control haciendo que todo lo que tenía en el regazo corriera peligro de desperdigarse por las sábanas. Las desgracias nunca vienen solas, para mi pesar.

Por el tono, Alvar me regañaba en sueco a la vez que con la misma parsimonia, apartaba la bandeja, me ayudaba a taparme, me limpiaba con la servilleta y me acercaba un vaso de agua con una pajita.

Me sentí tan inválida, que en ese momento me empezaron a temblar los labios de pura impotencia. Le aparté con saña cuando intentó colocar los

cojines de mi espalda lo que me hizo sentir incluso peor por mi falta de gratitud.

Él simplemente lo dejó estar, me apoyó la mano en el hombro y dijo algo para tranquilizarme. Se levantó, recogió la bandeja y salió en silencio cerrando la puerta con cuidado, dejándome toda acalorada en aquella cama y no por culpa de la fiebre.

Y pensar que me había asustado tanto la primera vez que lo vi... Pero eso solo duró un rato porque, a no ser que lo soñara, en cuanto toqué su cara le dije lo guapo que era. Sí, recordaba más o menos esa noche en Dakota y hubo detalles que era mejor cubrir con un tupido velo.

«Alégrate Beatriz de que el pobre no entiende nada de lo que dices, ni siquiera en inglés».

La vergüenza fue la culpable de que no saliese de aquella habitación más que para ir al cuarto de baño en los tres siguientes días. Tres días encerrada en una habitación trabajando desde la cama, aburriéndome como una ostra, pinchándome con las agujas que acababan perdidas entre las sábanas.

Me había comportado como Catherine Morland la primera noche en *La abadía de Northanger* y como una mojegata las noches que siguieron. Porque no se trataba de ser púdica solamente, sino de no salir de la habitación durante días no fuese a ver una pierna o una mano sin tapar.

«Un poco de autoestima, Beatriz. Te ha visto el pecho de refilón. Tampoco es el fin del mundo. Además, actuó como si nada».

Bien pensado, él había llevado la situación con mucha elegancia. Nada de aspavientos o comentarios. Lo dejó pasar sin hacer un drama, vaya. Como si nada extraño hubiese sucedido. Y yo montándome una película encerrada en la habitación.

¡Necesitaba salir!

Todo me cansaba, hasta vestirme, pero la falta de movimiento empeoraba más aún las cosas. Anna me lo había repetido una y mil veces pero claro, ella no sabía que eludía a su hermano como la peste. El mismo que me había salvado la vida, me había ofrecido su casa hasta nuevo aviso y me había traído comida, pero, no sé, había algo oscuro en él que me mantenía a distancia. Esa mirada de Odín que de vez en cuando le salía me ponía los pelos de punta. Cuando miraba a través de mí con aquellos ojos castaños sentía frío. Y para más *inri* era iguales a los de su hermana, con lo que me veía bajo aquella mirada al menos cuatro veces al día.

Y, por alguna extraña razón, yo no dejaba de darle vueltas.

«¿Cómo se pinta una mirada gélida en una nube de pensamiento desconocido?».

Me estaba volviendo loca e iba camino de subirme por las paredes.

«¡Basta!».

En cuanto escuché cerrarse la puerta de casa, salté de la cama. Paré a respirar tras cuatro pasos; me apoyé como una mujer de ochenta años contra la puerta del armario y tardé al menos cinco minutos en salir de la habitación en pijama con la ropa debajo del brazo.

La ducha terminó de despejarme y, para cuando terminé de hacer la cama, me sentía como después de una jornada de trabajo en una mina. Abrí la ventana para airear, con lo que el viento gélido terminó de despertarme. Además del frío, entró la humedad y respiré profundamente aquella bendición. De no ser por las bajas temperaturas, no habría encontrado mejor sitio que al borde del mar para recuperarme.

Hora de mover las piernas y, de paso, hacerme un café bien cargado.

La cocina no tenía muchos muebles y la mayoría estaban medio vacíos.

Ni rastro de café, ni siquiera en la nevera.

«Qué extraño. Una casa sueca sin café».

Miré alrededor y vi la alacena cerca de la puerta acristalada del porche de atrás.

«Debe estar ahí».

Abrí la parte de arriba y el olor a especias, flores y frutas lo invadió todo. Fue la primera vez que no tosí después de tomar una bocanada de aire. El aroma inundó mis pulmones y le dio un masaje a mis pobres bronquios. El olor que tanto me gustaba salía de aquella alacena.

Las estanterías estaban repletas de botes de cristal con etiquetas pegadas aclarando el contenido.

—*Autumn Evening, Dark Fragrant, Black Mallory, Vanilla Cream, Bob's Chocolate Flake* —leí en alto.

¡Era té!

—*Brown Pigtail Vanilla, Lotus, Highland Cream, Curly Cut, Alamosa, Guilty Pleasure, Rainy Day, Autumn Blend, English Delight, Irish Oak...*

Cogí uno de los botes al azar. *Sweet Mango*, ponía. Lo moví con energía y fui a abrirlo.

—*Vad gör du?!*

Pegué un salto y el susto atascó el oxígeno a medio camino lo que me provocó otra vez la tos. Me giré deprisa, y a menos de veinte centímetros me encontré con Odín. ¿De dónde había salido? Pero tenía cosas más importantes a las que prestar atención. Por ejemplo la cara entre incredulidad, sorpresa y horror que me dedicaba.

Levantó los brazos y yo di un paso atrás. Me agarró con la velocidad de un rayo para que no perdiese el equilibrio, a la vez que me quitaba el bote de las manos y lo ponía con cuidado en la estantería.

Carraspeé, lo que no hizo más que empeorar mi estado. Esa tos nerviosa que solo me daba cuando él andaba por la vecindad. Y siempre terminaba en sus brazos, sin excepción.

Comenzó a darme palmaditas en la espalda y yo quise otra vez que me tragara la tierra, cruzar su centro y salir disparada chamuscada justo al otro lado porque la primera reacción que tuve fue la de apartarme otra vez con brusquedad, como si fuese a hacerme algo. Se trataba de un miedo irracional que me costaba controlar. Y no tenía miedo de él en realidad; era otra cosa.

No quedé muy mal. Era bueno que con las sacudidas de mi cuerpo, las piernas no me hiciesen mucho caso aunque estoy segura de que vio cómo intentaba levantar los brazos para protegerme.

Cuando vio que no iba a caerme y que empezaba a recuperar el aire, me soltó, cerró la alacena y comenzó a pasearse por la cocina hablando para sí, discutiendo consigo mismo, llevándose las manos a la cabeza y, de vez en cuando, tirándose del pelo.

¡Ups! Había metido la pata. A lo grande.

Capítulo 20

Alvar

*P*odía tocar la tensión en el aire con los dedos. Aquello no podía continuar así y estaba claro para todo el mundo, incluida mi hermana. Yo era una bomba de relojería y, de explotar, acabaría por dañar a Beatriz. No sabía exactamente cómo, pero ella tendría todas las de perder.

No estaba en condiciones de dejarme ver y mi esfera privada, mi casa, había quedado co-ocupada por quien precisamente más quería eludir.

La situación estaba fuera de control porque yo estaba fuera de control. Si mi hermana venía casi todos los días no era solo porque quisiera visitar a su paciente; venía para controlarme y asegurarse de que todo iba bien. Por su cara juraría que se arrepentía de haberme metido en aquello.

No sé cómo pude controlarme cuando vi a Beatriz husmear entre mis cosas, ni siquiera quise entender sus disculpas. En verdad, ni yo la entendía ni quería que me entendiese.

Desde que llegó no había intercambiado ni una palabra de inglés con ella y no porque no quisiera; simplemente no me salía. Las frases se acumulan en mi cerebro, pero el nudo permanente que tenía en la garganta les impedía el paso.

Había sido una mala idea desde el principio y era hora de cortar por lo sano antes de que acabáramos mal. Yo no estaba en condiciones de cuidar de nadie cuando a duras penas podía cuidar de mí mismo.

Joder. El loquero tenía razón. Cualquier nimiedad se me venía encima como un peso muerto, y no era capaz de analizar nada de lo que hacía o decía.

Antes de perder aún más los papeles, agarré una pipa, el primer tabaco que encontré y salí al porche a tranquilizarme con lo único que funcionaba.

Iba camino de desarrollar gangrena en los dedos de los pies cuando Beatriz asomó la cabeza por la puerta. Mis fumadas eran pausadas, ya llevaba dos y el frío era intenso. No sé si oteaba para asegurarse de que no la llevaba el viento

o si esperaba recibir otra bronca. Se me encogió el estómago de pensar en lo segundo. Ella no se merecía mis malas salidas, sobre todo, cuando era obvio que no había hecho nada para merecerlas.

Tras unos segundos de indecisión, salió al porche envuelta en una ropa que le quedaba al menos tres tallas grande y una tela bajo el brazo.

Se acercó a mí y extendió lo que acarreaba. Era una colcha de colores vivos llena de filigranas cosidas las unas a las otras. La dio la vuelta y mostró una tela acolchada montada a base de parches de distintos colores y diseños formando olas del mar.

Una colcha como la de las abuelas, pero que a mí me parecía salida de una tienda de moda.

Aparté la pipa y esperé. El humo no era bueno para ella, si bien, al estar la terraza parcialmente abierta, no se creaban nubes.

Beatriz se acercó despacio y con una sonrisa tímida me pasó la colcha para que la inspeccionara. Cuando levanté la vista la observé hacer movimientos con los dedos índices de cada mano para pasar después a imitar que cosía. Después volvió a agarrar la colcha y la acercó más a mí.

Un regalo.

Hecho por ella.

Una rama de olivo.

Las manos me empezaron a temblar y el estómago se hizo un nudo. Lo peor de todo es que no me salió un «lo siento» que ella pudiese entender.

Beatriz me miraba con atención. Era la única forma de entender lo que se me pasaba por la cabeza al igual que hacía yo. Buscando en la mirada la clave de lo que queríamos decir. El verdadero significado detrás de las palabras.

Así estuvimos conversando en silencio unos segundos hasta llegar a un punto de aceptación; una regla no escrita en la que nos dábamos permiso para ser y estar allí, en la galería de mi casa. Entonces ella se sentó a mi lado mientras robaba una esquina de la colcha para protegerse del invierno terrible que estábamos teniendo aquel año y yo me quité el gorro de lana para ponérselo.

Aquella colcha me pareció poco, así que saqué de debajo del banco otras dos más y se las coloqué encima para que el aire no entrara por ningún lado. Una vez quedé satisfecho, seguí con mi pipa.

Ella me seguía con esa mirada de ratón perdido y asustado, y yo no sabía cómo hacerle entender que de mí no había nada que temer. Podía ser un mal

compañero, un bicho raro, pero jamás una amenaza hacia su persona. Eso nunca.

Así que se lo dije, a sabiendas de que no entendería una palabra.

—No te asustes. No dejaré que te pase nada. Anna no lo consentiría.

Al escuchar el nombre de mi hermana sonrió y dijo que sí con la cabeza.

—Si yo te contara...

Y, de repente, quise contarle los líos en los que mi hermana y yo nos habíamos metido desde niños.

«¿Y por qué no? No te va a entender, no te va a juzgar, lo que digas no será repetido y si te escucha... quizá si te oye podrá verte mejor, al menos como una persona».

Tan fácil como eso. De un momento a otro nuestro silencio se convirtió en un diálogo con mis palabras y su mímica, con mi mímica y su mirada. Y, de esa forma, Beatriz pasó a ser la guardiana de mis secretos.

Aquella tarde le conté a ella lo que no le había contado a nadie antes, saltando de un tema a otro sin ton ni son y daba igual. Era liberador no tener que comerme la lengua; decir lo primero que se me pasase por la cabeza y aproveché la oportunidad sabiendo que sería la primera y la última vez.

—El loquero no para de presionar, ratón —dije cuando me cansé del tema de mi hermana—. Me siento un estúpido sentado ahí dejándome bombardear a preguntas que no quiero ni puedo responder. Cualquiera pensaría que me ha mentado con lo de que fue militar. Debería saber que da igual las veces que pregunte, no voy a contestar.

»Toda mi vida adulta he recibido órdenes y siempre las he cumplido, de forma rápida y eficiente. Una de ellas, la más importante, es la de guardar secretos. Y él lo sabe.

»Pues sigue preguntando. «¿Qué pasó en su última misión? ¿Dónde estaba? ¿Había alguien más allí? Si no fuese porque sé que está de mi lado pensaría que es un espía enemigo intentando sacar secretos militares.

Beatriz se acercó a mí buscando calor. La gente del sur no tiene sangre caliente, como dicen; son, de hecho, seres de sangre fría que necesitan del sol y la luz. Sin el ardor rodeándoles se marchitan por culpa del frío y dejan de existir. Pululan siempre cerca de los radiadores allá por donde van y cuando no los encuentran, orbitan alrededor de seres de sangre caliente buscando calor.

No creo ni que se diera cuenta de que iba acercándose poco a poco hasta

que encontró la manera de conectar la mayor superficie posible de su cuerpo al mío. Como la mantas que nos cubría.

Una vez encontró la postura, me animó a continuar estrujando mi bíceps con ambas manos.

—Sé que algo me pasa. Y sé que mi loquero intenta sacarlo con infinita paciencia. De lo que no estoy seguro es de que sea necesario airearlo. ¿Que no recuerdo dos meses de mi vida? No veo yo que sea de utilidad recordarlo cuando mi mente ya ha decidido que es mucho mejor olvidar todo eso.

Abrí la ventana que tenía al lado opuesto de Beatriz, cogí la pipa que había dejado a medias y tras un par de caladas, conseguí que volviese a tirar.

—Lo que viste en el armario es mi colección de tabacos. Para que el tabaco sepa mejor debo abrir los botes con algo de tiempo y como odio los carteles de «fumar le dejará tonto» pues lo paso a botes de cristal.

Beatriz suspiró.

—Huele bien, ¿verdad? Si no fuese por lo caro que se ha puesto todo, tendría alguna mezcla en cuencos repartidos por la casa. Creo que el *Charles Mixture* te gustaría, aunque ya no lo producen; estoy tirando de las reservas. El aroma es mucho mejor que cualquier perfume. Si quieres puedes abrir los botes y oler, no me importa.

Sobre la manta, y todavía con la pipa en la mano, cubrí la parte en la que creía que estaban sus manos juntas. Apreté y ella respondió desde el otro lado de la tela.

—Siento el susto que te acabo de dar. Venía con la cabeza a punto de explotar y estaba muy intranquilo. Cuando te he visto husmear en la alacena he pensado que estabas invadiendo mi privacidad. Estoy seguro de que buscabas algo.

Pareció darse cuenta de que estaba pegada a mí porque cuando levantó la cabeza y apoyó la barbilla sobre mi hombro, su boca y la mía quedaron a menos de medio palmo de distancia.

En ese momento se enervó e intentó apartarse. Como yo no la solté y ella había hecho un canelón con la manta alrededor de las piernas, no consiguió su objetivo. Y así quedamos, a cinco centímetros el uno del otro buscando otra vez señales que expresaran nuestros pensamientos sin hablar.

Y entonces sentí que me lanzaba un gancho y ese gancho tiraba hacia ella. Sin pensar, incliné la cabeza un milímetro en su dirección y la inseguridad asomó en sus ojos. Reaccioné a tiempo, algo confuso con lo que acababa de

suceder, recostándome en el banco utilizando el humo de la pipa como parapeto.

—No creo que vivir aquí vaya a resultar bien, ratón. Ni tú tienes tiempo para aguantarme ni tampoco yo paciencia para hacerlo. Mi hermana cedió porque pensó que la compañía me haría bien, y lo hace, te lo juro, pero te estoy amargando la estancia. Intentaremos buscarte algo en el pueblo y, si quieres, podrás volver a Dakota.

Se puso tensa en el momento que escuchó el nombre de nuestra isla y esta vez sí que se separó.

Repetí el nombre de la isla y, para asegurarme, nombré la casa. Ella agachó la vista y dijo que sí con la cabeza.

Con el sempiterno nudo en el pecho saqué el móvil y le di al calendario. Estábamos a martes, señalé el miércoles y levanté con las cejas para asegurarme que me entendía.

—*Mañana* —dijo en español.

Esa palabra era fácil.

—*Sí. Mañana. Dakota* —repetí.

Mi hermana iba a poner el grito en el cielo, pero era lo mejor. Lo único razonable entre toda aquella sinrazón.

Capítulo 21

Beatriz

*P*aseaba por el pueblo presa de una incómoda sensación de fracaso. ¿Estaría el universo confabulando en mi contra? ¿Me estaba mandado el no demasiado sutil mensaje de «Vuelve a Madrid que aquí no pintas nada»?

Esa misma mañana había ido con Anna al hospital a que me hiciesen una revisión. Todo estaba en orden, aunque a la vuelta recibí dos malas noticias.

La primera, más que previsible, era que la colonia había vuelto a meter la pata y, ¡oh sorpresa!, no habían conseguido sitio para mí. Mejor.

Osvaldo había encontrado la excusa perfecta para pasar una semana buscando arcilla lo más al sur que pudo; falta de vitamina D, según dijo. Erika buscaba piedras de fuego en Heligoland aprovechando la época de tormentas; la muy loca. Linn tenía tanto trabajo que iba corriendo de un lado a otro y ya ni se paraba a tomar la *fika* con nosotros y el único fijo que quedaba era, bueno, no el más sociable de todos los pintores. Porque el artista atormentado seguía siendo una espina clavada en el costado de todo el mundo. Siempre protestando como ánima en pena a punto de sufrir el siguiente ataque místico de creatividad.

Así que vivir fuera de la colonia resultaba ser lo mejor para mí. Tampoco me asombró mucho darme cuenta de ello, la verdad. Vivir rodeados de artistas era un sueño que Juanjo siempre tuvo y que me inculcó por pura conveniencia.

A mí me gustaba trabajar junto a otros artistas y, al mismo tiempo, guardar ciertas distancias para ser yo misma.

El tiempo por mi cuenta me resultaba más productivo incluso que el que pasaba entre las cuatro paredes del taller. Sentada en el porche de atrás bajo las mantas, mirando el mar embravecido, me venían todas las buenas ideas y, en cuanto llegaba a la colonia, dejaba salir mis obsesiones en forma de

paisajes. ¿Cómo podía esculpir la fuerza del viento en finas láminas de madera roja?

Pero no en Dakota. Prefería vivir en un barco amarrado en el puerto que en Dakota. Porque esa era la segunda mala noticia y mucho peor que la primera. Era la colonia o la casita de la isla; no había otras alternativas. Porque no podía esperar que Alvar se convirtiera en mi enfermero durante más tiempo. Aquello sería ir demasiado lejos.

En los pocos días que había pasado en su casa había descubierto las tres personalidades que le distinguían. Al menos a mis ojos.

El Alvar salvador, el señor Nilsson sueco y el Odín aterrador, se mezclaban como aceite, pigmento y cera. Elementos dispares que formaban una disolución perfecta con la que cubrir la madera para hacerla más bella, si es que era posible.

Sentí otro escalofrío.

Aquella isla me ponía los pelos de punta. De no ser por Alvar... ¿Por qué se empeñaba en que volviese si me acababa de sacar de allí?

En aquella pequeña isla, sin vecinos, me sentía demasiado aislada y esas tormentas que tan interesantes me parecían en el porche de atrás de la casa de Alvar, me daban terror cuando las veía desde la ventana de aquel lugar.

Sin darme cuenta había cruzado una línea invisible y sobrepasado lo que el señor Nilsson era capaz de soportar. La primera noche había sido el susto, con eso tenía disculpa, pero aquella mañana me había pillado husmeando en sus cosas. Lo había visto en sus ojos rotos. Sí, rotos. Algo se le había roto por dentro y se le había desencajado la cara. ¿Y si desde que llegué había estado conteniéndose? De ser así, o su hermana le estaba obligando a hacerme compañía, o cualquier persona ajena a su círculo no era bienvenida.

Porque a pesar de mis malas reacciones y mis miedos viscerales, ese hombre se había desvivido por mí. Cuando Anna me dijo que su hermano se tomaba muy en serio sus responsabilidades no pensé que fuese a ser tan literal. Si salía al porche tardaba dos minutos en sacarme varias mantas. Si me veía estirarme para coger algo de los armarios de la cocina, se apresuraba a acercarme lo que fuese. A veces preguntaba cosas, pero como solo lo hacía en sueco pues no entendía nada así que yo decía que sí a todo y sonreía. Cuando no acertaba, indicaba con la mano a la derecha o a la izquierda o más arriba y, tras cincuenta intentos fallidos, conseguía acertar. Le daba las gracias en inglés y entonces era su turno de decir que sí a todo.

Un tipo muy extraño y solitario. Más aún cuando sacaba la pipa. En aquellos momentos su mirada se perdía a la vez que desaparecía la tensión que siempre acarreaba en los hombros. Su rostro se relajaba y yo sentía más ganas aún de pintarle. Sereno. La pipa era su refugio, y yo lo había profanado.

Si sabría yo de eso... Después de todo lo que habían hecho por mí, y todavía me molestaba que me hubiesen llenado las maletas y tocado mi máquina de coser.

No, no podía ofenderme. Si algo había aprendido a fuego en mi convivencia con Juanjo era la sensación de usurpación. No tanto por el uso de tus cosas sino por el uso de tu espacio. Y, aunque no lo había hecho a propósito, había invadido el suyo. Era fácil de ver una vez que me había fijado en el cuidado con el que limpiaba su pipa antes de colocarla junto con el resto en la parte de abajo de la alacena. O cómo seleccionaba el tabaco que iba a fumar en cada momento.

Abría los botes, introducía la nariz, cerraba los ojos y respiraba el aroma como cualquier somelier lo haría con una copa de vino. ¡Y yo había querido meterlo en agua hirviendo para hacer infusión! Era un sacrilegio tan imperdonable como si él hubiese hecho bolas con la lana que tenía en madejas para hacerme la vida más fácil. Sandra había aprendido por las malas lo que pasaba cuando se andan tocando las madejas de alguien. Casi perdemos las amistades cuando la vi abrir mi baúl de los tesoros. ¡Los llamó retales!

«¿Cómo podría pintar el aroma?».

Comenzó a llover y yo apremié el paso. Una de esas cosas que tenía prohibidas y que se me olvidaban continuamente hasta que comenzaba a faltarme el aire. El agua caía con fuerza y la gente corría de un lado para otro.

Con el poco aire que me quedaba, crucé la calle y me refugié debajo de un pequeño soportal de madera.

«¿Cómo podría esculpir el sonido de la lluvia en finas capas de madera roja?».

Anna había aparecido justo después de que me quedase dormida en el porche escuchándolo hablar. Su voz pasó a ser canción de cuna y, a pesar de las malas noticias, aquel ronroneo me invitaba a cerrar los ojos y descansar.

Mi doctora insistía que era imposible volver a Dakota de un día para otro, pero Alvar estaba decidido. O la isla o la colonia.

Yo, a pesar de todo, prefería mil veces la segunda opción. Mejor el caos que el extremo aislamiento.

Tal era el desorden que reinaba en aquella organización que la estancia me iba a salir gratis. Al menos el alojamiento. Por lo que Linn me comentó, era considerada como un daño colateral del mal hacer de la anterior secretaria.

«A Dakota no, por favor. Allí no».

Un escalofrío recorrió mi cuerpo y, por muy bueno que fuera el chubasquero o muy altas las botas, los pantalones empezaban a empaparse. Lo último que necesitaba era una recaída.

Alguien golpeó con los nudillos el cristal de una ventana cercana. Giré la cabeza y casi me da un pasmo al ver la cara de la bruja piruja en versión rubia. Llevaba sombrero de pico y todo. Volvió a golpear el cristal y movió la mano para que me acercase... y lo hice. Deberían haberme llamado Gretel.

Abrió la puerta, me agarró del brazo y me metió sin contemplaciones en...

—Madre mía de mi vida.

—*Vad?*

—¿Perdón?

—*What?*

Agaché la vista entonces. Estaba tan sorprendida, que la encorvada mujer rubia con cara de bruja mala y precarias maneras había pasado a un segundo plano.

—Llueve —dijo en inglés.

Me miraba como si fuese idiota y debía parecerlo, porque tenía la boca abierta y no dejaba de otear alrededor como si me encontrara en la biblioteca de Alejandría.

—Cosas viejas —dije sobrecojada.

Porque aquello no era una tienda de antigüedades. Al menos, no al uso.

Las dos últimas tazas de un juego de café que lleva una década sin producirse. Barátijas salidas de las posesiones de algún fallecido y que la familia se había negado a conservar. Ropa remendada que, en algunas ocasiones, databa de principios del siglo XX. Figuritas de porcelana desconchada, azulejos sueltos, pomos de zinc sin pulir, y muebles. Decenas de muebles. Mesas con patas a distintas alturas, sillas sin asiento, armarios sin agarraderos, secreteres dañados en las esquinas.

El paraíso.

Alguien me agarró del codo y al girar la cabeza volví a encontrarme con aquella bruja que, a cada segundo que pasaba, se me parecía más a un ángel redentor con espada y halo intimidatorio. Una extraña combinación. Una mujer

atrayente que ofrendaba cosas brillantes y te empujaba a las entrañas de una casa de muñecas.

«Si me palpa los dedos para ver lo gordos que son, salgo corriendo, por muy bonito que sea aquel *patchwork* que... ¡Ay, madre! Diseño *amish* en forma de estrella. Tenía que ver el cosido. Quizá fuese de los años treinta».

Una pareja miraba con interés la pieza cuando me acerqué.

—¡Qué colores más bonitos! ¿Crees que nos dejará extenderla? Acaba de hablar en inglés —dijo la mujer.

Turistas españoles.

Su compañero pensó un momento y más con mímica que con palabras, le preguntó a la dueña si podían ver aquella colcha en todo su esplendor.

Para cuando se acercó, yo ya estaba dando saltos con los talones haciendo que mis botas de plástico rechinaran al contacto con el suelo.

La bruja me miró de arriba a abajo e *ipso facto* paré de moverme. Soltó un resoplido y, empezó a desdoblar con energía aquella maravilla.

Y yo tuve que estirar las manos para avisarle de que lo hiciese con cuidado. Y ella volvió a lanzarme una mirada de advertencia. Y yo, para no estrangularla, me quité el chubasquero preparándome para arrojarme con el *patchwork* en cuanto la pareja decidiese que era muy viejo o muy caro.

—¿Cuánto son 2.999 coronas suecas en euros?

Hice el cálculo, unos trescientos euros.

Abrí mucho los ojos y volví a dar saltos con los talones. Al menos me controlé de tocar el tejido gracias a que tenía las manos bien agarradas a la espalda.

—¡Qué caro! Pero es tan bello.

Los ojos empezaron a hacerme chiribitas; la bruja volvió a mirarme de reojo y me empezaron los remordimientos de conciencia. Al fin y al cabo, ellos habían visto la colcha primero.

Solté el aire y decidí no ser muy mala.

—Lo es —aseguré.

Ambos se dieron la vuelta, por lo visto no sabían que estaba justo detrás. La colcha les había dejado fascinados. Como debía ser.

—Es una antigüedad, de hecho.

Y ya no pude aguantarme más.

Acerqué la mano y pasé la yema por las costuras.

—Por los colores y el diseño...

En una esquina la costura se había salido y se podía ver el relleno.

—Sí, probablemente del periodo de entreguerras.

—¿En serio?

La mujer volvió a mirar la tela con cara de enamoramiento y, su compañero, al verla tan embelesada asumió que saldrían de aquella tienda con aquella colcha vieja.

—Necesita algunos arreglos, si quieren usarla. Aunque si no, es más interesante con algunos desperfectos.

—Pensé que la técnica de *patchwork* era americana, no sueca.

—Hablamos de un arte de más de cincuenta siglos. Este, sin embargo, es genuino americano.

Me giré y pregunté si estaba en lo cierto. La dueña dijo que sí con la cabeza con la misma expresión que el señor Nilsson. Debía ser una expresión sueca.

—Pero trescientos euros...

La bruja piruja se alejó entonces. No había que ser muy listo para ver la cara de duda de la posible clienta.

Así que atacué.

—No se preocupe. Encontrará un buen hogar. Si usted no lo compra lo haré yo.

Eso terminó de convencerla.

—Nos lo llevamos.

Y yo sentí esa extraña sensación agridulce de haber hecho lo correcto, si bien no iba a llevarme aquella preciosidad a casa.

Eso sí. Me aseguré de que la pareja saliera de la tienda con específicas instrucciones sobre cómo tratar con cariño aquella colcha vieja, incluida mi tarjeta por si se animaban con la restauración.

Cuando sonó la campanilla de la puerta, ya no estaba tan contenta y ya no me apetecía explorar mucho los tesoros que se escondían apilados bajo capas de polvo.

—*Kaffe?* —oí a mi espalda.

Me di la vuelta y me encontré con la dueña con cara sonriente indicándome que la siguiera a la parte de atrás de la tienda.

Y así caí en las redes de la bruja piruja, Astrid para los amigos.

Con ella pasé la tarde hasta que la tormenta amainó. Charlando poco, recorriendo su tienda parando en cada pieza, disfrutando del silencio, mirando por la ventana el agua caer y bebiendo café en tazas de medio litro. Sentada en

una silla diminuta, rodeada de muebles viejos a punto de colapsar, pensé que estaba ante una metáfora de mi vida. Todo al borde de la ruptura. Y también pensé, cuando aquella mujer sonrió tras el primer sorbo de café, que no había nada de lo que preocuparse realmente.

Volviere a aquella cabaña o no, daba igual. Era el momento de aprender de la experiencia. De vivir el momento y recordarlo bien para cuando se lo contase a mis nietos en el futuro. Era hora de levantar el ancla del pasado, respirar el aire del mar y zarpar de una vez hacia un futuro mío.

Dakota no podía ser tan mala, ¿verdad?

Capítulo 22

Alvar

—¿*E*stás seguro?

—Es la cuarta vez que me lo preguntas.

Chascó la lengua.

—Dilo —apremié.

—Tengo entendido que estuvo en el hospital. ¿Es que no la quieren en la colonia?

—No tengo ni idea de lo que pasa en la colonia, pero por hache o por be siempre hay algún problema insalvable por el que no puede alojarse allí. Estamos dando una imagen terrible.

—Por eso mismo, Alvar. ¿No crees que ya tiene bastante?

Callé porque desde que había decidido devolverla a Dakota, la conciencia no me había dado ni un respiro.

—No es tu responsabilidad —dijo mi amigo. Menos mal, porque necesitaba con urgencia algo de apoyo—, pero...

—¡Pero qué!

—Nada —dijo señalando con la barbilla hacia delante—. Ya estamos.

Salí de la cabina para ayudar con el atraque. Beatriz miraba hacia la cabaña agarrada a la barandilla, tensa como una vara.

Seguía en la misma postura cuando todo el equipaje estaba ya en tierra.

—Ve tú —le dije a Ingmar.

Él se dio la vuelta, me miró de arriba a abajo, metió las manos en los bolsillos y fue de nuevo a la cabina a esperar al tiempo que gruñía algo sobre genitales masculinos.

Traidor.

Soltando el aire, me acerqué a ella. En cuanto volviese a casa, me fumaría una pipa Savinelli de cazoleta extra grande y ya sabía que iba a saberme a

poco.

—Beatriz. —Como siempre, me salió un «beetiris» más que su nombre, pero ella lo entendió igual.

Giró la cabeza y por un momento miró a través de mí, absorta en sus pensamientos. Tardó en ajustar la vista y preguntar como si no supiese qué hacíamos allí.

—¿Sí?

Señalé la pasarela y esperé.

Afirmó con la cabeza, si bien seguía pegada al barco como si fuese una prolongación de esas garras blancas que tenía por dedos. Era bueno que no tuviese las uñas largas, las habría dejado allí clavadas.

—Venga —dije en sueco con ese tono de cuartel que me salía de vez en cuando.

Volvió a decir que sí con la cabeza, cerró los ojos, soltó todo el aire y se separó de la barandilla. Cruzó la proa arrastrando los pies sin levantar la vista de la cubierta y tras tres pasos tuvo que agarrarse de nuevo si bien el barco no se movía. No sabía que se marease en los barcos. Estaba pálida y le temblaban las manos.

Me dio las gracias y se colocó bien la bufanda antes de levantar la vista. Miró hacia atrás y saludó con la mano a Ingmar, él inclinó la cabeza y siguió a lo suyo. Ella, en cambio, volvió a quedarse parada mirando a su alrededor, estudiando cada detalle, como si un pequeño barco pesquero fuese la cosa más interesante del mundo.

Leyó el nombre de la embarcación en alto y movió la mano dibujando algo en el aire. La había visto hacer eso en casa otras veces. Beatriz se ayudaba a dibujar imágenes esculpiéndolas primero con las manos. El día que Ingmar quisiera repintar el nombre de Lucy sobre el casco, quizá ella tuviese alguna idea para hacerla más bonita.

—Beatriz, se hace tarde.

No me entendió, pero mi voz la sacó de ese ensueño en el que se encontraba. Cogió aire, lo soltó, volvió a aspirar con fuerza por la nariz y vació los pulmones por la boca.

—*Showtime*² —dijo.

Se estiró altiva y comenzó a caminar en dirección a su cabaña.

En los últimos dos días había puesto la casa al día. Había reparado el generador y me había asegurado de aislar bien alrededor de las ventanas; había suficiente madera dentro y fuera para sobrevivir dos inviernos; la nevera estaba llena con todas las cosas que le gustaban y algún que otro mueble de mi abuela esperaba a ser admirado en la sala y en su habitación.

Iba a estar como en mi casa.

Justo a la puerta paró, se giró y me dijo en sueco.

—Gracias, Alvar.

Y extendió la mano para despedirse.

La mirada que vi me dejó helado. Conocía de sobra esa mirada. La había visto decenas de veces. Era la mirada del temor, la aprensión.

Parpadeaba a toda velocidad y cerraba los puños para infundirse coraje.

Beatriz estaba muerta de miedo, y no era el miedo teñido de excitación que se siente al enfrentarse a una nueva etapa. No era el susto de la noche en que la conocí tras aparecer en medio de un huracán en su casa en medio de la fiebre ni tampoco era la precaución que siempre mantenía a mi alrededor. Tampoco era esos sustos que le daban en cuanto algo se movía a su alrededor de forma sorpresiva. No, era un miedo mucho más profundo, uno que estaba encerrado en ella.

Casi se había muerto en aquella casa, y ¡yo mirándome al ombligo!

La estaba obligando a estar allí y ella, valiente, se enfrentaba a sus fantasmas sin pedir socorro. ¿A quién? ¿A mí? ¿Al que la había puesto en aquella situación? ¿A quién? ¿A Ingmar, con quien no había intercambiado una sola palabra? ¿A mi hermana, que prefería gustosa amortizar la cabaña antes de protestar y exigir que se tratara a los artistas en la colonia como se les había prometido?

Beatriz estaba sola, y todos nos habíamos empeñado en que así fuese desde el principio. ¿Qué quería probar? Cualquiera en su lugar habría montando en cólera ante la falta de seriedad. Por mucho menos, otros habrían demandado. Ni siquiera con la neumonía había cogido un avión de vuelta. Hasta se le ofreció el reembolso total de lo que había pagado hasta entonces y se había negado en redondo.

Se empeñaba en quedarse y, al mismo tiempo, le tenía pavor a la idea. Al menos tenía pavor a la idea de quedarse en Dakota.

Antes de que pudiese tocar el pomo, la agarré del brazo e hice que me prestara atención.

Levanté la palma de la mano e insulté de nuevo a mi cerebro por haber filtrado idiomas a su gusto. En cuanto lo intentaba con el inglés comenzaba un tartamudeo incesante que no paraba hasta que volvía al sueco. Lo había intentado millones de veces y seguía sin salir. Cuando por fin creía que había algo importante que decir, las palabras formaban un discurso perfecto en mi cabeza, pero no era capaz de pronunciarlas, y Beatriz sufría las consecuencias.

Comunicar cosas importantes con mímica no era tarea fácil tampoco para mí. Las únicas señales que conocía eran las del ejército, es decir, del todo inútiles a la puerta de una cabaña de verano teniendo enfrente a una española muerta de miedo. Empezaba a ser frustrante. Sobre todo en momentos claves como aquel.

Silbé y esperé a que Ingmar sacara la cabeza.

—¡Sube las maletas a cubierta!

Mi amigo tardó un momento en darme el OK con el dedo pulgar en alto.

Giré a Beatriz para que le viese maniobrar. Cuando ella abrió los ojos por la sorpresa, señalé hacia la cabaña y dije que no con la cabeza. Me señalé al pecho y dije que sí. Pegué las palmas de las manos a modo de disculpa y me juré que iría a Gotemburgo las veces que fuesen necesarias hasta comportarme como un ser humano decente otra vez.

Ella arrugó el ceño sin comprender, así que se lo solté en sueco.

—Mira, ratón. Ha sido una malísima idea traerte otra vez aquí. Mala idea. Mala idea. —El lenguaje telegráfico solía ayudar.

Entonces me vino una de esas frases en español que todo el mundo conocía.

—Mi casa es su casa —dije, señalándome primero y luego a ella—. Venga. —Y señalé el barco con la cabeza.

En visto y no visto, se dio la vuelta, corrió hacia Lucy y aterrizó en la cubierta de un salto. Y yo di gracias de que Beatriz supiese aprovechar las ocasiones cuando se presentaban en vez de discutir hasta el infinito por cada detalle como lo haría mi hermana.

Ya en el barco llamé a Anna y pasé el teléfono para que le explicase por qué la traíamos y llevábamos de ahí para allá. A esas alturas, no había nada que pudiese excusarnos. Si mi hermana no hacía nada, iban a escuchar unas cuantas verdades en la colonia. Ya me aseguraría yo de ello.

Beatriz escuchó con atención, colgó sin abrir la boca y yo estiré el brazo para recuperar el aparato. Ella miró hacia el mar y por un momento pensé que

lanzaría el teléfono por la borda. Me lo dio apretando los dientes, sin embargo.

Se apoyó con los codos en la barandilla de la proa y no paró de soltar improperios hasta que volví a dejar todas sus maletas en su habitación. Cuando alguien insulta, da igual el idioma. Es más, prefería no saber lo que dijo aquel día porque sé que no dejó títere con cabeza. Y sonaba más que convincente. Cualquiera acostumbrado a dar órdenes se habría cuadrado ante aquel ataque de ira. Yo lo hice y, además, dije que sí a todo por si acaso. Recibí mi dosis de bronca a base de lenguaje probablemente explícito, movimientos de manos a veces peligrosos y unas miradas que me recordaron mucho a mi primer instructor. Ríete tú de las suecas.

Y mientras, Ingmar escondido en la cabina, y no por darnos privacidad sino porque se sabía cómplice de aquella cruel parodia.

Una vez que pisé el pasillo de casa, me cerró la puerta de su habitación en las narices y ya no salió de allí.

Fumé un rato en el porche de atrás y, si bien me ayudó a no pensar mucho, la conciencia seguía insultándome a gritos. Resonaba en mi cabeza incluso por encima del rugido del mar.

Cené solo, puse las sobras en la nevera por si acaso y me fui a dormir temprano. Acabé tumbado en la cama dando vueltas, con miedo a cerrar los ojos no fuese que, además de las acostumbradas pesadillas, Beatriz se me apareciera en sueños con esos ojos enormes pidiendo explicaciones.

Caí rendido, sin embargo, y volví a soñar con monstruos reales, mujeres vejadas y aire caliente cargado de humedad que poco a poco fue constriñéndome los pulmones hasta que desperté de un salto, gritando y cubierto en sudor.

Salí de la cama y fui a la nevera a por un zumo y allí me saludó la cena de Beatriz.

Tenía que comer o nunca se recuperaría en condiciones. Todavía respiraba con dificultad después de andar unos minutos y sabía, por Linn, que tenía que parar a menudo cuando trabajaba.

Sin saber cómo, me vi plantado ante la puerta de su habitación.

Las tres de la mañana y aún se veía luz por la rendija de abajo. Esta mujer dormía menos que yo y ya era difícil. Parte de mi deber consistía en asegurarme de que se encontraba bien y estar en vela por la noche no era una buena señal, si lo sabría yo... Pero, ¿y si la pillaba desnuda otra vez?

Sentía un extraño cosquilleo sobre la piel cada vez que la recordaba como Dios la trajo al mundo. Primero a gatas sobre la cama y después esos estupendos pechos bailando al ritmo de la tos.

¡Diez horas ahí metida! «Voy o no voy...».

Tampoco me había dado cuenta de que me paseaba pasillo arriba y pasillo abajo sopesando cuál sería su reacción en caso de que abriera la puerta. Solo faltaba que alguien me diese una margarita y tomase una decisión a base de ir arrancando pétalos. Más idiota no se podía ser.

Y esa maldita opresión que sentía en el pecho...

Llamé con cuidado no fuese a ser que estuviese dormida con la luz encendida.

—¿Sí?

Bien, esa palabra me la sabía.

—Eh..., ratón. ¿Te encuentras bien? —Era incapaz de pronunciar su nombre sin que se me trabara la lengua así que después de las diez primeras veces de hacer el ridículo desistí optando por la imagen que me vino a la cabeza la primera vez que la vi. Un pequeño ratón de ojos enormes muerto de miedo escondido bajo una montaña de mantas. Su nombre lo intentaba en contadísimas ocasiones.

Silencio. Volví a preguntar.

—¿Necesitas algo?

Oí, gracias al crujido de las baldas del suelo, cómo se acercaba despacio y aguanté la respiración. Abrió la puerta, me lanzó una sonrisa y yo se la devolví aliviado, no por nada, sino porque esta vez llevaba el pijama puesto.

—¿Todo OK? —pregunté en sueco.

Asintió con la cabeza. Dios bendiga las expresiones universales.

El inglés de Beatriz era más que decente, aunque viendo que yo no respondía nunca, se esforzaba por hacerse entender de otras formas lo que me hacía sentir peor aún porque yo lo hablaba perfectamente y le estaba dando a entender que no era el caso.

Pero es que no me salía.

Mientras divagaba, seguía ahí de pie mirándola no sabiendo qué hacer. De pasada vi su cama llena de bolas de lana. Otra vez tricotando.

Me llevé la mano al pecho para calmar la opresión. Esa misma mañana me había levantado decidido a dejarla a la puerta de la cabaña y, en ese momento,

hacía listados en mi cabeza de lo que debía hacer para cuidar de ella lo mejor posible.

Preguntó en su idioma algo que también llevaba el OK en la frase, señalándome primero con el dedo índice y luego levantando el dedo pulgar.

—¿Qué?

—*Tú.* —Esta vez además de señalarme, tocó mi pecho con la punta del dedo —. ¿OK?

—Sí. ¿Por qué?

Arrugó la frente y miró hacia la mano con la que yo frotaba en círculos el maldito nudo de dolor en la boca del estómago sin darme cuenta. Ya no estaba enfadada, estaba preocupada. En ese momento volví a sentir ganas de salir corriendo.

—No es nada. Buenas noches.

Cortando la conversación de golpe, me di la vuelta y me fui a la cama.

Capítulo 23

Beatriz

Nunca pensé que me encontraría en una situación como aquella y no me refiero a lo de acabar viviendo en Suecia haciendo marquetería entre desconocidos después de haber sobrevivido por los pelos a una neumonía. Eso era más o menos normal. Lo que no era normal —pensaba yo de camino a la colonia— era lo de vivir del trueque o más bien, vivir más cómodamente gracias al trueque. Era la única explicación racional para el ir y venir de mercancías en los contenedores más dispares y sin etiquetas. Otra posibilidad era el contrabando. Porque vamos a ver, Alvar no pisaba una tienda a no ser que le pusieran una pistola en la boca, pero casi todos los días volvía con alguna caja de algo que, sabía yo de buena tinta, no se podía comprar en aquel pueblo y en esas cantidades.

Días atrás había aparecido con más de diez kilos de tomates, lo que nos hizo comer ensalada de tomate en cada comida, dándome de sobra para hacer salsa y ponerla en conserva para cuando llegase la Tercera Guerra Mundial.

En otra ocasión llegó con bolsas de plástico transparentes llenas de carne y mi pregunta fue, después de aprenderme cada palabra diccionario sueco en mano, si aquello era cerdo, ternera, pavo o qué. A todo dijo que no, pero lo que había en aquellas bolsas era un animal entero despellejado y cortado en trocitos así que volví a insistir, ya muerta de la curiosidad.

Con mucha tranquilidad se acercó al calendario y pasó las hojas hasta llegar a diciembre. Allí, un par de renos monísimos escarbaban con el hocico para encontrar algo comestible bajo la nieve. Alvar simplemente señaló.

—No. —Los renos no se comían. Son los que salen en las películas de Navidad y ayudan a Santa a repartir los regalos. Estaba confundiéndolos con gansos, seguro.

Alvar asintió con la cabeza, levantó un pulgar y se relamió de gusto.

—Estupendo. Ahora resulta que vamos a comernos al primo sueco de Bambi.

El tema de los animales era cosa seria en aquella casa y ya me habían dado más de un disgusto, pero claro, cualquiera preguntaba en sueco a riesgo de meter la pata a lo grande.

Porque durante días, en varios de esos monólogos que me soltaba mientras fumaba en pipa en el porche de atrás, había estado segura de que quería hacer mermelada. Así que mis chicas me mandaron unas cuantas recetas para hacer algo con los kilos de ciruelas que un día aparecieron en la puerta de casa.

Una vez que me deslomé para hacer la *mousse*, volvió a insistir en ello, lo que me hizo pensar que, quizá me estuviese pidiendo jugar a las cartas. Para asegurarme, le enseñé unos naipes en mi teléfono y puso cara de «¿de qué coño hablas?». Así que no, ni pedía mermeladas, ni jugaba a las cartas. Entonces, ¿a qué se refería con eso de «*mus*»? Porque, si bien no parecía ser la idea central de sus conferencias a uno, lo repetía aquí y allí. Así que debía tener cierta importancia, ¿no?

Por ello, volví a recurrir a mi mejor amigo: el diccionario. Fui a «*mus*» y ¿qué me encontré?

«Ratón».

—Tenemos ratones —dije en alto en medio de la cocina. Si mis sospechas eran ciertas, sufríamos un problemas de roedores.

No dormí en días, pegando la oreja al suelo y a las paredes, buscando agujeritos, pasando el aspirador por los lugares recónditos mientras me decía una y otra vez que había dicho *mus* y no *råtta*.

Y aquel día me venía con un pobre reno en cachitos. Todo muy anatómico y en absoluto apetecible.

Así que asentí con la cabeza y busqué el día en el calendario en el que le tocaba cocinar. Comería reno en salsa en dos días a juzgar por la cara de alegría de Alvar mientras se pasaba la lengua por los labios.

Había llegado la hora de escapar.

Me di la vuelta y me fui un rato a trabajar. Antes de cerrar la puerta le escuché mascullar algo mientras colocaba con precisión los trocitos del pobre Bambi sueco en el congelador grande. Porque sí, en Suecia, el que puede, tiene varios congeladores repartidos por la casa. Nunca se sabe cuándo necesitarás sitio para meter un reno. Debía admitir que todo era mucho más

sueco fuera de la colonia. Allí se esforzaban demasiado por ser internacionales, cuando yo lo que buscaba era lo auténtico y genuino del lugar.

Pasear, aunque fuera poco tiempo, me agotaba. La neumonía iba a tardar en devolverme a la vida normal. Cada vez que hacía algún esfuerzo, me faltaba el aire. Habían pasado semanas y todavía estaba como si acabase de salir del hospital.

En casa o en la colonia no notaba nada, pero en cuanto andaba más de diez pasos o levantaba algo de peso, parecía como si el oxígeno desapareciera. Empezaba a respirar por la boca y necesitaba parar un momento a recuperar el resuello.

Vivir en la colonia me habría evitado algún que otro sofoco, eso era un hecho, pero sin el ejercicio que suponía ir y venir al menos una vez al día, mi recuperación habría sido mucho más lenta.

Alvar me acompañaba cuando consideraba que cargaba con muchas cosas, lo que se traducía en que casi a diario arramblaba con la mochila o la bolsa de turno, en la que llevaba herramientas, tintes, libros o alguna colcha terminada durante mis noches de insomnio. A veces pintaba y pintaba, pero necesitaba el escáner del taller para poder mandar instrucciones a mis chicas así que siempre cargaba con cuadernos y muestras. Luego, en casa, por e-mail o por el *chat*, discutíamos de colores, o si era mejor bordarlos que imprimirlos directamente en tela o si en chaquetas o jerséis quedarían más impactantes.

Esa mañana solo descansé tres veces. Aproveché el asiento de la entrada para quitarme los zapatos con mucha tranquilidad y entrar en el taller sin dar jadeos.

Osvaldo me recibió con una sonrisa picarona, como siempre.

—Hoy es el gran día.

—Sí —aseguré.

Estaba tan contenta. Por fin iba a ver resultados.

Tenía los diseños, los muebles y las láminas de cuero que colgarían de la pared. Solo faltaban las piezas del puzzle. Había decidido barnizar solo en parte. En ese diseño sería la luna y el agua bajo el haz de luz del faro; el resto del agua, el cielo poblado de nubes y la barca quedarían en mate.

Conseguir que un mar rojo recordarse al mercurio me había tenido más de una noche en vela y no podía esperar a empezar a experimentar con los distintos tonos que rondaban por mi cabeza. Hasta estaba pensando utilizar

distintos grosores para jugar con las sombras dependiendo del ángulo de la luz natural.

No podía esperar.

Levanté la sábana para disfrutar del espectro de rojos que había conseguido, pero no, ahí solo había trocitos de madera teñidos del mismo color que, para mayor escarnio, eran una tonalidad de rojo que no me servía para nada.

—*What the fuck!* —Me llevé de golpe la mano a la boca asustada por lo que acababa de soltar.

—Tu inglés mejora, *miamol*. —Osvaldo se retorció de la risa a la vez que intentaba no hacerle un chichón a la cabeza que estaba esculpiendo. Sí, me había vuelto justo a tiempo de ver aquella chapuza.

—Creía que mi inglés era medio decente.

—Pero ahora es mucho más lírico —dijo, cantando las palabras.

—Lo siento —dije sobre todo para mí.

—No pasa nada. Es solo que no estamos acostumbrados a oírte usar *resingaos*. Ya pensaba que no eras una gallega normal.

—¿Qué quieres decir?

—Que los españoles siempre *palabrotean* y se quedan tan panchos, pero tú nunca lo haces. Después del fornicar que acabas de soltar me dejas más tranquilo.

Mientras Osvaldo seguía sin poder controlar la risa, pensé en quién tenía la culpa de que fuera a convertirme en una barriobajera: Odín.

Era un palabrotero nato. Había conocido a muchos mal hablados en mi vida, pero Alvar se llevaba la palma. Solo hablaba sueco, pero las palabrotas las soltaba todas en inglés. Creo.

Crecí en un hogar donde el padre de familia podríamos decir que presumía de usar un lenguaje florido y de veras que era un profesional. Para todo tenía un apelativo y siempre daba en el clavo.

Sandra, que tan a gala tenía ir siempre al grano, tenía montado con él una especie de Trivial en el que ella venía con personalidades de lo más inverosímil y mi padre debía encontrar el epíteto que pegara lo mejor posible con la forma de actuar del sujeto objeto de estudio. Normalmente no tardaba ni medio minuto. Parecía que había hecho un curso especial de psicología del comportamiento.

Mi madre se las dejaba pasar a Sandra alegando que mi amiga era una rebelde con mucha gracia, pero conmigo no había cuartel. Cada vez que se me

pegaba alguno de aquellos calificativos recibía un tirón de pelos. Dora era famosa por encontrar el punto débil de cada uno, y el mío era justo en medio de la nuca. Dependiendo de la gravedad de la palabra iba desde tirar sin muchas ganas solo para avisarme, hasta coger solo dos pelos y conseguir que el dolor de cabeza durara una hora tras un fuerte tirón corto y preciso.

Como resultado, Felipe y Dora habían conseguido educar a una señorita que conocía todos los insultos del mundo, pero que jamás osaría decirlos.

Al menos mi padre, con los años, había aprendido a filtrar. Soltar un «hijo de puta» en la mesa solo le acarreaba un doloroso cucharetazo en la cabeza, pero un bien escogido «hijo de mala madre» en momentos muy particulares no traía consecuencias.

Aquí en la gélida Suecia la cosa era distinta. El Señor me había mandado a un tío que metía a bocajarro al menos dos palabrotas en cada frase y la mitad de las veces ni lo veías venir. Además eran tacos de los gordos y los soltaba con tanta asiduidad que ya empezaba a pegárseme la jerga. Y cada día parecía más suelto. Lo mismo estaba en un curso acelerado de inglés. Que conste que a mí nunca me las decía. Se las espetaba a la tele, al mar, al lavaplatos o a la lavadora, y yo las oía desde otra habitación.

En mi defensa diré que una palabrota no provoca el mismo efecto en el cerebro cuando es dicha en tu lengua materna a cuando no lo es. «Joder» es un palabro del que conozco bien su significado, pero su sinónimo «*fuck*» es una palabra que en principio no me dice nada y que me suena casi igual que «*pack*». Si digo «puta», se me suben los colores, pero la palabra «*bitch*» ni me va ni me viene. Y si encima las oyes a todas horas pues terminas por soltarlas tú también.

Para evitar soltar semejantes groserías en público, había hecho una lista de palabras prohibidas que iba camino de convertirse en algo parecido al listado telefónico.

Por supuesto que «*fuck*» y su derivado « *fucking* » eran los reyes entre los reyes y Alvar no solo los soltaba sueltos sino que los insertaba en otras palabras consiguiendo lindezas como «*fan-fucking-tastic*» que, con tanta repetición de efes, incluso sonaba bien. Aprendí también pronto que si en casa se oía un « *fucking perfect* » era mejor no acercarse.

Un taco habitual y primo de los anteriores era el archiconocido «hijo de...» o más conocido como «*motherfucker*», que usaba muy a menudo cuando entrevistaban a alguien en la tele y, si además era el telediario decía mucho el

insulso «*rubbish*», que terminaba por adornarlo para crear un más merecido «*fucking rubbish*» cuando el asunto era serio. La basura es basura en todas partes, por lo visto.

Cuando tenía el día moderado, en vez de tanta efe, decía mucho «*shit*» y era propenso a encadenar una mierda con otra a lo «*shit, shit, shit*», supongo que para llegar a la altura de un buen «*fuck*», pero sin llegar a decirlo.

¡Ah! y como no, el «*bullshit*» con el que contestaba a casi todos los comentarios de su amigo el pescador. El uno hablaba y el otro decía «*bullshit*» y así la conversación podía estirarse aproximadamente tres minutos, no más, acabando de forma irremediable en un «*bull-fucking-shit*». No terminaba de comprender qué amistad era aquella en la que pasabas diciéndole al otro que todo lo que decía eran chorradas manifiestas. Debía ser algo muy sueco.

El insulto que más me divertía, sin embargo, era «*wanker*», o pendejo para Osvaldo, porque lo pronunciaba como los escoceses y me traía buenos recuerdos. Nunca se lo diría a nadie, pero la mitad de la población masculina sueca eran, a su entender, unos «*wankers*» o unos «*assholes*» en vez de «*arseholes*» o «*bawbag*» como sería propio de cualquier palabrotero escocés normal, pero es que Alvar era todo menos normal.

En lo que a palabrotas se refiere, intercalaba el inglés británico y el inglés americano sin despeinarse. El efecto era el mismo.

Y toda esa rabia contenida desaparecía de repente en cuanto se sentaba en el porche a fumar de una de sus pipas.

Tenía una buena colección. De todos los tamaños, longitudes y materiales. En un par de ocasiones me había dejado tocar la cazoleta. El calor que desprendía la madera era una de mis sensaciones favoritas. Algo que no podía replicar con la marquetería porque no tenía fuego con el que hacerla respirar, solo el color.

En aquellos momentos, llegaba a casa agitado y no siempre con buen color. Elegía el tabaco, preparaba la pipa, y en el proceso se iba tranquilizando. Luego se sentaba en el porche, impasible ante el frío, daba varias chupadas y, cuando el espacio estaba lleno de niebla que olía a frutas del bosque, o hierbas aromáticas o especias exóticas, me contaba su día.

Porque en cuanto le veía acercarse a aquella alacena, yo dejaba lo que estuviese haciendo y me las apañaba para acompañarle fuera con las mantas que hicieran falta. Él con su pipa y yo echa una bola, pasábamos el rato.

A veces el tono de su voz, pausado, suave, me parecía canción de cuna y, sin poderlo evitar, acababa durmiendo mientras él seguía hablándome de cosas extraordinarias. Porque si alguien que nunca dice nada, se sienta contigo a contarte algo, debe ser importante.

La mayoría de las veces, sin embargo, escuchaba con atención y me acercaba a él cuando sentía que llegaba a algún punto peliagudo. Cuando se tensaba, dejaba de tirar de la pipa o cruzaba los brazos, yo cambiaba de posición y me pegaba como lapa de acuario.

Él nunca se tomó tantas libertades, si bien, para mí era una victoria verle relajado de nuevo mientras continuaba con su monólogo.

Por aquel tiempo, el señor Nilsson había desaparecido de mi vida. Daba igual cómo se presentase, Odín o Alvar eran todo menos distantes.

Tormentoso o atormentado. No sabía muy bien.

Pero daba todo igual.

Enfoqué mi atención de nuevo en aquella pila de trocitos de madera. No me servían para nada, así que era mejor olvidar la boca de cierto señor y volver a mezclar el color. Menos mal que no le había dado forma a las piezas.

Capítulo 24

Alvar

Llegaba tarde y era la tercera vez esa semana. Mi coche además no entendía de horarios ni de ir a la carrera a ninguna parte. Llegaba como mucho a los cien kilómetros a la hora, daba igual lo que apretara el acelerador. Al menos no debía preocuparme por las multas.

Las obras de la autopista me habían obligado a dar un rodeo, así que habría que añadir otra hora extra más. El desvío, sin embargo, me hizo pasar por pueblos que solo recordaba haber visitado con mis padres. Como mi madre no había crecido en Suecia, durante años nos habíamos dedicado a explorar toda la zona.

Ella nunca llegó a entender este país. Decía que todo estaba constreñido, que hasta los detalles privados estaban estipulados por ley. En días como aquel, tenía que darle la razón.

Había pasado toda la jornada de ventanilla en ventanilla convalidando títulos, desde hacía un par de horas el estómago no paraba de repetirme que me había saltado el almuerzo y solo quería sentarme a la mesa en vez de comer directamente de la tartera de plástico.

Beatriz solía esperarme, aunque no mucho.

Fue fácil darme cuenta de que le gustaba comer en compañía. Ponía hasta un mantel en la mesa. Uno, por cierto, que no sabía de dónde había salido. Colocaba los platos y los cubiertos perfectamente alineados y usaba siempre servilletas de tela. Tardaba su tiempo y se lo tomaba muy en serio. Todo conjuntaba, hasta los vasos.

Viendo que mis vasos y platos dejaban mucho que desear, había hecho un par de viajes a casa de mis tías. Ahora teníamos vajilla de esas con motivos vegetales en el borde. Beatriz había estado chorreando baba durante al menos

diez minutos, sin ser capaz de tocar un plato después de que los sacara de la caja de cartón.

Lo de sentarse a la mesa era para ella toda una ceremonia. Al menos en el desayuno y la cena, porque la comida del mediodía era una imposibilidad con los horarios dispares de cada uno.

Nos alternábamos en los fogones, apuntando en el calendario qué le tocaba preparar a cada uno y cuándo. Al final las ideas de mi psiquiatra no resultaron tan malas, aunque no pensaba reconocérselo, claro.

Había tenido que pulir mis dotes culinarias y, ya que estaba, cocinaba todos los platos típicos que se me ocurrían con todas sus variaciones. O eso pensaba porque el primer día cociné *köttbullar* para presumir y por lo visto lo que había hecho se llamaba «albóndigas». Las gambas tampoco resultaron una sorpresa. Quién hubiese podido imaginar que me presionara a cocinar sopa de guisantes al menos dos veces en semana. Tenía más guisantes que carne en el congelador.

Aquel día al menos no me tocaba hacer la cena, por eso había ido a Gotemburgo a arreglar papeles. Era un milagro que el país no colapsara en su propia burocracia. Con toda la documentación en la mano y todavía me pedían algún papel más que, por supuesto, debía estar certificado. Cada paso tardaba días y todavía no sabía si serviría para algo. El trabajo era perfecto para mí, incluso aunque me mandaran al norte a vivir entre renos en la taiga.

Por supuesto, daba igual la experiencia. Había que hacer un curso de esto y lo otro o, mejor aún, «pásese por la universidad y pregunte por este master o aquel». Estaba seguro que lo hacían para desanimar, aunque poco me conocían.

Mi estómago volvió a gruñir y en vez de agobiarme con la siguiente tanda de papeles y ventanillas, me dediqué a imaginarme la tortilla que me esperaba al llegar a casa. Porque tenía que estar al caer, según mis cálculos. Cuando Beatriz llegaba con un cartón de huevos bajo el brazo y una bolsa de patatas, no podía significar otra cosa.

Eran casi las siete cuando aparqué a la puerta de casa y, además del olor a tortilla me encontré con una discoteca casera.

Tan alta estaba la música que no me oyó entrar. Mark Knopfler y Sting cantaban a todo volumen *Money for Nothing*, y Beatriz les estaba haciendo los peores coros de la historia del Rock dando saltos por la sala con una cuchara de palo haciendo de improvisado micrófono. Además de desafinar, no se sabía

la letra y terminaba todas las estrofas con algo parecido a un «guaashi-guaashi».

Lo que me dejó sin habla fue su forma de bailar. Creo que el único movimiento que se parecía a lo que yo tenía en mente era el meneo de melena, lo demás no se lo había visto hacer a nadie antes. Beatriz utilizaba todo el cuerpo en suaves ondulaciones sincronizadas con complejos movimientos de hombros y caderas que me dejaron frito en el sitio.

Tuve que darle la razón a Mark.

“... *Look at that, look at that*”.

—*Look at that chick*³ —dije por la bajo y pensé en aullar también.

No recordaba que tuviese aquel CD de los Dire Straits. Debía haber buscado con ahínco para encontrarlo en la jungla de *Heavy y Death Metal* que poblaba mis estanterías. Casi todo escandinavo. Cuando te pasas la vida fuera, aprecias de otra manera todo lo que se produce en casa.

Volví a concentrarme en ella cuando comenzó la siguiente canción. Con el *Walk of life* sí que se soltó la melena. Lazó la cuchara de palo al aire y perdió el control dando palmas, pegando saltos y moviendo las caderas como si no hubiese mañana. Además esta sí que se la sabía y cantaba a grito pelado disfrutando como loca.

Ahí me vio y en vez de parar, corrió a darle al botón de repetir e invitarme a bailar con ella.

¿Cómo le decía que yo no bailaba tan bien? Prefería mirar, pero no me dejó. Me cogió de las manos, me llevó al centro de la sala y empezó a dar vueltas. Cuando la letra de la canción empezó, pensé en probar algo distinto. La agarré de la nuca con la mano derecha y su mano derecha con la mía izquierda.

—*Wow...*

Fue lo que me salió cuando me agarró la muñeca derecha y empezamos a bailar un improvisado *two steps*. Yo movía los pies, recordando las lecciones de mi madre y ella copiaba sin perder el ritmo.

—*Yeah!* —gritó ella

El mejor rato desde... yo que sé.

Al llegar a la balada *Your latest trick* el ambiente cambió y, o la pegaba a mí o lo dejábamos porque si el aire se electrificaba más, íbamos a terminar cenándonos mutuamente.

¿Cuándo fue la última vez que la sangre bulló sin que yo lo forzara?

Era extrañísimo. Extrañísimo no, imposible. La presión del trabajo me habían dejado flojo más veces de las que no. ¿Muerto el perro, se acabó la rabia? Podía ser.

Miré hacia abajo porque aquella sensación era casi desconocida después de años y años como mucho a medio mástil. Había perdido incluso el gusto por la estimulación en solitario. Sin chute de adrenalina no funcionaba. Simple. Salvo que no le echara algo de sal y pimienta, estaba probado que solo a base de pastillitas azules la cosa funcionaba al cien por cien. Y como yo no tomaba nada que tuviese una composición química detrás, pues celibato o sexo desmedido, nada a medio camino. Si encima añadía el *flash back* que sufrí la última vez... Ya ni *kinky* siquiera.

¿Por qué entonces me apretaban los pantalones? ¿Por qué palpitaba allí donde se formaban telas de araña? ¿Estaba dispuesto a ver hasta dónde podía llegar con alguien a mi cargo? Porque me sentía responsable de Beatriz y, pasase lo que pasase, la vería al día siguiente y al siguiente.

Volvió a reír al intentar seguir mis pasos sin mucho éxito haciéndonos dar un traspie que casi nos hace caer.

Evitamos un accidente contra la mesa porque pude agarrarla por los hombros a tiempo, pero la inercia nos había dejado prácticamente el uno encima del otro. Paré y tanteé la situación acariciándole el cuello con el pulgar y ella se tensó.

Señal equivocada.

Solté el aire, hora de cenar.

Me separé, sonreí para aligerar algo la tensión y señalé hacia la mesa ya preparada con las tortillas de patata y una ensalada.

Ella sonrió también y con la cuchara de palo otra vez en la mano bajó el volumen sin darle al *stop*. El saxo hizo el trabajo de calmar las chispas que ambos habíamos visto salir disparadas un rato atrás. Pero por lo visto las españolas se pensaba más la cosas que las suecas. Si una de mis compatriotas me hubiese sacado a bailar así, habría quedado claro que había tema. Con Beatriz no parecía ser así. Además, ¿qué pensaba yo explorando donde no debía? ¿De qué servía que quisiera besarla si luego no iba a ser capaz de llegar a nada más?

En el fondo me estaba haciendo un favor.

Cenamos rápido. La tortilla estaba deliciosa, como siempre. Ni siquiera necesitabas acompañarla con salsa de tomate. Beatriz además la comía con

pan. ¿Patatas y pan? Y pan de *baguette*. ¿No era eso típico francés?

—Quiero hacerme *ranger* —dije tras la primera bocanada un buen rato después.

Ella levantó la cabeza y me miró con atención. Beatriz tenía buen oído y era posible que entendiese más de lo que parecía a primera vista. No me importó, contarle mi vida era fácil sabiendo que no replicaría.

—Sí. Creo que sería un buen trabajo para mí. Es como en el ejército pero al servicio de la naturaleza. Nuestro guarda va mayor y ha pasado por el hospital varias veces en los últimos dos años. Tarde o temprano el puesto quedará libre así que puedo aplicarme con los requisitos hasta entonces.

Volví a darle una calada a la pipa y me entretuve con el movimiento de las olas. El mar nunca parecía tan abrumador cuando se miraba desde la seguridad de tu casa, bajo las mantas, con el radiador a tope y en buena compañía.

—Es posible que me manden al norte. Siempre hay sitio allá donde nadie quiere vivir. ¿Te imaginas vivir rodeada de nieve nueve meses al año?

Volví a darle otra calada a la pipa y la miré.

No. Beatriz no era de las que pudiese estar aislada mucho tiempo. Disfrutaba en la intimidad, pero tarde o temprano necesitaba «ver gente». Cuando la acercaba al trabajo se entretenía mirando por la ventana y en casa, saludaba a los caminantes que cruzaban la propiedad. Como la mayoría de los extranjeros, Beatriz no terminaba de creerse que cualquiera pudiese cruzar el jardín de tu casa o que, por ello, casi nadie viviese rodeado de vallas.

Ella era una persona social por naturaleza que, extrañamente, se volvía gregaria en cuanto sus ansias de «ver gente» quedaban satisfechas.

—¿Te gustaría venir a verme si acabo en medio de la tundra? ¿Um?

Beatriz contestó acurrucándose más diciendo que sí con la cabeza.

Imposible que me hubiese entendido o que le resultara atrayente la idea.

Pero yo lo utilicé como excusa para imaginar las cosas que cosería o si leería frente a la chimenea o si me obligaría a construir una galería igual en la que, calentita, me escuchara contarle historias. Algunas ciertas, otras no.

Capítulo 25

Beatriz

*E*l día prometía.

Por primera vez en semanas iba a salir de aquella casa por pura diversión y ganas tenía. A veces pensaba en cómo debía sentirse un prisionero en una celda de seis metros cuadrados con la única posibilidad de respirar aire fresco en el patio de la prisión. No es que me sintiera en una prisión, pero echaba de menos usar las piernas para algo más que ir al cuarto de baño, pisar el porche, andar cinco pasos hasta sentarme en el coche o delante de un puzzle de madera. Y todo bajo supervisión no fuese que se me congelase algo o volviera a resfriarme. A veces tantos cuidados me sacaban de quicio, por mucho que me halagaran.

La gente me miraba fijamente y esperaba al menos tres respiraciones para asegurarse de que sobreviviría un rato más en su presencia. El término «enervante» era poco gráfico para describir la frustración que sentía.

Hasta Erika dejaba de darle al soldador para venir a verme de vez en cuando con la excusa de «¿un café?». Como si doce al día no fuesen bastantes o no viese cómo lo tiraba en cuando pisaba el patio.

A pesar de no estar del todo recuperada, las pruebas médicas aseguraban que iba por buen camino. Conseguía llenar los pulmones y cada vez daba paseos más largos. Si volvía pronto a casa era más por el frío que por el cansancio.

Cuando le comenté a Anna que iba a salir aquella noche, y no puso pega, respiré tranquila. Ya no me sentía una paciente y había que celebrarlo, ¿no?

Desde que Erika me habló de su hermano, habíamos estado jugando al gato y al ratón. O nos veíamos de pasada o algo teníamos que hacer urgentemente alguno de los dos que no permitía que tuviésemos una conversación. Por eso no entendía por qué mi amiga insistía tanto en que saliéramos juntos alegando

compatibilidad. Cuando habíamos coincidido en la serrería, si no estaba ausente, tenía trabajo que hacer y yo no iba allí para socializar. Así que no veía yo por ningún lado que estuviésemos hechos el uno para el otro como mi amiga aseguraba.

En aquella serrería no cruzaba palabra con nadie. Buscar las piezas de madera perfecta se convertía en algo obsesivo en el momento que olía a savia y aquel lugar supuraba esencia de resina. Era acercarme y perder el contacto con el mundo exterior. Cuando iba a por material, dedicaba el día completo y, si tenía suerte, volvía a la colonia con kilos de futuras láminas.

Bueno, yo no. Milo, desde el primer día, se aseguró de que una furgoneta acercase el género. Con una sonrisa me había prometido que no era molestia y claro, yo como tonta, había dicho que sí con la cabeza. Hasta ahí había llegado nuestra interacción.

Ya se sabe. Hablar idiomas no siempre era una actividad instantánea.

Eso no quita que apreciase sus modales y, para qué negarlo, su apariencia. Milo era un señor muy atractivo y le sentaban bien los trajes. Si además te invita a cenar, o más bien su hermana te pasa el mensaje, pues dices «vale, ¿por qué, no?».

Así que, en esencia, iba a disfrutar de una cita a medio-ciegas. Porque conocía a mi acompañante de vista, pero a veces pensaba que la que le empujaba a salir era Erika.

—Voy a salir, la, la, la —canté en alto—. Yo solita, tra, la, la.

Me iba a recoger un hombre apuesto y me llevaría a un restaurante que me habían asegurado que era lo mejorcito de la zona. El cómo conseguiríamos llegar hasta allí con la nieve, el hielo y los vientos huracanados no eran mi problema. Con un poco de suerte la calefacción del coche de Milo funcionaría. Únicamente tenía que estar presentable y disfrutar de la noche. Lo mismo hasta me atrevía a ponerme falda. Total, solo sería ir de la puerta al coche y del coche al restaurante. Aprobada la moción: hoy con falda o vestido y cinco pares de leotardos, claro.

Era un día para señalar en el calendario. Beatriz Frías tenía una cita en Suecia, con un lugareño y le había llegado casi por arte de magia porque no había tenido que mover un dedo para que el chico en cuestión se fijara en ella. Un día para enmarcar incluso, aunque la cita terminara siendo un desastre. Pero no iba a ser así porque Milo era simpático, atento y tenía unas espaldas

tan anchas como el estrecho de Kattegat. Todo eran puntos a favor, la cita no podía salir mal.

Canturreando *Dancing queen*, de ABBA a modo de reconocido homenaje, me dirigí al calendario que colgaba de la pared de la cocina para apuntar el momento que sería un punto de inflexión en mi estancia. Boli en mano me acerque para escribir «Beatriz tiene una cita», pero el espacio estaba ya ocupado por un «Cena y lavaplatos: Beatriz».

Un momento, a mi no me tocaba hoy hacer la cena y recoger, ¿verdad? Miré alrededor, lo reconozco, pensando en cómo borrar aquello y cambiar el nombre. El papel era blanco, con algo de Tippex...

—*God morgon*. —De repente los brazos me pesaron demasiado para tener el boli en alto.

—Buenos días.

«¿Cómo le digo que yo no preparo hoy la cena después de que él lleva una semana cocinando? Lo de los turnos no debería aplicarse cuando solo hay uno en casa. Si va a comer solo tampoco puede esperar que le prepare el menú, ¿no? ¿O sí?»

Volví a repetir el saludo con algo más de alegría.

—¡A los buenos días! ¿Qué tal has dormido?

Alvar me miraba raro. Vale, sabía que algo se cocía.

—Verás —dije señalando el cuadradito del calendario.

Sonrió.

—*¿Tortilla?* —sus ojos castaños se iluminaron.

No iba a ser fácil.

Dije que no con la cabeza y me puse seria. Él arqueó las cejas. Pensó un momento y volvió a sonreír. Dos sonrisas en menos de dos minutos. A lo mejor hoy sí que era un día para apuntar en el calendario, una pena que el hueco para escribir fuese tan pequeño.

—*¿Pasta?*

Volví a negar.

—*¿Gratin?*

—Me temo que gratinado tampoco —dije meneando la cabeza sintiéndome culpable por dejarle tirado.

—*Så vad?* —preguntó con curiosidad.

—Es que... —Carraspeé y él se acercó de una zancada acercando las palmas a diez centímetros de mis hombros agachando la cabeza a mi altura

para cerciorarse de que me encontraba bien. Cuando quería podía ser tan... Daba igual.

Relajé la postura, levanté las manos y empecé a moverlas para darle a entender que no se preocupara. Con sus manos a un palmo de mí siguiendo mi contorno volví a señalar el calendario.

—Hoy no estaré para cenar. ¡Tengo una cita! —Quería sonar alegre y creo que lo conseguí.

Odín relajó la postura ante mi entusiasmo y miró también al calendario sin entender.

Levanté el dedo índice.

—Espera.

Y me fui a la habitación a enseñarle lo que quería decir. Rápidamente encontré uno de mis vestidos de «fiesta» que, por supuesto no podría ponerme en aquellos lares pero que era lo suficientemente visual como para explicarle con más claridad.

Con el vestido apoyado sobre mí por delante aparecí en la cocina.

—¡Fiesta! —Palabra en castellano mundialmente conocida incluso por los fríos y secos suecos. ¡Hala, ya!

Volvió a mirarme con extrañeza.

Esta vez sí que escribí el evento en el calendario. «Beatriz/Milo fiesta, 17:00 pm. Restaurante». Miré satisfecha lo bien que había aprovechado el espacio, pensándolo mejor... taché la palabra «restaurante» y la escribí en sueco, era una de las fáciles.

Odín leyó, me miró, señaló el calendario y con una cara de cabreo monumental me preguntó algo entre dientes. Solo entendí «Lindgren». El vestido que tenía apoyado sobre el pecho empezó a resbalar.

—Siento no poder hacer la cena. Te compensaré con uno de tus días.

Salté a la semana siguiente para tachar su nombre y poner el mío. Odín por detrás resopló como lo hacen los toros de lidia antes de embestir.

—Vale, dos días. —Taché su nombre del día siguiente y empecé a escribir, pero solo tuve tiempo de escribir la «B». Odín me apartó del calendario cogiéndome en vilo por la cintura dejándome en el suelo un metro más allá.

—Pero, ¿qué haces?

—¡¿Milo Lindgren?! —rugió y continuó diciendo algo con la cara en un rictus con un puño cerrado a un lado y la otra mano apretando con fuerza la encimera de la cocina mientras me taladraba con la mirada.

La noticia no le había sentado nada bien.

Estábamos en uno de esos momentos en los que sin mano izquierda podían acabar en un malentendido de los gordos. Sonreí para calmar los ánimos y empecé a gesticular a la vez que explicaba de nuevo de forma telegráfica lo que se suponía que iba a pasar por la noche. No tenía ninguna intención de amilanarme.

—Milo Lindgren viene a recogerme con el coche a las cinco y vamos cenar. Milo y yo. El plan es bailar también. —Bailé con la manga del vestido. A Odín no le pareció gracioso en absoluto.

—*Nej*. —Negó con la cabeza. Era la primera vez que un sueco me decía un no tan rotundo. Lo de ser directos no se llevaba mucho.

—¿Cómo que no? —El vestido calló al suelo—. Sí.

—*Nej*.

—Sí. —Entonces empecé a cabrearme.

Volvió a soltar lo que parecían maldiciones hablando casi en un susurro diciendo que no con la mano; y no con un solo dedo, con toda la mano.

—Si te preocupa que pueda resfriarme no temas. Te prometo que me abrigaré bien. —A veces ese complejo de enfermera que tenía le salía a la superficie de las formas más dictatoriales.

Volví a mi habitación dejándole resoplando en la cocina y regresé con mi mejor abrigo puesto. El mismo que me había dejado Anna y que me convertía en la hija del hombre Marshmallow de la película Cazafantasmas. Andaba igual de mal.

—No cogeré frío, ¿ves? —Volví a sonreír mientras giraba para que viese cómo me cubría casi hasta los pies.

Odín me miraba de arriba a abajo con los brazos cruzados diciendo que no con la cabeza de forma cada vez más vehemente. Vale, si quería guerra, guerra es lo que íbamos a tener.

—Voy a ir, Alvar. Llevo encerrada entre estas cuatro paredes casi un mes —grité señalando a mi alrededor— y necesito salir, ver gente y sentir que hay un mundo al otro lado de la puerta. No voy de safari, es solo una cena y Anna, mi doctora, me ha dado el visto bueno. Además, Milo es amigo tuyo ¿qué problema hay? Un momento, no tengo que darte ninguna explicación. No eres mi padre y a él tampoco se la daría. Te agradezco que te preocupes por mí y que me hayas ofrecido una habitación, pero lo que haga o deje de hacer es

cosa mía. ¿Hay algo raro en Milo que deba saber? Dímelo ahora o calla para siempre.

No dijo nada. Hablar un idioma que él no entendía debía que tener sus compensaciones, ¿no?

Me acerqué a él con la mano en la cadera y sudando a mares por culpa del abrigo.

—Restaurante. Cinco. Fiesta. Milo. ¡Y punto! —Hice un signo de «basta» con la mano para que quedase clara mi postura y zanjada la conversación.

Levanté la barbilla, giré sobre mis talones, recogí el vestido del suelo y salí de la cocina. En cuanto cerré la puerta de mi cuarto alguien comenzó a preparar el desayuno abriendo y cerrando alacenas a golpes. Diez minutos después Odín me llamaba a gritos.

—¡Beatriz! *Kaffe*.

Anda. Cuando quería, pronunciaba bien mi nombre.

—No pienso desayunar contigo después de amargarme la mañana —dije entre dientes.

Empecé a sacar y meter ropa del armario intentando ignorarle haciendo todo el ruido que pude para que se notase mi indignación.

Dos minutos después llamaba a la puerta.

—Beatriz —ahora sonaba amigable; el muy...

—¡No café, no apetito! —Más claro agua.

«¡Y cómo odiaba hablar como un telégrafo!».

Capítulo 26

Alvar

*M*ilo Lindgren. Tenía que estar de broma. ¿Cuándo cojones había tenido tiempo siquiera de hablar con él? ¡Milo!

El mismo tipo que lloraba por las esquinas porque quería volver a la cama de su exmujer dejando el negocio en manos de a saber quién, después de que lo echara a patadas por dedicarle más tiempo a la serrería que a ella. ¿Y ahora quería tener citas?

Y encima para cenar. Imposible. *Fika* para Milo era lo máximo que sus tacañas neuronas podrían soportar. Una cena le produciría sudores fríos durante días incluso cuando fuera él el único comensal. Beatriz obviamente no sabía que nuestro millonario local no tenía intención de invitarla a cenar. Dudaba mucho que Milo hubiese invitado a cenar a su propia madre.

Además, ¡Beatriz estaba convaleciente! Esto era el colmo.

Llamé a mi hermana.

—¡Hombre! Buenos días. ¿A qué se debe la deferencia?

—Menos coñas, Anna. Desde cuándo Beatriz puede salir de casa si no es para trabajar. Pensaba que tú y yo estábamos a cargo de su recuperación. ¿Hay algún cambio en su estado que no me hayas dicho y que permita que pueda salir a la calle cuando estamos a veinte bajo cero?

—Ya veo que te han llegado los cotilleos.

—Cotilleos y una mierda. Beatriz no está bien y me cabrea que le hayas dado permiso para irse de parranda.

—He dado instrucciones precisas a Milo y mi romántico corazón no ha podido ponerse en contra. Estaba tan ilusionada y deseosa de salir al menos un rato. No estamos a menos veinte así que su salud no corre peligro.

Quise estrellar el móvil contra la pared.

—¿Hablas en serio?

—Ya sé que Bea está en plena recuperación, pero necesita algo de buen rollo y salir un par de horas a comer algo en buena compañía. Le vendrá bien.

Respiré hondo por no gritar. ¿«Buen rollo», «romántico», «buena compañía»? ¿¡Qué coño estaba pasando!?

—No puedes prohibírselo, Alvar —dijo con tonillo de abadesa—. Es mayorcita y puede hacer lo que le dé la gana. Ha mejorado muchísimo; tanto que es más que probable que no le queden secuelas. Estoy muy contenta, la verdad.

—Resulta que ahora puede hacer lo que le dé la gana después de haberme dejado cada día los cuernos en cuidarla y asegurarme de que se recuperaba tal y como tú me has exigido. Resulta que es mayorcita para irse de juerga cuando hace dos semanas le tenía que dar de comer.

El silencio al otro lado de la línea me indicó que había dicho todo aquello en alto.

—Eh... Creo que deberías hablar con ella.

Esa era otra. Llevaba sin hablarme desde el desayuno; no es que me dirigiera la palabra normalmente, pero ni una mísera mirada de enfado siquiera. Pura indiferencia. Y me estaba subiendo por las paredes.

—Déjalo —dije de malas maneras—. Si dices que puede salir, que salga y si sufre un edema, pues que sea después de una noche romántica de buen rollo.

Y colgué.

Salí a correr, di cuatro vueltas y volví más enfadado que antes al darme cuenta de que además de cabrearme por algo que ni me iba ni me venía, en vez de disculparme, había ido a esconder la cabeza como el avestruz desapareciendo de la escena del crimen.

Beatriz iba a salir con Milo, tampoco era el fin del mundo.

Beatriz seguía en su habitación y solo se oía la máquina de coser. «Por favor que no esté cosiendo una muñeca vudú».

A las dos de la tarde empezó el lío.

Lo primero fue la bañera. Beatriz la llenó hasta arriba y la roció bien con un aceite que olía a frutas del bosque. En menos de diez minutos toda la casa evocaba al jardín del Edén.

En circunstancias normales hubiese respirado profundamente un par de veces para tranquilizarme, aunque si lo hacía, corría el peligro de tener pegado aquel aroma a las fosas nasales durante el resto de la noche.

Su repentino cambio de humor fue la sal sobre la herida.

Empezó a canturrear en la bañera mientras chapoteaba en el agua. Para cuando empezó a ir y venir del baño a su habitación tapada con solo una toalla, decidí que era hora de fumar una pipa en la galería antes de empezar a romper cosas.

Por desgracia, fumé una pipa de Lotus demasiado deprisa y me dio tiempo de sobra de verla vestida para la ocasión. Lo que me hubiese llevado casi una hora acabé fumándomelo en veinte minutos. Cuando estaba cabreado parecía una chimenea.

Se había puesto un vestido ajustado de manga larga que le llegaba justo hasta las rodillas con unas botas altas de tacón. El pelo se lo había recogido en un moño alto intrincado y se había cubierto el cuello con un fular que parecía de seda y pretendía tapar su espectacular escote sin conseguirlo.

Estaba realmente guapa y esperaba con impaciencia a que la fuera a recoger otro hombre. ¡Genial!

—Te vas a enfriar. —La mejor defensa es un buen ataque y me daba exactamente igual que no me hubiese entendido.

Señalé sus piernas y dije que no con el dedo. Ella levantó las manos para pedir paz y se acercó para que tocase el tejido de los dos pares de medias que se había puesto y viese que debajo de las botas se ocultaban unos calcetines gordos de lana. Con mucha coquetería levantó la falda del vestido para enseñarme el borde de la camiseta interior y vi también que llevaba unos calzones largos que le cubrían hasta la mitad de los muslos... y ¡Qué muslos! Tragué la saliva acumulada en la boca y me obligué a volver a la realidad.

Se había abrigado bien así que ya ni eso podía echarle en cara.

Su mirada pedía a gritos algo de confianza, y me sentí fatal porque me estaba comportando como un cavernícola. Estaba siendo egoísta, me estaba comportando como el perro del hortelano: ni dejaba que estuviese conmigo ni dejaba que estuviese con nadie más. Recé en ese momento para que mi hermana sufriera afonía crónica y no pudiese reírse de mi durante el resto de mi idiota existencia.

Haciendo de tripas corazón sonreí y ella sonrió de vuelta, aunque ninguno de los dos estaba convencido. Entonces sonó el claxon del coche de Milo, y yo hice un gesto con la barbilla para que fuese con él.

Beatriz se dio la vuelta como lo haría una bailarina y corrió a ponerse el abrigo. Antes de salir por la puerta se giró y, en sueco y sin acento, dijo pizpireta:

—Hasta luego, Odín.

Y salió por la puerta dejando que una ráfaga de viento gélido acampara en el salón junto con aquel maldito olor a frutas del bosque.

—¿¡Odín!?! ¿¡Odín, yo?!?

No sabía muy bien si era bueno o malo que me hubiese llamado así. A juzgar por el tono era más lo segundo que lo primero.

Esta mujer me iba a matar, y más rápido de lo que lo haría el ejército rebelde de cualquier país del África subsahariana.

Capítulo 27

Beatriz

Ya me habían avisado sobre las rarezas por las que los suecos parecen ser famosos. Lo de pagar todo a escote es una idea que, en principio, me parecía estupenda, pero no supe qué cara poner cuando antes incluso de echar mano del monedero, ya me estaba diciendo la parte que me correspondía y con dos decimales. Sí, Milo había sacado una calculadora en medio de una cita. Romántico donde los haya.

Que entrara primero en el establecimiento era completamente normal. Lo de que no se cerciorase de que la puerta me diera justo en las narices al cerrarse, no tanto. Que hablase poco al principio y se relajase mucho después de la tercera cerveza como si fuera un quinceañero al que han dado cuerda, también me pareció algo extraño. El dueño de un negocio, que tan serio parecía en el día a día, o estaba muy estresado, o no tenía ni idea de cómo pasar el rato con alguien.

A la pregunta «¿y tienes hijos?», comencé a mosquearme. Tampoco es que fuese de maleducados, pero no sé, así a bocajarro... para después preguntar si alguna vez había estado casada. No es que yo supiese mucho sobre cómo romper el hielo en momentos así, aunque estaba segura de que hablar del trabajo o del tiempo o de las respectivas culturas hubiese sido mucho más efectivo. También creo que se me atragantó el agua cuando me comentó que si no fuese porque su exnovia o exmujer, no estaba muy segura, había invitado a su novio actual a cenar a la casa que todavía compartían, podríamos haber planeado algo menos extravagante.

¿Extravagante? Estábamos en una hamburguesería comiendo albóndigas secas. ¿No me había felicitado todo el mundo por salir con el soltero más codiciado de la zona? Lo mismo era un desheredado y las ganancias del aserradero no llegaban más que para comprar una hamburguesa con patatas un

sábado por la tarde. El tema de la informalidad sueca era digno de estudiarse a fondo. Pero como dice el refrán, «allá donde fueres haz lo que vieres», atacé aquellas albóndigas con patatas fritas y ketchup como si fuesen la última cena y me acordé de la que me estaba perdiendo en casa. Sopa de guisantes y filete con patatas a lo pobre. Odín se había asegurado de restregarme los ingredientes por las narices.

Al menos Milo me hablaba en inglés. En algún momento dejaría de darme la tabarra sobre su ex y comenzaríamos a tener una conversación sobre... no sé, ¿el precio de la energía? Porque tras media hora en aquella cadena de comida rápida, justo al lado de la zona de juegos, el precio de la electricidad de veras que prometía.

A pesar de los pesares, conseguimos cierta privacidad en aquella esquina. Nadie se sentó cerca y tuvimos suerte de no coincidir con familias con niños pequeños.

Mi acompañante miraba hacia todas partes menos a mí. Cambiaba continuamente de posición en el asiento y mojaba cada patata frita en el ketchup diez veces antes de llevársela a la boca.

Una de dos, o Milo era un hombre tímido o aquello no era una cita-cita, sino más bien un «saca a la pobre artista de casa antes de que mate a alguien y salgamos en los periódicos».

Así que empecé también a mirar alrededor buscando algo interesante en lo que pensar y no encontré más que una aburrida sala demasiado iluminada con gente que no hacía ruido al hablar.

—Erika me ha comentado que has encontrado piezas interesantes en el aserradero —soltó por fin.

¡Menos mal! Hablar del trabajo era una opción segura. Mucho me temía que fuera lo único en lo que teníamos alguna conexión.

—Cada día encuentro más y más material. Gracias por dejarme robarlo a plena luz del día.

Milo sonrió y vaya sonrisa. Era un hombre muy guapo, aunque triste. No sé, las arrugas alrededor de los ojos no me parecían provocadas solo por el cansancio.

—Mi hermana estaba entusiasmada con la idea. Dice que el pueblo no apoya como debiera la colonia.

—En eso tengo que darle la razón —admití—. Estamos apartados. Si vamos a alguna clase de fiesta o celebración es porque el Ayuntamiento presiona. No

hay relación entre la gente de la colonia y la gente de la isla.

—En parte es porque en invierno somos muchos menos.

—Más razón para que haya mayor acercamiento. Por ejemplo, el *Midsommar* —dije, refiriéndome al solsticio de verano. Una de las fiestas más populares en Suecia en la que se festeja el día más largo del año—, lo celebramos por nuestra cuenta aún sabiendo que había una multitud reunida en la explanada. Les oíamos cantar desde nuestro patio. Sé que Erika, por ejemplo, fue primero a una fiesta y luego a la otra.

—Me hubiese gustado verte con la guirnalda de flores en la cabeza. Seguro que estabas preciosa.

Puse los ojos como platos y casi me atraganto con la comida.

—Gracias —dije con la sonrisa.

—Es curioso —dijo volviendo al tema inicial—. Años atrás, cuando nació el proyecto, la colonia ofrecía actividades, clases a niños, ferias e incluso, por ser de la zona, a veces teníamos descuentos si queríamos comprar alguna de las obras de los artistas. No recuerdo la última vez que fui invitado a un evento.

Meneé la cabeza con pesar. El tema de la secretaria despechada era solo la punta del iceberg. Hacía tiempo que nadie movía hacia delante el proyecto. Si bien la colonia seguía teniendo buena reputación a nivel internacional, estaba claro que no la mantendrían por mucho más tiempo si las cosas seguían así.

Yo era una más de las afectadas por la falta de seriedad. Raro era el artista que no sufría de una forma u otra la escasa profesionalidad de la institución. Algunos ya se quejaban de la bajada de las ventas y los grupos que nos visitaban eran cada vez más personas mayores con *hobbies* y buenas pensiones buscando unas vacaciones entretenidas, que artistas con algo especial que aportarle al mundo.

Y así seguimos charlando el resto de la velada.

Me preguntó por mi familia y yo, hice lo mismo. Me contó que estaba recién separado y que veía muy poco a sus hijos.

—Ahora entiendo que Erika insistiera tanto en esta cita —dije tranquila.

—Mi hermana no escucha —afirmó—. Piensa que saliendo se me olvidarán las penas. No te ofendas, en otras circunstancias ya conocerías dónde vivo, pero no necesito olvidar, lo que intento es arreglar lo que hice mal y empezar de nuevo con mi mujer.

Dolió, lo reconozco. Y no solo porque estaba en una cita con un hombre

encantador que me había dicho así a las claras que no tenía ningún interés en mí. En el fondo me escocía ver que había hombres dispuestos a admitir sus faltas e intentar lo que fuese por no perder a los que querían. Y debía doler también que tu exmujer estuviese cenando en tu casa con su novio mientras te veías «obligado» a salir con alguien que te da igual.

Con eso podía consolarme. No todos los hombres eran Juanjos. Y con un suspiro, terminé —esta vez sí— de romper cualquier lazo que todavía pudiese mantenerse entre nosotros. Por mi parte, Juanjo era definitivamente parte del pasado.

—¿Llevabais mucho tiempo casados?

—Siete años. La conocí cuando estudiaba en Estocolmo. Fue un flechazo. Un día tropecé y tiré su comida en la fila del comedor y, al día siguiente, le decía cosas románticas al oído en una sala de cine medio vacía.

Era un hombre enamorado, de eso no había duda. ¿Qué habría pasado? ¿Le pusieron los cuernos?

—Nunca se acostumbró a la vida aquí. Los inviernos eran demasiado largos y solitarios para ella —explicó—. Solo viene de vez en cuando y más que nada por los niños.

—No quiero ser cruel, pero la entiendo perfectamente.

—Esa es la razón por la que intento ahora pasar el mayor tiempo posible en la capital. Intento convencerla de vivir en Gotemburgo. Estaría lo suficientemente cerca para cuidar del negocio y ella tendría la vida urbanita que desea. Mis hijos no parecen muy en contra. Para ellos fue duro mudarse a Estocolmo de repente. Tenían aquí a sus amigos y su vida y todavía no entienden por qué su madre se los llevó tan lejos. Sé que ella quería abrirme los ojos, hacerme ver que era infeliz, pero alejarme de mis hijos ha sido un golpe bajo. Incluso si nuestro matrimonio no sobrevive, consideraría una victoria que viviesen más cerca. Voy al menos cuatro veces en semana, aunque no es suficiente. Para colmo, ha empezado a salir con otra gente. Si no me doy prisa no tardará en pedirme el divorcio.

—Es un buen compromiso. Seguro que sale todo bien.

—Eso espero. —Suspiró—. Eso espero.

Me dio mucha pena verlo tan abatido y él debió de leerlo escrito en mi cara porque empezó a moverse incómodo en la silla. Recompuse rápidamente mi expresión y le di unas palmaditas en el brazo. Me dio las gracias, así que supuse que el apoyo moral le estaba viniendo bien.

Y la cena continuó su rumbo. Sin grandes sorpresas, en realidad ninguna, sin hitos dignos de mención, aunque sin grandes desastres.

En resumen. Una cita agradable que no volvería a repetirse.

Me invitó a tomar café en el único restaurante decente de la zona y casi me da la risa cuando se excusó por haberme llevado a aquella hamburguesería para empezar.

Lo comprendí, la verdad. Cualquier restaurante elegante con velas y vistas al océano habría creado unas expectativas erróneas. Con todo y eso, siempre hay caminos intermedios.

Se lo perdoné; con haber salido a dar una vuelta estaba más que agradecida.

Me llevó a casa dando un ligero rodeo para enseñarme algún que otro sitio interesante.

—Beatriz —dijo cuando aparcó.

—¿Sí?

Milo se quitó el cinturón de seguridad y lo que yo creí que era una maniobra para abrir la puerta del coche a mi lado se convirtió en una maniobra para besarme. Fue un beso tosco, pillado a la tangente. De estos que no terminan de atinar en los labios y aterrizan en el bigote.

Nada romántico. Porque tampoco lo pretendía.

Me dio la sensación de que Milo se sintió más hombre dándome aquel beso de despedida que solo decía: «no he hecho nada con ella, pero al menos queda un pico como recuerdo».

Qué triste.

No se lo devolví. Yo también sabía cómo dejar ciertas cosas claras.

—Suerte con tu plan —dije algo tensa.

Y salí corriendo del coche. Hacía frío, estaba oscuro y no podía esperar a acurrucarme bajo las mantas.

Capítulo 28

Alvar

A veces repetía sus gestos cuando me encontraba solo. Era una forma de intimidar en la distancia. Y eso era lo que precisamente estaba haciendo horas después de que se hubiera ido a celebrar la noche con Milo.

Me encontraba de pie, frente a la ventana de mi habitación, mirando al cielo.

Multitud de veces había visto a Beatriz hacer lo mismo. Se acercaba a la ventana más cercana y se pasaba el rato mirando hacia arriba, buscando algo. Hablaba poco por la boca, pero lo decía todo con los ojos. Y esos iris marrones hablaban por los codos. Cuando miraba por la ventana, era como escuchar un monólogo silencioso entre ella y los elementos.

Se enfadaba con el viento y regañaba con la lluvia. Le sonreía al sol y poco menos que desfallecía de sobrecogimiento en cuanto estudiaba el mar. Sí, lo estudiaba; contaba las olas, medía las mareas, pintaba la espuma. En un cuaderno pequeño, con un lápiz minúsculo de tanto sacarle punta, pintaba olas. Sus idas y venidas, su muerte a manos de las rocas de la orilla, la espuma que indicaba lo lejos que habían llegado, los trozos de madera, plásticos, algas que traían. Todo.

Si se daba cuenta de que me encontraba cerca, cerraba ese cuaderno con rapidez dejando el lápiz dentro y lo escondía todo en su habitación.

No había entrado en aquella sala desde el incidente de la sopa. Así que, imaginaba aquel dormitorio lleno de tesoros. Porque sacaba de allí cosas preciosas. Una manta; imanes de nevera con pequeñas figuras hechas a base de piezas de puzzle de madera de colores; una lámpara hecha con una botella azul y una pantalla de colores brillantes con pequeños agujeros que, una vez encendida, producía miniarcoíris con las gotas de la ducha; y otras muchas cosas que acababan en la colonia y seguro que vendían en la tienda, aunque nunca me había atrevido a preguntar.

A las nueve de la noche a finales del otoño, pocos arcoíris se veían fuera. Con las luces apagadas, las de dentro y las de fuera, bien se podría pensar que estaba en medio de una cueva. Mi habitación no era una sala llena de tesoros; mi dormitorio era una guarida, como lo fuese el resto de la casa antes de que ella llegara. En mi cueva, solo se escuchaba el sonido del viento y las olas pegarse entre ellas hasta llegar agotadas a la orilla.

El estruendo acompasado simulando tambores y aquel siseo de fondo eran reconfortantes. Eran sonidos conocidos.

Beatriz, sin embargo, se asustaba con cualquier ruido. Miraba por la ventana, por ejemplo, y saltaba en cuanto el viento cerraba una contraventana o la lluvia golpeaba de repente los cristales. No fallaba. Cualquier estridencia que la naturaleza se permitía, le ponía los pelos de punta.

Chica de ciudad.

O al menos eso era lo que me repetía, porque la alternativa era que seguía teniendo miedo de este lugar.

No había vuelto a verla como aquel día que cometí la estupidez de «devolverla» a Dakota. ¿Cómo un mismo sitio podía provocar reacciones tan dispares? Aquella isla fue el refugio de mi madre, su paraíso y, para Beatriz, era poco menos que el infierno sobre la tierra.

Arreglar problemas de la vida diaria se me daba de pena.

Había empezado a hacer planes sobre cómo recuperar el jardín para mejorar las vistas, pero la ausencia de mi madre era tan evidente, que intentar plantar algo allí era casi sacrilegio.

Nadie se había quejado, todo lo contrario. Los turistas reservaban las cabañas de un año para otro y de abril a septiembre teníamos las casas ocupadas. Los árboles que habían prosperado daban la sensación de privacidad y protegían contra los elementos, o eso había pensado hasta unas semanas atrás. Ver aquel lugar a través de los ojos de Beatriz había cambiado por completo la opinión que tenía de nuestra pequeña isla.

El viento arreciaba fuera y aquello no era más que el principio. Todavía quedaban al menos cinco meses de frío y mi ratón no podía ponerse más ropa encima a no ser que se vistiera con pieles de la cabeza a los pies.

Una ráfaga de aire ululó fuera y trajo el sonido de las olas.

«Un mar de viento», lo llamaba Beatriz, si es que lo había entendido bien. No antes de dar un paso atrás mientras miraba por el ventanal de la cocina. Nunca salía a la galería si pensaba que se acercaba una tormenta.

Yo la observaba enfrentarse a aquella relación de fascinación-odio. Por un lado, le temía a los elementos y, por otro, no podía parar de admirarlos. En mi opinión, una reacción más que saludable.

Fui a la cocina a prepararme un café. Eran las diez de la noche, y no podía dormir. Mientras se calentaba el agua fui al baño y entonces vi la luz a través de la rendija de la puerta de su habitación.

¿Cuándo había vuelto? Con los cascos y la música a todo volumen no la había oído llegar. De todas formas, que no hubiera sentido el cambio de presión al abrirse la puerta de fuera, indicaba que estaba perdiendo parte de mi instinto.

Parado en el pasillo no sé si sentí alivio por tenerla de vuelta o decepción hacia mí mismo por haberle arruinado la salida. Porque seamos sinceros, no podía haber sido una noche explosiva si antes de media noche estaba ya en al cama, o leyendo, o cosiendo o lo que fuera que hiciese en su habitación con la luz encendida.

Cada vez se encerraba menos allí. A veces sacaba sus cosas y tejía sentada en la mecedora mientras yo veía la tele o cocinaba. Prestaba tanta atención a lo que hacía que la falta de palabras no se notaba.

Volví a la ventana. Ni una nube. Bajarían las temperaturas. Tendría que meter más mader...

—La luz.

Antes de pensarlo dos veces corrí a su habitación y comencé a aporrear la puerta.

—Beatriz. —Volví a dar con los nudillos—. ¡Beatriz!

Abrió la puerta asustada.

—La luz polar. Corre.

Hice gestos con las manos para que saliera de allí y me siguiera.

Salió en pijama y sin zapatillas, así que me puse a buscar calcetines, botas y mantas. Podía durar un minuto o toda la noche.

Señalé al cielo cuando se acercó al ventanal y antes de tenerlo todo preparado, se fue derecha a la galería. ¡Descalza!

—¡Ratón, espera!

—*La aurora boreal* —dijo en su idioma con la veneración propia de quien se sabe testigo de un milagro.

—Ponte esto.

Ella hizo caso omiso. Abrió la puerta de la terraza y corrió a pegarse como

una estrella de mar al cristal de fuera. Su respiración comenzó a condensarse sobre la ventana y solo entonces se dio cuenta de lo frío que estaba suelo.

Se apartó de un salto y comenzó a cambiar el peso de un pie a otro mientras se frotaba las manos.

—*¡Qué frío!* —Esa expresión la entendí también.

—Te está bien empleado. Abrígate o volverás a coger una pulmonía.

Le obligué a ponerse los calcetines, las botas, cubrirse con una manta. Encontré un gorro con solapas que no quería ponerse porque la tapaba los ojos, así que lo remangué por delante para que pudiese ver. Más o menos.

Encendí el radiador, avivé el fuego de la chimenea dejando la puerta abierta y apagué todas las luces.

Beatriz había vuelto a pegarse al cristal y prestaba solo atención al espectáculo del cielo.

Me mantuve alejado viendo cómo cambiaba de expresión con cada acontecimiento nuevo que se producía sobre nuestras cabezas.

Ondas de colores surcaban el firmamento. Cortinas verdes, azules y lilas bailaban sobre nosotros, y ella seguía con los brazos aquellos remolinos, fotografiando el momento con «ohs» y «ahs» y esos «ays» tan suyos.

—Alvar —le susurró al cielo mientras estiraba el brazo hacia atrás para encontrarme.

Dije que sí con la cabeza sabiendo que ella no esperaba contestación y cubrí su mano con la mía. Necesitaba guantes.

—Estoy aquí.

Aquel collage de colores continuó sin pausa y, después de media hora, Beatriz comenzó a temblar. ¿Por la excitación? ¿Por el frío?

Me acerqué a ella por detrás y la arrojé con la manta que tenía sobre mis hombros. En cuanto la abracé, se apoyó en mí y juntos miramos la aurora boreal.

De las más espectaculares que había visto nunca.

Beatriz no perdió detalle; yo, por el contrario, tuve dificultades para prestar atención a lo que se cocía en el cielo cuando tenía entre mis brazos la obra de arte más bonita de todas.

La apreté contra mí, por si acaso seguía sintiendo frío, y ella me dejó mientras señalaba con el dedo el firmamento hablando sin parar con la voz entrecortada; suspirando entre idas y venidas de luz. Con cada movimiento, la manta resbalaba de sus hombros así que cada poco tiempo, la arrojaba de

nuevo y la pegaba a mí con cuidado, no fuese a pensar que el banco era más cómodo que yo.

Después de un rato, dejó de hablar. Miraba fascinada hacia arriba y temblaba como una hoja.

—¿Estás a gusto? ¿Necesitas otra manta?

Sin dejar de mirar el firmamento, con la cabeza apoyada sobre mi pecho, me tapó la boca con dedos temblorosos y yo quise alimentarme con ellos. Cerré los labios con fuerza, pero me permití respirar hondo. Ese aroma...

—Shhhh... —susurró.

Mantuvo aquella postura hasta que un nuevo evento se desató en el cielo. Un nuevo color, una nueva ondulación. No miré para cerciorarme. Beatriz me tenía anclado a ella con una fuerza que competía con las que formaban los ríos luminiscentes del cielo.

La luz del norte me regaló cuatro horas con ella en las que no le ofrecí asiento, ni tampoco guantes. Ya estaba yo para darle calor y para que se reclinara si se cansaba, que lo hizo.

Quise dormir allí de pie, aunque no era realmente importante. Al fin y al cabo, ya estaba soñando despierto.

Capítulo 29

Beatriz

—*E*sto no va.

El señor del cable acababa de instalarnos la línea haciéndonos partícipes del mundo interconectado de la alta velocidad. También teníamos ordenador nuevo. Tras un toma y daca interminable con Alvar, había conseguido pagar parte, pero no mucho. En aquella media hora aprendí más de él sobre negociaciones que en cualquier máster. Y sin abrir casi la boca.

La discusión al otro lado de la línea me trajo de nuevo a la realidad.

—¿Has enchufado el cable ese amarillo?

—Pues claro.

—No funciona.

—¿¡Quieres dejar de toquetear!?

Veía a mis chicas pixeladas y hablando entrecortado. Seguro que alguna le estaba dando a la pantalla del ordenador.

—¡Esto de las videoconferencias es un timo! ¿Cómo consigues hablar con los americanos en estas condiciones?

Esa era Macarena. Con aguja e hilo era un portento, pero era darle algo con cables y pensaba que el mundo implosionaría.

—¡Está bien! —les grité como si eso fuese a mejorar la calidad de la imagen—. Llamadme al móvil.

—Pero... ¿y el *roaming* ese? Mira que no estamos para extravagancias. ¡Josefa, deja de arrearle al ordenador! ¿Sabes lo que cuestan? —soltó Pinar, nuestra más agarrada compañera. Llevaba la contabilidad de la Cooperativa como quien regenta un submarino. Todo atado y bien atado. Que pronunciara bien la palabra *roaming* significaba que conocía todas y cada una de las tarifas del mercado.

—Os mando un *e-mail* con los detalles.

Y entonces aparecieron mis guapas camelias en alta definición en la pantalla. El suspiro que soltaron me dijo que ellas también me veían con detalle.

—Cuando esta cosa funciona, ¡parece que estás aquí al lado!

Sonreí. Tan bravas y tan ingenuas a veces.

—¿Preparadas entonces?

—Preparadas.

—Este —dije enseñando la primera lámina— creo que deberíamos hacerlo alfombra.

Yamela entonces se puso delante.

—Me parece muy buena idea, pero no estoy segura del color de fondo. ¿No te parece muy oscuro?

Había mandado todos los diseños varios días antes, así que habían tenido tiempo de hacerse sus propias cábalas. No siempre aceptaban mis locuras a la primera de cambio por lo que, con los años, había aprendido a esperar a que se fuesen haciendo a la idea. Al fin y al cabo yo era una contratada y ellas, excepto Yamela, eran las cooperativistas.

—Sé que es un cambio con todo el blanco que hemos estado produciendo últimamente, pero el grafito y el negro son los colores que más pegan ahora.

Se hizo el silencio al otro lado de la pantalla mientras se miraban las unas a las otras.

—Lo hemos estado discutiendo —intervino Josefa algo desinflada— y es verdad que se nota un cambio en los escaparates. Una pena, porque la etapa del azul eléctrico era mi favorita.

Me reí a carcajadas al ver la cara de tristeza de mi compañera. Tan mayor y tan *Pop*, ella.

—Voy a ver qué tenemos en el almacén —dijo Yamela.

Si no tenían los colores preparados era porque esperaban hacerme cambiar de opinión. Todavía no estaban por la labor, y yo no estaba cerca para enseñarles las combinaciones de colores como a ellas les gustaba.

—Esperad un momento. No hagáis nada, ¿vale?

Busqué un par de fotos de salones que ejemplificaban bien el contraste y se las mandé.

—Pinar, abre el correo en el otro ordenador y pon en pantalla completa las fotos que os acabo de enviar.

—¡Ya estoy aquí! —cantó Yamela poniéndose otra vez al frente—. He

encontrado lana, un par de telas y cuerda.

—¿Cuerda? —preguntó Josefa.

—He estado practicando un remate para darle un toque marinero a las alfombras con la rosa de los vientos.

—¡Es perfecto! —grité—. ¿Qué clase de remate?

—Al principio pensé en coser la cuerda directamente, pero quedaba muy sosa. El problema es que si se hace algún trenzado queda muy gruesa. Estoy mirando cómo hacer algo entre medias con algunos nudos de macramé.

—Ese color es el que estoy buscando. ¿Puedes hacer una de prueba con un borde a tu gusto?

Yamela miró otra vez el diseño y sopló. Estaba pensando.

—Si quieres —intervino Macarena— puedo ayudarte con el patrón. ¿Cómo de grande lo quieres?

—¿Medio metro de diámetro?

Iba a ser complicado. Las flores y los pájaros que había pintado requerían mucho detalle. Tras un minuto pensando...

—Vale —dijo Yamela—, pero deja que haga dos. Una menos atiborrada que la otra.

Mi amiga era de las que odiaban los diseños cargados. Decía que le recordaban a su suegra y ella odiaba a aquella mujer. Así que siempre nos mostraba algo menos ostentoso para probar el gusto horrible de aquella bruja.

—Perfecto. Sea como fuere, lo venderemos igual. —Ya me encargaría yo de que así fuese. —¡Siguiente!

Tras dos horas repartiendo trabajo como cualquier explotadora decente, alguien salió con la pregunta...

—Y el muchacho de las espaldas anchas, ¿qué?

Directa justo a la zona de flotación.

«Cambia de conversación, ¡y que no se note mucho!».

—¿Os ha entrado algo nuevo para mayo?

—¡Tenemos cuatro comuniones! Dos niñas y dos niños —dijo Josefa tan contenta—. Ya han elegido vestidos y trajes.

—Espero que no obliguen a los niños a ir de marineritos como el año pasado —dije esperanzada. Algunos padres vivían en la década de los setenta y claro, vestían a los muchachos como para ir a la mili.

—Uno sí, el pobre. El otro va a ir con chaqueta de traje y corbata.

Todas miraban con chiribitas en los ojos y yo sentía pena por las criaturas.

—No nos has contestado a la pregunta. ¿Cómo fue con el hombretón sueco? Había desviado la atención exactamente medio minuto. Estas señoras eran implacables.

«No mires al techo, no respires despacio y mira al frente».

—Bien —contesté.

«Sonríe, sonríe y escurre el bulto. ¡Piensa en auroras boreales, piensa ya en auroras boreales!».

Pinar salió despedida de la primera fila y mi madre ocupó su lugar.

«Demasiado tarde».

Se hizo el silencio.

Dora me miraba con los ojos medio cerrados y con la cabeza algo inclinada hacia la izquierda. Mi madre, a veces, daba mucho miedo.

«¡Abortar la misión, abortar la misión!»

—Es un hombre muy interesante —aseguré—. Con el negocio de la madera y eso.

Entonces mi madre cruzó los brazos.

—¿Fue un desastre? —preguntó Macarena asomando la cabeza desde atrás.

—¿Desastre? No, no. Qué va. Hablamos mucho y la comida no estuvo mal.

«No mucho, vaya».

—¡Fue un desastre! —gritaron a coro, Dora resopló y yo miré hacia abajo.

—Por un momento no he sabido qué pensar —dijo mi madre.

«¿Casi la camelo? ¡¿Casi la camelo?!». Sería la primera vez en mi vida.

—Se te ve bien después de la conversación de ayer, así que no lo entiendo, sabiendo que el señor ese ha salido rana —siguió diciendo todavía con los brazos cruzados y los hombros en alto.

—Tampoco es que fuese tan mal.

—¡Osea que lo fue!

—¡Josefa!

—Tiene que ser otra cosa, entonces.

«Yamela podía usar sus poderes intuitivos para otra cosa. En serio.»

—Dora, tu niña se ha puesto roja —soltó Pinar todavía echa un ocho para asegurarse de que veía perfectamente su cabeza gigante.

—¡Son los pixels!

—Y encima lo niega. Cuéntaselo todo a tu tía Pinar, mi niña. Nada saldrá de esta habitación.

—¿Le has echado el ojo a otro vikingo?

—¡Josefa!

«Por qué a mí. ¿¡Por qué, señor!?»

—Se ha vuelto a poner roja. Aquí hay tema —aseguró Pinar mientras empujaba para sentarse entre mi madre y Yamela.

—Yo creo que deberías decirle algo.

—¿A quién?! —Creo que casi me atraganto con el aire que se metió de golpe en la garganta.

—Sí, sí. Toma la iniciativa, he leído que en Suecia las mujeres están muy liberadas y no pasa nada si son ellas las que piden relaciones.

—Para eso no hace falta irse al quinto pimiento. En España también lo hacen las mujeres jóvenes —replicó Macarena ofendida.

—¿Y los matrimonios separados viven juntos en el mismo piso para que sus niños no lo pasen mal? ¿Eh? ¿A que no? Y he leído también que a veces los niños son los que se quedan en casa y los padres viven con ellos a turnos.

—¡Pero eso significa tener tres pisos!

—Estos matrimonios suecos...

Hablaban entre ellas como urracas desatadas, aunque Dora seguía ahí impassible estudiándome con los ojos entornados, la cabeza ladeada y los brazos cruzados.

—¿Está casado? —preguntó mi madre.

—¡Por supuesto que no! —grité a la defensiva sin pensar.

Un momento. Alvar no estaba casado, ¿verdad? No llevaba anillos, no había fotos de familia con otras mujeres u otros niños que no fuesen sus sobrinos, no había recibido visitas, aunque nunca había entrado en su habitación. Tenía que preguntarle a Anna. Así de forma sutil, por si acaso. Está bien saber estas cosas, no fuese a necesitar la casa para él solo y su familia en fiestas señaladas.

—¡Habemus vikingo! —Y empezaron a chocar los cinco de forma espasmódica por culpa de la falta de espacio tan apretujadas que estaban enfrente de la cámara.

—¿Y ahora qué mosca te ha picado? —preguntó Pinar.

Levanté la vista.

—¿A mí? —Me despistaban. Con estas mujeres, acababa siempre perdida reconociendo cosas que no debería porque me liaban hasta que no sabía por dónde salir.

—Sí, sí —dijo Macarena—. Acabas de poner la cara de «nos quieren

renegociar el precio un día antes de firmar el contrato». ¿A que sí?

Y entonces todas se apretujaron más aún enfrente de la cámara para escrutar mi cara.

—Tiene los labios apretados, sí.

—Y el cejo fruncido. ¿Es que quieres arrugas antes de los treinta? Esta chica... ¡Díselo tú, Dora!

En ese momento se abrió la puerta de casa y ellas, al oírlo, movieron la cabeza hacia arriba intentado ver lo que tenía a mi espalda.

Llegó el sonido de unas llaves, algo pesado caer en el suelo, el movimiento de perchas y alguien abriendo el mueble de los zapatos.

—*Mus! Jag tar med potatis!*

—¡Qué voz!

—Quita que no veo.

—¿Es...

Me entró el pánico y comencé a recoger a toda prisa.

—Tengo que dejaros.

—Un momento, Bea. Deja que...

—¡Hablamos la semana que viene! ¡Y quiero un *e-mail* diario con los progresos!

Y, por los pelos, conseguí desconectar la conversación justo antes de que mi madre dijese algo y Alvar entrara en la cocina cargando una caja de patatas y una sonrisa.

Definitivamente habría tenido que dar muchas explicaciones a cuenta de esa sonrisa.

Capítulo 30

Alvar

*T*odo el mundo actuaba de forma extraña.

Mi hermana me había levantado de la cama a horas intempestivas para pedirme que cuidara de mis sobrinos pequeños que sufrían un repentino ataque de rubeola. Por supuesto, los dos a la vez.

Aunque estábamos a mediados de semana, Beatriz llevaba dos días en casa horneando tartas y no había querido que la acercarse al pueblo aprovechando que yo iba a ir de todas maneras. Muy raro.

Anna y otras tres mujeres estaban a la puerta cuchicheando cuando llegué y, por el camino, Milo me había saludado con demasiada euforia desde su coche con un «deséame suerte que hoy remato».

No era ninguna de mis paranoias y no hacía sol, así que algo se cocía y no podía ser nada bueno.

Al menos, mis sobrinos, se pasaron gran parte del día tumbados en la cama.

—¿Te han dado mucha guerra los niños? —preguntó mi hermana cuando llegó por fin a casa ya entrada la tarde.

—No más de la habitual. Por cierto, te he visto ir y venir varias veces sin el maletín; pensaba que necesitabas que me quedara con los gemelos porque tenías que hacer alguna visita.

—Estaba preparando el regalo para Beatriz.

—¿Qué regalo?

Anna me miró entre entretenida y perpleja.

—¿Cómo que qué regalo? El regalo de cumpleaños para Bea. Hemos tenido que hacer un cambio de planes en el último momento. Después de que se nos ocurriera regalarle un día en un spa en Gotemburgo, Linn nos ha comentado que las españolas no están acostumbradas a enseñar el cuerpo desnudo entre

mucha gente así que hemos decidido regalarle una sesión de estética y peluquería y creo que hemos acertado.

—¿Beatriz cumple años pronto?

—No, Beatriz cumple años hoy. Veintinueve primaveras, u otoños, según se mire. Y por esa cara intuyo que no tenías ni idea.

Osea, que le sacaba siete años.

—¿Cómo iba a saberlo?

—No sé. ¿Porque tienes un contrato de arrendamiento en el que aparece su fecha de nacimiento?

—No lo he leído. Tú dijiste que estaba en orden y yo me lo creí.

—Eso te disculpa —resopló con ironía—. De hecho, ella no había dicho nada, pero creo que le ha gustado la sorpresa. ¿Te quedas a cenar?

—No. Tus hijos me han agotado. Ahora solo pienso en lo cómoda que es mi cama.

—Tómalo como un entrenamiento para cuando tengas los tuyos. Porque con la genética familiar, van a venirte dos de golpe.

Era bien sabido que los Nilsson venían a pares, casi siempre. No dije nada. Bastante tenía ya con la noticia del cumpleaños de Beatriz.

Al entrar por la puerta de mi casa una hora después, casi caigo de bruces. No había dado un paso cuando me choqué con una camilla instalada en la entrada. Toallas por todas partes y millones de olores a cosméticos saturando el ambiente. La radio estaba puesta y se oía gente hablar en el cuarto de baño.

—¿Se puede saber qué pasa aquí?

—¡Estamos en el baño! —gritó un hombre.

Me acerqué y allí estaban Beatriz y Ola tan contentos poniéndolo todo perdido de pelos.

—Hola, Alvar —dijo el peluquero sin mirarme mientras Beatriz me saludaba con la mano.

—Buenas tardes.

Ahí de pie, apoyado sobre el marco de la puerta con las manos en los bolsillos, no sabía muy bien cómo actuar. Hacía años que no cruzaba una palabra con Ola y, sinceramente, no teníamos nada que contarnos. Me quedé ahí mirando y pregunté lo más educadamente posible qué demonios hacía con esas tijeras en el pelo de Beatriz. Mi ratón tenía un pelo largo, caótico, frondoso, brillante y le cubría toda la espalda así que no había razón alguna para cortarlo.

—Las chicas —contestó a la defensiva— me han mandado para que ponga a Bea bien guapa y eso es ni más ni menos lo que estoy haciendo. Siento lo de la camilla, pero es donde depilo y doy los masajes. En cuanto acabe de cortar el pelo, lo recojo todo y no sabrás que he estado aquí.

Beatriz tenía los ojos cerrados y estaba disfrutando el momento. Respiraba hondo y le salían esos «*ays*» que me ponían tenso porque no sabía si le dolía algo o suspiraba de gusto.

—No pasa nada. Tengo cosas que hacer. Hasta otra.

Salí pitando de allí.

—Me alegro de haberte visto, Alvar —le gritó a mi espalda.

Me fui a mi habitación y comencé a rebuscar en los cajones. Debía estar por algún sitio, pero ¿dónde? Recuerdo que la puse en una de las latas de tabaco pequeñas que usaba en campaña y que la había protegido con un pañuelo, pero no tenía idea de dónde había ido a parar.

Quince minutos después, Ola recogía sus cosas y yo seguía buscando en vano. Empecé a tirar al suelo el contenido de los cajones. Tenía que estar por algún sitio.

La encontré en el último cajón de la cómoda; la lata estaba metida en una pequeña bolsa de camuflaje. La misma en la que la puse al salir de aquella misión y que dejé olvidada en cuanto la guardé en casa. Pequeña como un garbanzo, ligeramente alargada; seguro que pulida, acabaría siendo una lágrima. Sin pulir no parecía gran cosa, si bien por objetos como aquella pequeñez se hacían guerras, se reclutaba a niños y se los entrenaba para matar y barrer del mapa poblaciones enteras.

Con la bolsa en la mano, vinieron de golpe los recuerdos.

Estábamos en el norte de Angola. Durante el seguimiento de un cargamento ilegal de armas, habíamos terminado por dormir al raso durante días en *vivacs* camuflados sin hacer un movimiento. Nos encontrábamos cerca de una zona elevada en medio de la nada que, por arte de magia, parecía ser muy visitada por gente que no eran lugareños.

Teníamos localizado el punto donde guardaban el armamento; no era más que un agujero mal excavado en la colina, pero lo suficientemente grande para que cuatro guardas pudieran hacer turnos. Dos dentro y dos fuera.

De repente, apareció un todo terreno, y de él salieron tres tipos que metieron a trompicones en aquella gruta a otro con la cabeza cubierta con un saco. Oímos dos disparos y se nos dio la señal para intervenir.

Cuando entramos había dos cuerpos en el suelo y un hombre tenía a otro de rodillas con una pistola apuntándole a la cabeza. El sonido de nuestra entrada permitió que el arrodillado pudiese levantarse, empujar a su ejecutor y lanzarle algo que había recogido de la mesa.

Pedimos a gritos que bajasen las armas, pero el de la pistola era de gatillo fácil. El ejecutor pasó a ser ejecutado en el lapso de dos minutos.

Habíamos recuperado las armas y, al menos el gobierno local tendría a alguien a quien interrogar. Lo que acabó desperdigado por el suelo resultó ser un montón de kimberlitas que habían utilizado para hacer el pago.

Varios días después ponía en orden mis cosas porque me iba de permiso y entre la ropa apareció una de aquellas piedras.

Como manda el reglamento, fui a mi superior para entregarla y le encontré en medio de uno de sus momentos coléricos acusando a los burócratas de todos los males de la humanidad.

—¡Me da igual lo que haya encontrado, teniente! No pienso rellenar otro absurdo e interminable informe para ver qué hacemos con esa dichosa piedra. Ya estoy hasta las cejas de papeleo. ¡Lárguese de mi vista!

Así acabó en aquella lata, en aquella bolsa en el fondo del último cajón del guardarropa de mi habitación. Durante años no había sabido qué hacer con ella. El valor real era bajo si no se pulía y para mí, no guardaba ningún valor sentimental. Era otra «consecuencia» de mi trabajo. Y ahora podía pasar a ser algo bello, solo con cambiar de manos.

No quería hacer demasiado de aquello y el pañuelo estaba limpio así que, doblándolo algo mejor, lo puse en el bolsillo hasta encontrar el momento de regalárselo a Beatriz.

Preparé la cena como deferencia mientras ella revoloteaba limpiando los restos de la visita sorpresa del peluquero.

Beatriz andaba por la vida siempre con el pelo recogido, aunque después del corte iba presumiendo de él suelto con las puntas de esos rizos gordos como puños mirando hacia todas partes. Me alegré al ver que no se lo había cortado demasiado; ahora le quedaba justo por debajo de los omoplatos y el flequillo seguía igual de rebelde. Podía haber sido mucho peor.

Cenamos en silencio, como siempre, pero al ir a recoger los platos le cogí de la mano para que no se moviera.

Pensé el discurso en inglés y, como siempre, solo sueco salió por mi boca.

—Verás, ratón —dije mientras me llevaba la mano al bolsillo—. Tengo algo

para ti. No sé si te gustará, pero es que no he tenido mucho tiempo de pensar en otra cosa.

Puse el pañuelo sobre la mesa y ella me miró sin entender a juzgar por el movimiento de sus cejas.

—Felicidades, Beatriz. —Eso lo entendió. Seguramente habría oído esa expresión varias veces aquel día.

Se le iluminó el semblante, pero no se atrevió a tocar el pañuelo de la mesa.

—Es para ti —dije, señalándolo con el dedo.

En ese momento me arrepentí de no haber envuelto con algo más de gracia el paquete. Un lazo o papel de regalo me hubiese evitado tener que dar explicaciones. Lo que había en la mesa de hecho, no era más que un pañuelo arrugado de color verde militar doblado en cuatro.

Beatriz debía estar volviéndose loca intentando descifrar el significado de aquello. Lo más seguro es que estuviese buscando la manera de agradecerme que le regalase un trozo de tela usada.

Hice los honores y desdoblé el pañuelo con mucho cuidado hasta que vio lo que guardaba dentro. Se llevó la mano a los labios y dejó escapar una exhalación de sorpresa. ¿Había reconocido la piedra? Quizá me hubiese pasado.

Tocó la piedra con mucho cuidado, levantó la vista y preguntó algo señalándose con el dedo.

—Es tuyo, sí —asentí con la cabeza—. Felicidades.

Cómo odiaba hablar a lo telegráfico, pero era la única forma de entendernos. Mientras no hablase en inglés, tendría que conformarme con hablar sueco como un niño de tres años.

Muy despacio agarró el diamante con la punta de los dedos y lo levantó para apreciarlo mejor a la luz de la lámpara.

—Muchas gracias, Alvar —dijo en sueco algo más compuesta. Decía pocas cosas en mi idioma, pero todas sonaban bien.

—De nada. —Quizá no supiese lo que era, después de todo. No creo que Beatriz fuese una experta en piedras preciosas y lo que tenía entre los dedos parecía más un trozo de azúcar.

Recogí la mesa y lavé los platos. Cuando terminé le deseé las buenas noches y me fui a la cama. Cuando salía del cuarto de baño después de cepillarme los dientes todavía seguía sentada en la mesa observando con reverencia aquel mineral sobre el pañuelo arrugado.

Capítulo 31

Beatriz

—*T*iene la forma perfecta para hacer un colgante —aseguró Erika mirándome como si estuviese loca.

Llevábamos un rato así. Ella que colgante y yo que no colgante.

—Ya lo sé y seguro que queda muy bien al cuello, pero ahí no puedo verlo.

Volvió a lanzarme una mirada que, de seguro, son comunes en centros de salud mental.

—¿Y?

—Quiero verlo siempre que lo lleve puesto. Por eso estoy pensando en una pulsera.

—Bea, trabajas con maquinaria de piezas afiladas que se mueven a gran velocidad.

—Entonces la pegamos bien a la muñeca.

—Con cinta americana. —Y soltó una carcajada.

—Encantada de alegrarte la mañana. —Y tuve que reír con ella porque mi amiga últimamente lo encontraba todo hilarante. La escultura debía ir viento en popa.

—Vale, centrémonos. ¿Qué tal si protejo la piedra con una jaula de cable fino de plata y encajo la estructura en una tira ancha de cuero. Puedes repujarlo con alguno de tus diseños después.

La idea me gustaba cada vez más. Mi cabeza empezó a llenarse con nudos celtas pero deseché la idea con rapidez. Las flores y hojas de los muebles de mi habitación eran mucho mejores. Sin color, pero el mismo grabado.

Erika se quedó mirando la piedra que todavía mantenía en la palma de la mano.

—Es una maravilla —dijo con veneración tocándola con la yema de los dedos—. ¿Seguro que quieres llevarla encima todo el tiempo?

—Sí. —De eso no tenía duda.

Se asombró con mi respuesta, y no supe si era porque quería aquel cristal conmigo siempre o porque quisiera llevar algo tan nimio puesto.

Alzó las cejas y se mordió los carrillos por dentro haciendo una mueca muy graciosa con los ojos por culpa de la tensión.

—¿Bea?

—¿Sí?

Volvió a pensar con detenimiento.

—Nada —dijo, negando con la cabeza como desechando una idea absurda—. Ve a por el cuero que quieres. Yo mientras voy a ver qué tengo. Tendré que diseñar algo especial que enseñe la piedra.

En un santiamén tenía todo lo necesario. Las tiras de cuero casi rojo quedarían muy bien. Tendríamos que diseñar un buen nudo porque no quería enganches metálicos e intuía que llevaría esa pulsera puesta casi siempre.

Allí sola, volví a perderme en mis pensamientos mirando embobada aquel cristal. Tan simple, tan pequeño, tan imperfecto, tan bello.

Erika asumió que quería verlo colgado de mi cuello y eso era precisamente lo que me desagradaba. Si colgaba mucho, acabaría rompiéndolo al trabajar y si lo dejaba pegado al cuello nunca lo vería. Por eso pedí que fuese una pulsera, resistente y flexible.

Tras unos minutos frunciendo el ceño, pensando a lo sueco, supongo, mi amiga desapareció prometiendo volver con la solución y yo la esperé haciendo lo mismo que las últimas doce horas: admirar aquella preciosidad, luchando por no pensar que era el regalo más bonito que me habían hecho en la vida.

La noche anterior acabé contando ovejitas porque era incapaz de dormir. Había estado mirando embelesada aquella piedra durante un buen rato después de que Alvar se fuera a la cama. El detalle me pilló por sorpresa como casi todo aquel día.

No había dicho nada de mi cumpleaños porque no quería poner a nadie en un compromiso y porque no sabía cómo se celebraban los cumpleaños en Suecia.

Aquella mañana había preparado dos tartas: una para la colonia y otra para casa. Como Alvar no hablaba con casi nadie, era prácticamente imposible que se enterara de la pequeña celebración que tendría lugar en aquel edificio lleno de locos así que la celebración en casa sería después.

Por la mañana, Anna apareció de repente cuando estaba sacando los dulces del horno y se ofreció a llevarme a la colonia siendo, de paso, la primera en felicitarme.

Cuando llegamos a la colonia todo el mundo parecía pendiente de lo suyo, como siempre. Entramos deprisa y Anna me ayudó a preparar la instalación. Una mesa plegable, tazas, platos, cucharillas, dos termos de café, una botella de licor y la tarta. Cuando llamé a la concurrencia, no solo aparecieron mis compañeras sino que también estaba allí Astrid.

Su presencia en la colonia había sido la comidilla. Por lo visto, la mujer no salía de su tienda. Tampoco es que le hiciese mucha falta. Vivía en la planta superior de la casa y alguien le traía las cosas que necesitaba todos los días. Por su artrosis, había dicho, aunque yo la veía subir y bajar escaleras como una mujer que entrena para correr los cien metros obstáculos. Movía en persona los muebles porque no se fiaba del tratamiento que pudiesen darles los desconocidos y los desmontaba y embalaba como si fuesen delicados ramos de flores.

A mí me dejaba tocar poco, la verdad, y cuando decidía llevarme algo, esperaba sentada a que lo pusiese todo a su gusto en el maletero de la furgoneta de turno. No antes de preguntar si el vehículo había pasado la ITV y los amortiguadores estaban en perfectas condiciones.

Una vez el mueble dejaba de pertenecerle decía que se olvidaba, pero yo creo que ponía alguna vela a la deidad vikinga correspondiente por la pérdida.

Así que la sorpresa fue mayúscula cuando abrí la puerta de la cafetería y vi a la vieja cascarrabias lanzarme una bolsa de confeti, sin abrir.

Pusieron un CD con canciones de cumpleaños en castellano y luego, por turnos, cada uno fue felicitándome en su idioma. Me hicieron soplar un montón de velas y como colofón, cantaron a coro el cumpleaños feliz en sueco. Los no nativos leyendo en un papel, claro.

Cualquier reunión social o celebración en Suecia que pudiese ser considerada como tal, debía llevar incluida a gente cantando. Tenían canciones para todo y el cumpleaños no podía ser menos. Claro está.

*Ja, må du leva, Ja, må du leva,
Ja, må du leva uti hundrade år.
Ja, må du leva, Ja, må du leva,
Ja, må du leva uti hundrade år.*

*Ja, visst ska du leva, Ja, visst ska du leva,
Ja, visst ska du leva uti hundra år...*

En ese momento Osvaldo soltó un resoplido y Astrid le puso firme con un codazo en las costillas. Por desobediente.

...
*Och när du har drunknat
Och när du har drunknat
Och när hon du drunknat i en flaska champagne
Ja, då ska du firas
Ja, då ska du firas
Ja, då ska du firas med jättelång låt!*

*Ja må du leva!
Ja må du leva!*

Och Så Vidare

El sueco sonaba tan bien, tan dulce. Compensaba esa maldad de clima que tenían que soportar. Sus conversaciones eran como canciones de cuna. Hablaban bajito, si es que hablaban, no fuesen a enfadar más aún el rugido que venía de fuera.

Y aquel «cumpleaños feliz» me sonó a «sé feliz, amiga, aquí estamos para darte calor» y eso que tenía toques de marcha militar.

Y antes de poder reaccionar y agradecer que quisieran que llegase a los cien, me pegaron un susto de muerte gritando todos a la vez: ¡hurra, hurra, hurra!

Recibí no pocos abrazos y felicitaciones al menos en cinco idiomas diferentes, y justo después se lanzaron a por la tarta y el licor. El café se quedó frío.

Cuando la gente no tuvo más remedio que volver a las rutinas diarias, un grupo reducido de pequeñas conspiradoras me presentó a la persona encargada de darme mi regalo de cumpleaños.

Y ahí el trozo de tarta comenzó a bailar en el plato de papel por culpa del tembleque de manos cuando Anna me entregó una tarjeta enorme firmada por toda la gente que conocía en aquel pueblo.

Se habían juntado para regalarme algo. ¡A mí! Linn, Osvaldo, Erika, Anna y Astrid me presentaron a mi regalo. Sí, mi regalo era un señor, por lo visto. Mis amigos me querían mucho.

—Hola, me llamo Ola.

En cuanto traduje en mi cabeza del inglés al castellano tuve que hacer un esfuerzo para no decir «estás de broma, ¿verdad?».

Pero no, el hombre se llamaba Ola y, como todos los suecos, era altísimo, guapísimo y demasiado serio para el trabajo que tenía.

Porque Ola iba a sobarme de arriba a abajo con aceites esenciales utilizando una técnica ancestral del lejano oriente que poco menos que te provocaba el orgasmo instantáneo. Dieron fe de ello los allí presentes, incluido Osvaldo. Y luego, si conseguía salir ilesa de aquella verbena sensitiva, iba a cortarme el pelo dejándolo tan brillante que no iba a hacer falta que saliese el sol nunca más.

Así que nada, en cuanto terminé con mi trozo de tarta y mi café con leche, el peluquero-para-todo del pueblo me acercó a casa para empezar de inmediato con el tratamiento que me convertiría en la extranjera más guapa de la zona. La camilla enorme, la tonelada de aparatos, toallas y potingues que llenaban el maletero, al menos le hacían parecer muy profesional.

Me depiló entera haciéndome ver las estrellas; masajé mi espalda con aceites perfumados utilizando las manos y los codos; le habló a mis chacras y, en ese momento, me di cuenta de porqué yo y mis chacras vivíamos tan desconectados. ¡Ellos hablaban sueco y yo no!

Me estaba dando un masaje en el cuero cabelludo cuando Alvar entró por la puerta chocándose, como no, con la camilla que habíamos instalado al lado de la puerta del baño. Soltó dos monosílabos y se marchó a hacer ruido a su habitación.

Cocinó, puso la mesa y antes de que me dejara ir a por la tarta, me regaló una piedra, pero una piedra que a mis ojos era más bonita que un diamante. Blanca, mate, casi transparente, preciosa y yo no supe qué decir porque en cierta forma me deslumbró.

Había encontrado mi sitio y por fin la cosa rodaba. Después de dar muchas vueltas y tras varios serios traspies, pero ahí estaba, disfrutando el momento.

Fue un día redondo, y un cumpleaños inigualable, si bien la tarta quedó olvidada en la nevera.

Capítulo 32

Alvar

*A*cercar Beatriz a la colonia era muy parecido a llevar a mis sobrinos al colegio.

Todo iba a paso de tortuga hasta que le entraban las prisas y nada se desarrollaba lo suficientemente rápido. Lo que me costaba hacerle entender era que el coche no atendía a horarios y, la mitad de las veces, iba más dormido por la vida que ella.

Todos los días, sin excepción, tenía que arrancarlo un rato antes de ponernos en marcha. En el último momento, antes de salir, tenía que coger las mantas que siempre estaban dobladas al lado de la chimenea y ponerlas en el asiento del copiloto justo antes de que Beatriz se sentara en el coche para que no estuviese más frío que una piedra.

Porque mi coche hacía años que no sabía lo que era la calefacción y confundía aire frío con aire caliente o viceversa. Y claro, a finales de noviembre era mejor no hacer muchos experimentos. Ya era bastante que nos transportase.

Beatriz traía y llevaba todos los días un montón de serruchos que más que en una colonia de artistas, quedaban mejor en la cabaña de las herramientas; también llevaba deberes a casa, es decir, si había algo que quedaba a medio hacer y no ocupaba mucho, lo traía por la tarde y lo terminaba en su habitación. Todo eso se traducía en un trajín continuo.

Luego estaban los botes de sustancias que lo manchaban todo. No sé las veces que le había dicho a base de mímica que la mayoría de aquellos productos quimicos no debían ser utilizados en su habitación teniendo los pulmones todavía en recuperación. Una vez incluso utilicé una máscara de gas. Ella se rió de lo lindo y al final continuó usando su habitación para hacer los «deberes». ¿Por qué cedí? Porque cuando me sacó a empujones y puso un

radiador en la cabaña donde guardaba las herramientas, me negué en rotundo a que se congelara ahí por las noches. También se rió lo suyo cuando intenté imitar a un hombre muerto de frío a base de temblores. Si lo del trabajo no salía, bien podría ganarme la vida yendo con el circo de gira. Para actuar de payaso, se entiende.

Tras varios altercados, habíamos llegado a un punto intermedio donde ella evitaba en lo posible trabajar con la madera en su habitación y yo no protestaba mucho cuando usaba la máquina de coser hasta las tantas de la madrugada. Al fin y al cabo, dormía poco.

Ese día, además llevábamos el maletero hasta los topes porque Linn me había pedido que ayudase con unas goteras antes de que estas terminaran arruinando las paredes del nuevo edificio.

Estaba encantado de ayudar, aunque viendo la chapuza que había dejado atrás el contratista, era mucho más práctico llevarles a los tribunales y obligarles a rematar antes de que el edificio se viniese abajo.

Beatriz entró en la colonia cargada con sus cosas y me esperaba junto con Linn y Erika en la tienda cuando entré con las herramientas.

Erika estaba atando una cinta gruesa de cuero a la muñeca de Beatriz y Linn metía la cabeza entre ellas para no perderse nada.

—Ha quedado muy bien —dijo Erika satisfecha.

—¡Qué preciosidad! ¿Qué piedra es?

Beatriz levantó la muñeca y la movió para ver el reflejo de la luz sobre...

«¡Es mi kimberlita!».

—No lo sé —contestó Beatriz—. Erika, ¿tú...

Me apresuré a dejar las cosas en el suelo haciendo ruido.

—Si me dices dónde está el problema —le dije a Linn.

Me miró confundida por un momento, pero al fin se centró y fue a buscar algo a su mesa..

Erika, por su parte, se llevó la mano a la boca lanzándome un mirada de «te he pillado». Cerré el semblante y eso fue suficiente para que la hermana de Milo se excusase y saliese de la habitación.

—¡Ah, Nilsson! Perdona —dijo Linn sin levantar la vista mientras removía papeles—. Déjame ir a por la nota que dejaron ayer los de la limpieza.

Salió también y allí quedamos Beatriz y yo. Ella admirando su pulsera y yo..., yo también.

En un cuero bastante recio había grabado unas flores y unas hojas casi al

borde. En el centro, el diamante en bruto quedaba encerrado en una jaula de filigrana de plata si bien estaba sujeto a la estructura por el extremo más fino con diminutas garras plateadas.

No pude resistirme a tocar su muñeca y moverla para ver cómo la luz jugaba con el metal y la piedra.

Era una belleza tosca enjaulada en metal precioso cuando en realidad era un joya en bruto que el alambre delicado mantenía presa. ¿Como Beatriz en Suecia? ¿Como yo en mi cabeza?

—Gracias, Alvar —dijo en español.

Tan fascinado estaba con la pulsera que no me había dado cuenta de que me había pegado a ella y movía el dedo pulgar trazando círculos sobre su piel.

Dije que sí con la cabeza y me obligué a apartarme.

—¡Aquí está! —gritó Linn de vuelta ondeando un papel.

Me entregó la lista y esperó mi reacción.

Normal. Allí había mucho más que mirar una posible gotera. Levanté la vista y arqueé una ceja. Aquello necesitaba de una empresa profesional, no de un chapuzas neófito.

—¡Lo sé, lo sé! Solo echa un vistazo y haz lo que puedas. Lo más urgente para poder cerrar el edificio durante el invierno. ¡Solo donde haya gente durmiendo!

«¿Tenían a los artistas en habitaciones con goteras?».

—¡Elige lo que quieras de la tienda! —soltó de repente.

—¡Guau! —dijo Beatriz sorprendida.

Aquello tocaba su trabajo. Linn estaba regalando algo por lo que los artistas cobraban comisión.

—¡Lo paga la colonia! Solo esta vez.

Eso tranquilizó a Beatriz y yo pensé «¡Qué diablos!, nadie me paga con dinero de todas formas».

Así que paseé por la tienda con Bea a mi lado admirando las cosas que allí se hacían. Nunca me había parado a tomar café en la colonia y me arrepentí de no haberlo hecho. Había desde cuadros, esculturas de madera, metal, piedra, cerámica o cristal hasta muebles de formas imposibles.

Ví también un marco grande de metal clavado a la pared que sujetaba con cuerdas tirantes un trozo de cuero en el que había pegadas piezas de madera pintadas. Así, de cerca, llamaba la atención la fuerza del color, pero si te alejabas, aquel puzzle comenzaba a parecerse a algo. El mar, el cielo, las

rocas, la luna y entonces paré de alejarme porque justo ahí, a unos cuatro metros de aquella pared, estaba el paisaje que se veía desde la ventana sur de una de las cabañas en Dakota.

—¿Es tuyo? —Señalé el puzzle de madera y luego a ella.

Dijo que sí y tiró de mi brazo para alejarnos. Según lo hacíamos, aquel paisaje volvía a difuminarse pasando a ser un lienzo con pegotes de color como un cuadro impresionista, aunque no lo era.

Me di la vuelta y tropecé con las patas de una mesa roja. En la superficie se veía otro paisajes marítimo ¿en rojo también? hecho con millones de piezas ajustadas en un mosaico, parecido a los imanes de la nevera de casa pero a mucha mayor escala.

Pasé los dedos por la superficie. Ni una junta se notaba. Suave, brillante aquí o allí, mate el resto. Parecía una imagen en tres dimensiones. Un solo rojo con distintos grados de colorido.

—Es increíble.

Agachó la cabeza y empezó a moverse nerviosa.

—Alvar, venga. —dijo en inglés. Volvió a tirar de mí y yo me dejé. Luego le preguntaría a Linn por el precio de las dos piezas. ¿Tendría más?

Acabamos el tour enfrente de una vitrina y terminé por elegir un jarrón de cristal azul y amarillo. Por fin Beatriz podría poner flores en un recipiente decente en vez de la jarra mellada de cerveza.

—Este —le dije a Linn. Pensé que no era ni muy caro ni muy barato. Más o menos lo que consideré justo por las horas que tardaría en hacer las chapuzas.

Se acercó con las llaves de la vidriera mientras se reía moviendo la cabeza como si no se lo creyese.

—¿Hay algún problema? —Lo mismo el jarrón no formaba parte del trato.

—Ninguno —aseguró con una sonrisa—. Acabo de presenciar una de las escenas más extrañas de mi vida y todavía intento asimilarla.

—En inglés luego—pidió Beatriz.

—Ella —continuó Linn en sueco señalando a Bea—, ha dicho en castellano que haría falta un florero; tú te has acercado a la vidriera sin pensar y le has preguntado si le gusta ese color azul en sueco; ella ha mirado de arriba a abajo la vidriera y ha dicho en castellano que un color claro estaría muy bien sobre la mesa de la cocina y tú, sin pensarlo has señalado este jarrón. ¡Sois iguales!

—¿Perdona? —No sabía muy bien qué me confundía más de todo lo que había dicho.

—Es lógico —dijo pensativa —tenéis los mismos ojos, y los ojos nunca mienten.

—¿Alguien me lo dice ahora en inglés, por favor? —pidió Beatriz moviendo la mano, aunque se detuvo y dejó caer el brazo de repente.

—Con mucho gusto —respondió Linn.

La cara sonriente de mi ratón perdió el color en cuestión de segundos. Los ojos se abrieron hasta casi salir de las órbitas y creo que soltó un improperio.

Linn, dejó de hablar y giró la cabeza hacia donde miraba Beatriz. Soltó el aire de golpe y también quedó paralizada.

Me giré y vi entrar a un hombre.

Se acercó a nosotros con una cara de alegría algo exagerada y dijo algo sacando mucho los labios al hablar. Nadie se movió o replicó. El hombre cambió la mueca y, sin más, se lanzó a darle un abrazo Beatriz como si se tratase de su mujer, porque abrazó y tocó toda la superficie corporal que pudo.

Beatriz se tensó y le empujó con las dos manos.

Y entonces comenzaron a regañar moviendo los brazos, levantando el tono, si bien los gestos de Beatriz eran mucho más agresivos. El desconocido intentó agarrarla del brazo y ella volvió a empujarle.

«Hasta aquí».

Me interpose entre ambos y lancé a aquel hombre la peor de mis miradas.

—¿Algún problema?

Beatriz intentó rodearme diciendo cosas entre dientes y yo estiré el brazo para que no se acercara más, quedando yo en medio como un sándwich. Con ella detrás encaramándose a mi brazo y él sopesando cuánto terreno ganar.

El recién llegado había perdido la sonrisa y ahora miraba con ojos de cordero a la vez que cambiaba el tono y juntaba las manos como si fuese a rezar.

No representaba una amenaza física. No vi por ningún sitio indicios de violencia por su parte. No. Aquel sujeto parecía estar más cómodo usando la boca como arma arrojadiza y ahí tenía yo todas las de perder si no entendía una palabra de lo que decían. Así que me fijé en las reacciones de Linn, al fin y al cabo ella conocía el idioma. Un respingo, por el mínimo que fuese, y aquel caballero acabaría de una patada en la calle.

Tras un toma y daca dialéctico que, probablemente, mi hermana habría oído desde su oficina, mi ratón se dio la vuelta, ordenó algo en su idioma y se dirigió a la oficina de la directora con el intruso pisándole los talones.

—¡Bea! —grité.

Paró en seco, giró la cabeza y me hizo callar con un dedo sobre los labios. El visitante no fue tan conciso. Se dio la vuelta andando hacia atrás, encogió los hombros y me lanzó un guiño.

Avancé un paso, pero Linn me paró con una mano en el hombro.

—Mucho ruido y pocas nueces —dijo Linn—. No te molestes.

Volví a dar otro paso justo a la vez que cerraban la puerta tras de sí.

—Como abeja a la miel —dijo con tono asqueado una vez desaparecieron—. Ha debido ver el nuevo lote que hemos vendido y se huele el reconocimiento. Menudo trepa.

Linn tenía sus momentos, pero la palabra «trepa» no era de uso común en su caso.

—¿Quién es? —pregunté.

—Su ex —dijo levantando la barbilla en la dirección por donde Beatriz y aquel individuo habían desaparecido—, Juanjo. Seguro que viene a chupar como la sanguijuela que es. Quiere quedarse con ella reclamando el sitio que hace meses se negó a ocupar. Ya ha hablado con la jefa preguntando por una habitación doble.

Que fuese su ex, aunque no puedo decir que me agradara oírlo, me dejó frío. Ex los tiene todo el mundo, hasta un cascarrabias como yo. Que esperase compartir cama con ella, como que no me dejó tan indiferente.

Ni mucho menos.

Daba igual la cara de desprecio que había aparecido en el rostro de Beatriz. Aquel imberbe iba a por todas.

—Espero que le manden de vuelta a casa. Ni siquiera hubieran sopesado hacerle un hueco de no ser por Beatriz, para empezar. Es ella la que había llamado la atención de la fundación. Y no era para menos.

Aunque tenso, conseguí girarme para escuchar mejor lo que Linn tenía que decir de mi ratón. Sabía que era una artista, pero hasta esa misma mañana no había visto hasta qué punto. Beatriz tenía talento, mucho más del que había imaginado.

Mantuve la mirada y en menos de un minuto, Linn cantaba todos los detalles que, en circunstancias normales no se me había ocurrido preguntar. De hecho, casi ni tuve que abrir la boca.

Para algo tenían que servir mis dotes de negociación.

—Es la cabeza visible de KameliaS.

Alzó la vista satisfecha como si aquello fuese de conocimiento general.

Nada. Como si me hablan de tintes de pelo.

Hizo un sonido gutural de exasperación y siguió explicándome, como si todo el mundo debiese saber qué hacía Beatriz en España para ganarse la vida.

—¡Alta costura de los textiles para el hogar!

—Mmmm.

—¿¡Mmmm?! Bah..., da igual. —dijo moviendo la mano como si espantara moscas—. Deberías haber visto lo que hizo después de pasar solo un mes en Escocia. Fue unas semanas de camping con la excusa del festival de Edimburgo y acabó creando la mejor colección de *collages* que he visto en mi vida. En mi opinión su «etapa escocesa» es la más espectacular, hasta el momento claro. Pinturas sobre papel, madera, ropa de cama, bolsos, cinturones, juegos de café, bolsas de la compra, lámparas y todo, absolutamente todo, recuerda a Escocia. Te dan ganas de comprarte un *kilt* para ir a juego con el resto.

—«Etapa escocesa» suena muy *snob*.

—Lo que tú digas, pero ya me dirás cómo voy a distinguir con la cantidad de piezas que crea, una detrás de otra. Cultura que descubre, cultura que desgrana hasta la esencia para hacerla suya. Beatriz no será una artista al uso, pero te digo yo que será reconocida a lo grande. Tiempo al tiempo. Yo la llamo la nueva RetroWarhol.

—¿Artista al uso?

—Bea no busca la fama ni la notoriedad, aunque directa o indirectamente vende más que cualquier artista con renombre. Para más inri, no le importa diseñar para otros y no hace ascos sobre quién quiere sus obras. Me refiero a que para ella es tan halagador ver a una anciana llevar puestos uno de sus ponchos que un estirado ejecutivo preguntar por el precio de su último mosaico. Y nunca hemos visto nada suyo sobre lienzo. Vamos, que no pinta cuadros como el resto de los pintores artistas. Y precisamente ahora tiene que venir el capullo de su ex a jorobarlo todo.

En eso no podía más que darle la razón, aunque la beligerancia de su tono me estaba sorprendiendo.

—Cuando él no está detrás de su cogote —continuó con un tono cada vez más irascible—, Beatriz se relaja, se centra en lo que quiere hacer y de sus manos salen cosas maravillosas. En el momento que el gilipollas de su ex lo ve, se insufla aires de grandeza y no ceja hasta que ella para de crear o, peor

aún, lo destruye todo porque no es lo suficientemente bueno. Ese es un demonio envidioso que no soporta su evidente falta de talento y por el camino disfruta no dejando que ella cree nada.

—Le tienes en gran estima.

Cerró la boca apretando los labios hasta que se le pusieron blancos.

—Es un manipulador y, si por mí fuera, no le dejaría quedarse. Pero eso depende de Beatriz.

Sentí que comenzaba a desarrollar una úlcera. Incliné la cabeza y la miré fijamente.

—Fue el portafolio de Beatriz el que les dio la entrada, aunque la colonia les aceptó como un combo. Ahora que hay habitación disponible, si ella le deja, pueden quedarse juntos.

Movió la cabeza de lado a lado con los ojos cerrados asqueada ante a la idea expresando lo que yo sentía.

—Has dicho que es su ex —insistí para estar seguro.

—Sí. Por lo visto lo dejaron justo antes de venir aquí. Y no me atosigues más. ¿Trabajabas interrogando gente en el ejército? No me lo digas, no quiero saberlo. Pero no me sonsaques más. Si ella quiere, que te lo cuente.

Ya, como si fuese tan fácil. La comunicación verbal no era uno de nuestros fuertes.

El tipo había vuelto con el rabo entre las piernas a juzgar por la cara de imbécil con la que le habló cuando llegó y no me gustó nada cómo los ojos de Beatriz se ablandaban mientras él la cubría como un pulpo.

Llevaban hablando con la directora más de diez minutos y yo no tenía intención de verla salir feliz después de una reconciliación con su ex.

—Bueno —dije antes de que se notara que quería romperle las piernas—. Yo me voy. Tengo cosas que hacer.

—Pero... —Linn me cogió del antebrazo con fuerza.

—¿Sí? —Miré incrédulo hacia donde me tenía retenido. En cuanto se dio cuenta, aflojó sin soltarme.

—¡No puedes irte! Tienes que llevarla a casa otra vez.

—¿Linn? —sonó la voz de Lundqvist en el intercomunicador.

—Aquí estoy —contestó.

—Trae el libro de reservas, tenemos que hacer un cambio en las habitaciones.

—Ahora mismo.

—Creo que ya está en casa —dije muy a mi pesar.

Linn cerró la llamada y suspiró negando con la cabeza.

No esperé a que siguiera contando. La presión en el pecho me pedía correr o emborracharme, así que salí de aquella casa de locos y no paré hasta que los pulmones amenazaron con explotar.

Y para colmo tenía que volver a por el coche.

Capítulo 33

Beatriz

*L*os sobrinos gemelos de Alvar se encaramaron a mí en el momento que abrí la verja y saludé.

—¿Está mamá en casa? —pregunté mientras me aseguraba de que no caían de espaldas o me rompían los brazos al trepar.

—¡Mamá trabaja! ¡Quédate a jugar! —gritaron. Era increíble lo bien que hablaban inglés.

—Si me dejáis pasar, prometo haceros una Estrella de la Muerte gigante. — La tenía ya construida, pero no había encontrado el momento apropiado para regalársela.

—¿De verdad?!

—De verdad.

Se descolgaron a la velocidad del rayo y me llevaron a empujones hasta la oficina de su madre.

Abrieron si llamar a la puerta y gritaron:

—Bea tiene algo muy importante que decirte. En serio, ¡mamá! Es importantísimo.

Una vez se fueron corriendo otra vez a jugar al jardín, cerré la puerta y solté:

—Quiero presentar una queja.

Anna suspiró, dejó lo que estaba haciendo y me invitó a sentarme enfrente de su mesa.

—Me preguntaba cuánto tardarías. Desde que has llegado, ha sido una catástrofe detrás de otra.

—Quiero que se rechace la solicitud de Juanjo Matías Reguero de entrar en la colonia.

Qué oficial había sonado y qué poco me gustaba ahora aquel nombre.

—¿Quién?

—Mi ex.

—¿Razones?

«Tengo tanto derecho a estar aquí como tú», había dicho tras media hora de zalamerías. Le había mirado como si estuviese loco, porque parecía estarlo. «Con mi dinero», había contestado yo. ¿Y qué es lo primero que salió de su boca? «Eso es lo de menos». Juanjo era un mamarracho miserable, además de un idiota, si pensaba que iba a engatusarme apareciendo de repente. Lo que indicaba hasta dónde habían llegado las cosas en aquella estúpida etapa de mi vida.

En fin, de todo se aprende. Nada como un Juanjo en tu vida para saber poner los puntos sobre las íes con agujas afiladas, para que quede bien claro el mensaje. Faltaban en el mundo borradores láser que quitasen los malos tatuajes pegados al alma.

Al final le dejé a solas con la jefa. Si quería habitación doble pues que se buscara la vida porque no la iba a encontrar manera de quedarse en aquel lugar a no ser que engatusara a alguna otra. Pobre de ella.

—Te diría que porque es un gilipollas, pero aunque cierto, no creo que ayudase.

Anna soltó una carcajada y se recostó en su silla.

Me tomé un momento para explicarme con claridad. Había pasado la última hora devorando el diccionario de inglés encerrada en la trastienda de Astrid. Cuando creía que lo tenía todo bien amarrado y se lo recité a la vieja gruñona, terminó por mandarme al parvulario a aprender de nuevo desde cero. Así que volví a encerrarme hasta que pasé el test delante de Astrid, dos clientes italianos y una amiga de otro pueblo que iba a visitarla de vez en cuando. Conseguí una escueta inclinación de cabeza así que debía tener el discurso más que controlado. No podía esperarse otra reacción de una anciana sueca que coleccionaba antiguallas.

—Juanjo consiguió que su solicitud pasara los primeros trámites porque «conocía» —enfaticé rascando el aire con dos dedos de ambas manos— a una de las personas implicadas en el proceso de selección. Para pasar dicho proceso, y cuando hubo que juzgar la calidad artística, se presentaron ejemplos de mi obra. Especifico. Todo lo que se presentó era mío. Nada suyo, aunque su nombre aparecía en todos los papeles en primer lugar. Tengo copias de todo lo que mandó y su porfolio está lleno de inexactitudes y apropiación

indebida. Lo sé, primero porque siempre le gustó apropiarse de mi obra y, segundo, porque he vivido con él los últimos años para saber que no estuvo ni estudió en casi ninguno de los lugares que asegura. ¿Sigo?

—¿Por qué vienes a mí en vez de a la directora?

—Porque cada vez que alguien protesta, ella da muy buenas palabras, habla con su segundo y luego nada cambia.

Anna arrugó la frente.

—¿Su segundo? Synnöve Lundqvist no tiene segundo de ninguna clase a no ser que hables de su secretaria.

—No, no. —Moví las manos para evitarle el explicarme de nuevo cómo funcionaba la fundación—. El señor alto y calvo con gafas enormes. El representante artístico de Eklund, el chico que va siempre de negro.

—Bergström es parte del consejo, pero no tiene más autoridad que yo o cualquier otro.

—Por si acaso te lo cuento a ti. Justo después de haberle dejado claro a mi ex que no tengo ninguna intención de apoyarle en su intento de quedarse, previo paso por la oficina de la directora asegurando que no tengo absolutamente nada que ver con él. Ni personal, ni profesionalmente. No he entrado en detalles porque quiero que seas tú la que hable en mi lugar cuando os reunáis. Me conoces y has estado conmigo desde el principio. Sé que puedo confiar en ti.

Anna puso cara de incredulidad y abrió la boca para quitarse la carga de encima. Entendí que no quisiera complicarse la vida, pero no tenía aliados más que ella.

—Me gusta este lugar y me alegro mucho de haber venido —aseguré—. No me importa que haya sido un proceso... ¿Cómo decirlo...? ¿Lleno de obstáculos?, pero aquí estoy y quiero aprovechar al máximo posible todo el tiempo que se me ha ofrecido. Si ese... —respiré para no chillar— artista, se queda, yo empaqueto mis cosas y me voy. Y no sin dejar claro el porqué.

Eso último no lo había preparado en la trastienda.

—Está bien —dijo tras respirar hondo—. No voy a levantar sospechas pidiendo una reunión. Si es cierto lo que has dicho, Lundqvist debería habernos puesto en conocimiento del problema. Me asombra que no nos haya dicho nada sobre otras quejas anteriores. Es más, pensé que los problemas de hospedaje de los últimos meses era a lo más que llegaban los problemas. De las irregularidades que hablas tampoco tenía noticia.

Me mordí la lengua para no hacer las cosas aún más difíciles. En la colonia las cosas se hacían de forma informal, por ser benévolo. A nosotros, los artistas, no nos importaba en absoluto, si bien era un secreto a voces la falta de seriedad con la que gestionaba toda la organización.

Se hablaba incluso de comisiones mal pagadas, material desaparecido y bocetos cambiados de sitio sin razón aparente. En un lugar donde muchos artistas compartían espacio era normal que las cosas aparecieran en lugares insospechados, aunque que no te pagaran por obras que sabías vendidas era otro cantar.

Anna acabaría con canas antes de que la directora pusiese el asunto en conocimiento de la junta. Al menos ahora alguien más sabía lo que pasaba.

—Necesito un momento para abrir un protocolo con todo lo que me has dicho. Por tu parte, creo que deberías acumular pruebas de que es cierto.

Asentí con la cabeza y entonces ella comenzó a escribir en su ordenador.

Me dirigí a la ventana y me entretuve en mirar a los chavales jugando en el jardín. Fuera todo era tan idílico, dentro...

Pensé en Alvar.

—¿Alguna cosa más? —escuché a mi espalda. Me estaba despachando.

—¿Se licenció o le licenciaron? —pregunté al cristal.

Anna dejó de teclear.

—¿Perdona? No te he entendido bien.

El pretender barreras idiomáticas era un recurso que solía funcionar. Hacerse la tonta escudándose en el «no entiendo» me había sacado de más de un apuro. Anna era la primera vez que lo utilizaba y no había quedado convincente. Iba a tener que practicar para que colase.

El problema era que necesitaba saber.

—Alvar. ¿Se fue del ejército por decisión propia o porque lo licenciaron?

Giré levemente la cabeza para ver su reacción. Anna alzó las cejas y sus pupilas empezaron a bailar. Era fascinante verla pensar.

—¿Qué te ha contado?

Sonreí.

—Nada —admití.

Se puso seria y cuando sus ojos dejaron de moverse, supe que no pensaba decirme nada sobre su hermano. La entendí, así que opté por ponérselo fácil.

—Será —dije para tranquilizarle— por la ropa interior de colores ocres, o las cazadoras de camuflaje, las botas...

«...las pesadillas».

—Cualquier cazador...

—O las insignias del ejército en cada mochila. Alvar no hace un secreto de ello. Oficial, ¿me equivoco?

Anna soltó el aire con una media sonrisa en la boca.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión? —preguntó algo más relajada.

Entonces me puse seria. Seria de verdad. Me di la vuelta y la miré a los ojos.

—Porque no habla de ello. Cuando más suben en la jerarquía, menos hablan de «ello». Alvar se enerva con cualquier tontería que sale en la televisión. Se ríe de lo que el comentarista afirma; le grita a la radio. Cuando llega el hombre del tiempo se tira en el sofá; cuando se trata de seguridad nacional, guerras en cualquier sitio del planeta o nuevos ataques terroristas, se vuelve una tumba y se le tensan todos los músculos de cuerpo. Murmura y comienza a pensar y no dice nada. No habla de «ello».

«Y si habla —seguí en mi cabeza—, se asegura de que no le entienda. Pero tiene la mala suerte de que la palabra militar se pronuncie igual en todas partes y que sus gestos le delaten. A veces, cuando necesita silencio levanta el brazo y cierra el puño sin darse cuenta. En momentos así me dan ganas de soltar un «¡a la orden!»».

—¿Cómo es posible...?

—Soy observadora. —Encogí los hombros y volví a mirar por la ventana.

«E hija de militar». Yo tampoco hablaba de «ello».

—¿Qué pasó? —insistí.

Tardó un buen rato en responder.

—No lo sabemos, pero debió ser algo gordo para que dejase de repente el cuerpo. Era su vida, Bea. Y ahora... No lo sé. Está perdido. Mejor cada día que pasa, aunque todavía perdido.

—¿Mejor? —Volví la vista a mi amiga.

—Volvió tocando fondo —dijo ronca—, y aunque veo que saldrá del agujero, sigo sin estar segura de que aquí encuentre lo que busca.

—¿TEPT?

Anna no dijo nada. Estaba tan triste que apretaba los labios para no llorar.

Había visto esa cara antes. Yamela la tuvo puesta como un velo durante mucho tiempo hasta que comenzó a salir a flote. Su esposo volvió de Irak con un estrés postraumático serio que les mantuvo separados durante mucho

tiempo, como ella decía. Las mujeres de la cooperativa se volcaron en ella y la aconsejaron lo mejor que pudieron.

«Debí haber prestado más atención entonces».

—No te puedo decir nada —dijo Anna mirando al techo.

Eso contestaba a todas mis preguntas y tampoco era necesario hablar de «ello» así porque sí.

Capítulo 34

Alvar

«*M*aldito subconsciente».

Después de correr como un loco entre rocas, gritarle a los pájaros, dar alguna que otra patada a los árboles, volví a casa con algo más de tranquilidad si bien mi cerebro se empeñaba en enseñarme con todo detalle, y a cámara lenta, aquel abrazo entre ese canijo y ella. En retransmisión sin pausa.

«Mierda de subconsciente».

Abrí el armario y saqué al azar uno de los botes y una pipa para sentarme a fumar. Igual era posible que me deshiciera de los malos pensamientos con cada bocanada de humo.

Fui a abrir el bote y quise darme de cabeza contra la cristalera cuando leí la etiqueta. El tabaco preferido de Beatriz.

«¡Me cago en el subconsciente!».

Fumar en pipa se había convertido en rutina después de mis sesiones con el psicoanalista. Solo entonces me apetecía. Eso, y soltarle la charla a Beatriz. Monólogos interminables en los que le contaba desde las cosas más mundanas hasta todos aquellos secretos que no conocía ninguna otra alma. Es más, la pipa y su compañía hacían semanas que formaban parte del mismo momento. Sin embargo, ahí estaba fumando con la otra mitad de la foto ausente. Y así sería a partir de entonces.

Unos rezan oraciones, yo le contaba a Beatriz, y como no estaba allí para escucharme, había recurrido al plan B de murmurar con sentimiento vengativo una retahíla de agradables expresiones a la vez que apretaba demasiado fuerte el tabaco dentro de la cazoleta. Los esfuerzos por intentar fumar aquel trozo de cemento me harían olvidar el caos en el que yo solo me había metido.

Primero, volviendo a una casa llena de recuerdos que no me recordaban a mí, sino a un yo anterior. Cuatro paredes que me confundían porque me

dejaban en un limbo en el que no terminaba de encontrar mi sitio. Segundo, alojando a una desconocida. Tercero, enganchándome a ella porque sí. Cuarto, pensando que la necesidad iba camino de ser recíproca.

Succioné, y como era de esperar, la pipa no tiró. Iba a terminar con dolor de cabeza, pero volví a intentarlo sin ningún éxito. Perdí la paciencia y lancé el tabaco de la cazoleta al jardín haciendo lo impensable: dando golpes contra la barandilla. El tabaco no salía, me quemé y encima piqué la madera. Una metedura de pata detrás de otra y yo sin poder fumar.

¡Encima me estaban robado!

Alguien salía de la sauna en ese momento. Una sauna de la que solo yo tenía la llave, que abría un candado atado a una cadena alrededor de una barra cruzada sobre la puerta.

—¡Cabrones!

Me levanté y, antes de saltar todos los escalones de una zancada, la vi salir de la caseta como Dios la trajo al mundo. Justo entonces, todas las luces del jardín se encendieron.

La Tierra volvió a girar a su ritmo acostumbrado.

—Ratón, ¿has vuelto? —le murmuré al cristal.

Desde principios de octubre, había puesto el temporizador para que se encendieran a una hora concreta algunas luces que iluminarían el camino que daba a la sauna y al pequeño atracadero. Era la única manera de tener algo de luz a partir de las tres de la tarde.

Beatriz miraba al mar mientras metía una toalla pequeña en un cubo de agua, aplicando el paño mojado de forma metódica sobre su piel enrojecida para bajar la temperatura.

Pasados unos minutos, volvió a entrar en la sauna.

¿Qué habría pasado? ¿Estaría de vuelta solo para preparar el equipaje?

La incertidumbre volvió a instigarme y quise salir corriendo, otra vez.

En lugar de eso, llamé a mi hermana.

—Ando liada —espetó.

—¿Te llamo en otro momento, entonces?

Se hizo el silencio al otro lado de la línea. Ni siguiera se oía ruido de fondo.

Habló tras unos segundos de tensión.

—¿Qué pasa? ¿Te encuentras bien? —preguntó.

—Sí, sí. Estoy bien.

—¿Es Bea? ¿Te ha dicho algo?

No me gustó aquel tono.

—¿Qué tiene que decirme?

—Nada.

—Anna, ¿hay algo importante que deba decirme Beatriz?

«¿Tiene que ver con ese cabrón?».

Cómo necesitaba saber... Y cómo odiaba necesitar saberlo.

—Son cosas de la colonia.

Apreté con fuerza el móvil para no lanzarlo contra la pared.

—Qué cosas.

Por un segundo, uno solo, me había permitido tener esperanzas de que había vuelto para quedarse. Conmigo.

—Anna —insistí.

¿Por qué vacilaba?

—Hemos recibido una visita inesperada —admitió por fin— que ha puesto a Beatriz al límite y a la colonia en otra situación comprometida. La solución ha sido drástica, pero inevitable.

«¿Y cuál ha sido, maldita sea?!».

—¿Y...? ¿Qué ha sido de esa visita?

—¿Resumiendo? Que será más que breve.

Y al oír aquello, apoyé la frente contra el cristal, porque las rodillas tenían problemas para sostenerme.

Beatriz salió de nuevo de la caseta. Pletórica y llena de energía. A mis ojos, más desnuda de lo que estuvo jamás.

—Entonces..., entonces... —Tenía que asegurarme.

—Beatriz se queda, el ex se va y yo alucino que con el caos que reina por aquí, le hayan encontrado un billete de vuelta para esta misma tarde. De repente, dormir en una cama supletoria en la colonia es un gasto que no nos podemos permitir. Según Linn, el señor asumía que tardaríamos unos días hasta encontrar un vuelo. Me alegro, no creas. Un problema menos.

Y resopló como tantas veces en los últimos meses. Harta de la incompetencia de los demás.

—¿Alvar...? —tanteó.

—¿Sí? —Y respiré hondo.

—Bea me gusta.

El comentario me puso tenso y cerré los ojos, no muy seguro de qué contestar.

—Me gusta de verdad —insistió.

Y mi frente volvió a besar el cristal.

—Lo sé, hermana, lo sé.

Colgué y me fijé en el objeto de mis obsesiones.

Llamaron a la puerta justo en el momento que Beatriz se agachó para coger el cubo lleno de agua fría. Subía y bajaba el cubo de forma automática sin saber muy bien qué hacer. Era la duda de siempre: lanzar el agua por la cabeza o del cuello para abajo. Al final optó por la versión intermedia; levantó la cara y vació el cubo primero sobre la cara y después sobre la nuca. ¿Se le puede tener envidia al agua de un cubo de plástico? Sí, definitivamente.

Pero ella no estaba allí para acelerar mi libido, por desgracia. A pesar de sus primeras reticencias estaba siguiendo a rajatabla el tratamiento y éste incluía sesiones casi diarias de sauna a elevada temperatura para fortalecer su sistema inmunológico. No era culpa mía que la sauna fuese tan pequeña que hubiera que colgar la ropa fuera.

Sonó el timbre otra vez.

Y mi cerebro entró en modo binario. Verla acercarse desnuda con todo erizado chorreando agua o ir a abrir la puerta.

Verla contonearse o abrir la puerta.

Espiarla mientras se inclina a recoger la ropa o la estúpida puerta.

Decidí no abrir la puerta. Quien fuese, debería esperar.

Había cogido algo de peso desde aquella aciaga noche, y se repartía de forma proporcional en todas aquellas partes que mejor quedaba. Pechos llenos, caderas succulentas, algo de tripa, muslos fuertes...

Llevaba tanto tiempo famélico que la devoraba con la mirada.

«Si ella me dejase morderla...».

Dio tres pasos más, se soltó el pelo y le dieron varios espasmos por culpa del frío. El timbre volvió a estropear el momento y casi me pilla espiándola al oír ella también la campana.

—¡Voy! ¡Maldita sea!

Me di la vuelta despacio, eso me daría un momento más. Lo justo para verla vestirse a toda prisa con un albornoz mientras luchaba contra los elementos. Nunca había dudado de que el enemigo era el viento, en todos los aspectos de mi vida, hasta ese momento. Su piel de gallina, los pezones erguidos, el albornoz que no caía por su peso dejándolo todo a la vista... El viento me la regalaba por unos segundos más. Iba a tener que replantearme ciertas verdades

universales y pensar en mi psiquiatra para que se me bajara el calentón. Ahora bien, iba arder Troya como por culpa del aire volviese a enfermar.

Ultimamente Beatriz me proporcionaba chutes de adrenalina sin pedirlos, y agradecersele como me parecía de rigor era entrar en terrenos desconocidos, al menos para mí. Con ella todo era mucho más y, por desgracia, mis límites estaban bajo mínimos en aquel momento de mi vida.

La vida me superaba en general, y Beatriz en particular.

Volvieron a llamar, esta vez con los puños.

Entré por fin en casa; si esperaba a contestar, lo mismo el que llamaba acababa necesitando de un fisioterapeuta.

Riéndome ante la posibilidad, abrí la puerta sin mirar por la ventana.

—Nilsson.

Solo décadas de entrenamiento me hicieron parecer tranquilo ante lo que me esperaba a la entrada de mi casa.

—Kron —Giré la cabeza e hice una pausa porque no estaba seguro de cómo llamar al que acompañaba a mi viejo mentor. Este levantó la barbilla a modo de saludo y yo abrí de par en par la puerta para que pasasen.

Vestían de paisano y, por lo que sí que vi a través de la ventana, habían llegado en coche no-oficial, sin chófer. Lo que sea que fuesen a hacer en mi casa, no quedaría reflejado en ningún protocolo.

No se quitaron los zapatos, lo que me dijo que la visita sería corta. Entrar, hacer el trabajo y salir sin que nadie reparase en ellos.

En el momento que entraron en la cocina, Beatriz cerraba la puerta que daba a la terraza, dejándome a mí en medio. Me puse tenso, ella no tenía nada que ver con todo aquello. Durante unos segundos nadie dijo nada.

Antes de proceder a las presentaciones, sin embargo, ella apretó los labios y sin levantar la cabeza más que para decir «*gentlemen*» a nuestros visitantes, se fue a su dormitorio cerrando todas las puertas tras de sí. Agradecí su instinto de no hacerse notar.

—No tengo intención de volver al servicio activo —dije en cuanto oí cerrarse la puerta.

El acompañante de Kron se llevó la mano a los bolsillos y yo, con otro gesto, les invité a sentarse en el sofá.

—¿Café?

—Gracias —dijo el desconocido, si bien podía imaginarme a quién tenía delante. No eran muchos y sus rasgos era lo suficientemente llamativos.

—Iré al grano —dijo mientras yo me ponía a calentar el agua—. Le necesitamos como asesor en los asuntos relacionados con África. Usted tiene experiencia práctica en el terreno y en el campo diplomático. Ha expresado en varias ocasiones sus opiniones, no siempre en concordancia con las políticas del ministerio y ha llevado a término las misiones que se le han encomendado.

Hizo una pausa cuando puse sobre la mesas las tazas de café.

—Estoy retirado, como bien sabe. Y como seguro que también sabe, no me encuentro en situación de reincorporarme.

—No queremos su físico, queremos su criterio. Usted es un cerebro geopolítico andante y lo estamos desperdiciando.

Kron se movió incómodo en el sillón pretendiendo un cambio de postura para beber de su café con más tranquilidad. A nadie se le pasó por alto.

—Sus misiones se desarrollarán detrás de una pantalla de ordenador y el uniforme solo lo utilizará si es invitado a alguna fiesta. Cosa altamente improbable.

Aquel comentario alivió el tono de la conversación, si bien no cambió en nada mi actitud.

En ese momento, Beatriz llamó a la puerta de la cocina. Me levanté a abrir y la vi allí plantada abrigada para salir. Pronto sería noche cerrada. Se acercó a la repisa donde dejaba las llaves del coche y se las metió en el bolsillo.

—Astrid —me dijo.

Se dio la vuelta y encaró a los visitantes

—*Good bye, gentlemen* —dijo con una sonrisa a la vez que levantaba la barbilla y ligeramente los talones. El gesto hizo que se los visitantes saltaran del sofá y se cuadraran ante ella.

Saludó con la cabeza a mis dos acompañantes, ellos devolvieron el movimiento y yo pensé desconcertado lo bien que encajaba en aquella situación.

En cuanto oímos el motor de mi coche, Kron tomó el relevo de la conversación.

—Nos encontramos en un momento delicado en Sudán, y en Mali la situación es cada vez más agitada. Tus análisis nos vendrían muy bien en la visión de conjunto. Tienes la oportunidad de que todo lo que llevas diciendo desde hace una década acabe directamente sobre la mesa de los que toman las decisiones.

Asentí con la cabeza, pero me abstuve de comentar. Primero, porque no

diría nada que no hubiese expresado con anterioridad, y segundo, porque no quería parecer demasiado convencido.

Era una oferta tentadora, aunque quién sabe cuánto tiempo conseguiría mantener la cabeza fría antes de derrumbarme. La posibilidad estaba ahí y no quería tentar a la suerte.

—No le estoy ofreciendo volver al cuerpo como hasta ahora —continuó el «desconocido»—. Es trabajo solo y exclusivamente de despacho. Aportar informes y dar su opinión en lo que es un experto. Nadie le pedirá responsabilidades ni tampoco que tome decisiones. Solo queremos su punto de vista.

«Demasiado fácil...».

—Alvar —intervino Kron—. Sabemos que pasas por un momento delicado. Todos somos conscientes de lo que es volver, pero nadie dice que no puedas seguir con tu vida aquí tal y como quieras. Si decides hacerte *ranger*...

«¿Cómo se han enterado?».

Casi me salió una carcajada cuando pensé en lo absurdo de la pregunta.

—...no te lo impediremos. Tu trabajo en el cuerpo a partir de ahora será a través de un ordenador rellenando informes, una llamada telefónica a la semana y alguna que otra reunión cuando sea menester.

Sabía cómo plantearme las cosas. Siempre había sido así. Mi mentor me conocía mejor que nadie e intuía hasta dónde podía presionar.

Me estaba ofreciendo la oportunidad de seguir conectado a la vida que había tenido los últimos dieciocho años sin tener que sufrir las consecuencias negativas. Las mismas que me estaban comiendo por dentro.

Sonaba perfecto, y media vida acatando órdenes me ponían muy difícil el negarme.

—¿Para cuándo quieren la respuesta?

—Tómese el tiempo que considere necesario. Por ahora, la propuesta es indefinida. Cuando se sienta preparado, le estaremos esperando. Pero no olvide una cosa: los problemas que intentamos solventar no desaparecerán mientras medita sobre su futuro. El tiempo es oro.

Se levantaron los dos y necesité un momento en decidir si llevarme los dedos a la frente u ofrecer la mano. Opté por lo último.

—En las próximas horas recibirá información más detallada. Para cualquier cuestión contacte con Kron o conmigo. Ya conoce el procedimiento. Será informado a través de los canales habituales.

—Sí, señor.

Con una inclinación de cabeza se fueron por donde habían venido.

Diez minutos escasos.

Y en cuanto el coche desapareció en el horizonte, volví de nuevo mis pensamientos a lo que importaba de verdad en aquel momento.

Me puse el abrigo y fui andando al pueblo a sacarla de aquella tienda en la que pasaba las horas rebuscando lo que ella llamaba joyas y el resto de la humanidad cacharros. Con algo de suerte acabaríamos cenando en casa de mi hermana. Hoy me tocaba cocinar y no estaba muy por la labor.

Ojalá pudiese contarle...

Capítulo 35

Beatriz

*M*i conversación con Yamela había sido intensa y, después de una hora al teléfono, seguía teniendo las mismas dudas.

«No te voy a mentir, Beatriz. Has de estar muy segura de dónde te metes porque no es fácil. Mi marido y yo hemos pasado épocas muy malas y creo que si lo estamos superando es por el amor que sentimos el uno por el otro. No sé hasta qué punto podría pasar por ello con alguien que casi no conozco».

Y ahí mi amiga había vuelto a dar en el clavo.

Alvar y yo éramos dos desconocidos en esencia. Hablar de amistad, incluso, era estirar mucho la palabra. Ni siquiera tenía idea de que estuviese al corriente de la atracción que sentía hacia él.

Y lo más importante de todo: no la había solicitado. Todo el lío venía por mí.

Estaba metiéndome otra vez en donde no debía, justo en medio de una situación ya complicada de por sí. Y sin embargo, no me veía capaz de parar. Al igual que cuando metí la nariz en aquel tarro de tabaco; no había alternativa en mí.

Porque estaba metida hasta las cejas, metafóricamente hablando, se entiende. Y eso me asustaba más que todo lo demás junto.

¿Cómo había acabado pensando más en él que en la colonia, o en los colores, o en la cooperativa? ¿Estaba cambiando una obsesión por otra?

Y otra vez tenía que repetirme que mi preocupación era del todo no requerida. No sabía guardar las distancias, daba lo mismo lo que mi cerebro dijese.

Suecia estaba siendo todo un viaje. Un no parar de descubrir, de descubrirme en realidad. Porque en mi vida no había hecho nada como

entonces, sorprendiéndome continuamente. Era increíble lo atada que había estado, y no solo a Juanjo, a conformismos en general.

Aterrizar en el país con más conformistas por metro cuadrado para convertirme en una inconformista tenía su guasa. Pero claro, lo que para ellos era lo normal, para mí era lo extravagante, y viceversa.

Había aprendido cosas de mí misma que desconocía. La más importante era la sensación de paz. Sí, paz.

Hasta que no hube vivido en aquella casa no había sabido lo que significaban el sosiego y la paz interior.

No hacía falta rellenar los silencios, porque los silencios no eran incómodos. La ausencia de sonido tenía presencia y podía envolverte y darte calma, incluso en compañía. El buen silencio era un lujo y empezaba a necesitarlo todos los días si quería funcionar. Siempre había relacionado el silencio con tristeza y tras meses allí, ni siquiera eran conceptos que me pareciesen ya compatibles. El silencio era una nueva dimensión en la que recrearse, y disfrutarla sin perderse.

No tenía por qué estar sola para encontrarlo. Ese había sido quizá el mayor descubrimiento de todos. Disfrutar de la presencia de alguien sin necesidad de nada más, había cambiado por completo mi visión de la realidad.

Oí aquel rugido acercarse. Alvar volvía a casa.

Después de mi conversación con Anna me di cuenta de que ciertos días a la semana volvía siempre alrededor de la misma hora. Eran días en los que se peinaba, se ponía más guapo y luego necesitaba un par de pipas y un monólogo cuando volvía.

No fallaba.

No siempre estaba en casa cuando pasaba, a veces le veía terminar, recoger la manta y meterse en su habitación hasta que la cena estaba lista o tenía él que prepararla.

El resto de las veces, le veía entrar por el porche de atrás, seleccionar un tabaco abriendo y oliendo botes, coger una pipa y sentarse fuera a meditar. Al principio de vivir allí, cuando le veía ponerse cómodo, yo sacaba más mantas y encendía el radiador a la vez que el abría la ventana por donde soplaba el humo. Con el tiempo, él lo preparaba todo por anticipado y yo me unía o no.

Aquel día estaba sentada en el sofá escuchando a Marillion tejiendo unos calcetines. Astrid me había dicho que se vendían como churros.

Levanté la vista y le vi organizar «la fumada». Eligió el tabaco de vainilla,

mi favorito, y yo guardé la madeja y las agujas.

A pesar de las ganas que tenía por ir tras él, holgazaneé en sofá un rato más, viéndole ir y venir.

Daba lo mismo las veces que mirase. Alvar no fallaba en sobrecogerme.

Sus movimientos, su mirada perdida, su belleza física, su fuerza interior. Diablos, todo me gustaba de él.

Tan bello y tan roto.

Poseía una belleza cruda, lijada aquí y allí por la vida, aunque pura e incorregible en esencia. No como la del resto de los mortales, clara a la vista, dulce en el interior o pulida bajo presión social. Alvar era irreverente, genuino y, teniendo en cuenta su biografía, era casi milagroso que así fuese. Porque la vida castrense dejaba huella y no estaba muy segura de si dicha vida atraía a los raros o era ella la que los modelaba de extrañas maneras.

Cuando por fin me miró y levantó la barbilla quise lanzarme a él. Con las manos llenas con pipa, tabaco y cerillas, estaba para que lo achucharan. Lo único que deseaba en ese momento era darle un abrazo. Contacto.

Empecé a regañarme a mí misma. Me había prometido no seguir por esos derroteros y, como era ya habitual, no lo conseguía.

En mi mente la escena se repetía una y otra vez. Él entraba, me miraba, levantaba la barbilla para saludarme y yo le abrazaba, le olía, le asimilaba.

A partir de ahí la cosa se ponía más o menos caliente dependiendo del día. Últimamente terminaba siempre en escena tórrida llena de cuerpo desnudos frotándose por todas las superficies de la casa, incluidas las ventanas del porche.

Ese mismo porche donde en ese momento se ponía cómodo dejando sobre la mesita todo lo necesario para su más que probable único momento de confort mental de la semana.

Me levanté y quise ir a él, pero me obligué a parar.

Era solo sentarse, o tumbarse hecha una bola, en compañía de alguien en el porche disfrutando de la brisa del mar, o la ventisca, a la luz de las estrellas, o las lámparas del jardín.

Todo muy normal.

Pero no lo era. No, no.

Con cada pipa, con cada monólogo en sueco, más quería meterme en él. En cuerpo y alma. Me contaba cosas que yo no entendía, pero que muy dentro comprendía.

Nada normal. En absoluto.

Se sentó y miró durante un momento al horizonte que se vislumbraba gracias a un faro lejano y las luces de alguna que otra embarcación. El resto era oscuridad.

¿Y por qué debía buscarle explicación? ¿Por qué debía comprendernos? Al igual que cuando pintaba, serraba o modelaba, no necesitaba ninguna razón. La idea venía y yo la plasmaba lo mejor que podía. Mi relación con Alvar, fuese de la clase que fuese, no tenía por qué tomarla de distinta forma.

Él era quien era, yo también y los dos maniobrábamos en la vida el uno cerca del otro de la mejor manera que podíamos. La diferencia era que yo no maniobraba. Para mí no había esfuerzo alguno que hacer. Con él sentía paz y no iba a cuestionar que me hiciese sentir bien. Era completamente estúpido hacerlo.

Se cubrió con la manta y apoyó el codo en la barandilla del porche. Cruzó las piernas y vi el segundo exacto en el que dejó de agobiarse para disfrutar el momento. Justo tras la primera calada.

Había elegido su pipa de Popeye, como yo la llamaba. En realidad era una General MacArthur y era una de mis favoritas porque el color de la mazorca usada para hacer la cazoleta hacía juego con su pelo.

El Alvar de aquellos días me recordaba, en apariencia, cada día más al Odín de Dakota. El pelo le había vuelto a crecer y lo domaba a base pasarse los dedos. No conseguía mucho, por lo que volvía una y otra vez a mesarse la melena regalándome placer a la vista.

También se estaba dejando la barba. Espesa, algo más oscura que el pelo de la cabeza con esos dos mechones más rubios a cada lado de la boca. Y suave al tacto, al menos en mi imaginación.

Me comenzaron a picar las yemas de los dedos y me dio rabia no estar más cerca. Un par de veces me había inventado una mota de polvo o una pluma de cojín sobre la barbilla o la mejilla para pasar la mano y quizá me había entretenido más de lo indispensable. Lo que daría por poder meter los dedos y hacer remolinos y trenzas con ella.

Agarré un par de mantas y salí al porche.

Mi voluntad de mantenerme a distancia era inexistente, y quizá fuese masoquista, pero me alegraba que fuese así.

Tardé unos minutos en encontrar la postura.

Me gustaba arrebujarme tumbada en el banco porque, si me sentaba,

terminaba con los pies fríos. Me tapaba por completo, incluida la cabeza, cubría la nariz para oler solo el aroma y no aspirar el humo, cerraba los ojos y escuchaba.

No sabía si me decía cosas o debatía consigo mismo, daba igual. Una vez que comenzaba, solo paraba para darle una calada a la pipa o soplar el humo en dirección a la ventana abierta.

A veces me pasaba la mano por el costado y me apretaba de vez en cuando. En muchas ocasiones su voz se entrecortaba y lo disfrazaba con una tos, por eso yo no le miraba. Algo en mí me decía que no era lo correcto. Al fin y al cabo, no estaba allí para hacerle sentir peor, ¿verdad?

Ese día, su mano aterrizó en mí en cuanto me puse cómoda. Tocó mi cabeza, me acarició el brazo, me acercó a él.

Quise que me acunara.

Pensando además en lo que había pasado el día anterior, quizá...

Estaba serrando a toda prisa porque la *fika* estaba al caer. La pieza que tenía entre manos no era de las más pequeñas, pero era la pieza central de la aurora boreal que tenía intención de embutir por completo a lo largo del día, siempre y cuando terminase primero con la pieza central. Una línea fina vertical que iría en el centro y de la que saldrían dos brazos de luz arremolinados en distintas direcciones. En ese montaje me había permitido el lujo de usar los pigmentos que más se acercaban a la realidad porque quería reflejar exactamente aquel momento mágico.

Erika había abandonado el patio en el momento que empezó el frío de verdad. Con la primera nevada, movió aquella gigantesca escultura dentro y ocupaba casi todo el taller. Como ella, Osvaldo y yo levantábamos mucho polvo y demás partículas, trabajábamos solos en uno de los talleres.

En aquella época del año, la colonia estaba casi desierta. En realidad éramos cinco artistas en total así que era cómico ver como nosotros tres nos apretujábamos en un taller mientras que los otros dos tenían toda una sala para ellos.

Ahora sí que había habitaciones libres, a pesar de que la parte nueva estaba cerrada. No es que fuera a recordárselo a la junta.

Como era de esperar, Juanjo desapareció en cuanto le dejé a solas con la jefa y su habitación doble. No sé si no le aceptaron porque no querían o

porque no podían, realmente me daba igual.

—Creía que ya se habían ido.

Por lo visto, Erika y Osvaldo habían parado de trabajar y esperaban a que yo terminase.

Apremié con la sierra de calar y recé para no pasarme y romper la pieza en dos. Tenía cuatro milímetros de anchura así que era mejor asegurarse.

—¿Quién es el de la derecha? —preguntó Osvaldo.

—Nilsson.

—¿Tu chófer?!

No levanté la vista, me faltaban cinco centímetros.

—¿Y el otro? —siguió preguntado.

—Mi hermano, Milo.

—¿Se llevan bien?

—Solían, aunque viendo como se escrutan...

—¿Es un duelo del lejano oeste a la sueca! Como *Hasta que llegó su hora*.

¿Tenemos una armónica por alguna parte?

—Mi hermano Milo se pide ser Henry Fonda.

—Charles Bronson es el bueno.

—Pero Fonda es más guapo.

—No sé, no sé. El chófer de Beatriz tiene más pinta de vikingo. Sin faltar, claro.

—Se llama Alvar. Alvar Nilsson —aclaré.

—¡Mira! El chófer dio un paso adelante.

—¡Uf...! Algo le ha dicho a Milo para que se cuadre así.

—¿Por qué los suecos no abrís la boca para hablar?

—¡Abrimos la boca!

Paré de serrar y levanté la cabeza. Estaban pegados a la ventana y retransmitían de mala manera la escena que se desarrollaba fuera.

«Dos centímetros más y acabo».

Volví a mis tareas.

—¡Se acercan, se acercan! Por favor que haya pelea, necesito acción.

Y *zas*. Me corté con la sierra.

—¡Me cago...!

—Déjalo para luego —dijo Osvaldo haciéndome señas con la mano para que me acercase sin separar la vista de la ventana—. Aquí hay tomate sueco que exprimir, *miamol*.

Me levanté de mala gana chupándome el dedo. Al menos no había roto la pieza.

Fuera, Alvar y Milo se miraban a los ojos, con las narices casi pegadas y, o el cristal tenía desperfectos, o respiraban sacando el pecho.

—No había visto a Milo así en mucho tiempo. ¿Estás segura de que vuestra cita no funcionó? —preguntó Erika.

—¿Saliste con Henry Fonda sin decírmelo? Mala, amiga. Muy mala.

—Pasamos un rato agradable —dije.

—Suen a aburrimento total —aseguró Osvaldo.

—No. Fue una tarde entretenida, pero no hubo chispa.

Erika suspiró.

—¡Uno movió un hombro! —El cubano estaba disfrutando de lo lindo.

Miré por la ventana y pensé que aquellos dos hombres eran figuras de cera.

—Ahora es cuando suena la armónica, el malo va a sacar la pistola y Charles Bronson le fulmina. Pum, pum. Y luego sopla el cañón —continuó diciendo.

—¡¿Con la armónica en la boca?! —insertó Erika.

—Es el bueno, así que puede.

Y mis dos amigos se miraron a los ojos como si fuesen ellos los protagonistas de un duelo.

—Os habéis perdido el apretón de manos —dije sin apartar la vista de lo que sucedía fuera.

—¡Aggg! ¿Por qué los suecos sois tan civilizados?

—Perdone, el señor.

—¿Hay *fika* o qué?

Capítulo 36

Alvar

Un disparo.

—¡Nos están disparando! —Algunos eliminaban estrés comentando lo obvio. El joven Olander era uno de ellos. Pero no lo haría durante mucho tiempo si quería sobrevivir en aquella jungla.

—¡A cubierto!

La onda expansiva de una explosión a diez metros de nuestra espalda, nos envió a todos al suelo.

—Eso ha sido una granada —apuntó Olander.

—¡Joder! Joder y mil veces joder —murmuró Borg.

«Y así es como una simple misión de reconocimiento se convierte en una batalla campal, pero ¿por qué aquí? Solo hay un par de pequeñas granjas, y no tenemos noticias de que hubiese movimiento rebelde en la zona».

Quedamos todos petrificados al oír aquel grito.

«Se están protegiendo».

La cara de Borg, cuerpo a tierra tres metros a mi derecha, se puso de color púrpura cuando volvió a escuchar el llanto de aquella mujer.

—¡Capitán! Ahí pasa algo y todos sabemos lo que puede significar.

—¿Cuántos son?

Desde su posición más cercana, asomó la cabeza durante un segundo.

—Disparan dos, pero se ve movimiento dentro de la casa. Al menos otros tres, señor.

Cuatro o cinco, siendo optimistas.

Mi segundo comenzó a arrastrarse en busca de un mejor lugar desde el que disparar. A un metro de distancia, apoyando en un árbol que crecía horizontal al suelo.

—Están a tiro. —La ira de Borg podía verse como un aura alrededor de su cuerpo de cien kilos de peso pegado como una lapa al terreno.

Otra vez los gritos.

—Me cago en.... ¿Capitán?

—Atentos. Al menor movimiento abrid fuego. —Mis hombres afirmaron con la cabeza.

Era el momento de negociar. Al menos de pretender la negociación porque este tipo de situaciones acababan casi siempre en sangre.

—¡No disparen! —grité en francés.

—¡Aléjense o matamos a todos los de dentro! —gritó de vuelta uno de los rebeldes adelantándose un paso.

—Muy bien capullo, enséñame más —dijo Borg entre dientes.

—¡Les habla una patrulla de Cascos Azules! ¡No tienen autorización a estar aquí! ¡Dejen las armas y liberen a los rehenes!

Se oyó un disparo dentro de la casa y volvieron los gritos.

Eso nos puso en movimiento.

Llegar hasta la pequeña construcción fue fácil.

—¡Salgan con las manos en alto! —Mis hombres estaban en posición, en menos de treinta segundos entraríamos sí o sí.

—¡Un movimiento y les matamos! —Había miedo en aquella voz.

—¡Salgan y no habrá más derramamiento de sangre!

Las carcajadas de dentro fueron nuestra señal para entrar. Dos por la ventana y dos por la puerta. Varios gritos. Cuatro disparos. Silencio.

En aquel habitáculo había cuatro cuerpos de rebeldes ensangrentados armados hasta los dientes y tres personas acurrucadas en una esquina. En cuanto volvió el aire, los dos granjeros y el niño pequeño corrieron a abalanzarse sobre el cuerpo semidesnudo de una mujer que yacía sin vida atada sobre una mesa con un agujero de bala en la frente, una cuerda alrededor del cuello y la entrepierna chorreando sangre.

—¡Beatriz!

Cuando abrí los ojos ya no estaba en el Congo sino en una habitación a oscuras. El viento golpeaba con fuerza las contraventanas. Los rayos y truenos me trajeron de golpe a la realidad. Otra pesadilla. Cada noche eran peores y algo me decían que iban camino de golpearme todas a la vez.

Un trueno de los gordos me hizo saltar de la cama.

—¡Beatriz!

Corrí a su habitación abriendo las puertas a puñetazos.

—¡Beatriz!

En su habitación no había nadie.

Sentí pánico.

—¡Beatriz!

Oí su voz a mi espalda. Aquellas palabras extranjeras me hicieron soltar el aire acumulado en mis pulmones desde que desperté. El español nunca me había sonado tan bonito.

Más despacio, pero todavía con la sensación de que algo no andaba bien en esta realidad, me dirigí hacia el salón.

La encontré junto a la ventana abrazada a su propio cuerpo. Un trueno le hizo alejarse de un salto.

Corrí en su busca.

—¿Estás bien? —No sabía muy bien qué hacer. Miré de arriba a abajo inspeccionando su cuerpo buscando posibles heridas. No me atrevía a tocarla, pero mis manos iban de su cabeza a los hombros alternativamente buscando dónde posarse.

—¿Tienes frío? ¿Te duele el pecho? ¿Necesitas algo?

Otro rayo y pude ver con claridad su expresión. Estaba asustada. Dijo que no con la cabeza.

De repente la tenía aprisionada contra mi pecho, temblaba y no sabía si por el frío o por el miedo.

—Tranquila, es solo una tormenta. *Shhhhh...*

Tardé un momento en salir del aturdimiento. La visión de aquella mujer violada y torturada hasta la muerte me atormentaba de continuo y más aún desde que Beatriz pisara mi casa. La idea de que aquella escena volviera a repetirse en mi cabeza me forzaba a pasar muchas noches en vela. Si volvía a la cama, la pesadilla se repetiría una y otra vez.

Aquella noche en Gotemburgo había abierto la puerta que encerraba mis recuerdos y Beatriz la mantenía abierta instigándome a enfrentarme a ellos. Su presencia me empujaba a hacerles frente. El problema era que, sin ella, no era capaz. A no ser que estuviese cerca, volvía a enterrar la cabeza como un avestruz. Y me resistía a que lo supiese. Ella no tenía nada que ver con mis problemas, y no tenía intención de mezclarla en ellos. De ninguna manera.

No paraba de abrazarla, de frotar su espalda y de susurrarle tranquilidad. Ella se dejaba mecer y con ese movimiento nos íbamos relajando mutuamente.

Qué bien me sentía dando calma, para variar.

Alzó la cabeza, y la luz de otro rayo conectó nuestras miradas. Levantó despacio la mano para pasarme la yema de los dedos por la frente. Siempre que estaba asustada y me tenía a tiro, repasaba mis facciones como lo haría cualquier ciego que necesitase reconocer lo que tiene delante.

Me preguntó algo en su idioma. Algo importante a juzgar por la preocupación en el todo de su voz.

¿Cómo podía explicarle que había tenido una pesadilla? No podía, no quería, no sabía cómo, ni siquiera en mi propio idioma. Hay cosas que es mejor olvidar y, si no pueden ser olvidadas, al menos guardarlas en lo más escondido del pensamiento para no ser vividas de nuevo.

Seguía hablándome como en un encantamiento. Mientras me hechizaba, acariciaba mi frente, alrededor de los ojos, el puente de mi nariz, los labios. Como lo hiciera la noche que la conocí. Muy adentro sabía que me buscaba, pero se perdía por el camino o mejor dicho, la perdía a propósito en el laberinto que tenía dentro. Si realmente me encontrara, se iría. Nadie se quedaba.

¿Qué buscaba en mí? Yo no podía ser la respuesta a nada, y era imposible que ella quisiera destapar lo que guardaba dentro.

Se entretuvo en mi boca algo más y, cuando apartó la mano, mi cara y mis labios la siguieron como atraídos por un imán. Estaba tan cerca que podía besar su nariz. Esa nariz perfecta y pecosa.

—Si te pasase algo, yo...

Susurró algo mientras le volvía la sonrisa. Era la invitación que buscaba. Temía asustarla más, pero no me pude resistir. Evitarla me dejaba exhausto.

Rocé levemente su boca con los labios y ella recorrió despacio la poquísima distancia que nos separaba. Temblaba de la cabeza a los pies, pero esta vez no por el miedo. Sus manos volvieron a mis mejillas, con un suspiro se relajó contra mi pecho, y yo perdí el poco control que me quedaba.

Por fin.

Aquel beso lo tuvo todo. La excitación del primer beso, la inquietud por no hacerlo como a ella le gustara, el despertar de todos los sentidos, la tensión muscular que anticipa el principio de algo mucho más grande, el dejarse llevar, la certeza de que iba como la seda y la explosiva sensación de que era ella y solo ella.

Y deseé que fuese el primer beso de muchos otros o, mejor aún, el primer

beso de todos los demás.

Acumulando toda la fuerza de voluntad que me quedaba, me separé para asegurarme de que no estaba inventando cosas; que todo iba bien, que los dos queríamos aquello.

Otro relámpago la hizo saltar y agarrarse a mi cuello con fuerza.

—No te asustes. Estoy aquí. No dejaré que te pase nada.

—Lo sé.

Echamos la cabeza hacia atrás al mismo tiempo. Mi cara de sorpresa era reflejo de la suya.

—Sabía que algún día conseguiríamos entendernos —dijo con una sonrisa tímida en los labios.

Sin darme cuenta había hablado en inglés y ella, sin pensarlo, me había contestado también en inglés. Después de meses de ingentes dosis de imaginación y malentendidos, por fin podíamos hablar como lo hacía la gente normal. Tal y como yo lo había soñado millones veces.

Ahora se enfadaría conmigo por no haber querido hablar con ella antes.

—Lo siento, yo...

—No hay nada que explicar —su voz sonaba muy sensual con aquel acento. Fuertes consonantes, palabras a medio terminar, tendencia a lo telegráfico y esos suspiros entre medias... Recordaba cómo sonaba al principio, desesperada por quedar bien y yo, capullo de mí, incapaz de responder por mucho que sus palabras me resbalaran por dentro como un buen café, fuerte, caliente, siempre estimulante.

Eso quedaba atrás. No más rodeos.

Apoyé mi frente a la suya y agradecí en silencio su comprensión. No había sido un caballero negándome a hablar con ella, simplemente no había podido, no había sabido cómo hacerlo.

La besé de nuevo y esta vez para darle las gracias por no atosigarme, por estar ahí, por no dejar que me viniera abajo, por enseñarme a vivir de lleno otra vez.

Estábamos jodidos. Yo perdido en ella y ella perdida en mí.

Sentí su piel de gallina. Solo nos quedaba sentir.

—¿Tienes frío?

—No —dijo con una sonrisa que hasta ahora no había visto antes.

Me sentí muy orgulloso de provocar esas reacciones en ella, pero mejor era no correr riesgos.

—Vamos al sofá. Podrás taparte con la manta.

—Tú vienes también, ¿verdad?

Asentí, y otra vez apareció aquella sonrisa. Con aquella candidez sería capaz de deshelar los Polos.

Nos tapamos con la manta y nos acurrucamos como pudimos en aquel escueto sofá; acoplados el uno al otro. Mejor así, cuanto menos espacio, más pegados deberíamos estar.

Ninguno dijo nada durante un rato. A pesar de que ya podíamos tener largas conversaciones, en los últimos meses habíamos desarrollado un lenguaje sin palabras que nos era más que suficiente y ella no decepcionó torpedeándole con preguntas intrascendentes. Hecha un ovillo apoyó la cabeza en mi hombro y yo la abracé porque me había quedado enganchado a su cercanía.

¿Cómo se supone que iba ahora seguir con mi vida yendo y viniendo si necesitaba tocarla a cada segundo? ¿Me dejaría ella ahora besarla cuando sintiese el impulso? Una vez que había comenzado ya no me veía capaz de parar.

Y yo contento porque no me hacía preguntas con la cantidad de cosas que quería saber sobre ella. Dar y recibir era un intercambio que no sabía cómo llevar a la práctica en ese nivel. Nunca había tenido que hacerlo.

Se giró para mirarme a los ojos. Intuía el bullicio en mi cabeza.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Demasiado.

—Eso es bueno, ¿verdad?

—Depende.

Frunció el ceño, y otra vez sentí su poder sobre mí. No tenía que abrir la boca para saber lo que me estaba preguntando.

—Eso que acabamos de empezar en la ventana...

—No hemos empezado nada en la ventana.

La circulación sanguínea se detuvo.

Otro malentendido y este era de los gordos. El peor de la lista. Lo había entendido todo al revés. Me había besado para sobrellevar el miedo, no porque sintiera nada por mí.

Levantó el dedo y sonrió. Aquel gesto lo tenía clavado en mi cabeza a fuego. Era uno de los mejores y el que más gracia me hacía de todos.

—Lo empezamos el día que apareciste en aquella cabaña oliendo a pescado. Lo empezamos cuando me cuidaste aquella noche. Mi Odín salvador.

Estimulante era poco para definirla. Con ella no había forma de aburrirse.

Pero tenía razón, en parte. Desde aquel día no había vuelto a perderla de vista. Una vez que vi aquellos ojos aterrorizados asomando de debajo de las mantas, ya no pude separarme de ella.

—¿Te asusta la idea?

Me miró altiva antes de contestar.

—Debería hacerte la misma pregunta. No sé por qué, pero intuyo que estar con una mujer no entra dentro de tus planes.

Tocado y hundido. Lo de tomar decisiones de ese calibre no estaba en la lista de prioridades en ese momento, precisamente. Invitarla a estar en casa me había provocado temblores; lo de decidirme a intentar buscar trabajo hizo que las pesadillas volvieran, pero comenzar algo serio con Beatriz superaba con creces el cupo. Y sin embargo, pensar en ello me hacía sentir mejor. Supongo que ayudaba que hubiese estado jugando con la idea durante algún tiempo.

—Hasta ahora lo he estado evitando.

Sonrió en señal de victoria pensando que iba a salirse con la suya. Antes de que siguiera restregándome mi cobardía por la cara, la besé para que se le quitaran todas aquellas tonterías de la cabeza. Este segundo beso fue más firme que el primero, pero un gemido suyo y volvía a caer indefenso ante sus encantos.

En ese momento supe que cualquier batalla con ella estaba perdida de antemano. Otra sensación nueva con la que no me encontraba a gusto, en absoluto.

Antes de perder el norte y no ser capaz de parar, volví a poner algo de espacio entre nosotros con las consiguientes protestas. Al contrario de lo que ella creyese, era cierto que el beso de la ventana había comenzado algo y yo quería estar seguro de que los dos queríamos investigarlo juntos, a ver hasta dónde podía llegar. Beatriz pensaba que no era más que un paso en el camino, pero para mí era un salto con una falla de por medio. Antes de saltar debía tomar carrerilla y más valía que ella me esperase al otro lado. De no ser así, lo mejor era cortar por lo sano y pretender que nada había ocurrido.

—Lo que decía. Eso que hemos empezado en la ventana... —Volvió a reír, y yo dejé que disfrutara del momento—, si bien no lo he planeado no puedo negar que me gusta que haya sucedido, pero no se me olvida que todo lo que pasa entre nosotros es siempre bajo situaciones límite. Sé lo que las situaciones extremas generan.

—¿El qué?

—Espejismos.

—¿Qué quieres decir? —El tono de su voz ya no era el de una colegiala traviesa, era el de una mujer que olía problemas.

—Salvamento en medio de la noche; neumonía de las gordas; falta de comunicación y un temperamento que ríete tú de la cólera de los dioses.

—Hablas por ti, supongo.

—Por los dos —aseguré.

Agachó la cabeza, y yo aproveché para explicar con algo de acierto mi punto de vista.

—Yo estoy en una situación personal de lo más peculiar. Desde que volví, no soy el mismo; me cuesta abrirme a la gente. Ni siquiera soy capaz de intercambiar más de tres palabras con mi hermana sin discutir. Tú vives lejos de tu hogar y, para colmo, estás aquí medio encerrada, convaleciente, sin prácticamente nadie alrededor. No creas que no me he dado cuenta. Sería una pena que arruinara tu tiempo aquí con mis problemas.

—Con tu compañía tengo más que suficiente.

Aquella declaración me sorprendió.

—De hecho —continuó—, he aprendido a quererme más desde que estoy aquí. En vez de mirar hacia fuera ahora miro hacia dentro. Además tú siempre hablas conmigo y aunque no entiendo lo que dices, me gusta escuchar.

Guió mi mano a su pecho.

—Sé lo que quiero y cómo lo quiero —aseguró— y no porque alguien lo haya decidido por mí. Quise quedarme por pura cabezonería, porque no quería darle la razón. Debía demostrarme a mí misma que era capaz de apañármelas sola y ahora no me veo en otro lugar. Me gusta la vida aquí y me da igual que sea en medio de la nada. A mí no me lo parece de todas formas.

Dejó de hablar y miró hacia la ventana. Durante un rato permanecimos allí, inmóviles, viendo la tormenta arreciar.

—Lo único que me preocupa es que no voy a aprender sueco en la vida— dijo tras otro «ay».

La carcajada salió de mi garganta como un torrente.

—No tengas tanta prisa. Acabamos de empezar con el inglés y sé de buena tinta que te comunicas perfectamente cuando quieres. No necesitas el sueco para nada.

—Si tu lo dices.

—Beatriz. Hemos acabado liándonos sin haber entendido una palabra de lo que hemos dicho en meses. Creo que es una prueba de que comunicas. A todos los niveles.

—Tú también has puesto de tu parte.

—No lo niego. He aprendido a leer más allá de las palabras. Con solo echarte un vistazo sé lo que me pides.

—Y qué pido ahora.

Ese lado juguetón era totalmente nuevo y tocaba una parte de mí que llevaba dormida desde hacía mucho tiempo. Pero eso también podía ser otro espejismo.

Le seguí la corriente y me aparté algo para mirarla con detenimiento.

—Te mueres por una taza de chocolate caliente.

Sin parar a ver las consecuencias de mi comentario, me levanté para preparar el chocolate. No había terminado de estirarme cuando oí cómo hablaba para sí mientras se tapaba mejor con algo de brusquedad usando el lado del sofá que me correspondía para apoyar los pies.

—Reconócelo, he acertado —aseguré.

Su mente calenturienta iba a tener que conformarse con el chocolate, porque antes de caer en la tentación tenía que asegurarme de algo.

—Deberías revisar tus poderes —dijo contrariada—. A saber lo que habrás creído entender desde que llegué.

Suspiró y se dejó caer en el sofá.

—¿Quieres chocolate o no?

—Quiero chocolate. —Y con los brazos cruzados sobre la manta, continuó farfullando en español aunque entendí la palabra «sexo» y «sustitutivo» en la retahíla. Mi curso de español *on-line* me había sacado de más de un apuro. Y sí, en eso estábamos totalmente de acuerdo. Yo también tenía intención de utilizar la taza de chocolate como sustitutivo de lo que mi mente imaginaba hacer con ella.

Sentados en aquel sofá con las tazas humeantes a modo de barrera, nos observamos con curiosidad, como si no supiésemos el uno del otro. A pesar de haber descubierto una nueva forma de comunicación, la más efectiva de hecho, volvíamos a las antiguas costumbres una y otra vez. Mirar, observar, aprender, actuar.

Y me observó, vaya si lo hizo.

Una lengua de calor bajó desde mi esófago hasta la entrepierna, elevando la

temperatura de mi cuerpo en su camino. Y no se quedó ahí, en cuanto la piscina de chocolate se acumuló allí abajo, un mordisco de cacao amargo despertó de golpe la base de mi columna.

Ahí tenía la prueba de lo que buscaba. Ojalá fuese capaz de estar a la altura.

Era el momento de actuar. Lo sabía yo y, por su cara, ella también lo tenía claro.

La suerte estaba echada, y ya era tarde para volvérmelo a pensar. Bastantes vueltas había estado dándole a la idea. De tanto volver a ella, acabaría por gastarse antes de poder llevarla a práctica.

Puse mi taza y la suya en la mesa, me levanté y extendí la mano. Ella la tomó y soltó una sonrisa de satisfacción que me hizo sentir más grande, más fuerte, más guapo... Razón tenían los que hablaban de estar en lo alto del mundo.

Me siguió silenciosa a mi habitación y una vez que llegamos a los pies de la cama, quedó allí parada esperando a que yo me decidiera. ¡Qué diferente a lo que estaba acostumbrado! Casi todas las mujeres con las que había intimado habían tomado la iniciativa de alguna manera u otra y siempre de la forma más directa.

Beatriz era mucho más sutil.

«Es muy lista, mi ratón», pensé. Porque si estaba allí a punto de devorarla era porque ella me había guiado hasta allí. Desde que me mirara febril por encima de aquella montaña de mantas.

¡Joder, estaba cagado!

Cruzaron por mi mente millones de posibilidades de que aquello terminara en catástrofe, y retornó la opresión en el pecho.

Mi mano terminó apretando allí donde me dolía, justo a la altura del esternón, pero no estaba sola. Beatriz, como si fuese la cosa más natural del mundo, cubrió mi mano con la suya diciendo algo en su idioma que a mí me sonó a nana.

Se acercó a mí y, de puntillas, apoyó sus labios a los míos, respirando mis suspiros de alivio.

Sabía a azúcar, y sus besos eran igual de adictivos.

Llevamos aquel atracón a la cama para rodar entrelazados el uno al otro durante tanto tiempo que sus labios brillaban hinchados y, como por arte de magia, toda la ropa que nos cubría yacía dispersa por el suelo de la habitación.

No recordaba haber lanzado nada, mis manos hacían el trabajo siguiendo un

plan que, a buen seguro, mi cerebro llevaba cavilando desde que la desnudé la primera vez. Necesitaba tocarla, despacio..., rápido..., ya. Frotar las yemas de los dedos en los lugares más escondidos, besar una y otra vez esa boca sonriente, desesperado por robar esa alegría que se me escapaba. Sentirla bajo mi peso, dejar que trepase por mi cuerpo, buscar consuelo entre sus brazos.

Hacerme olvidar.

—No puedo esperar más, Alvar. Te necesito dentro.

Cómo quise creer que no solo se refería a nuestros cuerpos. Por un segundo quise invadirla. Colarme en su alma y que me dejara dormir allí.

Pero había cosas más urgentes a las que prestar atención en aquellos momentos. Como que Beatriz ya se frotaba nerviosa sobre mi cuerpo. Sus pezones, duros como piedras, resbalaban sobre mi pecho y mi muslo derecho rozaba su centro mojado.

¿Sería capaz de...?

—Sigue, Beatriz. Enséñame esa preciosa cara tuya. Quiero verte vibrar.

Necesitaba estar seguro. Por mí, por ella, por ellas.

—Alvar...

—Estoy aquí.

Agarré sus nalgas, flexioné algo la rodilla y la ayudé en su febril balanceo.

A juzgar por cómo abrió los ojos, el orgasmo la pilló por sorpresa; no daba crédito a los temblores que recorrían su cuerpo.

Su sonrisa de satisfacción una vez que recuperó el aliento, sus mejillas sonrojadas y el sudor que le hacían brillar, llevaron luz donde hacía mucho que solo reinaba la oscuridad en la que me escondía.

Me dejé caer sobre la cama a su lado, duro como el granito y ansioso como un niño pequeño con un juguete nuevo.

Quería jugar y la sensación me mareaba. Por nueva, por antigua.

Beatriz me rodeó con las piernas, poniéndose encima.

—Quisiera...

No terminó la frase.

—Lo que te venga en gana. Soy todo tuyo.

Y comenzó aquel viaje con dedos y labios. Desde mi frente hasta el cuello. Los brazos, las manos, la parte interior de los codos. Ahí reposó sus mejillas y las frotó como una gata. Besó mi cuello, me lamió el esternón, y lamió y lamió

hasta que se aseguró de que estaba todo invadido por ella; su lengua me limpió de miedos.

Y siguió su camino sin prisas a la vez que me volvía del revés, con el corazón en la boca, el estómago en un puño y el mayor de los placeres acumulado debajo del ombligo. Y me dejó frotarme en ella, buscando más, siempre más.

Hasta que no hubo piel en la que restregarme.

Abrí los ojos confundido. Beatriz estaba a cuatro patas con su rostro casi pegado a mi hombría, mirando fascinada cómo se movía, remando el aire a cada pálpito.

—Necesitamos un condón —dijo.

No, no, no. Había cantado victoria demasiado pronto.

Me llevé las manos a la cara y respiré despacio. Pronto vería mi verdadero yo y ahí acabaría todo entre nosotros.

Abrí entonces los ojos y miré hacia abajo.

Y allí seguía ella pensativa, fascinada, indecisa, prestándole atención a las súplicas de mi cuerpo. Porque, como si fuese un milagro, mi pequeño amigo seguía erguido como un mástil y contestando con espasmos desesperados a cada soplo que salía de la boca de mi ratón.

No supe si quería saltar o llorar de la alegría.

—No tengo condones, preciosa.

Entonces salió de ese ensimismamiento en el que se encontraba y, saltando de la cama, grito:

—Ahora me acuerdo. ¡Tenemos condones!

Salió de la habitación corriendo y tras unos minutos volvió enarbolando un paquete de condones como si fuese la bandera de la victoria.

—Fue uno de mis regalos de despedida. Pensé que solo me habían dado chorradas, pero al final los estoy usando todos. Los calcetines de lana gorda, los calzones largos y ahora los condones. ¡Y tengo más cosas!

Estábamos tardando mucho en ir al grano, pero no podía decírselo. Cerré los ojos, apreté los glúteos e intenté mantenerme a punto. Volví a mirar para asegurarme que todo funcionaba y para mi sorpresa, de nuevo, vi como no solo estaba a punto sino que, de seguir así, acabaría antes de tiempo viéndola lidiar con aquel paquete.

—¿Qué es ese olor?

—Creo... —dijo acercando la nariz al envoltorio que estaba abriendo—,

creo que son condones de plátano.

—¿Perdona?

Me iba a aflojar, me iba a aflojar.

«No te rías».

—Sí —leyó—. Esencia y sabor a plátano. «La experiencia que traerá diversión a su cama».

Me tuve que reír. Y con cada carcajada, mi erección decía «si sigues así voy a marearme».

Tendría que haberle sacado una foto.

Beatriz me hacía un hombre feliz y, al admitirlo, se borraron de un plumazo los miedos de mi cabeza, los peores.

Así que, haciendo caso al envoltorio, comenzamos a divertirnos de verdad.

—Deja de esnifar, Beatriz. Los productores de la goma quieren que hagas otras cosas con ella.

—Tengo que ponértelo, Alvar. Si no, va a ser como que no estoy utilizando el regalo como debo.

Entre carcajadas y espasmos consiguió ponerme aquel condón y antes de poder acostumbrarme a la idea de ver mi pene de color amarillo, se lanzó a devorarme.

«¡Joooooder!».

—¡Ah! No voy a aguantar si sigues a ese ritmo.

Levantó la cabeza a la vez que su mano continuaba volviéndome loco.

—Me gusta el plátano, Alvar —dijo toda ingenua—. ¿Vas a privarme de mi dosis de potasio diaria?

Nunca me lo había pasado tan bien con una mujer en mi vida, y menos en la cama.

—Eso jamás —aseguré, aguantando la risa.

Y allá que volvió.

Veinticuatro pasadas con la lengua, duré. Y gracias a que conté porque a la tercera casi explotó. Aquel orgasmo me dejó la mente en blanco y el placer hizo temblar todas las células de mi cuerpo. Un placer así era imposible de explicar.

Creo que perdí el conocimiento por unos segundos.

Ella fue la que limpió aquella orgía de banana porque yo no podía ni moverme. Hubo un momento de titubeo cuando fue a recoger su ropa del suelo.

—Ven a la cama.

Abrí los brazos y ella se acopló a mí como las piezas de puzzle lo hacen; entre ellas y nada más que entre ellas, sin posibilidad de separarse.

Posé la palma de la mano sobre su pubis queriendo devolver el favor.

—Ummm. ¿Podrías dejar ahí la mano por un momento? Me gusta cómo me tocas.

—¿No quieres...?

—Ahora no. Luego.

Apoyó la cabeza sobre mi brazo y respiró hondo. Cerró los ojos y se quedó dormida.

—Luego, entonces —susurré dándole un beso en la frente.

La tormenta había amainado.

Saciado, después de haber eyaculado en un condón amarillo con sabor a banana, reconocí por primera vez que la quería.

Capítulo 37

Beatriz

*M*e había quedado dormida. Como fulminada por un rayo.

Un segundo besaba su pecho y, al siguiente, sentía cómo le ponía perdido de babas. Al menos no tuve que disculparme, porque él dormía como un angelito con las manos entrelazadas sobre mi espalda.

Sin arrugas en la cara, y respirando profundamente a pesar de mi peso, parecía mucho más joven. No es que fuese a preguntar su edad, pero el sueño sí que era reparador en su caso.

Y me quedé mirándole un rato como una boba hasta que comencé a sentir frío en las piernas. Por lo visto, nos habíamos olvidado del edredón.

Desnudos sobre la cama, por muy calentito que fuese su cuerpo, las partes que no le tocaban me recordaban que estábamos en Suecia, ergo, hacía mucho frío. Además, resfriarme no estaba dentro de mis planes.

Quizá fuese un buen momento para volver a mi habitación. ¿Cuál era el protocolo en estos casos? Nunca había tenido un amante esporádico. ¿Me miraría Alvar de la misma forma si me quedaba en su cama? ¿Pensaría que estaba abusando de las circunstancias? ¿Se me notaría mucho que estaba enamorada como una adolescente? ¿Había significado algo para él?

En ese momento me entró una vergüenza terrible. ¿Y si aquello era algo casual para él? ¿Con qué cara recibiría la bofetada de realidad cuando me dijera que «muy bien, pero seguimos como hasta ahora; sin fluidos de por medio, vaya»?

Comencé a despegarme de él. No quería tener que pasar por eso. Para humillaciones, ya había tenido bastante con Juanjo. La bilis que sentí subir por el esófago aceleró mis movimientos.

Abrí las piernas e intenté separarme de él hincando las rodillas en el colchón.

—*Mus* —dijo apretándome contra él.

¿Soñaba con roedores? Tenía que preguntar urgentemente si sufríamos una infestación. De ser así, volvería de inmediato a Dakota, o mejor aún, me plantaría con las maletas en la colonia y le quitaría a Eklund su habitación.

Comenzaron a bullir en mi interior un montón de sensaciones incómodas: la más que posible vergüenza de tener que recoger mi ropa y salir por la puerta una vez invitada muy amablemente a dejarle dormir tranquilo; el frío que me hacía tiritar; la postura absurda en la que me encontraba entre a gatas y tumbada en una versión casposa de la posición de la rana y de la mala leche en la que me ponía el artista atormentado en cuanto su nombre me venía a la mente.

Me estaba amargando el momento.

Volví a levantar el pompis, pero Alvar se aferró a mí con tal fuerza que aterricé sobre él con las palmas de sus manos sobre mis nalgas, separándome los muslos y haciéndome sentir el frío allá donde todo debía estar bien tapadito.

La situación no podía ser más incómoda. Y él dormido soñando con ratones.

En ese momento recé para que no se dedicara al exterminio de plagas utilizando mi trasero como ejemplo.

—¿Qué otras cosas te regalaron antes de venir? —preguntó con voz ronca.

—Creí que dormías.

—Alguien no paraba de moverse.

«Te ha pillado. Disimula».

—¿Quieres que te enseñe más cosas?

—Me muero de curiosidad.

Y pensé: «¿a quién le amarga un dulce?».

Antes de cambiar de opinión me escurrí de sus brazos y fui corriendo a mi habitación. Sandra me había regalado todo un kit erótico diciendo aquello de «la mancha de una mora, con una verde se quita». Mi amiga era una visionaria.

«Me lo pongo o no. Mira que tú no eres de las que enseñan mucho. Saqué la prenda de la caja y casi me caigo de culo. ¿Me rozará justo ahí?».

Así que me lo puse. Por ver si de verdad rozaba.

—No. Vaya chasco.

Hasta que me di la vuelta y no conseguí dar un paso más por culpa de la sensación.

—Sip. Roza.

Andando como un pingüino conseguí llegar a la habitación de Alvar sin dar un solo gemido. Paré justo a la puerta, respiré hondo y me apoyé sugestivamente sobre el marco, o lo intenté.

Alvar encendió la luz y soltó un «*fuck*» arrastrando la vocal a la vez que se peinaba con los dedos.

—¿Qué traes puesto? —La voz le salió algo rasposa.

—Un tanga de caramelos *pez*.

—¿Pez? —repitió más mal que bien en castellano.

—Da igual.

Y cometí el error de mover la mano para quitarle importancia al concepto lingüístico olvidando que cada movimiento, por pequeño que fuese, me hacía vibrar.

Me salió un quejido entre suspiro sonoro y gemido.

—Date la vuelta, despacio —pidió.

Abrí mucho los ojos porque ya había calculado que con más de cuatro pasos bien dados, llegaría a la cama... alcanzando... ¡alcanzando la cima! Dar vueltas como una peonza iba a ser muy difícil.

—Alvar...

—Por favor.

¿Quién podía negarse entonces? Yo no.

Muy despacio, y no porque él lo pidiese sino porque las rodillas temblaban, levanté los brazos y comencé a girar moviendo la cadera.

Soltó otro impropio con la letra efe y se destapó.

—Acércate.

Por fin.

Sopesando cada paso quedé de pie junto al borde de la cama con él tocando los caramelos. Hacía pasadas con las yemas de los dedos mientras parecía pensar.

«Está pensando en guarrerías, seguro».

—Quiero ver hasta dónde llegan. Sube. De pie, conmigo en medio.

«Mucho más eróticas que las mías. ¡Gracias!».

Me cogió de la mano como un caballero y disfrutó mucho viéndome temblar y gemir por culpa de las bolitas de pez. Estoy segura de que Sandra había comprado una talla muy pequeña. Eso, o los productores eran unos sádicos.

La nueva postura aunque cómoda, era hartito pornográfica. Con las piernas abiertas a cada lado de sus caderas, apoyando las manos a la pared con su

cara al nivel de los confites. La excitación que sentía se agarraba con saña a todas mis partes erógenas y el silencio solo aumentaba mi libido.

—Anoche me corrí en un condón amarillo.

«¿Um?»

Pasó las manos por mis muslos hasta agarrarme de los glúteos.

—Con sabor a plátano —matizó.

Sus dedos se curvaron hacia dentro tocando allá donde todo estaba hinchado haciéndome bailar.

—Y ahora me incitas con golosinas.

Se acercó a mí, separó más mis muslos y me mordió trazando círculos con la lengua para llevarse los pedazos de caramelos rotos a la boca.

No se detuvo. Y yo perdí toda coherencia con tantas sensaciones saliendo del mismo sitio. Los labios, la lengua, los dientes, la barba, los dedos... Mis caderas intentaban alejarse de aquella sobreestimulación y, al mismo tiempo, mis rodillas me pedían asiento, ¡en su rostro!

Mi boca solo soltaba incongruencias. Desde «ahí, justo», «no pares que me muero», hasta «no lo soporto, déjame ir, pero sigue hasta que no pueda más».

Y casi lo consigo. Desmayarme. De no ser porque dejé de sentirle. Solo tenía cosquilleos.

Agaché la cabeza y me acerqué más a él.

—No tan rápida. Deja que te quite esta delicia —dijo mientras arrastraba aquel absurdo tanga por mis caderas, sacándolo con cuidado para no romperlo —. Tengo intención de pegarme un banquete luego.

¿Se refería al tanga o a mí? Daba igual.

—¡Deprisa! —exigí.

—Como quieras.

Y me sentó en él. Certero cuan campeón olímpico de tiro. Por fin llena de él.

Y yo grité de alegría trotando sobre él a la desesperada.

—Bea —gimió.

Estaba tan cerca. Empecé a estrujarle.

—Voy... voy.

Y besé el paraíso. Y luego levité.

—¡Bea!

Me agarró con fuerza de la cintura y me elevó. Me apoyé en sus muslos todavía confusa.

—¡Bea!

Y con la cabeza hacia atrás llegó él a su propio *Valhalla*.

Mis piernas cedieron y caí sobre él quitándole todo el aire de los pulmones, seguro.

—Eres perfecto.

Soltó una carcajada y me abrazó con fuerza hasta que bajamos a tierra.

—Deja que vaya a por una toalla o vamos a acabar pegados. —Se incorporó y me tumbó a su lado.

«Seguir pegados me parecía perfecto».

—No. Preferiría... me gustaría más...

—¿El qué?

—¿Qué tal si solo me abrazas? —Maldita sea, aquello sonaba a romanticismo barato.

Alvar no me dejó seguir pensando. Volvió a tumbarse, me agarró de los hombros, me colocó encima suyo y me rodeó con sus brazos como si fuese su osito de peluche.

—¿Así? —preguntó.

—Así.

Y volví a caer rendida por segunda vez sobre su pecho. Lo último que pensé fue en cerrar la boca para evitar amanecer con la mejilla sumergida en un charco de babas antes de que sintiera la tormenta vibrar.

La mar sonaba a dolor y los movimientos del barco eran tan bruscos que, en mi sueño, buscaba cualquier cosa a la que agarrarme. Cuando la encontré, apreté con fuerza y eso pareció calmar los temblores.

—*Mus, mus...*

Una llamada desde el fondo, un eco sordo y constante.

—*¡Mus!*

Abrí los ojos por instinto. Algo no iba bien.

Tardé unos segundos en darme cuenta de dónde me encontraba. No era mi habitación, aunque me sentía en casa. Estaba en casa, protegida. La tormenta rugía, pero fuera. En aquella cama estábamos seguros.

Alvar volvió a llamar al ratón mientras me apretaba fuerte.

—*Min mus.*

Y entonces lo entendí...

Me llamaba en una de sus pesadillas.

—Shhh. Estoy aquí.

Tenía el rostro compungido, movía las piernas. Huía.

—Alvar, despierta.

«No hagas movimientos bruscos, no le asustes más».

Separé algunos mechones que habían quedado pegados a su frente sudorosa. Le faltaba color y movía la cabeza de lado a lado. Cerraba los párpados con fuerza y respiraba como yo después de andar más de dos kilómetros.

Se me encogió el estómago al verle así, tan indefenso, perdido en su cabeza, encerrado en recuerdos. Quise sacarle de ahí, cuanto antes. Mi instinto tomó el control.

Le besé. En los párpados, las arrugas de la frente, la nariz, los pómulos, las mejillas, los labios.

—Alvar. —Beso—. Alvar. —Beso.

—*Mus*.

—Despierta y ven a por tu ratón, Alvar. Estoy aquí.

Se incorporó de repente, haciéndonos caer de lado.

—*¡Mus!*

Abrió los ojos, parpadeó varias veces y me miró confundido. Tardó un momento en comprender dónde y con quién estaba.

—Buenos días —dije bajito.

Se dejó caer de espaldas, soltó todo el aire de los pulmones y se tapó los ojos con el antebrazo.

«Dale un minuto, no le agobies».

—¿Te he asustado? —preguntó.

«No mientas, no edulcores, no le hagas sentir culpable».

—Has tenido una pesadilla.

«¡No salgas por la tangente!».

—Te he...

Le entró el pánico y se le tensaron todos los tendones del cuerpo. Podía oír sus pensamientos encadenados, todos en el peor escenario posible.

—No. —Le callé tapándole la boca con mis dedos—. Te movías intranquilo, por eso te he despertado.

Se dejó caer de nuevo en el colchón y miró perdido al techo. Y siguió mirando, y mirando, con la respiración cada vez más acompasada.

«No le obligues a hablar, pero que sepa que estás ahí si quiere hacerlo».

—Sé escuchar —dije.

Alvar giró la cabeza y sonrió.

—Lo sé —afirmó después de darme un beso en la frente—. Mi psicoanalista está celoso porque te cuento más a ti que a él.

Puso aquel tono que yo conectaba con tabaco de pipa, siestas en el porche, mantas y radiadores de infrarrojos. Y me preparé para lo que sabía iba a ser un viaje a lo que todavía era «secreto» entre nosotros.

Alvar me tenía sujeta contra su cuerpo con ambos brazos, lo que me permitía escuchar los latidos de su corazón. Unos latidos que comenzaban a acelerarse a la vez que su cuerpo se tensaba.

Pasaba los dedos por su piel y me iba recreando en las imperfecciones. Ninguna natural. Cortes, quemaduras, cicatrices de colores, anchuras y tamaños distintos. Se me encogió el alma. Pensé, ingenua, que quizá a base de caricias el dolor se olvidaría.

—No tienes tatuajes. —Me salió más como una exclamación. Era extrañísimo encontrar hoy en día soldados sin tatuar.

Pensó un momento.

—No. Nada que pueda identificarme.

Aquel pedazo de información era importante, la cuestión era si debía preguntar o no. Opté por no abrir la boca.

Soltó todo el aire de los pulmones y volvió a inhalar con lentitud.

—En el ejército te enseñan a enfrentarte a tus miedos, pero este es distinto. Este no viene de fuera, sale de mí. Es invisible y traicionero porque no puedo darle un par de puñetazos. Y siempre ataca por sorpresa. Lo tengo dentro y si lucho contra él, estoy luchando contra mí mismo.

»Estoy abocado a la autodestrucción. Porque mientras una parte de mí se defiende, la otra ataca constantemente. Vivo en una lucha interna perpetua y agotadora.

Hundí la cara en su cuello. No quería que viese lo triste que era oír aquello

—Quizá deba parar de combatir—continuó tras varios intentos por tranquilizarse—. Aunque me aterra pensar que cuando me relaje, cuando tire por tierra las barreras que por ahora lo tienen todo bajo control, la fuerza me arrase y termine por perderme aún más.

Volví a hundirme en él todo lo que pude. Quise penetrar en su cabeza y dar una patada a aquellos horribles pensamientos y cambiarlos por toda la belleza que el mundo podía ofrecer.

—Hay otra posibilidad —siguió diciendo absorto—. Quizá se trate de vivir

con esto. Puede que no haya otra manera y lo mejor sea claudicar. No en el sentido de dejarme ir, sino en el de dejar de pelear en una batalla que no entiendo. Una lucha en la que no tengo armas para defenderme. La cuestión es cómo consigo pensar en ello sin que me den ganas de querer evadirme a toda costa. O, en qué clase de evasión puedo centrarme sin acabar por destruirme.

—Me ofrezco voluntaria.

Me miró confundido.

—Para todo —asegué con una sonrisa de oreja a oreja—. Cuente conmigo para cualquier clase de evasión que se le pase por la cabeza, soldado. Pero que sea calentito.

Miró al techo y soltó una carcajada a lo que yo contesté dándole un bocado en el pezón.

Y funcionó. Vaya si funcionó.

Capítulo 38

Alvar

*M*e despertó el sonido rítmico del cuchillo raspando la tostada al untar la mantequilla. Cuando estaba en alguna misión, aquel tipo de detalles eran los que más echaba de menos. Llevar toda la comida metida en paquetes de plástico y rara vez llevarte a la boca algo caliente por ir siempre ligeros o por estar en lugares en los que nadie debía saber de nuestra presencia, no te hacía sentir mejor. Era una forma de que la máquina continuase haciendo su trabajo, nada más.

Aquel «ras, ras» te devolvía a la infancia y te llevaba automáticamente a tiempos más tranquilos y seguros. Épocas en las que la vida es fácil y te sientes protegido por los que te quieren. El sonido del pan tostado aguantando el tipo ante el ataque del cuchillo me llenó de sosiego.

Beatriz cantaba una melodía desconocida mientras el aire iba saturándose con el olor a café, mantequilla y mermelada.

—¿Alvar? —Era incapaz de copiar nuestro sonido de la «r» de mi nombre. Le salía un ronroneo al que me estaba malacostumbrando. Era una erre insípida cuando la pronunciaban los demás.

Beatriz extendía la mantequilla con paciencia asegurándose de que quedaba perfectamente distribuida por toda la superficie. Nunca dejaba pegotes; si los había, volvía a la carga hasta que todo quedaba cubierto por una película de grosor uniforme.

Me levanté de la cama refunfuñando. Hubiese querido disfrutar ahí un rato más, pero si lo hacía, me podría pasar perfectamente la mañana entera durmiendo.

Me puse el pijama, el albornoz y salí de la habitación.

No habíamos vuelto a dormir juntos una noche entera, hacía casi un mes. Supongo que era un acuerdo tácito o que ambos intentábamos no ir demasiado

rápido.

Yo lo agradecía, sin embargo. Mis pesadillas iban y venían, y ella no tenía que soportarlas. Dormía mucho mejor con ella, por supuesto, aunque no se trataba tanto de mí como de no asustarla.

Cuando abrí la puerta, el más delicioso aroma invadió mis fosas nasales. La casa también olía a tortilla de patata.

Beatriz se había levantado temprano para prepararlas porque decía que quería aportar algo a la fiesta. La fiesta de Santa Lucía.

No es que yo estuviese mucho por la labor, pero con los sobrinos en la procesión no había manera de librarse.

Me senté a la mesa y comencé el desayuno con una taza grande de café solo. Las tostadas podían esperar.

—¿Preparada para el comienzo de la Navidad?

Celebrábamos el día de Santa Lucía el 13 de diciembre y era considerado el pistoletazo de salida para las fiestas navideñas.

—Preparada, aunque para mí empiezan el 22.

—¿Y eso?

Me miró como si fuese un extraterrestre.

—La Lotería.

Estaba perdido.

—¡La Lotería de Navidad! —gritó confusa como si fuese una niña al que le explican por primera vez que tirar de las trenzas de otras niñas en el recreo no está bien—. Y eso me recuerda que tengo tu décimo.

—Aquí hay algo que se me escapa.

Salió de la cocina y volvió al poco rato con un papel en la mano.

—Toma.

En un rectángulo de papel de más o menos 10 x 5 centímetros había una escena navideña impresa en el lado izquierdo y en medio, en grande, había un número de cinco dígitos. En la parte inferior y a la derecha había otros números y un texto en español.

—La Lotería de Navidad es una institución en mi país —explicó—. Juega todo el mundo y hay muchos premios. Las familias y los amigos comparten números y se reparten las ganancias. Las tiendas también compran números y regalan participaciones a sus clientes. El día 22, los niños del Colegio de San Ildefonso cantan los números y los premios.

Los españoles eran raros, muy raros.

—Espera que te lo enseñe.

Fue al ordenador y buscó un video que solo enfatizó el nivel surrealista de la Navidad española.

En la pantalla se veían a un niño y una niña inclinándose y enderezándose al compás de un trabalenguas que era imposible de comprender.

—Este niño canta los números y esta niña los premios.

Y la letanía seguía y seguía.

—Esas celdas doradas redondas son los *bombos* donde se meten todos los números que se venden.

Y la cantinela continuaba hiriendo los tímpanos como lo haría cualquier taladro. Y Beatriz con cara de pura felicidad.

Raros, rarísimos, eran estos españoles.

Cuando paró el video respiré tranquilo. Al verme se echó a reír.

—El *show* dura unas cuatro horas. Podemos verlo en directo si quieres.

—Mejor no.

Volvimos a la mesa y comenzó a mordisquear su tostada, gimió de placer con los ojos cerrados.

Y ya no había ni Santa Lucía, ni loterías. Y tampoco desayuno sobre la mesa porque lo aparté todo con el brazo y la puse a ella como plato principal.

—Ratón, estoy hambriento.

Abrí su albornoz y empecé a desalojar capas de ropa.

—Tengo que subir la calefacción. Llevas siempre mucha ropa encima —gruñí frustrado.

—Me gusta ponértelo difícil. Date prisa.

Y así era desde la primera vez que nos besamos. Un descontrol en el que no había forma de parar. Ni ella, ni yo. Porque en cuanto decidía comportarme y sentarme al otro lado del sillón, Beatriz acababa centímetro a centímetro pegada a mí. Era oler su pelo cuando se lo ponía detrás de la oreja o rozarme con la mano y dejaba de pensar.

Una cosa llevaba a la otra y, daba igual dónde estuviésemos, acabábamos hechos un nudo de brazos, piernas, lenguas y placer. A la cama casi nunca llegábamos. ¡Y era una casa de cincuenta y seis metros cuadrados!

Una vez incluso, no salimos del coche de vuelta de la colonia.

—Suave, ratón.

—Ahhhh.

Entrar en ella era, al mismo tiempo, victoria y necesidad. La buscaba y el

pecho se me expandía cuando la encontraba.

Y siempre estaba dispuesta. No había conocido alguien tan pasional en mi vida.

Estiró los brazos para abrazarme.

—Alvar.

—Déjame mirar. Solo un momento.

Sobre la mesa, con las piernas en alto, la agarré de los tobillos y al mirar hacia abajo casi dejo de respirar si bien sabía que el aroma de nuestros encuentros era mejor que cualquier tabaco de pipa hecho en la historia. Beatriz podía hacerme vivir sin aire si quería.

Entraba y salía de ella todo lo despacio que mis ansias dejaban. Y ella acoplaba sus caderas a aquel bamboleo mientras me miraba con los ojos vidriosos.

—Si sigues así—susurró agarrándose al borde de la mesa—, voy..., me voy...

Y yo.

Estaba estrujándome a la vez que me bañaba con sus jugos. El sonido era afrodisíaco suficiente para hacerme explotar.

Había acelerado el ritmo y con cada vaivén su pecho bailaba. Iba a durar muy poco más.

—Alvar... ¡Alvar!

Y comenzó a temblar de arriba a abajo mientras me apresaba.

«Un poco más, un segundo más y...»

Salí de ella a regañadientes y no tuve que tocarme para eyacular como un géiser sobre su piel, su ombligo, su pecho, su cuello.

—Ardes —dijo sorprendida.

Quise untarla con mi esencia. Cubrirla conmigo. En vez de eso me dejé caer y ella me enredó con brazos y piernas.

—Eres un volcán. —Sopló y la piel de mi cuello se puso de gallina.

Estaba jodido. Enamorado como un colegial.

—Vamos a llegar tarde.

Beatriz tardó un momento en entender a qué me refería. Y me sentí fatal por meter la vida diaria donde no debía, pero era eso o empezar a regodearme en lo bien que me sentía pegado a ella.

La ayudé a incorporarse y entonces vimos el estropicio.

—Voy a tener que lavar el mantel —dijo toda seria.

Y a mí me dio la risa porque la cocina parecía haber sido arrasada por un tanque y no podía esperar al siguiente ataque.

—Me presto voluntario para limpiar mientras te arreglas —me salió en un tono muy marcial.

—Una ducha rápida y estoy lista.

A veces no sé por qué le daba tantas vueltas. Si no hubiera sido sobre la mesa, habríamos terminado bautizando la ducha, por tercera vez esa semana.

—¿No te duchas? —dijo al salir del cuarto de baño.

«¿Y desprenderme de tu olor?».

—No.

Arrugó la frente pero se abstuvo de preguntar. Mejor, porque era un perverso y no tenía intención de pregonarlo.

—Vamos, se hace tarde.

*M*i hermana tenía todos los ingredientes preparados en la cocina cuando llegamos. Todos menos el más esencial.

Azafrán.

Porque sí, en Suecia la Navidad empezaba extraoficialmente el día 13, día de Santa Lucía, comiendo bollos de azafrán. Una Santa italiana que había aterrizado a saber cómo en nuestra cultura. Tanto que cantábamos el «Santa Lucía» mejor que los italianos por mucho que ellos lo negaran.

Todos los años se elegía, entre las niñas del pueblo, a la que sería la Santa Lucía de las fiestas y era la que presidía la procesión de niñas luz y niños estrellas por las calles del pueblo. La Santa del año era la única que llevaba cuatro o cinco velas pegadas a la cabeza en una diadema, el resto de niñas las llevaba de la mano y los niños acarreaban estrellas. Los más pequeños iban vestidos de elfos al final de la comitiva, al menos en nuestro pueblo.

Pero antes había que comer bollos de azafrán y Beatriz había puesto el grito en el cielo porque comprábamos «del malo» en el supermercado cuando ella podía conseguir azafrán de verdad por la mitad de precio.

Y eso hizo. Unos días antes había llamado a alguien y, tras dos frases que sonaron a orden, nos había asegurado que el condimento llegaría vía urgente.

Habíamos esperado hasta el día 12 y Anna andaba furibunda porque no había comprado azafrán pensando que llegaría a tiempo. En resumen, que en vez del día anterior, íbamos a hacer los bollos el mismo día.

Mi ratón y yo no entendíamos a qué cuento mi hermana estaba haciendo semejante teatro cuando era su marido el que se encargaba de cocinar en aquella casa. Tampoco es que fuésemos a indagar. Cuando mi hermana estaba furiosa daba mucho miedo.

Además del azafrán llevábamos tortillas. No podía quejarse.

—¡Mamá! La túnica me está corta.

—¡Bajad a decir hola y a hornear los bollos!

—¿Por qué mi estrella es más pequeña?

—Porque eres el pequeño.

—¡Por cuatro minutos!

—¡Bajad, he dicho!

—¡Me has roto un pico!

—¡¿Yo?! No dejes tus cosas por medio, entonces.

Anna se dejó caer sobre la silla y se llevó las manos a los ojos.

—Llevan así toda la semana. Y todo porque les han puesto juntos en la procesión. El mayor se ha quedado a dormir en casa de un amigo porque no lo soporta. Envidio su suerte.

Gruñí. Lo de ser gemelos era un rollo para los niños. La gente asumía que tenían que hacerlo todo a la vez, cuando lo que realmente querían, era dejar de ser por una vez la sombra del otro.

—Voy a subir antes de que se maten —dijo mi hermana.

—¿Necesitas ayuda? —se ofreció Beatriz.

—Puede que sí. Delante de ti, digo yo que se controlarán. Alvar, ¿empiezas a organizarlo todo?

Dije que sí con la cabeza y ellas fueron arriba a poner orden.

Mis sobrinos bajaron al poco tiempo, pero mi hermana y Bea se las apañaron para librarse de preparar nada.

Para cuando volvieron a la cocina, casi todo estaba hecho y era casi la hora de vestir a los niños para la procesión.

Beatriz estaba distante.

Se abrigó como en los tiempos en los que estaba enferma, no comió, no bebió, reía sin ganas y pidió volver a casa alegando cansancio.

Capítulo 39

Beatriz

—¡Idiota, idiota y más que idiota! Beatriz, eres la mujer más idiota del mundo —le grité a la ventana.

¿Cómo decírselo? ¿A bocajarro? ¿Tras una cena romántica? Me hundí aún más en el agua caliente y dejé resbalar el cuerpo hasta que solo quedó la nariz por encima de las burbujas.

No podía esperar mucho más. Llevaba tres días eludiéndole.

El primer día no había sido complicado. Me había levantado temprano y había pedido a Linn que viniese a buscarme. Por suerte, Alvar dormía cada vez mejor y no siempre madrugaba. De vuelta me trajo Anna y dejé que los hermanos conversaran sin meter baza. Hice el mejor ejercicio de mimetismo con las paredes de la historia. Ni abrí la boca, hice la cena aunque no me tocaba y me fui a la cama en cuanto mi doctora salió por la puerta.

Anna supo inmediatamente que no había tenido el valor de hablar con él, así que se esforzó por atraer sobre ella toda la atención. La querré siempre por ello.

El segundo día, el *ranger* de la zona se puso malo otra vez y Alvar se ofreció voluntario para sustituirle. Salvada por la campana.

El tercero fue una pesadilla. Creo que hasta me mordí las uñas. Alvar se levantó temprano y preparó el desayuno. Y yo no podía mirarle a la cara. Después me acercó a la colonia y salí corriendo del coche sin mirar atrás. Vino a recogerme pero me escondí en el baño. Mentí a Osvaldo diciendo que volvería a casa en coche cuando en realidad lo hice andando con nieve hasta las pantorrillas porque no quería ver a nadie.

Buscaba tiempo, de donde fuese, para estar sola. No sirvió de nada.

El cuarto día —es decir hoy— me había metido en la bañera con la esperanza de que él terminaría solo el desayuno, saldría a ayudar a alguien, yo

me quedaría en casa y, con suerte, encontraría la forma de prepararme el discurso. Ese era el plan.

Llamaron a la puerta del baño y yo salté por el susto chapoteando en el agua al resbalar sobre la superficie de la bañera. Tragué agua y comencé a toser.

Alvar entró como una flecha.

—¿Te encuentras bien?

Metió los brazos en el agua y se aseguró de que volvía a la posición sentada.

En vez de marcharse una vez que vio que no pasaba nada, se sentó al borde de la bañera y esperó.

Y esperó.

Y siguió esperando.

—¿Qué ocurre, Beatriz?

No *mus*, o preciosa. Estaba serio y con razón.

Tres días no eran suficientes. Tampoco tres semanas, no digamos tres meses. Me asusté pensando lo relativo del tiempo ahora.

Cerré los ojos apretando los párpados. ¿Y si no era tan malo ni tan bueno ni tan aterrador? ¿No había quedado claro que ir estirando las malas situaciones no llevaba a ningún lado?

«Un segundo más y me aclaro. ¿Después de más de cuarenta horas de falsos intentos? ¡Idiota!».

Al cabo de un rato, una mano me acariciaba a lo largo de la pierna. Sonreí sin abrir los ojos. Las manos de Alvar me recorrían de arriba a abajo y yo las sentía muy dentro de mí. Sabía cómo aliviarme con solo una caricia. Me desencajaba, me exponía y volvía a dejarme como nueva. Con él todo era una experiencia catártica. Tenía tanto que agradecerle.

«Y ahora aún más, si cabe».

Suspiré y abrí los ojos. Eso había que hacerlo cara a cara, mirando a esos ojos espejo de los míos.

—¿He dicho o he hecho algo? Estoy perdido.

Dije que no con la cabeza.

—Alvar, estoy embarazada.

Dejó de acariciarme.

—Has dicho que estás embarazada.

Tenía cara de estupor. No le culpaba. La cara que puse en casa de Anna debió ser tal que supuso que iba a desmayarme. Me había sentado en la cama

de uno de los gemelos y, apretándome la mano, me guió en el difícil arte de hacerme respirar con normalidad después de la bomba que me había soltado.

Le dije que mi regla había sido irregular y, con el siguiente chequeo, había hecho las pruebas.

No creí ni una palabra. Ella insistió. Seguí sin creer. Ella sacó los resultados. ¡En sueco! No podía ser verdad. Y entonces dijo que iba a ser tía y la creí.

—Es imposible.

Eso también se lo había dicho yo a Anna.

—Me temo que es cierto. Amarse trae efectos secundarios. Vamos a tener un bebé.

Y así fue como la decisión fue tomada y comencé a sentirme bien ante la idea. El miedo desapareció. Esos oscuros pensamientos que en los últimos días plagaban mi estómago se desvanecieron. Iba a ser mamá.

«Suenan bien».

—¿Vamos?

Había pasado a la siguiente etapa con demasiada celeridad. El miedo volvió con venganza.

—¿Quién es el padre? —más que preguntar, acusó.

Esa reacción nunca la hubiese imaginado. Es más, supuse que si le gustaba la idea, sería padre y si no, pues lo haría sola. Que no aceptase la paternidad nunca entró en las loterías.

Un momento...

—¿Cómo que quién es el padre, Alvar? Tú, por supuesto.

—Dime la verdad.

Si me pinchan no sangro.

Se levantó y se alejó de la bañera. Aquellos tres pasos hacia atrás dolieron mucho.

—Beatriz, no me gustan estos juegos. Ninguno de los dos los necesita. ¿Estás embarazada? Me alegro por ti, pero no me envuelvas. Es un golpe bajo.

Las palabras abandonaron mi garganta. ¿Cómo?

Puede que hubiese sido un interesante duelo de voluntades de no ser porque no se puede luchar desde el lodo.

Me sentí indefensa.

—Fuera —susurré—. Estás invadiendo mi intimidad.

Pareció dudar. ¿Qué esperaba? ¿Que le mintiera? ¿Que suplicara? ¡¿Qué?!

Bajé la mirada y solo entonces salió de la habitación dejando un agujero tras de sí, metido en la bañera, temblando dentro de mí.

Y no sentí nada. Por un momento todos los sentidos quedaron suspendidos. El agua no me acariciaba la piel, los ojos se me quedaron en blanco, las sales no olían a nada reconocible. Todo se había quedado envuelto en silencio. Uno que hasta entonces me era desconocido y que me anestesió entera.

Un portazo me devolvió a aquel cuarto de baño.

¿Se había suspendido el tiempo?

La luz de fuera comenzaba a oscurecerse y yo seguía en la bañera. Hecha pedazos. El agua se había quedado fría.

«Piensa, Beatriz. Piensa».

Y todos los sentidos se pusieron en funcionamiento a la vez y lo único que me pedían era vomitar. Salí de la bañera y mientras intentaba tranquilizar mis tripas agarrando con fuerza la tapa del water, lloré impotente pensando en el lío que me acababa de meter. Porque había caído en aquel pozo yo solita, es más, me había lanzado a él sin pensarlo ni una sola vez.

Parecía todo tan fácil antes.

«Piensa, Beatriz. Piensa».

Sentada en el retrete solo era capaz de llorar y regodearme en esa horrible sensación de abandono tan conocida y repudiada. Primero con Juanjo, ahora con Alvar. La distinción estaba, sin embargo, en que el dolor entonces solo fue una milésima de lo que ahora sentía. Llorar no era suficiente para aliviar el desasosiego y la angustia. Eran tan grandes, que ni con gemir y gritar se iban.

¿Cómo podía ser posible que lo que era perfecto en realidad no fuese nada? ¿Qué mente retorcida podría creer que había estado jugando a dos bandas? ¿Qué le pasaba para estar tan seguro de que no podíamos estar juntos?

«Piensa, Beatriz. Piensa».

El embarazo, concluí en ese momento, solo era la guinda. Alvar nunca había confiado en que lo nuestro fuese a durar. Si bien cuando se relajaba yo veía adoración en sus ojos, siempre había habido algo que le echaba para atrás.

Por lo visto había encontrado el repelente perfecto.

Daba igual cómo o cuánto me entregase a él, siempre había procurado mantener los sentimientos al margen. Lo nuestro siempre le había desbordado, incluso antes de empezar.

¿Por qué entonces había sido tan descuidado a la hora de protegerse? ¿Por qué me había dejado quererle de forma desatada y sin control? ¿Por qué

siempre se había comportado como si un embarazo no estuviese en la interminable lista de inconvenientes a la hora de acostarse conmigo, de amarme?

No era muy ducha en lo que se refería a relaciones, pero con mi primer amor ni siquiera hubo amor. Nunca había existido. Con Alvar todo era completamente distinto. Le quería hasta la extenuación, en cuerpo y alma, y me sentía completa.

No, no. Odín no iba a arrebatarme eso. Jamás consentiría que ensuciara nada de lo que había entre nosotros y mi bebé era prueba de ello. Mío, no nuestro. Mi bebé.

Volví a echar hasta la primera papilla.

¿Alvar no lo quería como suyo? Yo lo compensaría por ello. De sobra.

Alvar me había enseñado a quererme a mí misma y Odín no podía hacer nada por evitarlo. Alvar me amaba pero Odín..., Odín siempre me había mantenido a distancia y contra un dios no se puede luchar. Yo siempre estaría ahí, la puerta siempre estaría abierta para que Alvar quisiese a mi bebé, pero su lucha con Odín no podía caer sobre mis espaldas. Él y sus fantasmas debían hacer las paces, si es que algo bueno podía salir de aquellos dos. Estaba dispuesta a soportar al dios vengador, pero no iba a consentir que decidiera lo que hacer con mi vida; con nuestras vidas. Si Alvar optaba por vivir bajo ese yugo, sería lejos de mí y de nuestro..., de mi bebé.

¡No había nada más que pensar! ¿Por qué tenía que asustarme estar embarazada? Era la cosa más natural del mundo. Era, de hecho, la mejor noticia.

Yo protegería a mi bebé, sola. Sola, no. Tenía una armada de gente que me quería alrededor. ¿Que Alvar no quería ser padre? Era su problema. ¿Que era un cobarde? Seguía siendo su problema.

Era él, en última instancia, quien saldría perdiendo.

Pensé en mi familia, mis amigos, mi gente, Anna... Viendo cómo estas mujeres disfrutaban de sus hijos, saliera bien o no su relación con los padres, me hizo relativizar esa horrible sensación de rechazo. Si alguien no me quería, si alguien no me apoyaba, no iba a consentir que fuese el fin del mundo. No me lo podía permitir.

Llamé a Anna y comencé a empaquetar.

Abrí todas las maletas que tenía y metí mi ropa dentro a trompicones. Lo que no cupo, fue a parar a bolsas de plástico de la basura junto con cualquier

trapo, colcha, o proyecto que tuviera por allí repartido. Lo até todo con una cuerda, salí de casa y metí las llaves en el buzón.

Anna no hizo preguntas cuando me vio allí de pie esperando a la puerta de casa con cuarenta bultos a mi alrededor. Me ayudó a colocarlo todo en el maletero y puso la radio para no tener que conversar. Ni siquiera preguntó dónde tenía que llevarme. La intuición de mi doctora no tenía parangón.

Una vez en la puerta de la colonia y después de poner el montón de cajas en la entrada, preguntó:

—¿Puedo pedirte algo?

—Lo que quieras.

—No te marches de repente, por favor. —Tenía los ojos llenos de lágrimas y miraba hacia mi vientre con muchísima ternura.

Era difícil mantener el enfado. Ella no tenía la culpa de nada.

—No lo haré —prometí—. Incluso estando en Madrid, me verás tan a menudo que desearás no habérmelo pedido. El bebé necesitará desesperadamente de su tía; es ley universal.

—Gracias. —Como buena sueca, Anna evitaba en lo posible mostrar demasiado sus sentimientos, pero se la veía hecha un flan.

Éramos dos.

Nos dimos un largo abrazo y, por tercera vez, comencé una nueva etapa en Suecia. La sensación de *déjà vu* empezaba a enervarme.

Capítulo 40

Alvar

—¿Cómo ha podido hacerme esto?! —Antes de darme cuenta, había barrido con el brazo una de las estanterías de la consulta de mi hermana tirando al suelo libros, archivadores y fotos de familia.

Los que todavía no se creían que no hubiese tenido ningún ataque violento desde que volví, podían ahora respirar tranquilos. Y, para darles crédito, debía admitir que me sirvió para desahogarme, al menos durante los treinta primeros segundos.

Llevaba corriendo tres días. Literalmente. Corría y corría, tanto y tan lejos que el segundo día no conseguí encontrar el camino a casa. Cuando llegué sin aliento a una carretera, no sabía cuál, tuve la suerte de que un chaval parara y me acercase a casa de mis tías. Mi nueva residencia.

Eso no impidió que al día siguiente volviese a salir a correr. Correr. Lejos de la gente y lejos de la serrería, no fuese a tener malas tentaciones.

Le grité a las olas, por traérmela, por deslizarla en mi vida sin venir a cuento, por apuñalarme la espalda en cuanto creí que...

Le di una patada a la puerta del mueble y por poco se cae toda la construcción sobre mi cabeza. Una pena, si me quedaba inconsciente, a lo mejor, encontraba la forma de salir de esta.

—Ella no ha hecho nada sola —espetó mi hermana a la defensiva—. Por si no lo sabes, para que una mujer se quede embarazada necesita de la otra parte contratante.

—Lo malo es que esa otra parte no soy yo, ¿lo entiendes ahora?

Mi hermana cerró los ojos y se masajeó las sienes. Su estrategia personal para no perder la paciencia.

—¿Qué quieres decir?

—¡Que el bebé no es mío, así de simple!

—¡No puede ser! Beatriz nunca haría semejante cosa.

—¡Te digo que el bebé no es mío! —Me di la vuelta y volví a cargar contra otra estantería. Esta vez conseguí romper un montón de estúpidas figuritas de cerámica que solo acumulaban polvo. En un futuro cercano mi hermana me lo agradecería.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? ¡Y deja de destrozarme la oficina!

No contesté, no quería contestar.

—¿Alvar? —insistió.

Estaba de las espaldas a ella, con los puños cerrados y la cabeza apoyada en la pared intentando no perder más el control.

—Alvar...

Respiré tres veces.

—Alvar.

Decir algo guardado tan dentro durante tanto tiempo no iba a ser fácil.

—Hermano.

Volví a respirar y comencé golpear la frente contra la pared.

—Por favor. Dime, qué es.

—Soy estéril —me salió en un murmullo, pero la admisión la sentí como un altavoz de discoteca en mi cabeza.

—¿Qué has dicho?

Levanté la vista y me di la vuelta.

—Soy estéril, Anna. Siempre lo he sido.

Mi hermana tuvo que sentarse, consternada ante lo que le acababa de decir. Su sueño de ser tía se desvanecía traicionada por una amiga que no era tal.

—No sé que decir —soltó en un suspiro mirando el techo.

—No hay nada que decir.

—No te enfades si te lo pregunto, pero ¿desde cuándo lo sabes?

Vencido, me dejé caer en uno de los sillones. Aquella conversación podía ir para largo y, ya que estábamos, qué más daba que saliese toda la ponzoña.

—Fue la razón por la que Lotta y yo lo dejamos. Ella estaba empeñada en tener hijos y lo estuvimos intentado durante casi un año hasta que hastiada fue a que nos viera un especialista. El culpable era yo. Fue una ruptura asquerosa. Un día volví de la academia y nada más entrar por la puerta me esperaba con unos certificados médicos y una maleta.

—¿Podría ver esos papeles? Como doctora, por supuesto.

—Nunca los cogí. Cuando me dijo con lágrimas en los ojos que lo sentía

mucho, pero que no podría comenzar una vida con un hombre casado con el ejército y sin posibilidad de formar una familia, me di la vuelta y me marché con lo puesto. Volví al cuartel y lo demás es historia.

—Alvar... Lo siento muchísimo.

—Ya, gracias. Pasó hace mucho tiempo. Ahora sabes por qué no creo una palabra de lo que dice Beatriz. Me ha dado una puñalada por la espalda y encima me jura y perjura que no hay otro. La muy zo....

—Alvar —me interrumpió—. Antes de que sigas. ¿Te explicó Lotta o aquel especialista la clase de esterilidad que sufrías?

—De la que no te deja tener descendencia. ¿Qué más da?

—Solo sígueme la corriente un momento, por favor. Qué te dijo Lotta exactamente.

—Que mis pequeños renacuajos no sabían correr, o algo parecido. No creas que fue muy fina.

—¿Te acuerdas del especialista al que fuiste?

—Recuerdo el hospital, ¿por qué?

—Déjame hacer unas llamadas y luego te cuento.

—¿Qué pasa, Anna?

—No estoy segura, por eso necesito aclarar unas cosas.

—Cuéntame ahora mismo qué danza por tu cabeza. No pienses por un momento en ocultarme nada y menos con algo tan importante después de lo que está pasando.

—Verás. —Volvió a masajearse las sienes—. A veces la velocidad de los espermatozoides no es lo suficientemente buena y por eso es muy difícil la fecundación, pero no significa que sea una condición permanente. También es posible que durante un periodo de tiempo el número sea algo más bajo de lo habitual. En más ocasiones de las que imaginamos, el estrés o un estado convaleciente pueden producir una infertilidad «temporal». Nada que no pueda volver a su ser una vez pasen los efectos del agobio o el cuerpo vuelva a recuperarse. Puede que fuese lo que te ocurría a ti, pero debo asegurarme y, para ello, es mejor que accedamos a tu expediente.

Cuando le dije el nombre del hospital comenzó a buscar números de teléfono y nombres en uno de sus directorios.

—¿Recuerdas si por aquella época estabas bajo presión?

Arqueé las cejas ante lo absurdo de la pregunta, aunque viendo que mi hermana seguía seria y a lo suyo me acordé de nuevo de que vivía entre

civiles.

—Anna, llevo bajo presión desde que fui a alistarme.

—Supongo, pero en aquel tiempo, ¿más si cabe?

Pensé un momento.

En aquella época todo era dolor y puro agotamiento. Del físico y del psicológico. Estábamos continuamente de maniobras, comíamos tarde mal y nunca, y no dormíamos durante días. Cuando Lotta me llamó para que fuese a verla lo antes posible, intenté escurrir el bulto para no tener que sufrir además un fin de semana de polvos encadenados. Nunca se me hubiese ocurrido hasta aquel momento que el sexo pudiese llegar a ser tan mecánico y, en ocasiones, había soñado con tener a mano una pildorita azul que me ayudara a mantener el tipo. La inseminación artificial comenzó a parecerme la panacea. Una peli porno, una paja y por fin el embarazo deseado.

Yo no fui el único en tener problemas de alcoba. En mi compañía, la soltería comenzó a esparcirse como la pólvora. En aquellos primeros meses de cuartel, algún compañero recluta te enseñaba la foto de su novia o mujer en el móvil un día y al día siguiente iban a quitarse con láser el nombre de la susodicha que se habían tatuado en el hombro justo antes de alistarse.

Caíamos como fichas de dominó. La jerarquía militar era mucho más fácil de entender que las novias que nos esperaban con los brazos cruzados y el pie dando golpecitos en el suelo. Eso sí, las parejas que pasaron la prueba en aquellos años, seguían todavía juntas décadas después.

—Déjame pensar —dije irónico—. A una instrucción pensada y diseñada por el mismo Satán, había que añadirle la pequeñísima obligación de cumplir como un machote en cuanto entraba por la puerta.

Anna frunció el ceño sin entender.

—Quería quedarse embarazada a toda costa y todo, absolutamente todo, giraba en torno a ello; cada segundo del día y de la noche.

—Ya veo —dijo demasiado seria.

Carraspeó y volvió a enfocar la vista en al pantalla del ordenador.

—Esto puede tardar un tiempo. Primero intentaré acceder a tu expediente y después, si me permites el consejo, deberías hacerte unas pruebas para asegurarnos de que tienes razón.

Mi mente comenzó a correr por su cuenta y sentí angustia. Y si Beatriz había dicho la verdad...

Dejé a mi hermana haciendo pesquisas y corrí de vuelta a mi casa para

hablar con Beatriz otra vez. Por el camino cambié de opinión doscientas veces. Realmente nada había cambiado, yo seguía siendo estéril hasta que se demostrase lo contrario, y en el baño languidecía un test de embarazo que gritaba a los cuatro vientos «¡positivo!». Sin embargo mi ratón nunca me mentiría, ¿verdad? Había jurado que estaba diciéndome la verdad y orgullosa me había dicho que me quería.

O puede que fuese la mentirosa más convincente que había conocido. En ese caso, debería trabajar para los servicios secretos porque me la había pegado y cómo.

Cuando llegué a casa Beatriz no estaba, sus maletas habían desaparecido igual que la ropa de los armarios. Sin embargo, su máquina de coser seguía ahí.

Respiré algo más tranquilo, ella nunca dejaría algo tanpreciado detrás. Necesitaba pensar y meditar, porque con tantos kilómetros recorridos, todavía no me había parado a sopesar en profundidad nada.

Fui a la cocina en busca de más señales de su presencia y allí encontré una escueta nota pegada al frigorífico gracias a uno de sus imanes con la cara de borracho de Rudolf, el reno.

«Siento el disgusto. Por fin hay una habitación en la colonia libre. Todavía tengo un par de meses por delante. Hasta siempre. Beatriz».

Un dolor insoportable a la altura del esternón me dobló en dos. Con las manos en las rodillas intenté coger aire, pero no podía respirar; sentía como si alguien estuviese estrujando mis pulmones. La habitación empezó a dar vueltas. El corazón luchaba por salirse del pecho, palpitando a dos mil por hora. Empezó a nublármese la vista y caí al suelo incapaz de mantener el equilibrio.

Todo se venía abajo y me sepultaba. Todos los recuerdos que había olvidado me alcanzaron de pronto, indefenso a sus ataques. Décadas de sangre, dolor, muertos, dolor, supervivientes, más dolor, agonía, desesperación, dolor. La angustia me estrujaba y me arrastraba hacia el centro de un torbellino donde sabía que todavía había más dolor que presenciar.

Las pastillas.

El entrenamiento hizo que mis músculos comenzaran a responder.

«No pienses, actúa».

A gatas, igual que en las peores borracheras, llegué al cuarto de baño y en medio de temblores conseguí tomar las malditas cápsulas.

Ahí tirado esperé a que hicieran efecto.

Estuve no sé cuánto tiempo tumbado en la penumbra mirando aquel trozo de papel estrujado sabiendo a ciencia cierta que no había estado a la altura.

Capítulo 41

Beatriz

*E*sa vez no pregunté, exigí que me dieran la maldita habitación y les dije dónde podían recoger el resto del material. Hasta el moño me tenían ya. Si no era por una cosa, era por la otra, y yo sin vida en la colonia. La primera vez fue porque la secretaria había sido un desastre, la segunda vez porque, de repente, el edificio grande había que cerrarlo por el frío, ¡en Suecia!, la tercera vez, porque ese amigo de la directora me había hecho boicot.

La jefa escuchó estoica mis razones y así, sin más, me dieron una habitación.

El embarazo me estaba dando poderes o los suecos era raros. Tenía que ser lo segundo.

Hubo momentos en que llegué a pensar que, como al que habían admitido era Juanjo, pues como que dejaron un sitio libre dentro por si las moscas y aparcarme en las cercanías. Con el tiempo era obvio que no era el caso. La colonia era un desastre.

Ahora que me daba exactamente lo mismo lo que dijeran, ahora que pasase lo que pasase iba a exigir la maldita habitación con zona de taller, no solo no ponían pegas sino que poco menos que me empujaban a la mejor sala de todas y volvían a ofrecerme una estancia ampliada y sin gastos extras.

Eso no quitaba que me mosqueara mucho la nueva actitud. Nadie regalaba nada y, si eran generosos por un lado, por otro tenían que estar ahorrando.

Una vez instalada, me pasé el día tumbada en la cama como ida. No tenía hambre, no me apetecía dormir y tampoco me sentía con ganas de hacer nada de provecho. Mi cabeza era una coctelera donde todo se mezclaba: angustia, soledad, rechazo, planes inacabados, futuros inciertos, mal de amores... Además, ¡me había ganado el maldito colchón a pulso!

Dejé que la mente divagara. Porque aquella masa gris que tenía por cerebro no paraba de hacer conexiones lo quisiese o no.

«Nada que no hubiese sucedido millones de veces a lo largo de la historia», me repetía. «Estás embarazada, no tullida, Beatriz. Deja de pensar en ti y tira para adelante. Acaba los proyectos pendientes, son solo tres y luego vuelve a casa».

Una cosa era segura: estaba viviendo una aventura digna de ser contada a mis nietos.

«Suecia, 1920...».

—Bea, estás perdiendo la cabeza. ¡Céntrate!

Ya ahora hablaba sola. ¿Cosa de las hormonas también?

—Alvar tendrá que pedir audiencia. Porque acabaría por pedirla, el muy idiota.

Sí, hablaba sola. Genial.

Salí de la cama al grito de *ifika!* Quién podía negarse a un cafetito con bollos.

«Mmmm, bollos rellenos de crema...».

Y así pasaron los días. Entre conversaciones extrañas, dulces industriales, litros de leche con un chorrito de café para mantener la conciencia tranquila y piezas de madera diminutas que me decían dónde debían ir colocadas.

Con algo de suerte, en enero volvería a Madrid.

No sé muy bien qué día, nuestro artista atormentado entró a gritos en el taller con su representante pisándole los talones.

—¡Tres cuadros van ya en los que no me pagáis la comisión!

Interesante. Así que no era yo la única a la que las cuentas no le cuadraban.

Me habían jurado que era por el cambio de trimestre y porque, cómo no, algo mal había hecho la secretaria anterior. La mujer debía ser el diablo reencarnado, porque todas las culpas iban para ella.

La jefa pensaba que éramos idiotas o que no sabíamos lo que era un cabeza de turco.

En fin, que lo dejábamos pasar, tan acostumbrados que estábamos a no cobrar hiciésemos lo que hiciésemos y trabajáramos para quien trabajáramos. Nadie se hacía rico de artista, solo los marchantes. Bastante que nos pagaran tarde, mal y nunca. Ya se sabe que es todo por amor al arte; lo de comer no va con nosotros.

—Eklund, intenta calmarte.

—¡Tienes valor en pedirme que me calme! Solo sabéis prometer. ¡Ladrones!

Para entonces, todo el mundo había dejado de trabajar y miraba sin ningún

pudor.

—¿Quieres que les cuente los trapicheos que te traes? —acusó Eklund señalando a los allí presentes—. ¿Por qué los camiones traen y llevan piezas solo por la noche? ¿Por qué tardáis días en poner nuestras obras en la tienda y luego «se olvidan» en el sótano?

Bergström palideció y volvió a pedir calma. Bajó el tono tanto que tuvimos que alargar el cuello.

Eklund siguió con sus acusaciones de todos modos; en inglés. Quería que nos enteráramos.

—Tú y Lundqvist, tenéis montado un buen negocio a nuestra costa. Chupando de nuestras comisiones, renegociando precios a nuestras espaldas.

—¿Es eso cierto?

Me había levantado, al igual que el resto, y mas valía recibir una respuesta o íbamos a tener bronca.

Bergström miró alrededor y levantó las manos en gesto de inocencia.

—Son solo problemas contables. Ya sabéis de la ineptitud de la antigua secretaria.

Alguien soltó un bufido.

—¿Por qué será que siempre la secretaria ausente tiene la culpa? —se me escapó.

Todo el mundo dijo que sí con la cabeza.

—¿Dónde está mi dinero?! —exigió Eklund.

—Tranquilo. Esto lo aclaramos en un momento con Synnöve.

Si no era la secretaria, era escuchar explicaciones interminables de la jefa. Y al final salías de su despacho con los bolsillos igual de vacíos.

—Contesta a la pregunta, Bergström. ¿Es verdad lo que dice Eklund? —insistí.

—¡Por supuesto que no!

Estaba sudando a chorros y tenía ese tono de prepotencia que usaba siempre para minimizarlo todo.

—¿Qué pasa aquí?

La jefa acababa de entrar por la puerta y miraba confusa alrededor.

—Nada, Synnöve —dijo Bergström sonriente ahora que tenía apoyos.

El muy rastrero.

—Ya sabes que en cuestiones de negocios, a veces nos cuesta hacerles entender la presión a la que nos vemos sometidos.

—Esto es el colmo —gruñí.

Eklund salió del taller asegurando que le pagarían.

—Exijo ahora mismo que se nos aclare qué pasa aquí —dije al borde de mi paciencia.

—Si me acompañas a mi despacho...

Entendí entonces por qué nunca hubo prisa por tenerme allí día y noche. Yo dirigía una empresa, al fin y al cabo.

Había pasado meses en Batuecas, preocupada en otras cosas si prestar atención a lo que estos dos se traían entre manos.

Pues iban a tener que dar explicaciones. En ese momento, ni un segundo después.

—Nada de despachos. Ahora mismo nos explicas a todos por qué Eklund no es el único en pensar que alguien se está quedando con nuestra parte de las ventas.

—¡Dadme mi dinero ya! —gritó Eklund.

Estaba justo detrás de la jefa y le apuntaba a la cabeza con una pistola.

—¡Eklund! —gritó Erika.

Eklund apartó la pistola, elevó el brazo y disparó al techo.

—¡He dicho que me deis mis malditas comisiones!

Y todo el mundo empezó a gritar y a correr mientras que Linn y yo nos tiramos al suelo. Ella tapándose la cabeza con las manos, yo asegurándome de que la tripa quedaba protegida.

Capítulo 42

Alvar

*M*e encontraba de nuevo en la consulta de mi hermana para darle la muestra de esperma que me había pedido. La paja más triste de la historia..., y la más amarga.

Presentía que todo aquello era una pérdida de tiempo. Beatriz estaba embarazada y no había más que hablar. En vez de aclarar la situación, le había puesto contra las cuerdas y ella, lista como era, había escapado de mi tóxica cercanía.

Con todo, aquella vocecita maligna me recordaba que yo era fisiológicamente incapaz de concebir, y otra vez volvía el rencor, los reproches y, por extraño que parezca, la culpa.

Entregué a Anna el pequeño bote de plástico medio lleno con mis pequeños vagos renacuajos y me senté para recibir otra charla. La quinta de la última semana.

Alguien gritó entrando en casa corriendo y, antes de poder ponerme detrás de la puerta, apareció en la oficina jadeando apoyando las manos sobre las rodillas.

Era Tryggve Bergström, el resbaladizo representante. Siempre sonriente y dispuesto a ayudar. Demasiado encantador para mi gusto.

—Es Eklund —dijo entre respiraciones jadeantes—. Se ha vuelto loco. ¡Tiene una pistola!

Le agarré del brazo y le obligué a incorporarse.

—¿Dónde!

—En la colonia. ¡Tiene a Synnöve!

«Beatriz está en la colonia».

No escuché la explicación que comenzó a darle a mi hermana. Con solo un objetivo en la cabeza, corrí tan rápido como las piernas me lo permitieron

para sacarla de allí y pegarme a ella —a ellos— como una lapa de por vida.

Varios coches de policía formaban una barrera a unos veinte metros del edificio. No se veía a Beatriz por ninguna parte. Hasta Astrid estaba allí.

«No saques de nuevo conclusiones erróneas».

Rompí el precinto y a empujones me puse a la altura del comisario de policía. Me encaré a él echando espuma por la boca.

—¿Quién está dentro?!

Me miró de arriba abajo sin contestar.

Intentó empujarme y yo le aparté el brazo de un manotazo. Dos policías uniformados intentaron reducirme. Uno acabó con un codazo en el estómago.

—Tranquilos, agentes —dijo el comisario—. Nos conocemos.

—Un tipo tiene a tres rehenes dentro. Ya estás informado. Si no te importa, sal de la zona de seguridad y espera como todo el mundo a que hagamos nuestro trabajo.

Pero todos estaba tan tranquilos viéndolas venir. Esperando a ver por dónde salía aquel muerto andante como me soltasen.

«Contrólate, Nilsson. Esta no es tu gente. Si no colaboras podrás hacer menos aún que ahora».

Cerré los ojos, respiré hondo y lo volví a intentar con más calma.

—Son personas que conozco.

Cuando dejé de forcejear, el comisario dio permiso para que me soltaran.

—Estamos estudiando la situación. Todavía no tenemos la información necesaria para formar un plan. Ni siquiera sabemos hasta qué punto es peligroso y si está solo o una de las «supuestas» rehenes está ayudándole.

—Como no hagáis algo pronto no respondo. ¿Quién está dentro?

—Lo siento Nilsson, tu «*bulling made of* fuerzas especiales» no funciona conmigo. Estamos en territorio nacional y no en el campo de batalla en el Medio Oriente. Las soluciones a lo militar no son aplicables aquí y lo sabes. No queremos un reguero de sangre.

Engström no tenía idea de nada.

—Ponme al día.

—Sí, señor —lo dijo con socarronería, pero obedeció. El comisario era un tipo listo. Como un zorro que pretende no enterarse hasta que ataca.

—Hemos conseguido hablar con él. La directora y su secretaria son su objetivo, pero al parecer una señorita extranjera llamada... Frías estaba en el lugar equivocado en el lugar equivocado. O no, porque algunos aseguran que

cuando comenzaron a discutir estaba de su lado. Como sea, le hemos visto apuntarle en la cabeza con un arma.

La sangre comenzó a bullir y comencé a prepararme para la batalla.

—Una de esas mujeres está embarazada —insertó mi hermana que, al igual que yo, se había saltado el precinto—. Soy la doctora del pueblo, habría ciertas cosas que deberían saber.

—No lo sabíamos. ¡Jakobsson!

—Sí, comisario.

—¡Venga aquí! La doctora ...

—Persson.

—La doctora Persson le pondrá al día de ciertos detalles. Le quiero aquí de vuelta en dos minutos con toda la información.

Sin mirar cómo Jakobsson llevaba a mi hermana a uno de los coches patrulla, Engström se volvía hacia mí soltando el aire.

—Sigue —apremié. No podíamos perder más tiempo.

—Argumenta que solo quiere su dinero, aunque no tiene problemas en amenazar de muerte si no se lo dan en las próximas seis horas. De todas formas, no ha sido premeditado. Según los testigos algo le hizo estallar y perdió el control.

—Maldito artista atormentado —dije—. No es la primera vez que da problemas. ¿Cómo habéis conseguido esa información? No llevan más de media hora ahí.

—Porque el imbécil ha hecho un comunicado, una de las chicas lo ha leído a la entrada y al terminar, el «sospechoso» ha tenido a bien asegurarnos de que en cuanto se cumplan sus exigencias soltará a las mujeres, si no, dice que les pegará un tiro por cada hora de retraso. ¿Se puede ser más estúpido?

—Hijo de puta.

—No seré yo quien lo niegue. El caso es que el negociador dice que está seguro de poder hacerle salir, pero ahora mismo tiene una pistola en la mano y en este momento apunta a la señorita... —levantó un papel y leyó otra vez con un acento terrible— Frías, a la cabeza. Cuando llegamos tenía a la directora de la colonia en la misma situación. Es de esperar que la otra rehén sea la siguiente en exhibir en la ventana. El tío no tiene preparación militar y eso le hace peligroso porque no tiene idea de cómo usar un arma. De todas formas le estamos investigando no vaya a ser uno de esos locos que lleva pregonando en las redes sociales que va a acabar con el enemigo neocapitalista de turno,

acumula armamento desde hace años y es parte de un grupo paramilitar. Todo es posible.

—Desde aquel tejado —continuó señalando a nuestra espalda— le tienen a tiro, aunque con la española paseándose de lado a lado por los ventanales no podemos arriesgarnos. Juega en nuestro favor que el taller no tenga cortinas. Ha bloqueado todas las puertas de salida y el que esté en el primer piso nos dificulta el elemento sorpresa.

Asentí con la cabeza.

Eklund no era un profesional. Se le habían cruzado los cables y actuaba errático, según se le iban ocurriendo las cosas. A cada hora los nervios irían poniéndole cada vez más en nuestra contra.

—Entro también.

—Espera un momento, Nilsson. Este asunto ni te va ni te viene.

Se tomó la molestia de mirarme y yo arqueé una ceja como advertencia. Algo debió de ver porque arrugó la frente y comenzó a rascarse la mejilla.

En ese momento sonó mi móvil. *Walk of life*. Levanté la vista y vi la figura de mi ratón pasearse justo por delante del ventanal arrastrando los dedos sobre el cristal. No podría hablar con nosotros lo que significaba que había encontrado la manera de llamar. Sería como tener un micrófono dentro. Esa era mi chica, y ya la mataría después por asumir riesgos.

—Espera. Beatriz llama desde dentro.

Anna, que llevaba en silencio a mi lado desde que acabara de dar el parte, por fin empezó a respirar con tranquilidad.

—Valiente, la jovencita —musitó Engström.

«Estúpida, poniéndose en peligro de esa manera». Cuando saliese de allí, íbamos a tener una larguísima conversación al respecto.

Acepté la llamada, seleccioné el manos libres y bloqueé el auricular para que nadie allí dentro escuchara el ruido de la calle. Acercamos los dos la oreja al aparato mientras nos metíamos a prisa en un coche. Se oía a un hombre hablar muy rápido, casi como en una letanía. La estaba amenazando. Hablaba de ladrones y justicia y genialidad.

—Entro con vosotros. Dadme un chaleco —insistí.

—Y harás qué.

—Prometo no romperle el cuello, pero voy con vosotros. Ahora mismo soy el único que puede entrar por ahí —dije señalando la fachada de la casa que daba al mar.

Engström, cada vez más frustrado, levantó la vista.

—Es una pared de roca mojada de seis metros como poco.

—No es problema. Puedo hacerlo y cubriros, además de cerrar una posible ruta de escape.

—¿Por el mar? —preguntó con sorna.

—Saltar y nadar mientras nosotros atendemos a los rehenes. Sí, es posible escapar por ahí. Si es buen nadador puede incluso robar un bote. ¿Tenéis los planos de la casa?

El comisario me acercó una *tablet* en la que había un croquis del edificio pintado.

—Aquí —señalé con el dedo—, en el corredor que conecta los dos edificios, hay una puerta que da al pequeño acantilado.

—Según nuestras fuentes ahí no hay nada.

—Cuando se hizo la ampliación, el corredor debía ser exclusivamente de cristal. Al final solo acristalaron la parte que da al pueblo. En el otro lado hay tres paneles y, detrás, una puerta de servicio que solo se usa para mantenimiento. Desde el mar ni se ve. Está siempre cerrada y no hay señal de salida de emergencia. Se puede llegar desde el mar usando unos rudimentarios escalones de metal y un cable para agarrarse.

—El tiempo empieza a estropearse. Deberíamos actuar cuanto antes. ¿Tiene candado por fuera o solo se abre desde dentro?

—Se abre por los dos lados y tengo la llave.

Llevaba haciendo chapuzas en el edificio desde hacía semanas y, como me llamaban de improviso, llevaba las llaves siempre conmigo.

—También —dije en alto—, la de la habitación de los fusibles. Si esto se alarga y la cosa se pone fea puedo dejarles a oscuras.

En menos de diez minutos teníamos un plan preparado. La adrenalina empezó a bombear con fuerza.

Salimos del coche y Engström se puso a dar órdenes.

—¡Jacobsson! Prepara un par de lanchas. Que esperen detrás del rompeolas.

—Sí, señor.

El jefe de policía, hizo otra pausa atusándose la barbilla.

—No puedo darte permiso y lo sabes —dijo señalando hacia el edificio.

—Sois solo cinco y el tiempo es oro, comisario.

—Con todo y eso. Uno de mis muchachos también puede hacerlo —insistió.

Saqué mi «otro» teléfono móvil. No me dejó otra salida.

—Hijo de perra. Odio tratar con vosotros —murmuró a mi espalda mientras me alejaba.

—¿Sí?

Esperé a estar lo suficientemente lejos.

—Nils326.

—Un momento, por favor. Le paso a una línea segura.

Un minuto después...

—Nilsson.

—Estoy en medio de un secuestro con rehenes, señor.

—¿Seguridad Nacional?

—No, aunque hay un ciudadano europeo en peligro. Quiero entrar.

Oí cómo tecleaba.

—Sabe cómo funciona. No podemos hacer nada.

Respiré hondo y cerré los ojos; el pecho se contrajo aunque esta vez, la presión fue diluyéndose como *whisky* en el agua. Estaba preparado.

—Permiso para entrar a cambio de mis servicios en el futuro, señor.

Se hizo una pausa y volvió a teclear.

—Bienvenido de nuevo a Inteligencia Militar, teniente coronel.

—Gracias, mi general.

Colgó.

Ahora solo quedaba rescatar a Beatriz y a las otras dos mujeres con la misma celeridad

Volví sobre mis pasos justo a tiempo de ver a Engström salir del coche con su móvil pegado a la oreja lanzándome dagas por los ojos. Realmente odiaba trabajar con nosotros.

—¡Jakobsson! —gritó levantando un brazo.

—Sí, señor.

—Hazte con otro chaleco y trae ahora mismo un equipo de grabación. Estás dentro, Nilsson —dijo señalándome con el dedo—, recuerda no romperle el cuello.

Asentí con la cabeza.

—¡Y estás bajo mi mando! Como me expedienten, te empapeló. En tierra patria mando yo, ¿queda claro?

«Hasta que dejes de hacerlo, amigo. Por desgracia, cada vez con más frecuencia». Pero no estábamos allí para debatir atribuciones.

—Espero que la montaña de papeleo que me espera cuando esto acabe, haya merecido la pena —siguió protestando.

—Manda a alguien a casa de Ingmar y que le pidan que me traiga la bolsa. Él sabrá qué hacer.

Con un movimiento de mano llamó a uno de su equipo y le mandó a recoger mis cosas. Me hizo seguirle dentro del coche donde el equipo técnico se hizo cargo del teléfono y nos conectó a la grabación sin que tuviésemos que estar con la oreja pegada.

En ese momento solo se oían los gruñidos del secuestrador y el paso ligero de Beatriz. Miré de nuevo y allí estaba como un fantasma paseándose delante del cristal.

—Hora de mover el culo —dijo el comisario exasperado—. Estas eran mis primeras vacaciones del año.

Salimos del coche y Engström comenzó a llamar a la gente. Mientras debatían cuándo y cómo entrar volví un momento a hablar con mi hermana.

—¿Te han dicho algo?

—Por ahora están las tres bien.

—¿Las tres? Pensaba que solo estaban Synnöve y Bea.

—Linn también.

—¿Crees que sabe que está embarazada?

—Lo dudo mucho o ya lo habría utilizado en nuestra contra.

Apreté los puños y casi me rompo un diente al apretar la mandíbula. Anna intentó aplacarme en vano agarrándome del brazo. Por lo visto ella también se estaba aguantando las ganas de entrar y darle su merecido a aquel hijo de puta, a juzgar con la fuerza con la que me clavaba los dedos. Las lágrimas le corrían mejilla abajo y temblaba más que yo.

—Tranquila.

Sonrió sin ganas meneando la cabeza.

—Todavía me acuerdo de cómo tratabas a mis ligues. No quiero imaginar por dónde saldrás tratándose de Beatriz. La tensión te sale por cada poro.

Reí sin ganas.

—Es difícil de explicar —admití—. Digamos que el instinto de protección que siempre he tenido contigo no es nada comparado con la ira que me azuza al pensar que les pueda suceder algo. He pasado por situaciones como esta muchas veces, pero ahora es todo distinto. Confío que en el momento de la verdad sepa comportarme como un profesional y no como un desesperado. La

instrucción sirve para estas cosas, hermanita. Siempre funciona. Eso no quita que ahora mismo esté al borde de la hiperventilación. —Había sido un estúpido y había abierto la boca demasiado. Que fuese mi bebé o no, daba igual. No cambiaba nada en mis sentimientos hacia Beatriz, y fijo que tampoco cambiaba que me sintiera responsable a todos los niveles por la criatura que crecían dentro de ella.

—Tienes miedo por tu familia; es completamente normal.

Me quedé seco en el sitio y giré la cabeza.

—Son tu familia —repitió.

—Son mi familia —admití.

Volví a pensar en mis ataques de pánico, las pesadillas, y comencé a tener dudas sobre si tendría la sangre fría de entrar ahí, salvar a mi mujer y no matar al engendro que la tenía retenida. En ese momento apareció una ambulancia seguida por una furgoneta de la cadena televisiva de noticias SVT24.

—Lo que nos faltaba —gruñó el comisario—. Los refuerzos tardarán varias horas y la tele ya lo tiene todo montado para hacer un *reality*.

—Espera con ellos —dije señalando la ambulancia—. Beatriz estará perdida cuando salga y quiero que tenga todos los cuidados.

—Si hay otros heridos...

—No. Quiero que alguien de confianza esté con ella si no salgo. Ahora mismo hay sanitarios suficientes para atender a todo un colegio. Si hay heridos, estarán bien atendidos.

—No me asustes, Alvar.

—No es más que un cobarde, pero está armado. Puede pasar de todo y ella te necesitará si me ocurre algo. ¿Cuidarás de ellos?

—No será necesario. Sé que la sacarás de ahí.

—Con todo y eso. No estamos en una película. Mi trabajo no terminará cuando salgan los rehenes.

—Está bien, hermano. Ten mucho cuidado.

Le di un abrazo sin prometer nada y fui a hacer lo que mejor se me daba.

El comisario se unió a mí de camino al rompeolas. Fuimos repuliendo el plan hasta llegar a una de las cabañas pesqueras donde debía estar mi equipo.

—Está atando a dos de los rehenes —dijo mientras escuchaba por el pinganillo lo que pasaba dentro. Yo me había negado a ponerme uno por el momento; necesitaba mantener la cabeza fría y la voz de Beatriz no ayudaba a conseguirlo—. Se llevará a la española con él al cuarto de baño. Al muy

imbécil no se le ha ocurrido mear en un cubo. Todo el mundo preparado —avisó—. Conoces a esas mujeres, protégelas hasta que entremos. Del soplagaitas nos encargamos nosotros; no lo olvides.

Me dio otro pinganillo y quedé entonces conectado al resto del equipo.

Mi bolsa esperaba junto a Ingmar a la puerta de su cabaña de aperos.

—Tengo a la pequeña Rossi preparada —dijo.

—Bien pensado—. Me vestí rápido, revisé el arma y ajusté los cuchillos.

—Si nos acercamos con una de vuestras lanchas, se mosqueará. Rossi es parte del paisaje aquí, de verla, no pensará nada raro.

Engström arrugó el ceño, me acercó un arma y me pidió dejar la mía en la bolsa.

—Si algo se tuerce —explicó—, no quiero publicidad. Munición de la nuestra, aunque no sé de dónde sacar tanta navaja.

—Es estándar, no te preocupes.

—Ya. ¿Quién es Rossi y qué pinta en todo esto?

Nuestro comisario seguía sin estar convencido.

—Rossi —explicó Ingmar—, es la pequeña barca de remos que usamos cuando atracamos alejados de la orilla.

Nos acercamos los tres a la pequeña embarcación. En cuanto el comisario la vio, estalló en carcajadas.

—¡Eres más grande que la balsa, Nilsson! ¿Por qué no llevas una bandera y ya de paso saludas al acercarte?

—Me esconderé bien. Por mí no te preocupes. Estamos perdiendo el tiempo —azucé—. Vamos, Ingmar, hora de acabar con esto.

Costó salir del puerto.

—Tendremos marejada —gruñó mi amigo—. He dejado a Lucy anclada a unos cincuenta metros con una lancha motora atada, lanza algo por cualquier ventana y me tendréis en un minuto en la base del acantilado.

—Gracias amigo.

—Tengo chalecos, flotadores de salvamento y botellas de oxígeno.

—¿Ves a alguien?

—No, todas las luces están apagadas. No hay movimiento en los dormitorios de arriba tampoco.

Estaba tapado con redes de pesca e Ingmar remaba en dirección a su barco. Todo iba según lo planeado.

—Voy a girar —dijo remando solo con un brazo—. La escalera quedará a tu

lado izquierdo, con este oleaje tendrás que ponerte de pié para llegar al cable. Cinco minutos.

Hice mis cálculos.

—Engström. Quince minutos para estar en posición.

—Tendremos preparado al negociador —contestó el comisario.

Iban a usar como cebo un maletín lleno de dinero y, confiaban en que quisiera contar. Si entonces no le apresaban lo harían de camino al coche, pero con rehenes iba a ser difícil a no ser que le dispararan.

—¡Ahora!

Ingmar mantenía el bote lo más seguro que podía con el brazo mientras yo me quitaba de encima la red. La idea de poner una lona justo debajo había sido brillante. En veinte segundos estaba agarrado al cable.

Sentí el bote deslizarse hacia atrás y apoyé un pie sobre la roca. Estaba resbaladizo, pero una ola me empujó hacia delante dándome el tiempo necesario para alcanzar con la otra mano una de las barras de metal que hacía de escalón.

Comencé a subir.

«Arriba, arriba, arriba».

Ya en lo alto me pegué a la pared y esperé un momento por si escuchaba algo. Nada.

—Todo despejado —me dijeron por el pinganillo.

Saqué la llave y abrí la puerta. El ruido del mar amortiguaba el sonido de la cerradura.

Entré.

El corredor estaba iluminado por los grandes ventanales. A través de ellos vi a un agente ponerse un casco rojo. Era la señal, me habían visto.

Comenzaba la fiesta.

Tenía que subir un piso, abrir tres puertas y cruzar dos habitaciones. Cuando oí voces me detuve.

Osvaldo había dicho que justo a la derecha de la puerta del taller, había una máquina para cortar metal y unas estanterías lo suficientemente grandes para ocultarse detrás. Así que solo tenía que abrir la puerta.

Saqué el aceite en spray y rocié bien la cerradura y la junta del pomo. El timbre sería mi señal para abrir.

Dos minutos después el negociador llamaba a la puerta.

Ding...

Empujé el pomo hacia abajo.

Dong...

Abrí medio centímetro hasta pasar el pestillo y volví a subir el agarradero.

Ding...

—¡Tú! —Paré de respirar y mantuve la puerta abierta un par de milímetros.

—Asómate y mira si traen el dinero.

—Hay un señor de paisano con un maletín en la mano —dijo Linn llorosa.

—Bien, bien —dijo Eklund nervioso.

Tenía que decidir si bajaba, y cómo llevar a las tres rehenes con él.

—¡Deja de llorar! Quiero que bajes las escaleras. Tú primero.

Por el otro lado, la puerta del taller daba a unas escaleras anchas que comunicaba directamente con la puerta principal del edificio, también acristalada. Eklund sabía que en cuanto asomase la cabeza corría peligro de ser disparado.

O no.

Oí ajeteo dentro. Esa era mi oportunidad.

En dos movimientos entré y me coloqué detrás de la máquina.

Cuando me asomé por una rendija, vi a Beatriz fijar la vista en mi dirección y abrir mucho los ojos. Pero dejó de hacerlo con la misma rapidez.

Dejé el arma preparada sobre una estantería y llevé la mano a la culata del cuchillo del muslo derecho.

—Tú y tú —siguió mandando Eklund—. Ahí delante, pegadas la una a la otra, las manos en alto.

Iba a llevarse su merecido por lo que estaba haciendo, pero si ese cabrón osaba tocarle un pelo a mi mujer no iba a tener lugar en el que ocultarse. Iba a despellejarle, poco a poco.

Y entonces Beatriz, con los brazos en alto, giró la muñeca señalando con los dedos hacia otra puerta.

¿Me lo decía a mí?

Giró la cabeza como si quisiera deshacerse de un tirón en la nuca, siempre señalando en la misma dirección.

El ángulo era perfecto. Si conseguía que Eklund moviese el brazo apuntando a aquella puerta, podría desarmarle desde mi posición. Pero para ello, Linn y Bea debían apartarse algo más.

Como leyendo mis pensamientos, Bea movió el pie izquierdo unos diez centímetros pretendiendo arreglarse las arrugas del pantalón, empujando a

Linn en el proceso.

—¡Manos en alto!

Beatriz hizo caso y aprovechó otra vez para moverse más a la izquierda a la vez que señalaba hacia aquella puerta ondulando los dedos.

Algo calló al suelo en las escaleras.

—¿¡Qué pasa ahí abajo, Linn?! —gritó Eklund—. ¿Sigue el tipo fuera con el maletín?

—¡Sí! Lo siento, me he tropezado.

—Vamos a entrar —oí por el pinganillo.

Un estruendo llegó desde la planta baja. Entraban con la caballería pesada.

Entonces lancé el cuchillo al antebrazo de aquel cabrón.

—¡Ah! —gritó.

El cuchillo dio en el blanco y la pistola cayó al suelo al mismo tiempo que Bea empujaba a Synnöve para darme espacio. Ya en el suelo hizo un barrido con la pierna, dando de lleno en la espinilla de Eklund haciéndole resbalar.

Corrí y me lancé encima de él. Le di la vuelta y le até las manos a la espalda.

—Sospechoso inmovilizado.

—Eso ya se ve —dijo el comisario apuntándolo con su rifle a la cabeza—. ¿No ibas a encargarte de ellas?

—Ellas —dije con orgullo—, se defienden bien solas. Alégrate de que no le he roto el cuello.

Admito que torcí de más las muñecas de aquel malnacido y me supo a poco el grito de dolor que soltó.

Jakobsson levantó a Eklund del suelo, Engström se acercó a Synnöve y yo me abalancé a por Beatriz.

—Joder, ratón. ¿Dónde has aprendido ha hacer esas cosas?

—Mi padre es instructor y dice que yo soy su mejor cadete. Nunca le creí.

«Beatriz no te necesita».

Las manos empezaron a temblarle. El bajón de adrenalina iba a ser fuerte.

«Por favor, que el bebé no sufra, que el bebé no sufra». La tocaba por todas partes, todo parecía en orden.

—Van a llevarte en una ambulancia, preciosa. Tenemos que estar seguros de que todo está bien.

Le levanté la barbilla para asegurarme de que me entendía.

Ella dijo que sí con la cabeza mientras se le caían algunas lágrimas que no

conseguía limpiar porque las manos no dejaban de temblarle.

Volví a abrazarla, a besarla en párpados, mejillas, labios, donde hubiese cualquier señal de *shock*. Y allí los dos sentados estuvimos un buen rato mientras todo era caos a nuestro alrededor.

—Ya pasó, ratón. Ya pasó.

Con ella era fácil sentirse en una burbuja.

—Señorita Frías —dijo uno de los paramédicos—, debemos sacarla de aquí.

—Ve con ellos.

El sanitario la ayudó a levantarse y yo lo hice también sin soltarla.

—La trataremos bien, señor —insistió.

—Alvar —dijo Bea—, déjame ir o si no, pasaremos aquí todo el día.

La tapaba todo lo que mi cuerpo daba de sí. Inconscientemente todo me parecía una amenaza todavía.

—Saldremos juntos —dije.

Despacio, bajamos las escaleras y, ya en la calle, tuve que dar algún codazo para llegar con ella hasta la ambulancia.

—Anna va contigo. Ella sabe qué hacer.

Me miró con los ojos de ratón de aquella noche en Dakota. Preguntándome sin hablar, pidiéndome cosas que otra vez, no supe darle.

La subieron en camilla y Anna entró con ella.

Escuché las sirenas alejarse y alejarse hasta que el sonido solo se repetía en mi cabeza.

—¿No vas con ella en la ambulancia?

Me di la vuelta algo confundido. Mi cuñado se me había acercado por detrás y me miraba serio.

—Anna va con ella.

—Eso ya lo veo, pero te necesita más a ti.

La situación debía haber sido muy estresante para él si ahora nos poníamos en plan sentimental. Le miré extrañado.

—Engström espera un informe.

—Estás cagado de miedo, Alvar. Lo huelo a kilómetros.

Empezaba a perder la paciencia, de verdad.

—Acabo de ayudar a recuperar a tres rehenes y no estoy para muchas historias.

—Lo que todavía no sabes es que la cosa irá a peor —continuó sin atender a

mis indirectas—. Comprometerse es un camino de rosas en comparación con un embarazo, aunque creo que eso ya lo intuyes. Cuando empieza a notarse, la cosa se complica porque ahí sí que ves que realmente vas a ser padre, que algo crece dentro de ella y te preguntas cómo coño se las apañan para estar tan tranquilas mientras tú no sabes qué hacer con todo lo que se te viene encima. Hasta se vuelven unas irresponsables yendo y viniendo, subiendo y bajando cosas, organizando y desorganizando cuando tú, cada vez que dan un paso, piensas que se van a romper. Ves peligros por todas partes y ellas, además de no darle importancia al asunto, actúan como si fuesen *wonderwoman*. Para cuando realmente asumes que vas a ser padre hay que empezar a preparar las cosas para el parto. ¡El parto! Todavía se me ponen los pelos de punta al pensar en ello y te juro que da igual los hijos que tengas. Cuando la oyes gritar, cagarse en el mundo y empujar como si no hubiese mañana, solo ves que no puedes hacer nada en absoluto y al miedo entonces hay que añadir el cabreo de no ser capaz de ayudar. ¿Y qué pasa cuando tu hijo por fin decide venir al mundo? En cuanto lo tienes en tus brazos sabes que estás vendido y piensas en qué diablos estabas pensando cuando decidiste tener hijos. Una mierda, tío.

—¿Algo más que añadir?

—No. Ahora tengo que irme. Prepararé a Anna la cena que más le gusta.

«Este hombre está mal de la cabeza. Mis sobrinos tienen un padre loco de remate».

Mi cuñado me miró con cara sonriente.

—La mejor manera de empezar a fabricar el cuarto niño con tu hermana —aseguró— es cocinando un par de buenas chuletas con salsa de grosella. —Y frotándose las manos desapareció de mi vista murmurado algo sobre buenas excusas después de un secuestro, velas y vino.

Mi cuñado, una vez en marcha, no sabía cuándo parar para no darme una información que de veras no quería tener.

Tres horas después, ahí seguía de pie mirando el mar. Contando los barcos que entraban y salían del puerto aprovechando la marea; esa fuerza ineludible contra la que ni el viento era capaz de luchar. Y lo mío con Beatriz era una marea donde todo se mezclaba, pero con fuerza suficiente para mover continentes y yo lo había estado confundiendo con avalancha de lodo y piedras.

Necesitaba una pipa y contárselo a ella en sueco. Para que escuchase

aquella dicotomía que sentía y que no podía explicar, salvo a ella.

¿Podía alguien decirme por qué había decidido que no podía querer a Beatriz? ¿Por qué asumí que era una mala idea?

Y ahora...

Con ella había saltado etapas a la velocidad del trueno y mi cabeza decía obstinadamente que no cuando el resto lo encontraba natural.

¿Por qué insistía en boicotearnos? ¿Qué culpa tenía ella?

Dándole vueltas a lo mismo una y otra vez me di cuenta de que en mi cabeza, Apocalyptica tocaba *House of chains* en vez de *Not strong enough*. Tu vida ha tocado fondo cuando necesitas de canciones para que te quede claro lo evidente.

Capítulo 43

Beatriz

*E*stuve en aquella sala no sé cuantas horas. Creo que fue por la insistencia de Anna, porque allí todo el mundo veía claro que no me pasaba nada y lo que me pasaba no podía medirse con máquinas.

Y yo venga a repetir que me encontraba bien, que lo que aquel indeseable nos había hecho pasar no iba a repercutir en mi estado anímico, pero como si quieres arroz, Catalina... No sabía muy bien cómo explicar que no había pasado miedo. Me refiero a que no había sentido miedo en plan de acurrucarme. No. Había sido rabia y un instinto de protección que me había mantenido alerta todo el tiempo pensando qué hacer, cuándo y cómo salir de allí.

Además nadie me decía nada sobre Lim y la jefa. Que yo recordase, y a pesar a tener a Alvar encima, las había visto de reojo salir por su propio pie. Sabía que estaban vivas y me habían jurado que no había nada de lo que preocuparse. ¿Y si no querían que supiese la verdad para no entrar en estado de *shock* o algo parecido?

Contesté como pude todas las preguntas que el inspector de policía tenía preparadas en una libreta negra. Igual que las de los detectives de las películas. Y volvía a alucinar con lo que realmente había pasado.

Sí, en principio había estado de acuerdo con las protestas del artista atormentado. Y sí, me negué a explicar con detalle por qué estaba más que insatisfecha con cómo me habían tratado en aquella colonia. No, no tenía un arma en la mano cuando el sospechoso empezó a calentarse y soltar improperios contra representantes, marchantes, productores de pintura acrílica y tinta china. No, no le dijimos dónde estaba la pistola, él lo sabía perfectamente, como el resto de los que vivían allí, por lo visto. Sí, se metió de mala manera con extranjeros e invasores de su precioso país y no, no lo

hizo al principio, lo hizo después de dos horas en medio de un subidón de a saber qué. Sí, cualquiera podía ver que estaba drogado hasta las cejas. No, yo no le di la droga, ni Linn, ni la jefa, que yo supiese. Sí, llegamos a pensar que la utilizaría la pistola contra nosotras. Sí, nos había dejado beber, pero no comer. No, no estaba llorando.

En varias ocasiones pensé en aquella maldita pistola con afección. Aquel representante de la autoridad me hizo pensar en utilizarla sobre su persona.

Si el señor policía me había dejado en paz fue porque vino una enfermera a rescatarme para empezar con las pruebas médicas. No antes de lanzarle una mirada de odio que venía a decir «¿Cómo puede usted agobiar así a una pobre embarazada...?».

Por un segundo pensé en decirle «¡toma!». No lo hice, claro, y a día de hoy todavía me arrepiento.

Me hicieron analíticas, repasaron y una y mil veces mis constantes vitales, tenía no sé cuantos cacharros enganchados a mi cuerpo por si había contusiones, o dislocaciones y para colmo, una psicóloga se había dejado caer para darme cháchara como quien no quiere la cosa no fuese a que me diese algún ataque de pánico y quisiera tirarme por la ventana.

La ecografía fue un momento agridulce, la verdad. Mi bebé no fue el centro de atención, realmente. Me estaban haciendo pruebas por otra cosa completamente distinta. Aquella no fue una cita con el ginecólogo siguiendo los protocolos de cualquier embarazo normal. Un hombre sin escrúpulos me había robado ese momento. También a Alvar, por mucho que se empeñara en eludir esta realidad. El no estar presente en ese momento le pesaría de por vida.

Y al mismo tiempo, fue un momento feliz como pocos. Cuando empezaron a sonar palpitations en *Dolby surround* todo volvió a la normalidad. Absolutamente todo.

No había ya dudas, o preguntas sin respuesta. Aquellos sonidos lo acompañaron todo. Mi vida volvía, de repente, a tener ritmo, propósito.

—Suenan como una batería... —El bebé parecía estar excitado quizá porque la ecografía me la estaban haciendo desde dentro después de introducir algo parecido a un palo gordo de látex por... ahí—. ¿Es normal?

La doctora sonrió y me hizo mirar la pantalla con atención. Se veían muchos bultos, como setas que movían la cabeza, quizá una mano. No sabía cómo mirar o interpretar lo que veía. Y ella se dio cuenta.

—Aquí y aquí. —Señaló con el dedo.

Enfoqué la vista.

—Son dos. Está embarazada de mellizos. Y todo parece estar bien, aunque no puedo decirle si son niños o niñas todavía.

«Estaban bien y eso era lo único importante».

Y fue entonces cuando me vino el más amargo ataque de llanto de mi vida. Grité, reí también, abracé a la doctora, maldije al que por poco acaba con mi vida y la de mis bebés.

Debieron darme un tranquilizante, porque lo siguiente que recuerdo es despertar en una cama de hospital con Anna sentada a mi lado, esta vez, leyendo un libro.

Mi vida comenzaba a parecerse más a un bucle de situaciones que a una historia con principio, nudo y desenlace.

—Te ven de capa caída —me había dicho Anna para explicar las idas y venidas de los especialistas.

Pero Anna en el fondo sabía lo que me pasaba y no tenía mucho que ver con el intento de secuestro. Lo que bullía en mi interior era lo que Alvar me había dicho y lo que nunca quiso decirme. Lo que me mataba era esa distancia que me parecía insalvable y que no se arreglaría por tenerle a dos kilómetros a la redonda. Lo que sabía era que debía cortar la cuerda y dejarle ir, o mejor dicho, marcharme y volver a mi vida.

—¿Alvar? —pregunté a media voz.

Mi amiga miró hacia otro lado. Y en ese momentos todo se me vino encima. Después de lo que había pasado no había vuelto a mí. Y seguiría ausente.

Ni siquiera la idea de ser tía por partida doble apartó la mirada dura de su cara. Aquello eran malas noticias.

Cerré los ojos y entonces solté la rienda. Las prioridades ahora estaban claras y las tenía dentro de mí.

Durante los últimos meses Alvar había vuelto del infierno. O eso creí. Lo mismo seguía ahí y yo solo añadía leña al fuego. En vez de aligerar su carga había puesto sobre sus hombros otras dos criaturas de las que preocuparse y, por mucho que le entendiera, nuestros bebés eran lo primero. Si él no era capaz de sentirlo, yo lo haría de sobra por los dos. Pero no en Suecia. Lo lamenté por Anna, pero esa era mi lucha y quería batallarla en casa. Con mi familia, ya que Alvar no quería formar parte de ella, por lo visto.

Mi querida doctora me dejó llorar todo lo que quise. Me pasó pañuelos, me

cantó una nana, me apretó la mano, me abrazó. Me apoyó.

Como debería haberlo hecho su hermano.

Al día siguiente, cuando por fin me dieron el alta, había tomado una decisión.

—Anna, ¿me harías un favor? —pregunté una vez que estuvimos en el coche.

—Lo que sea.

—Llévame al aeropuerto. Ya he tenido suficiente de este país. En todos los aspectos.

Me atusé el vientre. Todo era más real.

—Mañana.

—Ahora.

—Dos noches. Tendrás tiempo de comprar un billete, de dormir en una cama cómodamente y recuperar energías. Yo me aseguraré de que te encuentras bien.

No hubo forma de convencerla de lo contrario. La primera noche tuve pesadillas horribles y me levanté dos mil veces a pasear por la casa como una sonámbula.

Anna, al tanto de mis idas y venidas, acabó por tomarme la tensión a las tres y media de la mañana.

—Todo bien —dijo seria—. Ahora vuelve a la cama.

—No podré dormir.

—Entonces te paseas otro rato.

Creo que anduve media maratón.

A la mañana siguiente el mundo seguía girando, la gente continuaba con sus vidas y yo, por fin dormí casi sin pausa hasta el día después.

No hubo dramas, tampoco una despedida como tal. Los niños fueron al colegio como siempre, aunque antes de marchar me regalaron dos peluches y un montón de sandwiches.

—Para el camino —dijeron a coro.

El mayor quedó con los pies pegados al suelo lanzándome una preciosa sonrisa llorona. De esas que un niño grande como él solo lanzaba cuando los demás no veían.

Con la misma falta de ceremonia Anna lo metió todo en una mochila y, con ella al hombro, se dirigió al coche.

Y me llevó al aeropuerto como había prometido.

Sin chistar.

Al principio.

La tormenta comenzó en cuanto pisamos la autopista.

Anna dio rienda suelta a la imaginación soltando toda clase de improperios contra el mundo, secuestradores, parientes en primera consanguinidad, y otros muchos grupos poblacionales.

De vez en cuando me cogía de la mano, apretaba fuerte los dedos y los labios y me volvía a soltar justo antes de expresar vivamente lo que pensaba de «ciertos cobardes que saben usar armas de fuego y no son capaces de enfrentarse a alguien cara a cara».

Mientras, yo revisaba los detalles de mi viaje de vuelta a casa pretendiendo no oír nada. Por buscar en el último momento había pagado una fortuna y tardaría 26 horas en pisar Madrid. Tres países, cuatro aeropuertos. Una noria de puro entretenimiento. Menos mal que no llevaba equipaje conmigo.

Interrumpí por un momento la letanía de mi acompañante.

—¿Mandarás mis cosas de vuelta? —pregunté.

¿Por qué tenía que ser así? Yo no quería irme.

Anna prometió hacerse cargo de todo, como siempre, y volvió a agarrarme de la mano con tanta fuerza que los nudillos de ambas quedaron blancos.

—¿Me contarás cómo va todo por aquí de vez en cuando?

Dios, sonaba como una niña de teta.

Me puse a llorar y antes de disculparme ella dijo:

—Tranquila, son las hormonas.

Y otra vez que se lanzó a golpear de palabra a todo bicho viviente.

Varias horas después me despedía en el aeropuerto jurando que me visitaría para asegurarse de que todo iba bien.

Mi querida doctora. Mi amiga. Mi cuñ...

«No, ya no».

Ya enfrente de mi puerta de embarque, me senté a esperar.

No sé cómo, pero acabé dando una cabezadita sobre le hombro de alguien. Era una protuberancia conocida, dura, pero con músculo de sobra para hacer las veces de almohada. Y lo bien que olía.

Había venido a por mí.

Sonreí, todavía apoyada en él. Y tras varios segundos de psicodelia paradisíaca, la realidad me dio dos buenas tortas en la cara.

«¡A buenas horas!».

Me enderecé de golpe y puse distancia entre nosotros. Tras unos segundos le vi, con el rabillo del ojo, reclinarsse hacia atrás y cruzar los brazos.

Alcé la vista y solté una plegaria silenciosa.

«Que no se ponga hablar en sueco, por favor. Lo último que necesito es una conferencia».

—Puedo entrar en un edificio lleno de terroristas, rescatar rehenes en cualquier situación, lanzarme en paracaídas y aterrizar sobre una señal de diez centímetros cuadrados, acepto el dolor como otros un masaje en los pies y sin embargo llevo acojonado desde que dijiste que iba a ser padre. ¿En qué clase de hombre me convierte? ¿Qué bien le puedo hacer a un hijo si estoy lleno de miedos?

«Le mato, de un sartenazo. Luego le borro con Tipex varias tonterías de la cabeza».

Empecé a llorar otra vez.

«¡Que alguien me quite las hormonas de encima! ¡No puedo estar así los próximos siete meses!».

Se acercó a darme un abrazo y yo le aparté. Necesitaba espacio. Si le sentía cerca dejaría de pensar con la cabeza.

—Allá donde vayas, yo iré contigo —aseguró enseñándome su billete.

Apreté la mandíbula pensando en la última semana. «¡Qué valor!».

La punta del papel de su billete de embarque comenzó a temblar. Levanté la vista y allí le encontré mirando el suelo, pasándose la mano por el bigote, mesando la barba en un tic que conocía de sobra e indicaba que estaba meditando la siguiente parrafada.

—Si tú quieres —le dijo al suelo.

Y yo quería. Pero no sabía ya exactamente cómo.

—Me pagarás el viaje.

Dijo que sí con la cabeza.

—Se acabó lo de callarte cosas.

Esta vez la inclinó a la derecha.

—Todo lo que no tenga que ver con el trabajo —maticé.

Volvió a asentir.

—Alvar, no puede ser que cada vez que las cosas se complican, y siempre se complican, salgas corriendo o me eches.

—Lo sé. —Me miró de frente. Como se mira cuando se quiere vencer.

Y esa mirada me licuó por dentro.

—¡También quiero un perro!

Sonrió.

Me levanté de golpe y le señalé con el dedo. Luego lo pensé de nuevo y acabé por clavárselo sobre el esternón. Donde sabía que picaba. ¡Qué pena no tener las uñas largas!

—¡Estaré enfadada contigo hasta el parto! Aggg... ¡Que alguien me acerque una sartén!

Encogió los hombros y agachó la cabeza.

Comencé a pasear de lado a lado. Estaba desatada y necesitaba divagar. «De esas de hierro, base reforzada y mango ergonómico». Tres pasos de ida, tres pasos de vuelta. Al cuarto giro me le encontré de frente. De pie, como una torre, con la expresión rota y los puños cerrados estrujando aquellos billetes. Mirándome a la cara. Esperando.

Solté el aire rendida.

Alvar no era Juanjo. Siempre lo había sabido, pero era muy fácil echarle la culpa a alguien.

Por mucho que quisiera, ni siquiera eran comparables. Además, yo tampoco era la misma. Ya no tenía miedo. Era yo, daba igual a quién amase. Porque yo le amaba, y él lo sabía. Y una pequeña parte de mí sabía que él me quería. Ahora solo tenía que demostrármelo. ¡Necesitaba que me lo dijese sin yo pedírselo!

Eché un pie hacia adelante, y yo levanté la mano.

Se detuvo, y esos perfectos hombros volvieron a caer por su propio peso. Y yo, al verlo, dejé también caer los míos. Estaba agotada.

«Malditas hormonas».

Le miré entonces aguantando mis propias lágrimas y también di un paso hacia delante.

Se acercó a mí para besarme y yo lo recibí con los brazos abiertos. Le había echado muchísimo de menos. Me sentí fácil; estaba cediendo con demasiada facilidad. Cerré los puños cuando me abrazó y los abrí de nuevo para clavarle los dedos en la espalda.

Aquel beso en la boca fue doloroso; lleno de amargura; de recelo y rabia. De frustración.

Al separarnos para respirar, le agarré de la barba y tiré hacia mí. ¿Cómo había podido pensar que no era mío? ¿Cómo se había atrevido a negarme? ¿Qué clase de infierno había sobrevivido?

Estoy segura de que le hice calvas.

Comencé a llorar, pero no de pena. Es más, ni me di cuenta de ello hasta que

él no comenzó a apartar las lágrimas. Y mientras, tiraba de él hacia mí, con saña. En medio de un ataque de no sé qué en el que quería castigarle y, al mismo tiempo, no dejarle ir jamás.

Y se prestó voluntario a que le torturase y me besó como solo él sabía. Encendiéndome por fuera y por dentro; tocando más allá de lo posible.

Posó una mano sobre mi vientre y me dio las gracias. Volvió a besarme despacio, murmurando las «bobadas y cursiladas» que muy pocas veces dejaba salir fuera y me pidió perdón. Me abrazó entonces y juró amarme sin control. Me sostuvo entre sus brazos, apretó con fuerza y se arrodilló para besar mi tripa y decirle algo a las criaturas que crecían dentro. Me hizo suya en medio de una terminal aeroportuaria. Delante de turistas pasmados y trabajadores medio dormidos puliendo el suelo. Con un abrazo épico y la frente apoyada sobre mi cuerpo.

Sonreí entonces de puro alivio.

Era hora de ponerle algo de equilibrio a nuestras vidas. Salir de nuestra extraña constelación o dejar a otros entrar, y yo traía un mundo conmigo que él no conocía. Que se sintiera a gusto en él era lo de menos, pero era importante que nos viese en él para tener alguna posibilidad.

—Nos vamos a Madrid.

Asintió con la cabeza tragando con cierta dificultad. Se levantó. Besó mi nariz.

—Mi padre te va a hacer trizas —le susurré al oído.

—Es lo suyo —dijo.

¿Quién dijo que el amor era cosa fácil?

Dios, estaba muy mal si empezaba a repetir las frases de Josefa.

Epílogo

Un año y medio después

Alvar

—¿Cómo habéis podido cagar tanto desde la última vez?

Los dos diablos con chupete se miraron y luego rieron señalándome con dedos regordetes llenos de a saber qué sustancia pegajosa. No controlaban el esfínter y ya confabulaban en mi contra. Algo tenía que cambiar o dominarían el mundo para cuando se atasen los cordones. Eran prácticamente idénticos y pensaban como un solo ser. Hasta se intercambiaban los pulgares para chupar a la hora de la siesta.

Tenían la cara de su madre, sus mismos rizos, mi pelo rubio y unos ojos marrones tan grandes que parecían salidos de un cómic japonés. Querubines que tenían al público comiendo de su mano allá por donde iban. Y lo sabían.

—¿¡Estás listo!?! —gritó mi hermana desde abajo.

—¡Necesito un momento! Bien muchachos, manos a la obra antes de que vuestra tía suba y quiera enseñarme a cambiar pañales.

Volvieron a reírse de mí.

—Hablo en serio —amenacé—. ¿Queréis hacer esperar a mamá?

Eso funcionó porque al oír aquella última palabra, empezaron a llorar a moco tendido.

—¿Necesitas ayuda?

Genial, la tía que todo lo sabe.

—Lo tengo todo bajo control.

Anna se acercó, y los dos allí de pie prestamos atención al teatro que se desarrollaba sobre la cama.

En el último año, mi hermana había pasado por un infierno. Ella, Linn y el resto del patronato sufrieron los efectos colaterales de las acciones de

Tryggve Bergström y Synnöve Lundqvist. La exdirectora se enfrentaba a penas de prisión y el representante estaba en busca y captura tras desaparecer en cuanto corrió a avisarnos. Sin embargo, era solo cuestión de tiempo que le encontrasen. Yo era un hombre paciente y también tenía mis métodos.

Habían robado a todo el mundo dejando detrás de sí un mar de facturas sin pagar. Obras que debían estar en el almacén, habían sido vendidas sin conocimiento de los artistas; habían cambiado el porcentaje de las comisiones dependiendo de la buena fe de los creadores; no habían pagado a ningún proveedor durante meses; se habían subido el sueldo sin conocimiento de la Junta y habían metido mano en la caja hasta hacer un agujero tan grande que el ministerio de Hacienda tenía a todos los miembros del patronato bajo sospecha. La fundación había cerrado la colonia hasta nuevo aviso y se habían subastado todas las obras de arte en su posesión. Al menos los artistas pudieron cobrar gracias a varias donaciones anónimas.

Anna, por ser local, recibió el desaire de los vecinos. Tanto que estuvo a punto de cerrar la consulta. Si decidió dejarla abierta fue porque la mayoría de sus pacientes eran los turistas que llenaban la isla durante las vacaciones. El resto de sus ingresos los tenía en Gotemburgo. Con todo y eso, muchos dejaron de dirigirla la palabra acusándola de darle mal nombre al lugar.

Pasé el brazo por sus hombros y le di un medio abrazo. Ella, oliendo el momento tierno, se estiró y dirigió la atención hacia otra cosa.

—¿Lo están haciendo a propósito? Porque yo no veo ni una lágrima —dijo mi hermana ladeando la cabeza.

—Es difícil de decir. Yo creo que están urdiendo algo, pero no sé qué.

—Sí. Yo también lo huelo —dijo esnifando el ambiente.

Los mellizos empezaron a moverse incómodos. Quizá fuese por la plasta que todavía tenían pegada al trasero.

—¿Qué les das de comer? —preguntó mi hermana fascinada.

—Teta. Y guisantes. En eso han salido a su madre.

Comenzamos entonces una profunda conversación sobre si era o no pertinente darle guisantes a mi hijos y, de repente, no parecían interesados en seguir gimiendo como almas en pena.

—Corre. Aprovecha ahora que los tenemos confundidos.

Estos dos no sabían que, en lo de formar tándem, les sacábamos más de tres décadas de ventaja.

Mi hermana atendió a Marcos y yo a Andrés. En menos de diez minutos los

teníamos sentados en los asientos de atrás del coche.

—Todo listo. Nada de cagar hasta que no haya un baño cerca.

Los pequeños compinches se metieron el dedo gordo en la boca y comenzaron a dar patadas al aire.

—Hora de moverse —anunció Anna—. Pa y Felipe han arreglado tu viejo Volvo. Llevan cuatro días debajo del capó y solo han salido para comer, beber y dormir. No lo entiendo.

—Tienen buen gusto.

—Hablamos de una lata oxidada con ruedas.

—¿Y Ma?

—Con Dora plantando cosas en Dakota. Ha dicho que nos vemos allí.

Anna nos acercó a Gotemburgo, donde nos esperaba la sorpresa. Nadie, salvo Beatriz, sabía qué hacíamos allí.

Un día había recibido una llamada telefónica y al siguiente habíamos cogido un avión —cosa que no se lo aconsejo a nadie con dos bebés— para pasar un mes en Suecia. Nuestros padres respectivos se habían unido a nosotros dos semanas después.

Era algo artístico, porque podías saber dónde estaba mi ratón a todas horas siguiendo el olor a terpentina. Y hasta ahí sabíamos.

Habíamos abierto la casa de mis tías y, por primera vez en años, la sentía como un hogar a pesar de vivir en Madrid.

Sí, vivíamos de forma permanente en España y me había convertido en amo de casa. Más feliz de lo que había sido nunca. Criar a mis hijos era el principal objetivo de mi vida; junto con querer a su madre cada día más que el día anterior.

Cuando tenía que trabajar, los abuelos se ocupaban de los gemelos y si no, en la cooperativa había un montón de tías locas esperando turno. No sé cómo sacaban el trabajo adelante.

La idea de hacerme *ranger* pronto quedó olvidada. Era imposible compaginar ambos trabajos y vivir en el mismo sitio. Lo de vivir juntos era condición *sine qua non*, así que decidimos quedarnos en Madrid y viajar a Suecia cuando era necesario o en vacaciones.

Habíamos recorrido un largo camino desde aquel día en el aeropuerto. Entonces pensé que lo difícil estaba hecho y qué equivocado estaba.

El embarazo de Beatriz fue una prueba contra divorcios en muchos aspectos. Aquellos siete meses los invertimos en conocernos, en comunicar miedos y

miserias, en sufrir subidas hormonales que todavía me daba escalofríos recordar, acusaciones, cursos de idiomas y recibir alguna que otra amenaza sangrienta contra mi persona por parte de mi suegro.

A Felipe le caí gordo desde el principio. Quizá porque no era español, fumaba en pipa como los viejos, me dejaba el pelo crecer, no había pedido matrimonio a Beatriz y no me gustaba la paella. Lo último casi le provoca un infarto.

Que Beatriz fuese a cortar madera a un país civilizado y volviese con dos bebés de camino no tenía nada que ver. Nada en absoluto.

Solo me salvaba el ser militar.

El peor momento, sin duda, fue el día que recibí las pruebas médicas de mi fertilidad. Aquello supuso volver al principio. Explicarle detalles que no quería y que ella sacó con alicates en medio de llantinas, manotazos en la mesa y el mejor sexo de la historia.

Una vez explicado todo, me negué a abrir ese sobre. ¿Para qué? Me daba igual lo que dijese.

Beatriz insistió en abrirlo, como no, con la excusa de que aunque no cambiase nada entre nosotros, tenía derecho a saber. Me amaba con independencia de lo que dijese ese papel.

Mi ratón era una joya.

Y resultó que sí, fui estéril y que sí, había dejado de serlo. Con mellizos creciendo en el vientre de Beatriz para probarlo. Ah, y el informe venía una nota adosada de mi hermana que decía «No subestimes a una tía».

Y, casi sin darnos cuenta, llegaron los gamberros en medio de blasfemias en tres idiomas y todo cuadró de nuevo. Nuestro puzzle pasó a ser entonces de cuatro piezas.

Anna aparcó enfrente del Salón de Arte Moderno de Gotemburgo donde nos esperaba su familia al completo, nuestros padres y mis suegros.

—No quiero hacerme ilusiones, no quiero hacerme ilusiones —repetía Dora a la vez que andaba nerviosa de un lado a otro. Se estaba haciendo ilusiones.

Entramos todos y pagamos la entrada.

—Si vamos a ver uno de sus cuadros, ¿no deberíamos tener entrada gratis?

—Nada de ilusiones, no te hagas ilusiones.

—¿Y ahora dónde vamos?

—¿Y mi niña?

Allí los únicos centrados eran los gemelos. En cuanto su madre estuvo a un

radio de diez metros comenzaron a berrear.

Se acercó a nosotros moviendo los brazos.

Por supuesto, Marcos no quiso saber nada más de su tía y no paró de patear hasta que Bea le cogió en brazos, a lo que Andrés respondió con un grito a lo «y yo, ¿qué?».

Todo tenían que hacerlo a dúo y si no, no se hacía.

Mi ratón se acercó y me dio un beso. Demasiado corto.

—Ahora que estás aquí, no sé si es una buena idea —me susurró.

Estaba nerviosa.

—Nada que salga de esa preciosa cabeza tuya es una mala idea.

—Veremos si opinas lo mismo dentro de diez minutos.

Nos hizo entrar en la sala «jóvenes promesas» andando hacia atrás. Mi madre casi acaba en el suelo por culpa de los tacones y Felipe lo hizo de lado como los cangrejos. Nos detuvo en seco con un «¡Stop!». No había nadie alrededor. Aquel momento era solo para nosotros.

—Cuando queráis, podéis daros la vuelta —murmuró.

Y eso hicimos, todos a la vez.

Nuestros niños comenzaron a dar palmas y a mí me dio un subidón.

Era un cuadro. Un cuadro enorme en el que un hombre, a tamaño natural, estaba suspendido en el aire con la cabeza agachada. El pelo le cubría parcialmente las facciones de la cara, pero se intuía una barba corta. Solo llevaba puesto unos pantalones negros y los brazos languidecían dormidos con las palmas hacia delante.

El dedo gordo del pie derecho, más estirado que el otro, tocaba una superficie líquida formando ondas y justo debajo, varios peces de color rojo nadaban en círculos en paralelo a las ondulaciones.

El cielo estaba nublado, muy oscuro en la lejanía, y dos cuervos volaban cerca de aquel hombre, uno de ellos, dispuesto a picarle en el hombro.

Era tan real que parecía una fotografía.

Se veían cicatrices sobre la piel, pelusa en algunas plumas de los pájaros, reflejos perla en las escamas de los peces, el pelo recio de la barba...

—Mi Odín —dijo Beatriz en alto.

—Hija... —A Dora se le habían atascado las palabras y el resto intentaba cerrar la boca.

—¿Te gusta? —me preguntó muy bajo.

—Es increíble. —La acerqué aún más.

—¿No te molesta?

—¿El qué?

—El que te haya pintado y todo el mundo pueda verte.

—En absoluto. Ahora mismo me siento el hombre más agradecido. Además se me ve poco la cara.

—Tu mirada no quise dibujarla. Tus ojos son solo para mí.

—Y todo lo demás. Solo tuyo, ratón.

Agradecimientos

¿Se pasa alguna vez esta sensación de que una escribe de prestado? Empezando por las musas y acabando por los tutoriales técnicos. Para cuando una novela sale a la luz, la lista de aquellos a los que hay que agradecerse es tan larga, que sabes que dejarás a alguien colgado.

Empiezo entonces agradeciéndole al Universo y después, a todos ustedes, los mejores lectores del mundo, el honor que me dispensan cuando leen todas estas cosas locas que se me ocurren.

Sigo con ese dúo que me buscó, me encontró y me apoyó sin descanso. Gracias, queridas, por esa infatigable perseverancia. Yo me habría mandado a la porra cuatro novelas atrás. Se os quiere, hermanas.

Con el pasar de los meses, he ido también conociendo, así por la magia de las ondas, a otros autores y autoras que me han hecho sentirme parte de este maravilloso y complejo mundo. No soy nadie, lo sé, pero algo en mí me dice que esto no es más que el principio y ese pensamiento os lo debo a vosotros. Los que lleváis al pie del cañón años, décadas, y no cejáis. Gracias, sois un ejemplo a seguir.

También quiero enviar un agradecimiento muy especial a las catapultas. Sí, esas máquinas rudimentarias que lanzan cosas. Estas, en concreto, han lanzado pensamientos, quejas, comprensión y mucho compañerismo durante todo este tiempo conectándome con otra pobre alma escritora dispuesta siempre a compartir su sapiencia conmigo. Nunca te lo agradeceré bastante; un bizcocho para ti.

Por último, como siempre, agradecer a mi todo en uno por seguir ahí apoyándome, dentro y fuera de mis historias. Nada sería posible sin él.

Gracias.

Poppy Garcia

1. Desensibilización y Reprocesamiento por los Movimientos Oculares (*N. de la a.*).

2. Comienza el espectáculo (*N. de la a.*)

3. «Mira esa chica». (*N. de la a.*)

© 2019, Poppy García

Primera edición en este formato: abril de 2019

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.
Av. Marquès de l'Argentera 17, pral
08003 Barcelona
actualidad@rocaeditorial.com

ISBN: 978-84-17705-13-8

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.